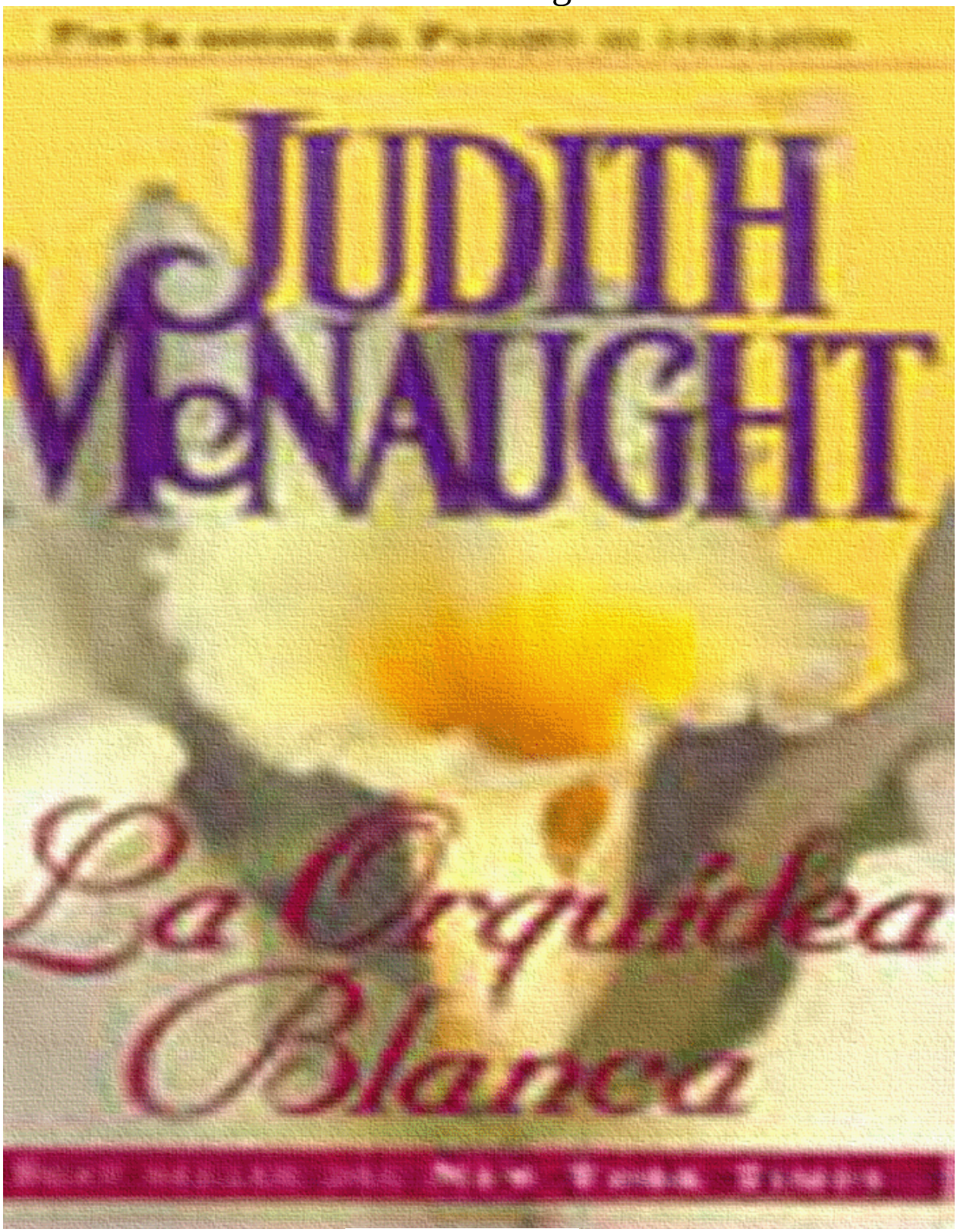
ORQUIDEA BLANCA

Judith McNaught



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Houston, 1979

- Diana ¿todavía estás despierta? Me gustaría conversar concontigo

Diana se detuvo cuando estaba por apagar el velador de la mesa de luz y se apoyó contra las almohadas

-Bueno -contestó.

-¿Cómo te sientes después del viaje en avión y el cambio de horarios, querida? -preguntó su padre mientras se acercaba a la cama-. ¿Estás extenuada?

A los cuarenta y tres años, Robert Foster era un petrolero de Houston de anchos hombros con pelo prematuramente canoso y que por lo general exudaba seguridad, cosa que no le sucedía en ese momento. Esa noche estaba inquieto y Diana no ignoraba el motivo. A pesar de sólo tener catorce años, no era tan tonta como para creer que él se acababa de acercar a su cuarto para preguntarle cómo se sentía después del viaje en avión. Quería conversar con ella acerca de sus nuevas madrastra y hermanastra, a quienes Diana acababa de conocer esa misma tarde al volver de las vacaciones en Europa que pasó junto a algunas compañeras de colegio.

-Estoy bien -contestó.

-Diana... -comenzó a decir él, luego vaciló, se sentó a su lado en el borde de la cama y le tomó la mano. Instantes después, volvió a empezar. -Sé que te debe haber resultado muy extraño llegar hoy a casa y descubrir que me he vuelto a casar. Te pido por favor que creas que nunca me habría casado con Mary sin antes proporcionarles la oportunidad de que ustedes dos llegaran a conocerse, de no haber estado seguro, absolutamente seguro, de que llegarán a quererse. Ella te ha caído bien, ¿no es cierto? -preguntó con ansiedad, mientras estudiaba el rostro de su hija-. Fue lo que dijiste...

Diana asintió, pero le costaba comprender por qué su padre se habría casado con alguien a quien apenas conocía y a quien ella no conoció hasta ese mismo día. A lo largo de los años transcurridos desde la muerte de su madre, él había salido con una serie de mujeres de Houston muy hermosas y agradables, pero antes de que las cosas fuesen demasiado serias, siempre se las presentaba a Diana e insistía en que los tres pasaran bastante tiempo juntos. Y ahora se acababa de casar con una señora a quien ella no conocía ni de vista.

-Mary parece muy agradable -dijo después de unos instantes-. Lo único que no comprendo es tu apuro por casarte con ella.

Foster miró a su hija con timidez, pero su respuesta fue indudablemente auténtica.

-Habrá momentos en tu vida en que tu instinto te dirá que debes hacer algo, algo que va contra toda lógica, que trastoca todos tus planes y que incluso a otros pueden parecerles una locura. Cuando eso sucede, uno lo hace. Porque escucha a su instinto e ignora todo lo demás. Ignora la lógica, ignora los riesgos, ignora las complicaciones, y se zambulle de cabeza.

-¿Y eso fue lo que hiciste? - Su padre asintió.

-A las pocas horas de conocer a Mary supe que era lo que quería para mí mismo y para ti. Y cuando conocí a Corey me convencí de que los cuatro íbamos a formar una familia muy

feliz. Sin embargo, mi instinto me advertía que si le daba a Mary tiempo para decidirse, ella empezaría a pensar en los obstáculos que existían, se torturaría y que en definitiva me rechazaría.

Tanto la lealtad como el sentido común hacían que a Diana esa posibilidad le resultara muy poco probable. Conocía a muchas mujeres que llegaron a extremos absurdos para atraer y mantener el interés de su padre.

-Tengo la impresión de que casi todas las mujeres con quienes has salido te han querido.

-No querida, casi todas querían lo que yo les podía dar en cuanto a seguridad financiera y a aceptación social. Fueron muy pocas las que en realidad me quisieron.

-¿Pero estás seguro de que Mary realmente te quiere? -preguntó Diana, pensando en el miedo que tuvo su padre de que Mary lo rechazara. La sonrisa de su padre se hizo más amplia.

-Porque no tiene nada de mercenaria y tampoco tiene conciencia de lo que es el estatus. Mary es muy inteligente, pero ella y Corey han vivido una vida sencilla en una ciudad muy pequeña, donde nadie es rico de acuerdo con los parámetros de Houston. Se enamoró de mí con la misma rapidez y profundidad con que yo me enamoré de ella, y a la semana aceptó mi propuesta de matrimonio, pero en cuanto se dio cuenta de la clase de vida que llevamos aquí, empezó a retroceder.

"Le preocupaba la posibilidad de que ella y Corey fuesen rechazadas por la gente de nuestro ambiente, de que no sabrían comportarse en un sentido social y nos avergonzarían. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que eso sucedería.

Estiró una mano y acarició con suavidad un mechón del pelo castaño brillante de su hija.

-Imagínate: Mary estaba dispuesta a rechazar todas las cosas materiales que puedo darle, todo lo que las demás estaban tan ansiosas por obtener, simplemente porque no quería fallarme a mí como esposa ni a ti como madre. Eso es lo importante para ella.

Ese día, cuando la conoció, a Diana le había gustado bastante su madrastra, pero la expresión de ternura que vio en los ojos de su padre y el amor de su voz cuando hablaba de Mary, tenían muchísimo peso para ella.

-Mary me gusta mucho -confesó. Una sonrisa de alivio cruzó por el rostro de su padre.

-Estaba seguro de que sería así. Tú también le gustas a ella. Me comentó que eres muy dulce y aplomada. Dijo que esta tarde, habrías tenido todo el derecho del mundo de ponerte histérica cuando, al entrar en la casa, te topaste con una madrastra a quien ni siquiera habías oído mencionar. ¡Y espera hasta que conozcas a tus nuevos abuelos! -agregó con entusiasmo.

-Corey me dijo que son una maravilla -contestó Diana, recordando toda la información que durante el primer día de convivencia le había proporcionado su hermanastra de trece años.

-Lo son. Son gente buena, honesta, trabajadora, ríen mucho y se quieren mucho. El abuelo de Corey es un jardinero excelente, un inventor aficionado y un hábil carpintero. Su abuela es una artista y además muy talentosa para las tareas manuales. Y ahora -dijo,

volviendo a ponerse un poco tenso-, dime qué te pareció Corey.

Diana permaneció un momento en silencio, tratando de volcar en palabras los sentimientos que le inspiraba su hermanastra. Luego se inclinó hacia adelante, se abrazó las rodillas y sonrió.

-Bueno, es distinta del resto de las chicas que conozco. Es... honesta y amistosa, y dice lo que piensa. Aparte de Texas, nunca ha estado en ninguna otra parte y no trata de parecer sofisticada, pero ha hecho una cantidad de cosas que yo nunca hice. ¡Ah! Y considera que tú eres prácticamente un rey -terminó diciendo con una sonrisa. -¡Qué jovencita tan inteligente!. Su propio padre las dejó abandonadas a ella y a su madre cuando Corey acababa de nacer -agregó Diana, sorprendida por una actitud tan increíble de un progenitor.

-La estupidez y la irresponsabilidad de ese hombre sellaron mi buena suerte, y pienso asegurarme de que Mary y Corey también se sientan afortunadas. ¿Quieres ayudarme a lograrlo? -preguntó mientras se ponía de pie y la miraba sonriente.

-¡Por supuesto! -contestó Diana, asintiendo.

-Sólo te pido que recuerdes que Corey no ha tenido todas las ventajas de las que has gozado tú, de manera que te aconsejo que no te apures y que le enseñes todo lo que ella no sepa.

-Está bien. Lo haré.

-¡Así me gusta! -Se inclinó y besó la cabeza de su hija. -Estoy seguro de que tú y Mary llegarán a ser grandes amigas.

Comenzó a alejarse, pero el anuncio que en ese momento le hizo Diana logró que se detuviera en seco.

-A Corey le gustaría llamarte papá.

-No lo sabía -dijo Robert Foster, emocionado-Mary y yo teníamos la esperanza de que algún día llegara a querer hacerlo, pero yo creí que demoraría mucho, mucho tiempo antes de llegar a eso. -Estudió a Diana durante un momento muy largo y luego le preguntó, vacilante: -¿Y a ti, qué impresión te causa? Me refiero a la posibilidad de que Corey me llame papá

Diana sonrió.

-Fue idea mía.

En el otro lado del vestíbulo, Mary Britton Foster estaba sentada sobre la cama de su hija de trece años, conversando.

-¿Así que hoy lo pásate bien con Diana? -preguntó por tercera vez.

-Sí.

-¿Y te divirtió ir a la casa de los chicos Hayward a andar a caballo, cuando Diana te llevó allí esta tarde?

-Mamá, somos todos adolescentes, se supone que ya no debes llamarnos chicos.

-Lo siento -se disculpó Mary mientras acariciaba la pierna de su hija a través de las

frazadas.

-Y además, ésa no es una casa. Es tan grande que parece un motel.

-¿Tan grande? -bromeó Mary. Corey asintió.

-Es más o menos del tamaño de nuestra casa. A Mary le resultó muy tranquilizador que se hubiera referido a la casa de Diana y de Robert como "nuestra".

-¿Y los Hayward tienen un granero?

-Lo llaman caballeriza, pero es lo mismo que un granero, sólo que visto desde afuera es una preciosa construcción de piedra y por dentro está tan limpia como una verdadera casa. Hasta hay un tipo que vive allí y se ocupa del cuidado de los caballos. Dicen que es el caballerizo, se llama Colé y las chicas lo consideran un verdadero Adonis. Acaba de salir de la Universidad, no me acuerdo de cuál, pero creo que es de aquí, de Houston.

-Parece increíble -contestó Mary, meneando la cabeza-. Ahora hace falta un título universitario para cuidar caballos en un granero, quiero decir en una caballeriza.

Corey contuvo una carcajada.

-No, todavía no se ha recibido. Me refiero a que acaba de terminar un semestre y pronto empezará otro. ¡Los caballos son fabulosos! -agregó, pasando al tema que más le interesaba-. Voy a poder volver a montar en la fiesta de cumpleaños de Barb Hayward que es la semana que viene. Barb me invitó, pero creo que lo hizo porque Diana se lo pidió. Hoy conocí a un puñado de amigas de Barb y de Diana. No creo haberles gustado mucho, pero Diana dice que son ideas mías.

-Comprendo. ¿Y qué te parece Diana?

-Diana... -Corey hizo una pausa como buscando las palabras-. ¡Diana es una maravilla! Me dijo que siempre había querido tener una hermana, y tal vez sea por eso que es tan buena conmigo. No es nada esnob. Hasta me dijo que podía tomar prestada toda la ropa de ella que quisiera.

-Fue muy bondadosa -asintió Corey.

-Y cuando le dije que me gustaba su peinado, me propuso que practicáramos diferentes estilos, una en la otra.

-Y... este... ¿dijo algo con respecto a alguien más?

-¿Como quién? -preguntó Corey, confusa.

-Como yo, y lo sabes.

-Déjame pensar. ¡Ah, sí, ahora recuerdo! Dijo que parecías mezquina y poco sincera, y además que posiblemente la obligarías a quedarse en casa limpiando pisos mientras yo asisto a fiestas y bailo con príncipes. Le dije que tal vez tuviera razón, y que yo le pediría que me prestara su zapatilla de cristal mientras ella no salía de la casa.

-i Corey!

Riendo, Corey se inclinó a abrazar a su madre mientras le decía la verdad.

-Diana dijo que le parecías muy agradable y que le gustabas. Me preguntó si eras estricta y le dije que a veces lo eras, pero que después te arrepentías y horneabas bizcochos para que te perdonara.

-¿En serio te dijo que yo le gustaba?

Corey se puso seria y asintió con énfasis.

-La madre de Diana murió cuando ella sólo tenía cinco anos. No me imagino lo que sería la vida si yo no te tuviera a ti, mamá...

Mary abrazó con fuerza a su hija y apoyó la mejilla contra el pelo rubio de Corey.

-Diana no ha tenido muchas de las ventajas que has tenido tú. Trata de no olvidarlo nunca. Tener una cantidad de ropa y un dormitorio grande no es lo mismo que tener un abuelo y una abuela que te quieren y que te hayan enseñado todo lo que te enseñaron mientras vivimos con ellos.

La sonrisa de Corey se hizo menos brillante.

-Los voy a extrañar muchísimo.

-Yo también.

-Le hablé a Diana sobre ellos y se interesó mucho. ¿Te parece que la podría llevar pronto a Long Valley para que los conozca?

-Sí, por supuesto. También podríamos pedirle a Robert que los invitara a hacemos una visita.

Mary se puso de pie para salir, pero la voz vacilante de su hija la detuvo.

-Mamá, Diana dice que puedo llamar papá a Robert. ¿Te parece que a él le molestaría?

-¡Creo que le encantaría! -Y agregó con cierta tristeza: -Tal vez algún día. Diana quiera llamarme mamá.

-Mañana -contestó Corey con una sonrisa sobradora.

-¿Mañana qué?

-A partir de mañana te piensa llamar mamá.

-Ay Corey ¿no te parece maravilloso? -exclamó Mary con los ojos llenos de lágrimas.

Corey levantó los ojos al cielo, pero no lo negó.

-Que te llamara mamá fue idea mía. Lo único que ella hizo fue decir que quería hacerlo.

-Tú también eres maravillosa -aseguró la señora Foster riendo, mientras besaba a su hija.

Al salir apagó la luz y cerró la puerta. Corey permaneció tendida en la cama, pensando en la conversación que acababa de mantener y preguntándose si Diana estaría dormida.

Después de algunos instantes se levantó y se puso sobre el camisón una vieja bata de franela con una leyenda que decía ¡SALVEN A LAS TORGUGAS!

El vestíbulo estaba oscuro como una boca de lobo y ella avanzó a tientas hacia el cuarto de Diana. Por fin encontró el marco de la puerta con los dedos y levantó un a mano para golpear. En ese instante la puerta se abrió de un tirón, obligándola a lanzar una exclamación de susto.

-En ese momento iba a tu cuarto para ver si estabas despierta -susurró Diana, retrocediendo y haciéndole señas para que entrara.

-¿Esta noche tu padre estuvo conversando contigo *?* -preguntó Corey mientras se sentaba en el borde de la cama de Diana y admiraba la bata de seda rosada y las pantuflas haciendo juego que ella se había puesto.

Diana asintió y se sentó a su lado.

-Sí. ¿Y tu madre también fue a conversar contigo?

-Sí.

-Creo que tenían miedo de que nos tuviéramos antipatía.

Corey se mordió los labios y enseguida dijo atropelladamente:

-¿Por casualidad le preguntaste a tu padre si le importaba que yo lo llamara papá?

-Sí, y le encantó la idea -contestó Diana en voz baja para que esa reunión en pijamas no fuese interrumpida por decreto paterno.

-¿Estás segura?

-Sí. Si quieres que te diga la verdad, se emocionó todo. -Diana clavó la mirada en su falda, respiró hondo y enseguida miró a Corey. -¿Y tú le hablaste a tu madre sobre la posibilidad de que yo la llamara mamá?

-Sí.

-¿Y qué dijo?

-Dijo que tú eres maravillosa -contestó Corey, levantando los ojos al cielo como si no estuviera de acuerdo

-¿Y dijo algo más?

-No pudo -contestó Corey-. Estaba llorando.

Las dos chicas se miraron sonriendo y en silencio. Enseguida, como por mutuo acuerdo se dejaron caer de espaldas sobre la cama.

-Creo -dijo Diana- que esto puede llegar a ser una maravilla. Corey asintió con absoluta convicción.

-Absolutamente maravilloso -proclamó.

Sin embargo, más tarde, tendida en su propia cama, a Corey le costó creer que las cosas hubieran resultado tan bien entre ella y Diana.

Ese mismo día, más temprano, no lo hubiese creído posible. Cuando el padre de Diana se casó con su madre, después de haberla cortejado durante dos semanas y las llevó a ambas a su casa de Houston, a Corey la aterrorizaba el encuentro con su hermanastra. Basándose en lo poco que sabía de Diana, supuso que siendo tan distintas lo más probable sería que llegaran a odiarse. Además de haber nacido rica y de haber crecido en una enorme mansión, Diana era un año mayor que ella, una alumna sobresaliente que sólo sacaba 10 en los exámenes. Y cuando Corey espió el cuarto de Diana, lo encontró tan prolijo, tan ordenado que se le pusieron los pelos de punta. Basada en lo que había visto y oído, estaba convencida de que Diana iba a ser desagradablemente perfecta y una verdadera esnob. Y estaba aún más segura de que ella la impresionaría como una tonta desordenada.

Esa mañana, al verla entrar al vestíbulo, Corey sintió que se confirmaban sus peores temores. Diana era de pequeña estatura, cintura estrecha, caderas delgadas y verdaderos pechos, con lo cual Corey se sintió una gigante deforme y de pecho plano. Diana estaba vestida como una modelo de revista, con una pollera corta color beige, medias color crema y una blusa plisada beige y azul sobre la que llevaba un blaser beige con un emblema bordado en el bolsillo. En cambio Corey se había puesto un par de jeans y una remera.

Pero a pesar de la total convicción que tenía Corey de que Diana sería una esnob insoportable y pagada de sí misma, fue ella la que rompió el hielo. Porque fue Diana quien admiró la remera pintada a mano de Corey, y Diana la primera que admitió que siempre había querido tener una hermana. Y ésa misma tarde llevó a Corey a lo de Hayward, para que pudiera tomar fotografías de los caballos de la familia Hayward con la nueva cámara que acababa de regalarle su padre.

Diana no parecía celosa por la cámara maravillosa que su padre le acababa de regalar a Corey, ni le parecía odiosa la idea de compartirlo con ella. Y si tenía la impresión de que Corey era una tonta, no lo demostró. A la semana siguiente, la iba a llevar a la fiesta de cumpleaños de Barb Hyward, donde todo el mundo montaría a caballo. Diana aseguraba que sus amigas también serían amigas de Corey, y ésta esperaba que tuviera razón.

Pero eso último no importaba tanto como el hecho de tener una hermana casi de su misma edad con quien poder conversar. Además, ella también tenía algunas cosas para ofrecerle a Diana. Desde el punto de vista de Corey, Diana había llevado una vida demasiado protegida. Ése día la pobre Diana no tuvo más remedio que admitirle que jamás había trepado a un árbol, que nunca había comido bayas recién cortadas, ni cruzado un estanque saltando de piedra en piedra. Corey cerró los ojos y suspiró, aliviada.

Librodot

2

Colé Harrison miró por sobre el hombro de Diana Foster quien, de pie en la puerta abierta de la caballeriza, las manos entrelazadas a la espalda, observaba a su nueva hermanastra que se encontraba en la pista junto a las demás chicas que asistían a la fiesta de cumpleaños de Barbara Hayward. Colé tomó un cepillo y una rasqueta y le preguntó:

-¿Te gustaría que te ensillara un caballo?

-No, gracias -contestó ella con un tono de voz tan amable y suave que Colé contuvo una sonrisa.

Hacía dos años que trabajaba como caballerizo en la propiedad de los Hayward mientras estudiaba en la Universidad, y durante ese tiempo había visto y oído suficiente como para formarse una firme impresión acerca de las hijas adolescentes de los ultrarricos de Houston. Entre esas observaciones estaba la de que esas jovencitas de trece y catorce años, amigas de Barbara Hayward, estaban todas locas por los muchachos y locas por los caballos, y desesperadamente ansiosas por perfeccionar sus habilidades con ambos. Además de esa obsesión por los muchachos, estaban también obsesionadas por sus aspectos físicos, por sus ropas y por el estatus que tenían ante sus iguales. Sus personalidades cubrían toda la gama entre las frívolas y las malhumoradas y, aunque podían llegar a ser encantadoras, también eran exigentes, presumidas y maliciosas.

Algunas de ellas ya hacían incursiones en los bares de sus padres, casi todas se maquillaban demasiado y todas trataban de flirtear con él. El año anterior los esfuerzos de esas chiquillas eran divertidos por lo torpes y fáciles de evitar, pero a medida que crecían eran cada vez más osadas. El resultado era que Colé comenzaba a sentir que era un objeto sexual para un puñado de adolescentes precoces que no pensaban en otra cosa. No le habría resultado tan exasperante si ellas se conformaran con ponerse coloradas y lanzar risitas tontas, pero en los últimos tiempos habían progresado, llegando a dirigirle miradas lánguidas. Un mes antes, una de las amigas de Barbara avanzó en la "caza" y le preguntó a Colé qué pensaba de los besos de lengua. Enseguida, Haley Vincennes, quien sin lugar a dudas era la cabecilla del grupo, reclamó de inmediato su posición de líder al informarle a Colé que consideraba que él tenía un "gran trasero".

Hasta la semana anterior, cuando Diana Foster llevó hasta allí a su hermanastra para presentársela a Barbara, Colé veía muy pocas veces a Diana, pero esa pequeña le parecía una refrescante excepción a la regla. En Diana todo resultaba atractivo y sano, y Colé presentía que había en ella profundidades de las que las demás carecían. Tenía el pelo del color del cobre oscuro y un par de ojos sorprendentes, grandes y largas pestañas: ojos verdes, claros, luminosos e hipnóticos con los que miraba con genuino interés tanto a él como al resto del mundo. Eran ojos expresivos en los que brillaba la inteligencia, en los que resplandecía el ingenio y que sin embargo siempre estaban llenos de tanta ternura que hacían que Colé tuviera ganas de sonreírle.

Cuando terminó de cepillar a la yegua, Colé le palmeó el flanco y salió del box, cerrando a sus espaldas la pesada puerta de roble. Cuando se volvió para colocar el cepillo y la rasqueta sobre un estante, le sorprendió comprobar que Diana seguía allí. Estaba de pie en la puerta, con las manos entrelazadas con fuerza a sus espaldas y con expresión ansiosa, mientras observaba la ruidosa actividad que se desarrollaba en la pista de equitación.

Su mirada era tan intensa, que Colé se inclinó para ver mejor lo que sucedía en la pista. Al principio lo único que vio fue a veinte jovencitas que trotaban formando figuras o

saltaban bajos obstáculos. Después notó que Corey, la nueva hermanastra de Diana, estaba completamente sola en un extremo del corral. Corey le gritó una felicitación a Haley Vincennes cuando ésta pasó a su lado con otras tres chicas, pero Haley mantuvo la mirada fija hacia adelante, como si un cumplido de Corey no tuviera ningún significado, luego les dijo algo a las demás, quienes miraron a Corey y rieron. Corey dejó caer los hombros, hizo marchar a su caballo y salió de la pista como si la hubieran echado verbalmente, en lugar de haberla esquivado en silencio.

Diana apretó convulsivamente las manos a sus espaldas y Colé notó que se mordía los labios con fuerza, como si se tratara de un ave que comprueba que a su polluelo no le va bien fuera del nido. Colé se sorprendió e impresionó por la sorpresa y la consternación de Diana ante lo que le sucedía a su hermanastra, pero también comprendió que sus esfuerzos por lograr que las demás aceptaran a Corey serían inútiles. Estaba presente la semana anterior cuando Diana llevó a Corey a la caballeriza donde se la presentó a Barbara y a algunas de las demás chicas que habían ido a ver a un potrillo recién nacido. Colé fue testigo del sorprendido silencio que siguió a la presentación que hizo Diana y notó la expresión de hostil superioridad de las jóvenes futuras debutantes cuando se enteraron de los antecedentes de Corey a quien enseguida consideraron su inferior. Ese día, Diana pareció dar por sentado que Corey sería bien recibida por sus opulentas amigas. En opinión de Colé le esperaba una aguda desilusión y a juzgar por la expresión que tenía Diana en ese momento, ella también estaba llegando a esa conclusión.

Impactado por la intensidad de las emociones que cruzaban el rostro expresivo de la chica, Colé trató de distraerla.

-Corey monta bastante bien. No creo que sea necesario que la vigiles tan de cerca ni que te preocupes por ella.

Ella giró sobre sí misma y le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

-En este momento no estaba preocupada. Pensaba. A veces frunzo el entrecejo cuando pienso.

-¡Ah! -exclamó Colé, intentando proteger la dignidad de Diana pretendiendo creerle

-Es algo que hace mucha gente. -Pensó en algo mas que decir. -¿Y qué me dices de ti? ¿Te gustan los caballos?

-Me encantan -contestó Diana, con su modo tan adulto y atractivo. Con las manos todavía enlazadas a la espalda se volvió hacia él, sin duda deseosa de continuar con la conversación. -Les traje una bolsa con manzanas-agregó señalando una amplia bolsa marrón colocada junto a la puerta de la caballeriza.

Como por lo visto prefería alimentarlos a montarlos, Colé llegó a la conclusión más obvia.

-¿Sabes montar?

Ella volvió a sorprenderlo cuando asintió.

-Sí.

-A ver si he entendido bien -bromeó él-. Cuando vienes no montas, aunque lo hagan todas tu amigas, ¿no es cierto?

-Así es.

-Pero sabes montar y te encantan los caballos, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

-En realidad, te gustan tanto los caballos que les traes manzanas, ¿verdad?

-Verdad.

Colé metió los pulgares en el cinturón y la miró con curiosidad.

-No entiendo -admitió.

-Los caballos me gustan mucho más cuando estoy de pie en el piso-Lo dijo en un tono entre sonriente y avergonzada, y Colé no pudo menos que sonreír.

-No me lo digas. Déjame adivinar. Te caíste y te lastimaste, ¿no es asi?

-Por supuesto -confesó ella-. Me caí al saltar un cerco y me rompí la muñeca.

-La única manera de superar tu miedo es volver a montar -le indicó Colé.

-Ya lo hice -contestó ella con seriedad, pero con ojos risueños. - ¿Y?

-Tuve una conmoción cerebral.

El estómago de Colé resonó y sus pensamientos se volvieron hacia las manzanas. Vivía con poco dinero, y su apetito nunca parecía satisfecho.

-Será mejor que guarde esa bolsa de manzanas antes de que alguien la pise o tropiece con ella -dijo. Alzó la bolsa y se dirigió al fondo de la caballeriza, decidido a compartirás con los caballos. Al pasar junto a uno de los boxes cerca del final del largo pasillo, un viejo caballo llamado Buckshot asomó la cabeza por sobre la puerta, los ojos esperanzados e inquisitivos, el morro suave dirigido hacia la bolsa que llevaba Colé.

-No puedes caminar y estás ciego, pero no tienes ningún problema con el olfato -dijo Colé sacando de la bolsa una manzana para dársela-. Lo único que te pido es que no les hables de estas manzanas al resto de tus compañeros. Algunas son para mí.

3

Cole estaba colocando paja limpia en los boxes cuando entraron algunas de las chicas que habían estado montando.

-Diana, tenemos que hablar contigo acerca de Corey -anunció Haley Vicennes.

Colé levantó la vista, miró al grupo y supo que ese jurado de chiquilinas estaban por dar su veredicto. Que no sería bueno. Sin duda, Diana también lo percibió y trató de impedirlo diciendo con tono dulce y persuasivo:

-Sé que cuando lleguen a conocerla bien, Corey les gustará a todas. Y entonces todas seremos buenas amigas.

-Eso es imposible -decretó Haley con decisión y altanería-. Ninguna de nosotras tiene nada en común con una ciudad ínfima que ni siquiera hemos oído mencionar. Por ejemplo, ¿te fijaste en la remera que tenía puesta la semana pasada cuando la trajiste a conocer la caballeriza? Ella asegura que su abuela pintó en ella esa cabeza de caballo que tenía.

-A mí me gustó -contestó Diana con tozudez-. La abuela de Corey es pintora.

-Los pintores trabajan sobre telas no sobre remeras y lo sabes de memoria. ¡Y te apuesto la mensualidad que recibo en un mes que esos jeans que se ha puesto hoy los compró en Sears!

El coro de risas que lanzaron las demás demostró que estaban de acuerdo. Luego Barb Hayward por fin agregó su voto a la opinión de la mayoría, pero decretó con cierta timidez la suerte de la pobre Corey.

-No veo cómo puede ser amiga nuestra, y tampoco tuya, Diana.

Colé hizo una mueca de simpatía por Corey y por la pobre pequeña Diana, quien, estaba seguro, se rendiría ante la presión de sus iguales. Pero la pobre pequeña Diana no retrocedió, aunque su voz en ningún momento perdió su suavidad.

-Lamento mucho que todas piensen eso -dijo con sinceridad, dirigiéndose a Haley que como Colé sabía era la cabecilla del grupo y la más desagradable de todas-. Supongo que nunca imaginé que si le daban una oportunidad tendrían miedo de la competencia.

-¿Que competencia? -preguntó Barbara Hayward, desconcertada, pero algo preocupada.

-La competencia con los muchachos. Me refiero a que Corey es muy bonita y divertida, de manera que los muchachos siempre la perseguirán.

Colé hizo una pausa, horquilla en mano, con una sonrisa de admiración al comprender la estrategia de Diana. Como aprendió mientras trabajaba allí, los muchachos eran lo más deseable y valioso para esas adolescentes y la posibilidad de que Corey pudiera atraer a más muchachos al grupo, resultaba casi irresistible. Y en el momento en que se preguntaba si esa posibilidad no tendría menor peso que el miedo de que Corey pudiera robarles sus novios actuales, Diana agregó con toda tranquilidad:

-Por supuesto que Corey ya tiene novio en su pueblo y no tiene el menor interés en tener otro aquí.

-Creo que deberíamos darle una oportunidad y tomarnos un tiempo para conocerla mejor antes de decidir si queremos que forme parte de nuestro grupo -dijo Barb en el tono sincero y vacilante de la chica que conoce la diferencia entre el bien y el mal, pero que carece de coraje suficiente para ser líder.

-¡Me alegro tanto! -exclamó Diana, feliz-. Sabía que no me fallarías. Si lo hubieran hecho las habría extrañado a todas... habría extrañado la posibilidad de compartir con ustedes mi mejor ropa, y también habría lamentado no poder invitarlas a acompañarnos a Nueva York el verano que viene.

-¿A qué te refieres?

-Me refiero a que Corey será mi más íntima amiga. Y las amigas íntimas deben ser muy unidas.

Cuando las demás salieron para seguir con la fiesta, Colé se acercó a Diana y le preguntó con tono conspirador:

-¿En realidad es cierto que Corey tiene novio en su pueblo? Diana asintió con lentitud.

-Sí.

-¿En serio? -insistió Colé con tono de duda y, al notar una risa culpable en los ojos brillantes de Diana, agregó: -¿Cómo se llama ese muchacho? Ella se mordió los labios.

-Es un nombre un poco extraño.

-¿Muy extraño?

-Prométeme que no se lo dirás a nadie.

Fascinado por el rostro de Diana, por su voz, su lealtad y su inteligencia, Colé se trazó una X sobre el corazón con el dedo índice.

-Se llama Silvester.

-¿Y a qué se dedica...?

Ella apartó la mirada y bajó los párpados que cubrieron el jade de sus ojos.

-Es un cerdo -confesó.

Lo dijo en voz tan baja y Colé estaba tan seguro de que Silvester debía ser un perro o un gato que creyó haber oído mal.

-¿Un cerdo? -repitió-. ¿Un chancho? -Diana asintió.

-Un puerco, en realidad -admitió mientras lo miraba con sus ojos muy verdes-Corey me contó que es enorme y que la sigue como si fuese un perro. En su antigua casa, por supuesto.

En ese momento, Colé decidió que Corey era una chica muy afortunada al tener una diminuta pero importante defensora en Diana Foster, quien la ayudaría a cruzar el golfo social. Sin percibir el silencioso cumplido del joven, Diana lo miró.

-¿Hay algo de beber aquí? Tengo muchísima sed-Colé sonrió.

-El engaño es un trabajo duro, ¿no es cierto? Y no debe haber nada que dé tanta sed como tener que enfrentar a media docena de chicas pagadas de sí mismas, ¿no es cierto?

Sin avergonzarse, ella levantó los ojos al cielo y sonrió. Es más valiente que el demonio,

decidió Colé, pero con un estilo tan suave que oculta su determinación y su coraje.

-Por supuesto -contestó, señalando la parte de atrás de la caballeriza con la cabeza-. Sírvete.

En el extremo del pasillo, a la derecha, Diana encontró una pequeña habitación que supuso debía ser el cuarto de Colé en el que había una cama tendida con perfección militar y un viejo escritorio con una lámpara antigua. Frente al dormitorio, a la izquierda del pasillo, vio un baño y detrás una pequeña cocina que sólo contenía una pileta, una cocina ínfima y una heladera pequeña, parecida a la que su padre tenía debajo del bar de su casa. Diana supuso que la heladera debía estar llena de toda clase de bebidas gaseosas para que todo el mundo se sirviera, pero cuando la abrió, sólo encontró dentro un paquete de salchichas, un cartón de leche y una caja de cereales.

Le sorprendió que Colé guardara sus cereales en la heladera y, aún más, comprobar que a pesar de que era evidente que la heladera era para su uso exclusivo, no conservaba en ella muchos alimentos. Intrigada, cerró la puerta y llenó un vaso de papel con agua de la canilla. Cuando dejó caer el vaso en el tacho de basura notó que en él sólo había dos cáscaras de manzanas. Las manzanas que ella acababa de traer eran viejas, estaban pasadas y muy poco apetecibles y no comprendió el motivo que llevó a Colé a comer no una sino dos de ellas. A menos que tuviera hambre. Mucha, mucha hambre.

No se había podido sacar de la cabeza la heladera vacía ni las cáscaras de manzanas cuando se detuvo a acariciar un hermoso palomino; luego volvió a la puerta de la caballeriza para ver cómo andaba Corey. Tres chicas conversaban con ella en el corral.

-¿No crees que deberías acercarte a ellas por si Corey necesita más ayuda?

-No, Corey se las arreglará muy bien sola. Es una chica bárbara y muy pronto todas se darán cuenta de ello. Además, creo que no le gustaría pensar que, de alguna manera, estoy tratando de ayudarla.

-Pero no cabe duda de que le has hecho un gran favor -bromeó Colé, y al notar que ella se avergonzaba, se apresuró a agregar: -¿Y si llegan a decidir que no les gusta?

-En ese caso, Corey conquistará por su cuenta la amistad de muchas otras chicas. Además, en realidad, estas chicas no son amigas mías. Sobre todo Haley Y tampoco Barbara. El que realmente me gusta es Doug.

Colé la miró asombrado al pensar en el hermano muy alto y delgado de Barbara.

-¿Doug es tu novio?

Ella le dirigió una mirada extraña y se sentó en un fardo de pasto, cerca de la puerta.

-No, no es mi novio, sino mi amigo.

-Me pareció que eras un poco baja para él -bromeó Colé, disfrutando de la compañía de esa chica-. ¿Cómo es tu verdadero novio? -preguntó mientras tomaba un gran vaso de plástico que había dejado antes sobre el alféizar de la ventana.

-En realidad, no tengo novio. ¿Y tú? ¿Tienes novia? Colé asintió y bebió un trago en agua.

-¿Cómo es? -preguntó Diana.

El apoyó un pie sobre el fardo de pasto cerca de la cadera de ella, colocó un brazo sobre su rodilla y miró por la ventana lateral que daba a la casa. Diana tuvo la sensación de que de repente estaba muy lejos. -Se llama Valerie Cooper. Hubo una larga pausa.

-¿Y? -insistió Diana-. ¿Es rubia o morena, baja o alta, tiene ojos azules o castaños?

-Es rubia y alta.

-Ojalá yo lo fuera -confesó con expresión pensativa.

-¿Te gustaría ser rubia?

-No -contestó Diana y Colé rió-. Me gustaría ser alta.

-A menos que estés planeando tener un crecimiento sorprendente, será mejor que te conformes con ser rubia -aconsejó Colé con ligereza-. En tu caso te resultaría más fácil.

-¿De qué color son sus ojos?

-Azules

Diana estaba fascinada.

-¿Y hace mucho que son novios?

Aunque tarde. Colé se dio cuenta de que no sólo estaba conversando con una de las invitadas de sus empleadores, cosa ya inaceptable, sino que la invitada tenía catorce años y la conversación era demasiado personal.

-Desde la escuela secundaria -contestó en tono cortante, mientras se enderezaba y se volvía para alejarse.

-¿Y ella vive en Houston? -insistió Diana, presintiendo que la conversación había finalizado pero con la esperanza de que no fuera así.

-Valerie estudia en la Universidad de Los Angeles. Nos vemos cada vez que podemos, por lo general durante las vacaciones.

La fiesta de cumpleaños continuó durante horas, y finalizó cuando sirvieron una enorme torta en el parque, donde Barbara abrió montañas de regalos. Después todas entraron a la casa mientras la servidumbre limpiaba el desorden del parque. Diana estaba por seguir a las demás cuando notó que quedaba la mitad de la torta de chocolate y pensó en esas solitarias salchichas que había visto dentro de la heladera de Colé. Siguiendo una repentina inspiración, se volvió a acercar a la mesa, cortó una gran tajada de torta y la llevó a la caballeriza. La reacción de Colé fue casi cómica y muy cercana al éxtasis.

-Estás frente al hombre más dulcero del mundo, Diana -dijo al tomar el plato y el tenedor.

Comenzó a comer la torta mientras se encaminaba a su cuarto. Diana lo observó durante algunos instantes, consciente por primera vez de que había gente a quien conocía, con quien

estaba en contacto, que no siempre tenía bastante que comer. Mientras se alejaba, decidió que cada vez que fuera a lo de Hayward llevaría consigo alguna comida, pero comprendió que tendría que encontrar una manera de dárselos a Colé sin que él pensara que lo hacía como un acto de caridad.

No sabía absolutamente nada sobre estudiantes universitarios, pero sabía bastante acerca del orgullo y en Colé todo le hacía pensar que él debía tener mucho.

Librodot

4

-La vida es lindísima - le anunció Corey a Diana dos meses después de la fiesta de cumpleaños de Barbara Hayward.

Bajó la voz para que no la oyeran sus padres, que ya se habían acostado. Las dos chicas estaban cubiertas por la colcha de la cama de Diana, las espaldas apoyadas contra una pila de almohadas de plumas, mientras conversaban y comían galletitas.

- No veo la hora de que llegue mañana y conozcas a mis abuelos. Ya verás que cuando se vayan, la semana que viene, estarás loca por ellos. Considerarás que siempre han sido tus abuelos.

La verdad era que Corey deseaba con desesperación que fuera así. Quería darle a Diana algo de valor para pagarle todo lo que había recibido de ella.

El mes anterior comenzaron las clases y, para entonces, Diana ya se había convertido en la amiga más íntima y admirada de Corey. La ayudaba a elegir la ropa, la ayudaba a peinarse de distintas maneras, la guiaba por el laberinto social que era el colegio, y en definitiva, las amigas de Diana, algunas de las cuales eran verdadera esnobs, acabaron por admitir a Corey dentro de su círculo.

Corey pasó el primer mes en un estado de gratitud y de admiración cada vez mayor hacia su hermanastra. A diferencia de ella, Diana nunca se aturdía, nunca le preocupaba haber dicho algo inconveniente, nunca hacía bromas estúpidas y nunca hacía el papel de tonta. Su pelo espeso, de un castaño rojizo oscuro siempre estaba brillante, su piel era perfecta, su figura elegante. Cuando salía de una pileta de natación con el pelo empapado y sin rastros de maquillaje, parecía una estrella de televisión.

Ni siquiera se le arrugaba nunca la ropa.

Para entonces, ambas consideraban a su madrastra y a su padrastro como sus verdaderos padres, y ahora Corey quería proporcionarle a Diana unos “abuelos verdaderos”.

- Cuando conozcas a abuela y a abuelo - le dijo - comprobarás por qué todo el mundo los considera tan fantásticos. Abuela siempre encuentra la manera de hacer cualquier cosa y siempre le resulta bonita. Sabe tejer y coser y hacer crochet. A veces entra al bosque y vuelve con ramas ordinarias y hojas y cosas por el estilo y las convierte en cosas asombrosas sólo utilizando un poco de pegamento y de pintura. Ella misma hace los regalos que les da a sus amigos y hace su propio papel de envolver, y después utiliza cosas como cerezas para decorarlas y todo queda perfecto.

Mamá es idéntica a ella. Cada vez que hay un remate en la iglesia, todo el mundo trata de comprar lo que han donado mamá y abuela.

Un hombre, dueño de una galería de arte de Dalias, asistió a un remate de Long Valley y vio lo que ellas hacen. Dijo que las dos eran muy, pero muy talentosas y les pidió que hicieran algunas cosas que él pudiera vender en su galería, pero abuela dijo que no le resultaría divertido hacer cosas de esa manera. Mamá estaba tan cansada cuando llegaba a casa después del trabajo, que tampoco le pudo prometer que haría lo que él quería. ¡Ah! Y abuela también es una cocinera fantástica. Le gustan los alimentos naturales, verduras sembradas en casa y flores recién cortadas.

Lo único que nunca sabrás es si va a decorar algo con ellas y ponerlas sobre la mesa o si te las pondrá en el plato. Pero de todos modos, lo que hace siempre es fantástico.

Hizo una pausa para beber un trago de Coca antes de continuar.

- A abuelo le encanta la jardinería y experimenta con distintas formas para lograr que todo crezca más grande y mejor. Pero lo que más le gusta es construir cosas.

- ¿Qué clase de cosas? - preguntó Diana, fascinada.

- Puede construir prácticamente cualquier cosa que se haga de madera. Sabe hacer mecedoras para niños, o cobertizos para el jardín que parecen casitas y muebles pequeños para una casa de muñecas. Por lo general, es abuela la que los pinta, porque es la más artística de los dos.

¡Me muero de ganas de que veas la casa de muñecas que me hizo! Tiene quince cuartos y verdaderas macetas de flores en las ventanas.

- Tengo muchas ganas de conocerlos. Por lo que dices deben ser maravillosos - contestó Diana, pero Corey estaba distraída por algo que le molestó desde la primera vez que entró al dormitorio de Diana, antes de que su hermanastra hubiera regresado a Europa.

- Diana - dijo mientras observaba el orden reinante en la bonita habitación –, ¿nadie te dijo que es poco saludable mantener tan limpio un dormitorio?

En lugar de hacer una crítica a los hábitos algo desordenados de Corey, Diana comió un bocado de galletita y miró pensativa la habitación.

–Tal vez lo sea - convino – Quizá se deba a que tengo una mirada artística que aprecia la simetría y el orden. O quizá sea porque soy obsesiva y compulsiva...

Corey frunció el entrecejo.

- ¿Qué quiere decir obsesiva y compulsiva?

- Chiflada. –Diana hizo una pausa para limpiarse las migas de los dedos- Loca.

- ¡Tú no eres loca! - declaró con énfasis Corey y mientras le pegaba un mordisco a su galletita que se le partió en dos y la mitad aterrizó sobre la falda de Diana. Las galletitas de Diana nunca se partían cuando las mordía.

Diana la levantó y se la entregó a Corey.

- Tal vez sea que tengo una necesidad neurótica de mantener todo limpio como una forma de controlar lo que me rodea, que fue provocado por la muerte tan temprana de mi madre y por la muerte de mis abuelos poco tiempo después.

- ¿Qué tiene que ver la muerte de tu madre con el hecho de que guardes tus zapatos en orden alfabético?

- La teoría es que creo que si mantengo todo en un orden perfecto y lo más bonito posible, mi vida será así y nunca me sucederá nada malo.

Corey estaba estupefacta por lo absurdo de la idea.

- ¿Dónde oíste esa estupidez?

- Por boca del terapeuta al que mi padre me llevó después de la muerte de mis abuelos. Se suponía que el psiquiatra me ayudaría a "superar" el dolor de haber perdido a tantos familiares en tan poco tiempo.

- ¡Qué imbécil! Se supone que te debe ayudar y te dice todas esas tomterías para aterrorizarte y hacerte creer que estás loca.

- No, no me lo dijo a mí. Se lo dijo a papá, y yo escuché la conversación a propósito.

- ¿Y papá que le contestó?

- Le dijo que al que le hacia falta un psiquiatra era a él. Verás, en River Oaks, cada vez que los padres creen que sus hijos se están metiendo en problemas, los llevan a un psiquiatra. Todos le dijeron a papá que era lo que debía hacer, y él lo hizo.

Corey digirió esa información pero enseguida volvió a su pensamiento inicial

- Cuando te hice bromas por lo ordenada que eres, lo que estaba tratando de decir es que resulta extraño que nos llevemos tan bien a pesar de ser tan distintas. Es decir, a veces me siento un caso imposible de caridad a quien has tomado bajo tu ala protectora, aunque jamás seré capaz de ser como tú. Mi abuela siempre dice que el tigre prefiere perder las manchas pero no las mañas y que es imposible hacer una cartera de seda de la oreja de un puerco.

- ¡Un caso de caridad! - exclamó Diana –. ¡La oreja de un cerdo! ¡Pero si no tiene nada que ver con eso! Yo he aprendido muchas cosas de ti, y tienes una cantidad de virtudes que a mí me gustaría tener.

- Nómbrame una - pidió Corey con escepticismo - Ya sé que no deben ser mis notas ni mis pechos.

Diana rió y levantó los ojos al cielo. Luego dijo con mucha seriedad:

- Para empezar tienes una faceta aventurera que yo no poseo.

- Y una de mis "aventuras" posiblemente me lleve a la cárcel antes de que cumpla dieciocho años.

- ¡Por supuesto que no! - exclamó Diana –. Lo que quiero decir es que cuando decides tomar fotografías desde lo alto de un andamio, ignoras el peligro y sencillamente lo haces.

- Pero tú subiste conmigo.

- Pero no quería subir. Tenia tanto miedo que me temblaban las piernas.

- Pero de todos modos subiste.

- A eso me refiero. Antes jamás lo habría hecho. Ojalá pudiera parecerme más a ti.

Corey consideró la frase durante algunos instantes, luego en sus ojos apareció una expresión traviesa.

- Bueno, si quieres parecerte a mí, podríamos empezar por este dormitorio. - Y antes de que Diana supiera lo que se proponía, metió la mano detrás de su cabeza.

- ¿A qué te refieres?

- ¿Alguna vez has intervenido en una lucha de almohadas'?

- No, qué... - El resto de la frase fue interrumpida por una gruesa almohada de plumas de ganso que fue a dar contra su cabeza. Corey se apresuró a colocarse a los pies de la cama y se agachó, esperando una contestación, pero Diana permaneció sentada en silencio, masticando su galletita y con una almohada sobre las rodillas.

- No puedo creer que hayas hecho eso - dijo, estudiando a Corey con fascinación.

Desarmada por el tono tranquilo de su hermanastra, Corey respondió

- ¿Por qué no?

- Porque me obliga a... ¡vengarme!

Diana se movió con tanta rapidez y su puntería fue tan perfecta, que Corey no pudo esquivar el golpe. Riendo, se tiró hacia otra de las almohadas, cosa que también hizo Diana. Cinco minutos después, cuando los preocupados padres abrieron la puerta del dormitorio, tuvieron que esforzarse por ver lo sucedido a través de una niebla de plumas. Por fin localizaron a las dos chicas que estaban acostadas de espaldas, muertas de risa.

- ¿Qué está sucediendo aquí? - preguntó el señor Foster, más alarmado que enojado.

- Una lucha de almohadas - explicó Diana, casi sin aliento. Se le había pegado una pluma a los labios y levantó una mano para quitársela.

- No, así no. ¡Escúpela! - instruyó Corey riendo y luego puso en práctica su consejo alejando las plumas de su cara con soplidos y la punta de la lengua.

Diana la imitó y luego lanzó una carcajada al ver la cara de su padre.

Plumas blancas flotaban alrededor de su cabeza y se le posaban sobre los hombros mientras él seguía estupefacto, de pie junto a su mujer que hacía esfuerzos por adquirir una expresión severa y ocultar su risa.

- Limpiaremos todo esto antes de acostarnos - prometió Diana.

- ¡No, por supuesto que no! - dijo Corey, implacable - Antes tendrás que dormir en este lío. Si logras hacerlo, con un poco de práctica tendrás una débil posibilidad de convertirte en una patana maravillosa como yo.

Todavía acostada en el piso, Diana volvió la cabeza hacia Corey y ahogó otra risa.

- ¿En serio te parece?

- Existe una posibilidad - declaró Corey con voz solemne - Siempre que en serio te esmeres por conseguirlo.

Robert Foster no parecía muy feliz con el plan, pero su mujer le colocó una mano sobre el brazo y lo sacó del dormitorio, cerrando la puerta tras ellos. En el corredor, él miró a su esposa con una expresión de desconcierto.

- Ya que las chicas hicieron ese lío, ¿no crees que deberían limpiarlo esta noche?

- Basta con que lo hagan mañana - contestó Mary.

- Esas almohadas son muy caras. Diana debió pensarlo antes de destrozarlas. Haberlas destruido es temerario e irresponsable, querida.

- Bob - contestó ella, enlazando su brazo con el de él y obligándolo a caminar hacia el dormitorio de ambos - Diana es la chica más responsable que he conocido.

- Le he enseñado a serlo. Es importante que un adulto tenga conciencia de sus actos y que se comporte de acuerdo con ello.

- Pero querido - susurró ella –. Diana no es adulta.

Él consideró el asunto mientras una sonrisa picara levantaba las comisuras de sus labios.

- En eso tienes razón, ¿pero en serio te parece que es importante que además aprenda a escupir?

- Es absolutamente necesario - contestó su mujer con una carcajada.

Robert se inclinó y la besó.

- Te amo - dijo.

Mary le devolvió el beso.

- Y yo quiero a Diana - contestó.

- Ya lo sé y por eso te quiero aún más. - Se metió en la cama y la colocó encima suyo, deslizando las manos sobre la bata de cama de seda de su mujer.

- Y tú sabes que yo quiero a Corey, ¿no es cierto?

Ella asintió mientras asía con una mano una de las almohadas de plumas.

- Ustedes han cambiado nuestras vidas - continuó diciendo Robert.

- Gracias - susurró ella mientras se sentaba junto a la cadera de su marido - Y ahora permite que modifique tu actitud.

- ¿Con respecto a qué?

- A las luchas de almohadas - contestó ella riendo mientras le estrellaba una contra la cara.

En el otro extremo del vestíbulo, en el dormitorio de Diana, las chicas oyeron un fuerte golpe. Ambas se pusieron de pie alarmadas y corrieron por el vestíbulo.

- ¡Mamá! ¡Papá! - exclamó Diana mientras golpeaba a la puerta - ¿Están bien? ¡Oímos un ruido!

- No pasa nada - contestó Mary Foster –, pero me vendría bien un poco de ayuda. '

Diana y Corey intercambiaron miradas intrigadas, luego Diana tomó el picaporte y abrió la puerta. Quedaron petrificadas. Miraron a sus padres con la boca abierta, luego se miraron una a la otra. Y estallaron en carcajadas.

Sobre el piso, entre una niebla de plumas, Bob Foster sostenía a su mujer debajo de él y le sujetaba los brazos contra la alfombra.

- Di tío - ordenó.

Su mujer rió aún con más fuerza.

- Di tío o no te soltaré.

En respuesta a la arrogante orden masculina, Mary Foster miró a sus hijas, luchó por recuperar el aliento y logró decir, entre risas:

- Creo que las mujeres debemos... mantenernos unidas... en momentos como... éste.

Las chicas se mantuvieron unidas. Esa noche los resultados fueron 12 a 2: doce almohadas de plumas que llegaron al fin de sus vidas, contra dos almohadas de espuma de goma que sobrevivieron.

5

Llena de buenas noticias, Diana recogió los libros que estaban sobre el asiento de cuero de su nuevo BMW, regalo de se padre cuando cumplió 16 años y subió corriendo los escalones de la mansión estilo Georgiano que fue su primera y única casa. En los dos años transcurridos desde que su madrastra y los abuelos de Corey vivían con ellos en River Oaks, tanto la mansión como los terrenos habían cambiado en su atmósfera y en su apariencia. Risas y conversaciones llenaban los silencios, la cocina emanaba maravillosos aromas, las plantas florecían en todo su esplendor en los jardines y salpicaban su color en hermosos arreglos a lo largo de toda la casa.

Todo el mundo estaba feliz con el nuevo aspecto, la nueva atmósfera y los nuevos arreglos familiares; todos con excepción de Glenna, el ama de llaves que se había encargado de criar a Diana después de la muerte de su madre. Y Glenna estaba en el vestíbulo cuando Diana entró corriendo a la casa.

- Glenna, ¿Corey está en casa?

- Creo que está en el jardín trasero junto con todos los demás, conversando sobre la fiesta de mañana por la noche. - Glenna terminó de quitarle el polvo a la consola de nogal y se enderezó - Cuando tu madre vivía, si quería ofrecer una fiesta, contrataba gente de afuera para que preparara la comida y enviara mozos, y también contrataba a floristas para arreglar los floreros. Dejaba que ellos se encargaran de hacer todo el trabajo - agregó, intencionadamente - Es así como reciben todos los ricos, menos nosotros.

- No, nosotros no - contestó Diana con una rápida sonrisa - Ahora nosotros marcamos el rumbo.

Cruzó el vestíbulo hacia la parte trasera de la casa de Glenna a su lado quien, irritada, a su paso rozaba los muebles con una franela para quitarles inexistentes notas de polvo.

- Antes, cuando dábamos una fiesta - continuó tozudamente Glenna - lo único que importaba era que todo fuera bonito y rico. Pero ahora, eso no basta. Ahora todo tiene que ser fresco, y tiene que ser natural, y tiene que haber crecido en la casa y que estar preparado en la casa. Las cosas crecidas y cocinadas en la casa son para gente del campo. Comprendo que tus abuelos son gente de campo y no lo entienden...

Desde que la madre y la abuela de Diana se habían hecho cargo de la casa, Glenna estaba perpetuamente malhumorada.

Los abuelos de Corey y Diana se enamoraron unos de otros durante la primera visita que les hicieron a River Oaks. Después de varios meses durante los que las chicas dividían su tiempo entre Long Valley, donde vivían Rose y Henry Britton y River Oaks, Robert contrató a un arquitecto y a un constructor para que remodelaran y agrandaran la casita de huéspedes de la casa. El paso siguiente fue hacer un invernadero para Rose y una huerta para Henry.

La generosidad de Robert se vio recompensada con frutas frescas y verduras cosechadas dentro de su propiedad y con comidas exquisitas servidas en una interminable variedad de formas y en distintos lugares de la propiedad.

A Robert nunca le gustó comer en la amplia cocina de la parte trasera de la casa, construida para que allí cupiera un pequeño ejército de mozos y cocineros que eran necesarios cuando ofrecían una fiesta importante. Con sus paredes de azulejos blancos, los enormes

artefactos de cocina de acero inoxidable y una vista muy poco inspiradora desde una única ventana, era un lugar que a Robert le parecía poco placentero y estéril.

Hasta que Mary y sus padres entraron en su vida, se contentó con los platos bastante aburridos que preparaba Conchita, la cocinera, que comía con la mayor rapidez posible en la rígida formalidad del comedor. Jamás se le habría ocurrido la posibilidad de comer debajo de un árbol en el agradable pero poco inspirador jardín trasero, ni junto a la pileta de natación olímpica que, con muy poca imaginación, el constructor ubicó en el centro del jardín y rodeó con un océano de concreto.

Sin embargo, en ese momento, Robert era un hombre distinto, que vivía en un ambiente muy cambiado, que disfrutaba de comidas sabrosas, cosa que le encantaba. La cocina que en una época evitaba, se convirtió en su lugar favorito. Ya no existían la esterilidad de las paredes de azulejos blancos ni los rincones oscuros y tristes. En un extremo, Henry había creado un solario en el que instaló luces en el techo y abrió ventanas en la pared que daba al exterior. En ese ambiente alegre y acogedor colocó sofás y sillones cómodos para instalarse mientras las mujeres preparaban la comida. Mary y Rose pintaron a mano viñas y flores en el tapizado de cada sillón y cubrieron los anchos almohadones con telas iguales. Después terminaron de decorar el lugar con una profusión de plantas muy verdes que crecían en macetas blancas. En el extremo opuesto de la cocina remodelada, los azulejos blancos tenían un borde festivo de azulejos pintados a mano. Antiguos ladrillos que obtuvieron en un edificio derruido, ahora cubrían una pared y formaban un arco amplio sobre la cocina, del que colgaban cacerolas y sartenes de cobre de todas formas y tamaños.

La esposa y los padres de Mary habían modificado todo lo que lo rodeaba, agregando una belleza natural sobrecogedora a los terrenos y un encanto acogedor al interior de la casa. Todo lo creaban con un desborde de amor, desde los individuales distintos a todos los demás, los elaborados marcos de fotografías, los muebles pintados a mano, los centros de mesa repletos de verduras o los elegantes papeles de envolver.

Un año después de su casamiento, Mary hizo su debut formal como dueña de casa. Planeó y llevó a la práctica una fiesta hawaiana al aire libre para los habitantes sofisticados y algo aburridos de Houston que eran los amigos y colegas de Robert.

En lugar de contratar cocineros y floristas profesionales, Mary y Rose supervisaron la preparación y presentación de la comida, que fue preparada según sus propias recetas, sazonada con hiervas del jardín de Henry y servidas en mesas cubiertas por manteles blancos hechos a mano, iluminadas con velas y adornadas con flores cultivadas por Henry.

Para mantener el tema hawaiano, Mary y su madre cortaron centenares de orquídeas de su propio invernadero y luego pusieron a trabajar a Diana, Carey y cuatro amigas de éstas para que confeccionaran elegantes guirnaldas hawaianas. Mary y Rose también decidieron que cada una de las invitadas debía recibir una pequeña caja laqueada y pintada con pequeñas orquídeas del mismo tono de las que se utilizaban en las guirnaldas. Aferradas a la creencia de que aún los millonarios de Houston sin duda apreciarían los méritos y la originalidad de las decoraciones hechas a mano, de las comidas con ingredientes cosechados en la casa y de los cambios que ella había hecho en la mansión para suavizar y alegrar su austera formalidad, Mary y su madre pasaron largas horas en la cocina ocupadas en planear y en crear.

Dos horas antes de la fiesta, Mary inspeccionó la casa y los preparativos y rompió a llorar en brazos de su marido.

Librodot

- ¡Oh, querido, no debiste permitirme que hiciera esto! - gimió - Todo el mundo considerará que he estropeado tu hermosa casa con tonterías hechas a mano. Tus amigos viajan por todo el mundo y están acostumbrados a restaurante de cinco estrellas, a bailes formales, a antigüedades sin precio, ¡y yo les ofrezco un asado en el jardín trasero de la casa! - Las lágrimas le corrían por las mejillas y se aferraba a él, la cara húmeda contra el pecho de su marido. - ¡Creerán que te has casado con una tonta pueblerina!

Robert le acarició la espalda y sonrió por sobre el hombro de Mary. Ese día, él también había hecho una recorrida de la casa y los jardines, mirándolo todo a través de los ojos de un extraño. Lo que vio lo llenó de orgullo. Con toda sinceridad estaba convencido de que Mary y sus padres le daban un significado nuevo al término "hecho en casa". Lo redefinían y elevaban hasta convertirlo en un acto creativo que confería personalidad a lo impersonal y transformaba los objetos comunes en algo de notable belleza y significado. Estaba convencido de que sus invitados poseían el necesario discernimiento como para reconocer y valorar el carácter y la belleza de los esfuerzos de Mary. Y se dio cuenta de que ella misma los sorprendería tanto como todo lo que había hecho.

- Los vas a deslumbrar, Mary - susurró –. Ya lo verás.

Robert tenía razón. Los invitados deliraron de entusiasmo ante la comida deliciosa, las decoraciones, las flores, los jardines, la casa y, sobre todo, por la gracia sin afectación de la dueña de casa. Los mismos amigos que meses antes expresaron un divertido sobresalto al enterarse de que Robert había hecho arar parte de su jardín para instalar en él una huerta, probaron las verduras producidas en la casa y pidieron que les mostrara la huerta. El resultado fue que Henry tuvo que dedicar varias horas orgullosas a pasear a los invitados por su huerta. Mientras los guiaba a lo largo de los prolijos surcos de verduras de crecimiento orgánico, su entusiasmo resultó tan contagioso que, antes de que la velada llegara a su fin, varios hombres anunciaron su deseo de tener huertas propias.

Marge Crumbaker, la columnista de sociales de *Houston Post* que se encargó de cubrir la fiesta, resumió en su columna las reacciones de los invitados.

> *Mientras presidía esa fiesta preciosa y cuidaba de sus invitados, la señora de Robert Foster III (de soltera Mary Britton de Long Valley) dio muestras de una gracia, un sentido de hospitalidad y una atención hacia sus invitados que sin duda la convertirán en una de las más importantes anfitrionas de Houston.*
>
> *También se encontraban presentes en la fiesta, los padres de la señora Foster, el señor Henry Britton y su señora, quienes tuvieron la amabilidad de escoltar a muchos invitados fascinados y futuros jardineros (¡si tan sólo tuviéramos el tiempo necesario!) por su nueva huerta, invernadero y el taller que Bob Foster le ha construido en los jardines de la mansión de River Oaks.*

En ese momento, un año después, Diana pensaba en todo eso mientras Glenna continuaba con su letanía de quejas con respecto a la siguiente fiesta. Para no enojarse, recordó que en realidad Glenna no les tenía antipatía a su madrastra ni a sus abuelos; a Glenna simplemente no le gustaba haber sido reemplazada como cabeza de los "asuntos domésticos".

En lo que a Diana se refería, la vida era una maravilla, llena de gente y de actividades, de amor y de risas.

- Soy la menos indicada para señalar la educación que ha recibido una persona - confió Glenna –, pero si la señora Foster hubiera pertenecido a una agradable familia de la alta sociedad, en lugar de proceder de un pueblito de morondanga, sabría cómo se supone que deben hacer las cosas los ricos. El año pasado, cuando tu padre me dijo que traería a sus suegros a vivir en la casa de huéspedes, supuse que la situación no podría empeorar. Pero poco después tu abuelo estaba haciendo una huerta en nuestro jardín trasero ¡y después convirtió el garaje en un cuarto de herramientas y en un invernadero! Y antes de que yo pudiera recuperar el aliento, tu nueva abuela estaba levantando el pasto para sembrar un jardín de hierbas ¡y además fabricaba macetas con sus propias manos! Es un milagro que la columnista de sociales no nos haya llamado rústicos después de haber asistido a la primera fiesta.

- Glenna, lo que acabas de decir es muy injusto y lo sabes - dijo Diana, haciendo una pausa para depositar sus libros sobre una mesa - Todos los que conocen a mamá, a abuelo o a abuela consideran que son maravillosos y muy especiales. ¡Y lo son! La prueba es que nos estamos haciendo famosos en Houston por lo que mamá llama “una vuelta a lo básico”. Es por eso que la revista *Southern Living* va a mandar fotógrafos para que registren nuestra fiesta de mañana.

- ¡Será un milagro que no nos hagan quedar como ridículos!

- A ellos no les parece que seamos ridículos - dijo Diana mientras abría la puerta de atrás –. *Southern Living* vio las fotografías de la fiesta anterior que publicó el *Houston Chronicle* y quieren hacer un artículo sobre nuestra forma de hacer las cosas.

Diana recordó lo que le había dicho su padre acerca de la necesidad de ser paciente y comprensiva con Glenna y le sonrió. Sabía que ella y su padre eran toda la familia que Glenna tenía en el mundo.

- Papá y yo sabemos que para ti es mucho más trabajo tener que ocuparte de cuatro personas más, sobre todo cuando ellos están ocupados en sus pasatiempos favoritos y todo eso. Nos preocupa que trabajes demasiado y por eso papá quiere que contrates a alguien para que te ayude.

Al comprobar que la apreciaban, gran parte de la ira se borró del rostro de Glenna.

- No necesito ayuda. Me he manejado muy bien cuidando de esta familia, ¿no lo crees?

Diana le palmeo la mano con cariño mientras Salía al jardín, empeñada en encontrar a Corey.

- Durante años, fuiste una madre para mí. Antes, papá y yo nunca hubiéramos podido arreglamos sin ti, y ahora tampoco. - La última parte de la frase no era del todo cierta, pero Diana tuvo la sensación de que esa pequeña mentira era excusable porque produjo una instantánea expresión de alivio y de placer en el rostro amargo de Glenna.

Diana se detuvo debajo del balcón, buscando a Corey con la mirada en medio del caos reinante y de la multitud de ayudantes que habían sido contratados para los preparativos de la fiesta.

Librodot

En un principio, el jardín trasero de una hectárea y media era espacioso pero poco notable, con una amplia pileta de natación en el centro, una casa de huéspedes en la parte trasera, canchas de tenis a la izquierda y un garaje para seis coches unido a la casa principal a la derecha. Diana había jugado allí afuera desde que recordaba, y siempre le resultó un lugar un poco solitario y estéril, lo mismo que la casa inmensa. Ahora todo había cambiado.

A pesar del placer que le daban los cambios en su casa y en su familia, a Diana le preocupó un poco el estado actual de las cosas en el jardín trasero. Faltaba poco más de un día para que llegara el equipo de fotógrafos de *Sowthern Living y* no había nada listo. Las mesas y las sillas se encontraban diseminadas por todas partes, junto con sombrillas que, apoyadas sobre el piso, esperaban ser armadas. Su abuelo estaba subido a una escalera, empeñado en terminar la construcción de una pérgola para la noche siguiente; su abuela discutía con dos jardineros acerca de la mejor manera de podar una magnolia cuyas ramas serían utilizadas como centros de mesa; y su madre les leía una lista a dos mucamas que acababan de ser contratadas por esa semana.

Diana todavía seguía buscando a Corey, cuando su padre salió del garaje, con el portafolios en una mano y el saco sobre el brazo.

- ¡Hola, papá! - dijo ella, acercándosele para besarlo –. Llegas temprano.

Él rodeó con un brazo los hombros de su hija mientras contemplaba la confusión reinante.

- Me pareció conveniente que viniera a ver cómo andaban las cosas. ¿Cómo te fue en el colegio?

- Muy bien. Hoy me eligieron presidenta de la clase.

El padre le apretó los hombros con afecto.

- ¡Me parece estupendo! Y ahora, no olvides todos los proyectos que tenías para mejorar las cosas en el colegio - La miró sonriente y luego levantó la vista hacia su mujer y la madre de ésta que acababan de verlo y se le acercaban con sonrisas cálidas. - Bueno, señora presidenta, algo me dice que me pondrán a trabajar - bromeó –. Me sorprende que no les hayan encomendado ninguna tarea a ti y a Corey.

- Nuestro trabajo consiste en no estar en el camino ni molestar - recitó Diana –. Vine a buscar a Corey porque Barb Hayward nos invita a ir a andar a caballo.

- Creo que Corey está en el baño, revelando unas fotografías - informó la madre.

- ¡Ah! Pero creo que querrá ir a lo de Hayward - aseguró Diana mientras se volvía hacia la casa. En realidad estaba convencida de que Corey aceptaría la invitación, no para andar a caballo sino para encontrarse con Spencer Addison, quien esa tarde estaría en las caballerizas de los Hayward.

El dormitorio de Corey se encontraba exactamente enfrente al de Diana. Ambas habitaciones tenían idéntico tamaño y distribución, con baño privado, cuarto de vestir separado y grandes closets. Pero, aparte de eso, los dormitorios eran tan distintos como las personalidades y los intereses de las dos chicas que los habitaban.

A los dieciséis años, Diana era de corta estatura, aplomada, elegante y encantadoramente femenina. Seguía siendo una excelente alumna y una ávida lectora, con una

fuerte propensión al orden, un gran talento para la organización y una tendencia a ser algo reservada con los desconocidos.

Su dormitorio estaba amueblado con antigüedades francesas, incluyendo un armario pintado con buen gusto y una cama con dosel tapizada de amarillo. Contra la pared opuesta se apoyaba el escritorio francés donde hacía los deberes. En él no había ni una lapicera ni un trozo de papel fuera de su lugar.

Diana entró en el cuarto, colocó los libros sobre el escritorio y se encaminó al cuarto de vestir. Se sacó el suéter de algodón colorado, lo dobló con cuidado, y lo colocó en un estante del clóset, entre docenas de otros suéteres doblados de la misma manera y ordenados por colores.

Luego se quitó los pantalones azules pinzados y los colgó en una percha en la sección de pantalones y shorts azules; después cruzó descalza hasta la sección donde guardaba la ropa de color blanco de donde sacó un par de shorts pinzados. Del estante de los suéteres, sacó una remera con bordes blancos y se la puso. Después de calzarse un par de sandalias blancas que sacó del ordenado piso del clóset, se detuvo junto a la cómoda y se pasó un cepillo por el pelo. En un movimiento automático, tomó un lápiz de labios rosado, se lo puso y se alejó para estudiarse en el espejo.

El rostro que allí se reflejaba le pareció ordinario e indigno de ella. La madurez no le producía cambios notables. Los ojos verdes y las pestañas oscuras estaban iguales siempre, y hasta un toque de sombra los hacía parecer chillones en lugar de destacarlos. Tenía pómulos altos, pero si se ponía rubor tenía la sensación de estar maquillada para un baile de disfraces, y la base líquida no parecía tener el menor efecto sobre su piel, de manera que también la evitaba. Tenía un pequeño hoyuelo en el centro del mentón, que se negaba a disminuir o a borrarse. Su mejor facción era el pelo, espeso y brillante gracias a los frecuentes lavados y al cepillado diario, pero prefería peinarlo con un estilo sencillo que no necesitara molestarse en mantener, y además le parecía que así era como le quedaba mejor. Después de considerar el calor abrumador y la humedad que había afuera, con rápidos movimientos se peinó hacia atrás y se ató el pelo en una cola de caballo. Después fue en busca de Corey para darle las noticias.

La puerta del dormitorio de Corey estaba abierta, aunque ella no se encontraba a la vista. Pero Diana notó que la puerta del baño estaba cerrada y hacía allí se dirigió a través de la jungla de ropa, zapatos, bufandas, álbumes fotográficos, equipos de cámaras y toda clase de objetos que cubrían la superficie integrada del cuarto.

- Corey - llamó –. ¿Estás ahí?

- Enseguida salgo - contestó Corey desde el baño –. Sólo tengo que colgar esta película para que se seque. Me parece que la semana pasada le saqué una foto bárbara a Spencer mientras jugaba tenis de noche. Creo que por fin le estoy tomando la mano a las fotografías nocturnas.

- Apúrate. Tengo grandes noticias - dijo Diana sonriente mientras se apartaba de la puerta cerrada.

El interés de Corey por la fotografía había comenzado dos años antes, cuando el señor Foster le regaló su primera cámara, y poco a poco se convirtió en su hobby preferido. Su interés por Spencer Addison comenzó un año antes, cuando lo vio en una fiesta, y poco a poco se convirtió en una completa obsesión. En las paredes de su dormitorio, en el marco del espejo de la cómoda y hasta enmarcadas, por todas partes había fotografías de Spencer en su

casa, en fiestas, en eventos deportivos, y hasta cuando pedía comida desde el auto en un McDonalds.

A pesar de que Spencer era una estrella del fútbol de la Universidad Metodista del Sur, donde salía con hermosas muchachas que suspiraban ante su apostura y sus proezas deportivas, Corey nunca dejó de creer que con persistencia, suerte y oraciones algún día llegaría a ser suyo y sólo suyo.

- Tenía razón - dijo Corey, saliendo del baño con una tira de negativos en la mano –. ¡Por favor mira esta foto de Spencer en el momento de sacar mientras juega al tenis!

Diana le sonrió.

- Entonces, qué te parece si vamos a lo de Hayward donde lo verás en persona?

El rostro de Corey se iluminó de alegría.

- ¿Ha vuelto de la Universidad? - Antes de que Diana pudiera contestarle, Corey volvió presurosa al baño para colgar los negativos y luego corrió hasta el espejo que tenía sobre la cómoda. - ¿Qué crees que debo ponerme? ¿Tengo tiempo de lavarme la cabeza? - Y con el tono de voz de alguien que morirá de desilusión si Diana estuviera equivocada, agregó: - ¿Estás segura que lo encontraremos allí?

- Sí, estoy segura. Doug Hayward comentó que después de comer, Spencer iría a su casa para probar su nuevo caballo de polo. En cuanto me lo dijo, fui en busca de Barb y, con mucha indiferencia, conseguí que nos invitara a pasar por allí esta noche. Ya le puse gasolina al auto, de manera que en cuanto terminemos de comer podemos salir.

Corey sabía que a Diana no le gustaba andar a caballo y que le resultaba aburrido quedarse mirando cuando las dos iban a lo de Hayward, pero su hermana siempre estaba dispuesta a ir porque sabía que a ella le encantaba montar. Y ahora había logrado que las invitaran porque Spencer estaría allí.

- ¡Eres una hermana increíble! - exclamó mientras le daba un abrazo impulsivo.

Diana se lo retribuyó y retrocedió.

- Vístete lo más rápido posible para que podamos salir enseguida de comer. Conviene que lleguemos allí antes que Spencer. Si tú ya estás allí cuando él llega, nadie puede suponer que has ido a perseguirlo.

- ¡Tienes razón! - exclamó Corey, impresionada una vez más por lo precavida que era Diana. Fuera lo que fuese que ella quisiera hacer, Diana siempre la ayudaba a conseguirlo, pero además buscaba la forma de que Corey no tuviera que avergonzarse ni se metiera en líos. Diana siempre se destacaba por su previsión y por evitar riesgos, pero Carey era tan impulsiva y tan persuasiva que de vez en cuando metía la pata y arrastraba a Diana tras ella.

Era inevitable que sus padres se enteraran de algunas de sus escapadas frustradas, y cuando sucedía, por lo general la madre de Corey intervenía señalando que el asunto no tenía importancia.

Sin embargo, el padre de Diana tomaba esas cosas con menos filosofía, como por ejemplo cuando una noche su hija se perdió en el Parque Nacional Yellowstone porque Corey quería fotografiar un alce al amanecer. Tampoco lo alegró enterarse por los diarios que su hija

había sido rescatada del piso diecinueve del ascensor de una obra en construcción que se encontraba rodeada por un cerco de madera de más de dos metros de altura con carteles que decían “Absolutamente prohibida la entrada”.

- Mientras tú te vistes - dijo Diana saliendo en dirección a la escalera trasera que llevaba a la cocina –, bajaré a ver qué comida puedo llevarle a Cole.

- ¿A quién? - preguntó Corey, distraída por el excitante pensamiento de encontrarse con Spencer.

- Para Cole Hamson. Ya sabes, el encargado de la caballeriza de los Hayward. Doug me comentó que Cole ha vuelto de sus vacaciones - explicó sonriendo y con voz algo entrecortada –. A menos que algo haya cambiado, le faltará comida, como siempre.

Corey la observó alejarse, inmovilizada por la inconfundible excitación que acababa de percibir en Diana. Su hermana jamás había dicho nada que indicara que sentía algo especial por el caballerizo de los Hayward, pero Diana no confiaba a los borbotones todos los sentimientos que se le pasaban por la cabeza, como lo hacía ella.

Una vez que el pensamiento de Diana y Cole se afianzó en la mente de Corey, no pudo sacárselo de la cabeza. En la ducha, mientras se lavaba la cabeza, trató de imaginar a Diana y a Cole como pareja, pero le resultó imposible. Era demasiado absurdo.

Diana era dulce, bonita y popular y podía elegir entre los muchachos ricos de su propia clase social, tipos como Spencer Addison, que jamás cometían errores sociales y que ya a los diecisiete o dieciocho años eran sofisticados y habían viajado por buena parte del mundo. Crecían en clubes de campo donde jugaban al golf y al tenis, y ya a los dieciséis usaban esmoquin hecho a medida.

Envuelta en una toalla, Corey se cepilló el largo pelo rubio, mientras trataba de entender cómo era posible que Diana pudiera preferir a alguien como Cole, que no poseía la educación ni el carisma de Spencer. Spencer quedaba divino cuando se ponía una chaqueta azul marino y pantalones color caqui, o pantalones blancos de tenis, o esmoquin. Hiciese lo que hiciera y se pusiese lo que se pusiera, Spencer Addison era un verdadero “príncipe azul” como su abuela muchas veces llamaba a los muchachos ricos de Houston. Con el pelo castaño desteñido por el sol, los ojos sonrientes color ámbar, y su apostura refinada, Spencer era buen mozo, educado y cálido.

Cole era lo opuesto a él en todo sentido. Tenía pelo negro, la cara tostada por el sol, facciones severas, y sus ojos grises eran fríos, del tono de un cielo tormentoso. Corey nunca lo había visto más que vestido con un par de jeans desteñidos y una remera y ni siquiera podía imaginarlo jugando al tenis con Diana en el club o bailando de esmoquin con ella.

Había oído decir que “los opuestos se atraen” pero en este caso las diferencias eran demasiado extremas. Era casi imposible creer que Diana la práctica, la dulce, pudiera sentirse atraída por el crudo atractivo sexual y por el machismo de Cole. No cabía duda de que el muchacho tenía un físico excelente, pero Diana era tan bajita y delicada que a su lado él parecería un monumento.

Por lo que Corey sabia, Diana jamás se había sentido atraída por nadie, ni siquiera por Matt Dillon o por Richard Gere. Parecía imposible que se le ocurriera enamorarse de un tipo como Cole, a quien no parecía importarle lo que se ponía ni dónde dormía. No porque hubiese nada de malo en su manera de vestirse ni de vivir; sólo parecía muy poco conveniente para alguien como Diana.

Con un par de broches en la mano, Corey hizo una pausa al recordar que Barb Hayward y las demás chicas tampoco compartían su indiferencia hacia Cole. En realidad, él era el objeto de muchas fantasías secretas y de una enorme cantidad de especulaciones. Barb creía que al lado de Cole todos los demás muchachos que conocían parecían peleles. Haley Vincennes lo consideraba “sexualmente atractivo”.

Corey estaba tan sorprendida que por un momento olvidó que esa noche vería a Spencer. Al recordarlo sintió esa aguda punzada de deseo y de fascinación que experimentó al verlo por primera vez, y que desde entonces seguía experimentando siempre.

Librodot

6

Corey estaba tan excitada que no pudo comer más que algunos bocados y cuando su abuelo hizo un comentario al respecto, la conversación se detuvo en la amplia mesa de roble de la cocina y todos, con excepción de Diana, se volvieron a mirarla, preocupados.

- Casi no has comido nada, Corey. ¿Te pasa algo, querida?

- No, no me pasa nada. Pero no tengo hambre - contestó ella.

- ¿Estás apurada? - preguntó su madre.

- ¿Por qué voy a estar apurada? - contestó ella con aire inocente.

- Porque no haces más que mirar tu reloj - contestó el abuelo.

- ¡Ah! Eso es porque esta noche Diana y yo pensamos ir a andar a caballo a lo de Hayward - dijo Corey, incómoda por tanto escrutinio - Doug tiene un caballo de polo nuevo y vamos a verlo trabajar en la pista. El señor Hayward la hizo iluminar para que se pueda usar de noche, durante las horas más frescas.

- ¡Un caballo de polo nuevo! - exclamó su padre con una sonrisa pícara al notar el peinado perfecto y el cuidadoso maquillaje de Corey –. Veo que quieres hacerle una buena impresión cuando lo veas por primera vez.

Para dejar contentas a todos, Corey se había puesto un gran bocado de pollo en la boca. Lo tragó y miró a su padre sonriente pero intrigada.

- ¿Por qué dices eso?

- Bueno porque tienes el pelo como si hubieras pasado el día entero en la peluquería, te has puesto labial en los labios y ese polvo rosado en las mejillas. - La estudió mejor y contuvo una carcajada. - ¿Y lo que veo en tus pestañas no es máscara?

- No me parece que tenga nada de malo arreglarse un poco de vez en cuando para una comida familiar, ¿no crees?

- ¡Por supuesto que no! - contestó Bob Foster enseguida. Simulando dirigir sus comentarios a su mujer, agregó: - Hoy almorcé en el club y me encontré con la abuela de Spencer. Estaba jugando al bridge en el salón de damas.

- ¿Cómo está la señora Bradley? - preguntó Diana enseguida. Desde chico, Spencer vivía con la abuela y Diana creía saber cuál era la intención de su padre. Tratando de ahorrarle a Corey las bromas inevitables, agregó:

- Hace meses que no la veo.

- La señora Bradley está muy bien. En realidad hoy la encontré de especial buen humor. Y el motivo era que...

Librodot

- Tiene una enorme energía para alguien de su edad, ¿verdad, mamá? - preguntó Diana.

Diana insistía en rescatar a Corey de las bromas familiares, pero su padre no cejó.

- El motivo de su buen humor es que Spencer le dio la sorpresa de venir a pasar el fin de semana para festejar con ella su cumpleaños.

- ¡Es un muchacho tan agradable! - dijo la abuela Rose –. ¡Tan encantador y generoso!

- Y tan aficionado al polo, también - agregó el abuelo dirigiéndole a Corey una mirada significativa –. Y es un gran amigo de los Hayward, ¿no es verdad? - Cuatro rostros se volvieron a mirar a Corey con idéntica expresión divertida. Sólo Diana se abstuvo de hacerlo. El probleme de esta familia es que todo el mundo presta demasiada atención a lo que los demás hacen y piensan.

- En eso tienes razón - dijo la abuela. Le dio una afectuosa palmada a Corey en el hombro y se puso de pie para ayudar a Glenna a levantar la mesa.

- No hace bien comer con nervios en el estómago. ¿Por qué no corres a tu cuarto y te arreglas el labial para que esté tan lindo como cuando bajaste?

Aliviada, Corey se levantó y llevó su plato al lavadero; después subió a su dormitorio. Por sobre el hombro le dijo a Diana:

- Te propongo que salgamos dentro de quince minutos.

Diana asintió, pero pensaba en Cole.

- Abuela - dijo –, ¿puedo llevar las sobras del pollo a los de Hayward?

La abuela dijo de inmediato que sí, pero en la mesa la madre, el padre y el abuelo intercambiaron miradas sobresaltadas.

- Diana - dijo Robert Foster, sorprendido –, ¿qué van a hacer los Hayward con nuestras sobras de pollo?

- No es para ellos - contestó Diana mientras abría la heladera, de la que sacó varias manzanas y naranjas –. Son para Cole.

- ¿Cale? ¿Qué Cole?

Diana lanzó una carcajada.

- No te preocupes, no son para tu amigo Cole Martins - explicó, refiriéndose a un rico ranchero amigo de su padre. Mientras continuaba hablando abrió la puerta de la despensa y estudió su contenido.

- Este Cole trabaja en la caballeriza de los Hayward y también vive allí. Pero está muy delgado y no creo que quiera “malgastar” en comida el poco dinero que tiene.

- ¡Pobre viejo! - dijo el abuelo, lleno de compasión por los problemas de los ancianos.

- No es viejo - aclaró Diana, distraída mientras estudiaba las hileras de frutas y verduras caseras envasadas - No le gusta demasiado hablar sobre sí mismo, pero sé que estudia en la Universidad y que tiene que trabajar para pagarse los estudios. - Diana miró por sobre el hombro a su abuela quien ya estaba colocando pechugas de pollo y verduras hervidas en un amplio recipiente. - Abuela, ¿puedo llevarle algunos de tus frascos de duraznos en conserva y también algunos de estos dulces?

- Sí, por supuesto que puedes. - La señora Britton se limpió las manos en un repasador y entró en la despensa para ayudar a Diana. Bajó una bolsa de papel dentro de la que colocó tres frascos de cada cosa.

- La última vez que le llevé un poco de tu dulce de frutillas a Cole - agregó Diana –, dijo que era más rico que los caramelos, y eso que se vuelve loco por los caramelos.

Fascinada por el elogio de ese desconocido hambriento, la señora Britton agregó otros cuatro frascos de dulce de frutillas, luego se dirigió a la mesada de la cocina.

- Si le gustan los dulces, debe probar algunas de estas galletas. No tienen azúcar y casi nada de grasa, así que son muy sanas. - Apiló media docena sobre un plato. - ¡Ah! Y también debería probar algunos de estos “brownies” que hice ayer.

Cuando tomó una segunda bolsa de papel y se encaminó de regreso a la despensa, Diana la detuvo.

- No quiero que crea que se lo llevo como un acto de caridad, abuela. - Sonrió como disculpándose y agregó: - Lo tengo completamente convencido de que tú eres una especie de adicta compulsiva y que lo único que haces es preparar conservas y que después de cada comida siempre nos quedan pilas de sobras.

EI abuelo se acababa de levantar para servirse otra taza de café y sonrió ante el invento de Diana. Le rodeó los hombros con un brazo y dijo:

- Debe creer que vivimos desperdiciando todo.

- Estoy convencida de que es lo que cree - contestó Diana, sin darse cuenta de que sus padres la miraban con una fascinación que apenas podían ocultar - Me pareció que era mejor permitir que creyera eso en lugar de sentirse un caso de caridad - explicó con una sonrisa mientras levantaba la pesada bolsa de papel y la sostenía con ambos brazos.

- Hasta esta noche, ni siquiera he oído nombrar a ese muchacho - dijo su padre de repente -¿Cómo es?

- ¿Cómo es? Es... bueno... es distinto a cualquiera de los otros muchachos que conocemos.

- ¿Distinto en qué sentido? - preguntó su padre –. ¿Distinto porque es un rebelde, un renegado, o un descontento?

Diana lo pensó desde la puerta de la cocina, mientras pasaba la pesada bolsa al otro brazo.

- Tal vez sea un renegado, pero no en un mal sentido. Es... - los miró a todos antes de agregar; - Especial. Es simplemente especial. No les puedo explicar por qué ni cómo, pero sé que lo es. No se parece al resto de los muchachos que conozco. Parece mucho mayor, más mundano. Es... es distinto a todos los demás - terminó diciendo. Luego les hizo un alegre saludo con la mano, tan ansiosa por ponerse en marcha que no notó las miradas especulativas que intercambiaba el resto de su familia. - Adiós a todos.

Después de algunos instantes de silencio, el padre miró alternativamente a su mujer y a sus suegros.

- Sucede que me gustan los demás muchachos que ella conoce.

- Pero éste es distinto - dijo la abuela.

- Justamente por eso estoy convencido de que no me gustará.

- Robert - lo tranquilizó su mujer –, éste es el primer muchacho por el que Diana muestra interés y te sientes un poco celoso. Actuaste de la misma manera el año pasado, cuando Corey empezó a hablar todo el tiempo sobre Spencer.

- Pero ahora ya estoy acostumbrado - diio él, un poco disgustado - Ni siquiera en mis sueños más locos pensé que su enamoramiento con Spencer duraría más de un mes. Ya ha durado un año y en lugar de mejorar es cada vez peor.

- Cree estar enamorada de él - dijo Mary Foster.

- Creyó estar enamorada de él la noche que lo conoció. Ahora está convencida de que quiere casarse con él. ¿Han estado últimamente en el dormitorio de Corey? Ha empapelado las paredes con fotografías de ese muchacho. Convirtió el cuarto en una especie de santuario. Es una completa ridiculez.

El abuelo Britton compartía parte del disgusto de su yerno al ser reemplazado por otros hombres en la vida de sus nietas.

- A Corey se le pasará. No le durará. Las chicas no se enamoran a los catorce años, sólo creen que están enamoradas.

Su mujer tomó un lápiz para darle los toques finales a un diseño simple, pero elegante, que estaba creando para bordear los azulejos del baño de huéspedes.

- Henry, yo me enamoré de ti a los catorce años.

Robert Foster había perdido el hilo de la conversación. Miró la puerta por donde acababa de salir Diana y dijo:

- ¿Fue sólo idea mía o alguno de ustedes también pensó que Diana se ruborizaba mientras hablaba de ese caballerizo?

- Caballerizo no, estudiante universitario - lo corrigió Mary en voz baja; apoyó una mano sobre la de su marido y le dio un apretón tranquilizador. Robert se calmó y sonrió avergonzado. - Lo que pasa es que tengo grandes planes para esas chicas. No quiero que las absorban los muchachos demasiado pronto y que no se den cuenta de todo lo que perderán si se casan muy jóvenes.

- No forjes planes para Corey - aconsejó la abuela con sequedad - Porque ella ya tiene sus propios planes. Quiere casarse con Spencer, y quiere convertirse en una famosa fotógrafa.

- Espero que no en ese orden - dijo Robert.

La abuela ignoró el comentario de su yerno.

- En cuanto a Diana, la veo convertida en una diseñadora de interiores, o tal vez en arquitecta o escritora. Tiene mucho talento para todas esas cosas, pero no parece demasiado ansiosa por ser ninguna de ellas. Me desespera ver a chicas como ella desperdiciando sus dones.

- Su principal don no se desperdiciará - la contradijo Robert. Y cuando todos lo miraron expectantes, agregó con orgullo: - Tal vez haya heredado la vena artística de su madre, pero posee mi inteligencia. Con el tiempo encontrará su propia manera de usarla. Siempre le han interesado los negocios.

- Los negocios son una gran cosa - dijo Mary asintiendo con una sonrisa.

- Los negocios son una cosa maravillosa - dijo el abuelo Britton.

Las mujeres se miraron y ambas se pusieron de pie.

- Sólo queda media hora de luz, mamá. Me gustaría que me dieras algunos consejos sobre la distribución de las mesas.

La señora Britton vaciló y miró a su marido y a su yerno.

- ¿Están seguros de que no quieren frutillas frescas con yogurt como postre?

- No podría comer un sólo bocado más - dijo el señor Foster.

- Yo tampoco - acató Henry Britton mientras se palmeaba el estómago para indicar que no le quedaba capacidad alguna –. Tienes razón con respecto a estas comidas naturales con pocas grasas, Rosie. Una vez que uno se acostumbra a ellas, satisfacen mucho. Ese pollo estaba riquísimo. Ustedes chicas pueden salir a hacer lo que tengan que hacer.

Los dos hombres permanecieron allí sentados en un silencio inocente, escuchando el sonido de la puerta trasera que se abría. En cuanto la puerta se cerró detrás de sus mujeres, ambos se pusieron de pie. Robert Foster se dirigió derecho hacia el congelador, del que sacó un recipiente con helado de vainilla, mientras que Henry Britton se apresuró a abrir la puerta de una alacena de donde sacó una tarta de manzanas comprada esa tarde por Glenna quien la había ocultado allí para ellos.

Henry cortó la tarta y miró al otro conspirador.

- ¿Un trozo grande o mediano? - le preguntó a su yerno.

- Grande.

Henry cortó dos importantes trozos de tarta y los colocó con cuidado sobre los platos mientras que Robert hundía una cuchara en el recipiente del helado y sacaba importantes porciones.

- ¿Una cucharada o dos, Hank?

- Dos - contestó Henry.

Ambos miraron a Glenna que se movía con aire eficaz por la cocina, poniendo orden.

- Eres una santa, Glenna.

- Soy una traidora.

- Mientras yo viva tienes un trabajo seguro - prometió Robert con una sonrisa.

- Las esposas de ustedes me despedirían si supieran lo que me obligan a hacer.

- Pero nosotros te volveríamos a tomar enseguida - aseguró Henry, cerrando los ojos para saborear el sublime gusto prohibido de azúcar y grasas. Miró a su yerno, cuya expresión de contento absoluto era idéntica a la suya.

- Creí que esta noche, Mary y Rose nunca iban a dejarnos solos aquí. Temí que tendríamos que esperar hasta que se durmieran para hacer un viaje a la cocina.

Afuera, en el parque, Mary estaba de espaldas a la ventana de la cocina hablando de la manera de ubicar las mesas para la comida de la noche siguiente.

- Creo que deberíamos conseguir que Henry y Robert nos ayuden - dijo Rose.

- Todavía no - contestó Mary con sequedad –. No han terminado su postre.

Rose, indignada, puso los brazos en jarras.

- ¿Y esta noche qué es?

- Tarta de manzanas.

- Deberíamos despedir a esa Glenna. Antes de irse, Conchita la mantenía fuera de la cocina.

Mary suspiró resignada y meneó la cabeza.

- Glenna no hace más que acatar órdenes. Además, si la despidiéramos, ellos la volverían a tomar. Aparte de los postres con los que nos engañan, hemos conseguido ponerlos a dieta de bajas calorías y sé que Robert la sigue durante el desayuno y el almuerzo. - Empezó a colocar una pesada mesa en su lugar, moviéndola de a poco por vez, y Rose comenzó a ayudarla.

- Ayer el médico le dijo que su colesterol por fin empieza a bajar - agregó Mary.

- ¿Y su presión arterial?

- Ni me lo preguntes.

Librodot

Librodot

7

La pista estaba ubicada en una suave pendiente, a treinta metros a la derecha de las caballerizas. La rodeaba un cerco blanco, bajo. Y en ese momento se encontraba iluminada por enormes lámparas de mercurio colocadas sobre altos postes que la iluminaban casi tanto como la luz del día y que, en contraste, dejaban todo lo demás en penumbras.

Desde su ubicación justo fuera de la caballeriza, Diana vio que Spencer desmontaba y comenzaba a hacer caminar al hermoso caballo alrededor de la pista para refrescarlo. Corey caminaba a su lado y él le dijo algo que la hizo reír. Diana sonrió de placer al comprobar que la noche de su hermana estaba resultando tan exitosa. En lugar de tener que compartir a Spencer con Doug y Barb Hayward además de alguna de las inevitables e innumerables amigas de Spencer, Corey estaba a solas con él. A último minuto, los Hayward recordaron que ese día era el cumpleaños de un pariente a cuya fiesta asistieron y Spencer era el único que estaba en la pista.

Para Diana, la velada tampoco había sido mala. Tuvo a Cole enteramente para ella. Conseguir verlo con la mayor frecuencia posible sin que nadie se diera cuenta de lo que ella sentía, era una de las cosas más difíciles que le tocó hacer en la vida. Casi tan difícil como esconder los sentimientos que él le inspiraba, que eran un secreto para él y para todo el mundo.

Casi todas las amigas de Barb estaban locamente enamoradas de él. Cole era alto, bronceado, tenía hombros anchos y caderas angostas. Vestía un par de jeans cómodos y una camisa de mangas cortas que dejaban entrever su cuerpo musculoso y fuerte que exudaba poder y un enorme atractivo sexual. Su completa falta de estatus social, su falta de dinero y su trabajo humilde en la caballeriza lo convertían en un imposible para todas. Lo cual lo hacía en infinitamente más atractivo.

Cole se negaba a hablar acerca de sí mismo con ellas, gracias a lo cual resultaba un ser misterioso y aún más fascinante.

Era inalcanzable, lo cual lo hacia más deseable.

Era inmune a la hermosura, el dinero y los ardides de todas esas chicas. Y eso lo convertía en un desafío.

Ya que no había manera de lograr que Cole hablara de sí mismo, todas dedicaban horas interminables a especular acerca de la familia y los amigos que había dejado en su pueblo, e inventaban calamitosas experiencias que pudieran haberle hecho enterrar o querer olvidar su pasado. Hacían todo lo posible por llamarle la atención, desde tratar de flirtear con él, hasta ponerse los pantalones más ajustados y las blusas más reveladoras, o pedirle que examinara inexistentes torceduras de tobillos o muñecas lastimadas, o pretendían caer contra él cuando desmontaban.

Librodot

Una por una, Diana había observado las reacciones de Cole ante los intentos de cada chica para flirtear con él, y pronto comprendió que cuanto más descarado era el intento, mayor era su desagrado. Las transgresoras más leves eran tratadas como criaturas, sujetas a una abierta burla y a las que hablaba con una condescendencia y un aire de superioridad que lograban que ellas se retorcieran. Las transgresoras más osadas recibían un castigo mucho más difícil de soportar: eran sujetas a semanas de un trato frío y distante. Por desgracia, ambas tácticas de Cole exigían que las chicas encontraran maneras de volver a granjearse su simpatía, lo cual lo convertía en un ser aún más poderoso y deseable.

En un momento o en otro, todas las chicas que montaban en lo de Hayward declaraban que Cole había dicho o hecho algo que indicaba que abrigaba un secreto interés por ellas. En abril de ese año, nueve de las chicas hicieron una apuesta de diez dólares cada una; la ganadora sería la primera en recibir un beso de Cole. Diana se abstuvo de participar, declarando que él no la atraía, pero se ofreció a ser la tesorera del dinero de las apuestas, y oró en silencio, rogando no tener que entregar el botín a ninguna ganadora.

A principios de esa primavera, Barb declaró que, desde la noche anterior, ella era la ganadora de la apuesta. Durante media hora, les proporcionó a sus amigas docenas de detalles titilantes, imaginativos e improbables acerca de la naturaleza del beso y de la calidad de las subsiguientes caricias.

Justo en el momento en que Diana pensó que vomitaría si tenía que escuchar otra descripción de la postura física de ambos, Barb se dejó caer sobre la cama y estalló en carcajadas.

- ¡Que la inocencia les valga! - exclamó y de inmediato la rociaron con manojos enteros de palomitas de maíz como castigo por la broma.

A pesar de lo mal que se sintió Diana antes de que Barb admitiera que todo era una broma, ni su expresión ni sus palabras traicionaron lo que sentía. Ni en ese momento ni en el presente.

Miró por sobre el hombro y vio que Cole llenaba de comida el balde del último de los boxes, y supo que en pocos minutos saldría a reunirse con ella. Sabía mucho más acerca de él que el resto de las chicas, porque era la única que había pasado largos ratos conversando con él.

Sabía con exactitud la forma en que el sol convertía su pelo en un ébano lustroso, había visto la manera en que su sonrisa súbita suavizaba los planos duros de su rostro y convertía sus ojos en plata líquida; había sentido las manos de Cole en su cintura cuando se le acercaba por detrás y en broma la levantaba del piso para sacarla de su camino. Escuchó la furia de su voz cuando arrastró afuera a uno de los amigos de Doug que estaba fumando dentro de la caballeriza y lo acusó de crear el peligro de un incendio que sería fatal para los caballos.

También lo vio ayudar a parir a una gata, mientras murmuraba suaves palabras de aliento a la madre, y lo vio revivir a un gatito que parecía haber nacido muerto, masajeándolo con los dedos.

En realidad, pudo experimentar algunas de las fantasías con las que el resto de las chicas sólo soñaba, pero había dos enormes diferencias entre Diana y las demás: ella era lo suficientemente inteligente como para no querer convertir *sus* fantasías en realidad, y lo suficientemente inteligente para comprender y aceptar que esa amistad fortuita que compartía con Cole era lo único que habría jamás entre ellos.

Librodot

Comprendía que nunca sabría lo que se sentía cuando él apoyaba la boca sobre la de una muchacha, o cuando sus brazos la rodeaban y la apretaban contra sí. Lo aceptaba todo sólo con un poco de pesar. Porque también era lo bastante inteligente como para saber que si él alguna vez se decidía a besarla, lo más probable sería que ella no pudiera ni supiera controlarlo.

Sin duda Cole no se molestaría en pronunciar palabras suaves ni en ensayar estrategias; esperaría que ella fuese su igual en todo sentido. Pero Diana no lo era, y lo sabía. A pesar de no ser irremediablemente cándida comparada con él, era difícil que hubiera dos personas más distintas que ellos.

Cole era franco, directo, temerario y poco complicado. Diana era reservada, cauta y desesperadamente correcta. Él era motocicletas, blue jeans y gastados bolsos de lona, y una enorme necesidad de abrirse camino por sí mismo en la vida. Ella era BMW, vestidos elegantes, conjuntos de equipaje haciendo juego, y una necesidad de permanecer en caminos pavimentados y suaves.

A pesar de su filosófica comprensión de la situación, Diana lanzó un suspiro al observar a Corey y a Spencer caminando juntos. Al perseguir a Spencer Addison, Corey se arriesgaba a la desilusión y a la infelicidad, pero estaba dispuesta a correr todos los riesgos. Diana no podía y se negaba a hacerlo.

Cole terminó de dar de comer a los caballos y se le acercó en silencio.

- Espero con sinceridad que todos tus suspiros no se deban a Addison - dijo con sequedad.

Diana sufrió un sobresalto, se sintió culpable y todos sus sentidos reaccionaron de inmediato ante la cercanía de Cole. Su voz sonaba tan oscura y sensual como la noche; olía a jabón y a heno fresco; parecía alzarse amenazante de su lado: tan indomable como las montañas del oeste de Texas.

- ¿Qué quieres decir con eso?

Cole se colocó junto a Diana, apoyó un pie sobre el alambre más bajo del cerco y señaló con la cabeza a la pareja que se les acercaba.

- Me refiero a que no me gustaría ver que nada se interpusiera entre tú y Corey. Ustedes dos están más cerca que cualquier par de hermanas de sangre que haya conocido, y es obvio que Corey quiere a Spencer para sí.

- ¿Tan obvio es? - preguntó Diana mientras lo miraba en la oscuridad y trataba de no notar que la manga de la camisa de Cole entraba en contacto con su antebrazo.

- Al principio no. Cuando él anda cerca, hay que observarla alrededor de treinta segundos para adivinar lo que ella está pensando.

Incómoda con el tema e imposibilitada de pensar en otra cosa cuando él estaba tan cerca, Diana siguió la dirección de la mirada de Cole.

- Spencer es un jinete fantástico - dictaminó.

Cole se encogió de hombros.

- No está mal.

Diana conocía a Spencer desde la infancia y no pudo dejar pasar esa duda sobre su capacidad.

- ¡No se trata de que no esté mal! ¡Está muy bien! Todo el mundo dice que podría convertirse en un jugador de polo profesional.

- ¡Vaya modelo! - dijo Cole en un tono de desprecio que ella no le había oído nunca - Un héroe de fútbol universitario, un jugador de polo profesional y además un conquistador de mujeres estilo Olímpico.

- ¿Por qué dices eso? - preguntó Diana, preocupada por Corey.

Él le dirigió una mirada irónica.

- Nunca lo he visto aquí sin una chica hermosa a su lado y dispensándole la misma clase de adoración que le están dispensando tú y Corey esta noche.

- ¿Yo? - preguntó Diana y se quedó mirándolo asombrada y casi sin poder contener la carcajada –. ¿Yo?

Cole le estudió el rostro.

- Por lo visto, no - admitió con una lenta sonrisa. Se volvió a mirar a Corey y a Spencer que en ese momento se dirigían con lentitud hacia la caballeriza. - Espero que Corey no termine con el corazón destrozado. Tiene un tremendo entusiasmo con Addison. Esta noche le sacó un rollo completo de fotografías.

- Eso no significa nada - mintió Diana –. Sabes bien que Corey toma muy en serio la fotografía. En este momento está trabajando en tomas en movimiento, y como Spencer montaba a caballo...

- Todavía no había montado, Diana.

- ¡Ah! - Diana se mordió los labios y luego preguntó, vacilante - ¿Crees que Spencer se da cuenta de lo que ella siente?

Cole sabía que la respuesta era un enfático “sí”, pero no quería preocupar a Diana y ahora que sabía que ella no formaba parte del ejército de admiradoras de Addison, tuvo la caridad necesaria de concederle cierto crédito a Spencer.

- Si lo sabe, no le debe resultar enojoso o bien es demasiado caballero para herir los sentimientos de tu hermana. - Cole apoyó ambos codos sobre la valla y durante algunos minutos, él y Diana cayeron en un silencio agradable. Por fin Cole dijo: - Si no se trata de Addison, ¿quién es el último tipo que ha hecho palpitar con fuerza tu corazón?

- George Sigourney - bromeó Diana.

- ¿Y ese Sigourney es un jinete como Addison? ¿O sólo un niño bien y rico?

- Sucede que el señor Sigourney es el decano de admisiones de la Universidad Metodista del Sur... y como acaba de firmar mi pedido de admisión, hizo palpitar con fuerza mi corazón.

Librodot

- ¡Qué maravillas, Diana! - la interrumpió él con una sonrisa que casi le detuvo el corazón -¿Por qué no me lo dijiste antes?

"Porque cuando estoy contigo nada es más importante", pensó Diana.

- Estaba esperando que llegara el momento indicado - contestó.

Él le dirigió una mirada intrigada, pero no discutió.

- ¿Has decidido qué carrera seguirás?

Cuando ella hizo un movimiento negativo con la cabeza, él adoptó el tono condescendiente del adulto anciano que aconseja a una criatura.

- No te preocupes. Tienes tiempo más que suficiente para decidir todo eso.

- Gracias - contestó Diana con una sonrisa –. ¿Y qué me dices de ti? ¿Ya has decidido lo que quieres ser cuando crezcas?

Ante la pregunta impertinente, Cole lanzó una risita.

- Sí - contestó.

- ¿Qué?

- Rico - replicó él con absoluta convicción.

Diana estaba enterada de que seguía una carrera de finanzas, pero no conocía en detalle *sus* objetivos.

- ¿Tienes algún plan en mente?

- Tengo algunas ideas.

En la pista de equitación, Spencer volvió el caballo hacia la caballeriza y aún antes de que él dijera nada, Corey supo que se le acababa de terminar el tiempo que pasaría con él ese día.

- Me tengo que ir - dijo Addison. Corey trató de pensar en algo inteligente o agudo para decir, pero cuando él estaba cerca, casi ni podía pensar. - Le prometía a Lisa que la pasaría a buscar a las nueve - agregó Spencer.

- ¡Ah! - exclamó ella, deprimida por esa nueva información - Lisa.

- ¿No te gusta? - preguntó Spencer, sorprendido.

A Corey la maravilló lo densos que eran los hombres. Ella odiaba a Lisa Murphy y Lisa le retribuía idénticos sentimientos.

Un mes antes, la familia de Corey había asistido a una muestra de equitación, cerca de San Antonio, y Corey se sorprendió y fascinó al encontrarse allí con Spencer. Como tenía la cámara consigo, pudo sacar algunas excelentes fotografías de Spencer y también de los caballos. Cuando Lisa condujo su caballo de regreso a la caballeriza después de haber ganado una cinta azul en la categoría de caballos para uso deportivo, Spencer la acompañaba y, por supuesto, Corey los siguió a una prudente distancia con la esperanza de verlo un rato más.

La enorme caballeriza estaba atestada de caballos, palafreneros, entrenadores, propietarios y jinetes y Corey tuvo la seguridad de que no notarían su presencia. Simuló que estudiaba los caballos y fue avanzando con lentitud, deteniéndose sólo de vez en cuando para conversar con algún jinete. Se encontraba casi frente al box del caballo de Lisa cuando Spencer pasó junto a ella. Iba a comprar una Coca para su compañera del día. Corey le dio la espalda con rapidez y él no la vio, pero Lisa sí. Salió del box de su caballo y se acercó a Corey como una tromba.

- ¿Por qué tienes que ser una peste tan grande? - explotó en voz baja pero amenazadora. -¿No te das cuenta de que estás haciendo el papel de tonta persiguiendo a Spencer por todas partes? ¡Y ahora vete y no vuelvas a acercarte a él!

Humillada y furiosa, Corey volvió a la pista y se reunió con su familia, pero a pesar de todo mantuvo la cámara lista por si volvía a ver a Spencer. Lo cual resultó una gran cosa porque, aunque no vio a Spencer, en la vuelta siguiente vio a Lisa caer del caballo. Cuando Lisa aterrizó de traste sobre la tierra, habiendo perdido el sombrero y con el pelo cubriéndale la cara, Corey aprovechó la oportunidad para sacarle varias fotografías. Una de ellas llegó a ser su favorita, hasta el punto de que pasó a ocupar un lugar en su dormitorio.

Como Spencer seguía esperando una respuesta, Corey se encogió de hombros y dijo con tranquilidad:

- Lisa no es mi preferida entre tus amigas.

- ¿Por qué no?

- Tal vez te parezca que el motivo no es importante.

- Me interesa conocerlo.

- Está bien, ¡es más malvada que una víbora de dos cabezas!

Al oírla, Spencer rió y en un poco habitual gesto de abierto afecto, le rodeó los hombros con un brazo y se los apretó. Corey sabía que era un abrazo fraternal, pero estaba en un estado de éxtasis tal que casi pasó por alto un cuadro revelador: Diana estaba de pie junto a la valla al lado de Cole y el brazo de él estaba tan cerca del de ella que casi se tocaban. Y lo que es más, Diana y el poco comunicativo palafrenero de los Hayward parecían completamente absortos en la conversación.

Más temprano, la situación le había parecido, pero verlos juntos de esa manera la convenció de que por diferentes que parecieran, o por lo bien que hubiera escondido Diana sus sentimientos, estaba enamorada de Cole. Enseguida Corey se devanó el cerebro para buscar alguna manera de prolongar el tiempo que pudieran estar juntos y en el proceso se le ocurrió una estratagema que a la vez permitiría que ella estuviera un poco más con Spencer.

- Spencer - pidió de repente –. ¿Me podrías llevar hasta casa?

Él miró primero a la pareja que se encontraba junto a la valla y luego la miró a ella.

- ¿Diana no te llevará a tu casa cuando se vaya?

- Ése era el plan - admitió Corey antes de dirigirle una sonrisa conspiradora y de señalar a su inocente hermana con un movimiento de cabeza - Lo que pasa es que no me gustaría estropearles la noche.

Spencer miró a Corey y enseguida a Diana y a Cole y su expresión pasó de la incredulidad a un divertido escepticismo.

- ¿Supongo que no estarás implicando que Diana está interesada en Cole Harrison, verdad?

- ¿Te parece imposible?

- Sí.

- ¿Por qué? ¿Porque él trabaja en una caballeriza? - Corey contuvo el aliento, con la esperanza de que su ídolo no tuviera el defecto de ser un esnob.

- No, no se trata de eso.

- ¿Entonces por qué no te parece posible?

Él miró a Diana y meneó la cabeza a la vez que lanzaba una risita.

- No puedo creer que no te hayas dado cuenta de que Diana es la última muchacha que pueda interesarse en un tipo morocho, obsesivo y vulgar. Entre otras cosas porque la intimidaría.

- ¿Por qué estás tan seguro? - Preguntó Corey a pesar de que ella pensó lo mismo esa tarde, cuando sospechó por primera vez cuáles eran los sentimientos de Diana.

- Por mi superior conocimiento de las mujeres - contestó él en una insoportable demostración de arrogancia masculina –, combinado con una excelente perspicacia.

- ¡Perspicacia! - exclamó Corey indignada al pensar en la forma en que Lisa Murphy le estaba clavando las garras a él –. ¿Cómo es posible que hables de perspicacia cuando crees que Lisa Murphy es una maravilla?

- Estamos hablando de Diana, no de Lisa - le recordó él en un tono amable pero firme.

Dado que era evidente que Spencer no creería que Diana estaba románticamente interesada en Cole, Corey pensó con rapidez en algún otro motivo que explicara por qué Diana debía quedarse y Spencer llevarla a ella a *su* casa. Por fin murmuró la única explicación que se le ocurrió.

- Está bien, pero si me obligas a decirte más que esto arruinarás la sorpresa: hace un par de años a Diana la tiró un caballo, y desde entonces ha tenido miedo de volver a montar.

- Eso ya lo sé.

Corey hizo un esfuerzo por no apartarse demasiado de la verdad y continuó diciendo:

- Y Cole la ha estado entusiasmando para que monte, pero ya sabes como es Diana... no le gusta que nadie se dé cuenta de que está nerviosa o que tiene miedo...

Spencer de repente entendió y sonrió.

Librodot

- ¡Así que Diana recibe lecciones privadas de equitación! - exclamó llegando a la conclusión apropiada aunque incorrecta –. ¡Me parece fantástico! - Señaló con la cabeza su jeep Cherokee blanco mientras se acercaban a la pareja que estaba en la valla - Reúne tus cosas y te dejaré en tu casa.

Corey asintió y se apresuró a adelantarse con la esperanza de impedir que Diana se opusiera y le estropeara los planes.

- Dice Spencer que me llevará hasta casa - dijo mientras le dirigía a Diana una mirada suplicante que fue tan evidente que Cole tuvo que sofocar una sonrisa - Así tú podrás quedarte aquí todo lo que quieras.

Diana se quedó mirándola, consternada y avergonzada. Sin Corey como excusa, ella no podía ni quería seguir permaneciendo allí con Cole, y sin embargo le resultaba imposible impedir que Corey regresara a su casa con Spencer.

- Está bien - dijo, decidida a salir de allí en cuanto ellos se fueran.

Mientras Cole tomaba las riendas del caballo y llevaba al más reciente residente de la caballeriza a su box, Diana se quedó mirando subir al auto a su hermana y a Spencer. Esperó hasta que las luces de posición del jeep se perdieran en una curva y enseguida entró en la caballeriza a buscar su cartera y las llaves del auto. En el extremo del largo pasillo, Cole estaba vaciando sobre la mesada de su cocina la bolsa de alimentos que ella le había llevado y Diana se le acercó a despedirse.

- Gracias por la compañía - dijo.

- Todavía no te puedes ir - le previno Cole y a Diana el corazón le dio un salto dentro del pecho - Si te vas demasiado pronto, terminarás pasándolos por el camino - agregó él con una sonrisa conspiradora - Eso le provocaría una gran contusión a Addison y avergonzaría a Corey. ¿Por qué no te quedas y compartes conmigo un poco de esta comida?

Diana pensó que podía evitar un encontronazo con Spencer y con Corey si tomaba una ruta diferente hacia su casa, pero como sin duda era algo que no se le había ocurrido a Cole, aceptó su invitación con una sonrisa feliz.

- Yo ya comí, pero te acompañaré con algo dulce como postre.

- Podríamos comer poniéndonos los platos sobre las faldas - propuso él, descartando el escritorio de su cuarto por considerarlo un lugar poco apropiado.

- Yo pensaré en alguna otra cosa - dijo Diana regresando al corredor.

Mientras calentaba el pollo y las verduras, Cole terminó de sacar el resto de las cosas de la bolsa. Después llenó su plato con las exquisitas sobras y salió de la pequeña cocina.

- Todo listo - dijo Diana, enderezándose y apagando las luces principales –. Pero créeme que con un poco menos de luz esto quedará mucho mejor. - Mientras hablaba apagó las resplandecientes luces del corredor y el efecto logrado sobresaltó a Cole.

En menos de diez minutos, Diana acababa de convertir tres fardos de pasto y un tablón de madera en una mesa iluminada por lámparas y cubierta por la toalla de playa a cuadros colorados, amarillos y anaranjados que siempre llevaba en el baúl del coche. Frente al tablón ubicó un banco rústico. En el centro de la mesa, entre dos lámparas de keroseno, colocó un viejo bol de acero inoxidable lleno de hermosas hojas de hibiscus con sus vívidos capullos anaranjados.

- Esto es muy lindo - dijo Cole.

Diana se encogió de hombros sin darle importancia.

- Mi madre y mi abuela están convencidas de que la atmósfera y la presentación son el setenta por ciento del buen gusto de una comida.

- Y es posible que tengan razón - contestó Cole mientras colocaba su plato y un recipiente con dulces en la mesa improvisada y se instalaba sobre un fardo de pasto. El concepto de “presentación” tal como se aplicaba a la comida le era completamente desconocido. Tenía mucho que aprender acerca de los innumerables detalles y refinamientos de los ricos y famosos, pero en ese momento le preocupaba más ganar mucho dinero que dominar el lustre social que luego necesitaría acompañar a su fortuna, - Estoy impresionado - señaló mientras se instalaba sobre un fardo.

Diana se sentó en el fardo a la izquierda de Cole.

- ¿Por qué? - preguntó tomando un pequeño bizcocho dulce.

- Porque eres notable. - Cole no tenía intenciones de decirlo en voz alta, pero era cierto. Entre otras cosas, Diana era inteligente y elegante. Era suave para hablar y sorprendentemente ingeniosa, pero con un ingenio tan sutil y una voz tan dulce y musical que su sentido del humor siempre lo tomaba desprevenido o casi le pasaba desapercibido. Pero lo que más le gustaba en Diana Foster era la democrática imparcialidad que le demostraba a él, un simple palafrenero.

Le hablaba con un genuino interés amistoso y sin embargo sin el menor dejo de flirteo. En los años que hacía que trabajaba para la familia Hayward, casi todas las amigas adolescentes de Barbara le habían hecho alguna clase de insinuación, todas las cuales él esquivaba con prudencia. Las tácticas de las chicas muchas veces eran descaradas, por lo general transparentes y con frecuencia, divertidas. Lo que le resultaba más irritante era que esas jóvenes mujeres fatales parecían creer que podían tratar de seducir a un “ser inferior” sin el menor riesgo de repercusiones.

Lo que les hacía falta, en su opinión, era una buena paliza, aunque ahora, en el caso de que los padres se sintieran inclinados a hacerlo, ya sería demasiado tarde.

En eso, como en todo lo demás, Diana Foster era una maravillosa excepción. Siempre, casi desde el primer encuentro con ella, Diana le resultó una agradable sorpresa y en ese momento estaba más sorprendido que nunca al notar que su sincero cumplido le provocaba una reacción de vergüenza. En lo que Cole sabía era un intento de evitar su escrutinio, llamó a uno de los gatitos que, juntos, habían ayudado a nacer, y el animalito le saltó sobre la falda.

- ¡Cómo has crecido, Samantha! - exclamó mientras lo tomaba en brazos y le ofrecía un trozo de galleta. Un perro blanco y negro de baja estatura, pelo largo y ningún lazo discernible con ninguna raza existente sobre la Tierra, había estado toda la noche a sus pies, y Diana también le ofreció un trozo de galleta, le dio su recompensa.

- ¿Cuántos perros y gatos propios tienes? - preguntó Cole mientras la observaba acariciar el pelo enredado del perro como si fuese marta sibelina.

- En casa no tenemos gatos ni perros.

Cole quedó estupefacto. Cuando nacieron los gatitos, Diana jugó con ellos, se preocupó por ellos y por fin se las arregló para conseguirles casa a todos salvo Samantha, porque convenció a Cole que debía conservarla.

El invierno anterior apareció con un perro perdido en los brazos y también lo convenció de que lo conservara en la caballeriza.

- Yo te ayudaré a ponerle nombre - ofreció, mientras Cole seguía diciendo que no quería el animal - ¿Qué te parece si lo llamamos Luke?

- Tiene más aspecto de Rover - acató Cole –. O de Bolsa de Pulgas.

- Pero una vez que esté limpio parecerá Luke. - Cole no pudo contradecir esos grandes ojos verdes de Diana. Levantó el perro, manteniéndolo alejado de su cuerpo y fue en busca de jabón antipulgas y de un recipiente para bañarlo. Por cierto que ese día supuso que ella ya debía haber agotado la cuota de animales perdidos que podía tener en su casa.

Aprovechó ese tema para ayudarla a sobreponerse a su repentino ataque de timidez.

- Gatita, ¿alguna vez alguien te dijo que la caridad bien entendida empieza por casa? - preguntó con sequedad utilizando el sobrenombre que le puso después de que ella lo convenció de que se quedara con Luke y con Samantha.

Diana depositó a Samantha en el piso y alzó a Luke a quien meció entre sus brazos. Después miró a Cole y le preguntó;

- ¿Qué quieres decir con eso?

- ¿Por qué tuve que terminar yo siendo el padre adoptivo de ese perro zaparrastroso, en lugar de haberlo adoptado tú? Por cierto que supuse que ya habías agotado tu cuota de animales perdidos en tu casa antes de convencerme a mí de que lo hiciera.

Ella se colocó en una posición que le permitía poder acariciar al mismo tiempo a Samantha y a Luke.

- Mi padre es terriblemente alérgico a los perros y a los gatos. En caso contrario - dijo dirigiéndose con cariño al perro –, ¡te habría llevado derecho a casa conmigo! Hasta habrías dormido en mi cama...

“¡Perro afortunado!” Las palabras se deslizaron con tanta suavidad por la mente de Cole, que en un principio éste no notó la dirección que acababan de tomar sus pensamientos. Observó el reflejo de la luz que bailoteaba detrás de Diana y que arrojaba sombras alegres que disipaban la oscuridad. Diana poseía esa misma habilidad para alegrar y hermosear todo lo que la rodeaba sencillamente por estar ahí. Algún día sería una mujer muy especial... y también muy hermosa, decidió Cole.

Tenía el pelo del color del cobre oscuro y con la textura de la seda pesada, y la piel muy suave. Durante el último año, cada vez que la veía le parecía más bonita que antes, con la piel más hermosa y los ojos más verdes. Sólo debia medir alrededor de un metro cincuenta y cinco, apenas le llegaba a los hombros, pero vistiendo un par de shorts amarillos y una remera al tono, tenía la figura de una pequeña diosa, de largas y bien formadas piernas, pechos generosos y cintura breve. Además, esos ojos y su manera de mirarlo lo tenían como hipnotizado. Cole miró las pestañas oscuras de Diana y fue bajando la vista hasta la suave forma de sus pechos, deteniéndose para contemplar la curva de sus mejillas y la suavidad de sus labios...

Entonces se dio cuenta de que estaba haciendo un inventario de los activos femeninos de una criatura inocente y se puso furioso por lo que había pensado... y querido.

- ¡Es ridículo que sigas negándote a montar a caballo! - dijo con brusquedad. Su tono de voz logró que el perro, la gata y la muchacha lo miraran consternados, pero Cole estaba tan furioso consigo mismo por haber pensado como un pervertido que mantuvo un tono duro. - ¿No tienes valor?

Diana no podía creer que le estuviera hablando así. Tuvo dos impulsos simultáneos, el de llorar y el de ponerse de pie y, con las manos en jarras, exigir una explicación. En lugar de hacer ninguna de las dos cosas, le dirigió una larga mirada y dijo en voz baja:

- No soy una cobarde. si a eso te refieres.

- No fue eso lo que te quise decir - contestó Cole, sintiéndose un cretino total. No cabía duda de que Diana Foster era una de las mujeres más valerosas, buenas e independientes que había conocido en su vida entera. - Si quieres que te diga la verdad, la primera vez que me caí de un caballo lloré como loco - mintió para hacerla sentir mejor.

- Yo no lloré - dijo Diana, silenciosamente fascinada por la imagen de un chiquito de pelo oscuro y rizado, que lloraba con los puños apretados contra los ojos.

- ¿No lloraste? - preguntó Cole en tono de broma.

- No, yo no. Ni cuando me rompí la muñeca ni cuando el doctor Paltrona me la enyesó.

- ¿No derramaste ni una sola lágrima?

- Ni una sola.

- ¡Qué valiente!

- Tampoco eso. - Suspiró. - En lugar de llorar, me desmayé.

Cole echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada pero enseguida se puso serio y miró a Diana con una expresión tan tierna que a ella comenzó a palpitarle desordenadamente el corazón.

- Nunca cambies - le pidió él con voz ronca –. Sigue siendo siempre igual a lo que eres ahora.

A Diana le costaba creer que esa noche era cierta, que Cole realmente le hablaba y la miraba de esa manera. Ignoraba qué lo habría producido pero no quería que terminara. Por lo menos todavía no.

- ¿Te parecería mal que creciera un poco? - preguntó en broma, pero temblorosa.

Echó atrás la cabeza y lo miró de una manera que inconscientemente lo invitaba a cubrir sus labios con los suyos y Cole lo notó.

- No, pero no cambies en ningún otro sentido - dijo, tratando de ignorar la pose provocativa de Diana –. Algún día llegará un tipo afortunado y se dará cuenta del tesoro tan poco común que eres.

El hecho de que él predijera con alegría que otro hombre conquistaría su corazón, fue suficiente para que Diana perdiera su sensación de felicidad. Se irguió y depositó al perro en el piso, pero la actitud impersonal de Cole no le provocó rencor. Además le interesaba genuinamente su opinión.

- ¿Y si yo no sintiera lo mismo por él?

- Lo sentirás.

- Todavía no ha sucedido. Soy la única chica que conozco que no está locamente enamorada de alguien y convencida de que él es la persona con quien se casará. - Levantó una mano y comenzó a contar sus amigas con los dedos. - Corey está enamorada de Spencer, Haley está enamorada de Peter Mitchell, Denise está enamorada de Doug Hayward, Missy está enamorada de Michael Murchison... - Hizo un movimiento de desagrado con la mano y agregó: - Podría seguir y seguir. Es una lista interminable.

Parecía tan deprimida que Cole se sintió en la obligación de alegrarla antes de cambiar de tema.

- ¡Vamos! Debe haber por lo menos otra chica de tu edad con suficiente sentido común para mirar más allá del presente y hacia el futuro - Aunque en su interior consideraba que Barbara Hayward era una cabeza fresca, notó que Diana no la había mencionado, de manera que se valió de ella para demostrar su punto de vista. - ¿Y qué me dices de Barb? ¿Con quién se casará ella?

Diana levantó los ojos al cielo en un gesto de disgusto.

- Con Harrison Ford.

- Es lógico - comentó Cole con sequedad.

- Y entonces estás tú - dijo Diana, deseando mencionar a Valerie aunque sabía que lo distraería y no seguiría pensando en ella.

- ¿Qué pasa conmigo?

Cole parecía tan perplejo que Diana comenzó a tener esperanzas. Durante las conversaciones que mantuvieron a lo largo de los últimos dos años, se enteró de la existencia de la hermosa rubia de Jeffersonville que estudiaba en la Universidad de Los Angeles. Sabía que ella y Cole se escribían y hablaban por teléfono varias veces por mes y que él conseguía verla de vez en cuando, por lo general durante las vacaciones de verano, cuando ella estaba en su casa.

- Me refería a Valerie.

Librodot

- ¡Ah! - Cole asintió con énfasis, pero el gesto fue tan poco informativo que la curiosidad y las esperanzas de Diana crecieron aún más.

- ¿Has tenido noticias de ella últimamente?

- La vi hace algunas semanas durante las vacaciones de primavera.

Diana tuvo una vivida y nada deseada imagen de Cole y Valerie haciendo el amor con pasión al aire libre y bajo las estrellas. De alguna manera, un escenario primitivo y al aire libre le parecía que correspondía más al aspecto vigoroso de Cole. En un momento de debilidad, Diana había pedido una copia del anuario de la Universidad por intermedio de la biblioteca de Houston. Por él se enteró de que Valerie, no sólo actuaba en las asociaciones juveniles, sino que salía con el capitán del equipo de fútbol de la Universidad. Aparte de eso era alta y hermosa, mayor que Diana y, sin duda, más mundana que ella. Tenía el rostro y los ojos de una princesa nórdica y una sonrisa que parecía salida de un aviso de dentífrico. Diarrea tuvo que hacer un esfuerzo por no odiarla. En realidad, lo único que Valerie no tenía eran buenas notas. Por lo menos eso era algo que Diana y Cole tenían en común. Él tenía un promedio de 9,5 y Diana también.

- ¿Qué tal fueron las notas de Valerie a fines de este semestre? - preguntó ella, dejándose llevar por un espíritu de competencia y odiándose por hacerlo.

- Está sujeta a un período de prueba.

- ¡Cuánto lo siento! - murmuró Diana –. ¿Quiere decir que tendrá que hacer cursos de verano y que no podrás verla cuando vayas a tu casa?

- Nunca voy a casa a menos que sea para verla a ella - contestó Cole.

Era lo que Diana suponía.

A pesar de que sabía relativamente poco acerca de la vida de Cole antes de su llegada a Houston, había conseguido averiguar que procedía de una ciudad de Texas llamada Kingdom City y que no tenía más familia que un tío abuelo y un primo cinco años mayor que él. Y pronto descubrió que sus intentos por enterarse de más detalles sólo le traían aparejadas contestaciones cortantes o un fin prematuro de la camaradería que reinaba entre ambos y que ella tanto atesoraba.

Cuando Cole se llevó la Coca a los labios, Diana observó el reflejo de las lámparas de kerosene sobre su cuello bronceado, y sobre el contorno firme de su mandíbula cuadrada, pero la llama era demasiado débil para iluminar su pelo oscuro y espeso.

Abrigaba la esperanza de que Valerie apreciara la lealtad y devoción de Cole, y esperaba que *su* novia no tratara de convertirlo en un perro labrador, manso y lustroso, en lugar de permitir que siguiera siendo la pantera a la que se parecía. Había algo en esa chica de la sonrisa de dentífrico que daba la impresión de que era la persona menos indicada para Cole. La envidia estaba mal, pero Diana no podía evitarlo.

A su lado, Cole alejó de sus labios la lata de gaseosa y estudió la expresión feroz y posesiva de Diana.

- ¿Por casualidad estoy bebiendo tu Coca? - preguntó.

Diana salió de golpe del mundo de sus sueños y sacudió la cabeza con fuerza. Era hora de que se fuera... ya hacía tiempo que debía haberse ido, porque esa noche su sentido común, su lógica y su dominio sobre sí misma no funcionaban bien.

- Te ayudaré a retirar todo esto - dijo, poniéndose de pie y levantando platos y cubiertos.

- Tengo que estudiar para los exámenes finales - dijo él mientras apagaba las lámparas de kerosene y tomaba el bol de los hibiscus - pero antes de que te vayas tengo tiempo más que suficiente para jugar un partido de cartas contigo.

Mientras lo ofrecía, encendió las luces brillantes de la caballeriza con lo cual borró los últimos rastros de las fantasías románticas de Diana. Ella le había enseñado a jugar a las cartas durante el verano anterior, en una de esas tardes poco habituales y maravillosas en que Corey iba a la caballeriza para ayudar a ejercitar los caballos, cosa que le encantaba, y no había nadie más por los alrededores. Todo eso debía terminar ya mismo, comprendió Diana. Debía terminar porque de repente se dio cuenta de que ya no podía mantener sus fantasías en el lugar que les correspondía.

Se le estaban descontrolando. Esa noche, si Cole la hubiera besado, ella habría ignorado todos los peligros y se lo habría permitido. ¿Que se lo habría permitido? Si él la hubiese alentado, ¡ella misma lo habría besado! De alguna manera, durante las últimas semanas había empezado a poner en riesgo su corazón y el peligro era demasiado grande para una chica sensata como ella que sabía que los problemas en su contra eran tan grandes que sería imposible que ganara.

- Ahora ya eres demasiado hábil con las cartas - dijo por sobre el hombro, con una sonrisa radiante.

- ¡No para un tiburón del juego como tú!

- Es que realmente me tengo que ir.

- Comprendo. - Parecía un poco desilusionado y Diana tuvo que luchar contra la tentación de quedarse un rato más. Todavía vacilaba cuando él se volvió y desapareció en su cuarto. Cuando salió para acompañarla hasta el auto, Diana había puesto los platos en la pileta y recuperado su fachada amistosa pero impersonal. Se estaba felicitando por haber podido resistir a la tentación de quedarse cuando él extendió la mano derecha para abrirle la puerta del auto.

- A propósito - dijo mientras ella se volvía para desearle buenas noches - oí que algunas chicas comentaban la fiesta que te ofrecieron tus padres el día en que cumpliste dieciséis años, hace un par de semanas.

Diana estaba demasiado preocupada por la sonrisa de Cole para que se le ocurriera algo inteligente que decir.

- Fue mi cumpleaños.

- Ya lo sé - contestó él con una rápida sonrisa al notar la incomodidad de la muchacha –. Y en el lugar de donde yo vengo existe la costumbre de darle algo muy especial a las chicas cuando cumplen dieciséis años.

¡Un beso! Diana comprendió que él iba a besarla y todas las defensas y los miedos se derrumbaron bajo el peso de su júbilo y de su ansiosa anticipación. Paseó la mirada por los resplandecientes ojos plateados y la boca sensual de Cole.

- ¿Y qué les dan a las chicas de tu pueblo cuando cumplen dieciséis años? - preguntó temblorosa y cerrando los ojos.

- ¡Un regalo! - exclamó el triunfante sacando la mano izquierda que conservaba detrás de la espalda. Diana abrió los ojos de repente y aferró la puerta del auto para conservar el equilibrio mientras miraba con mortificada da sorpresa la mano extendida de Cole. En ella sostenía un objeto grande, de forma extraña, que sin duda él mismo había envuelto en una hoja de papel de diario que ató con lo que parecía un cordón de zapatilla.

Por lo visto sin percibir el desorden interior de Diana, se lo acercó.

- ¡Vamos! Ábrelo.

Diana recuperó sus buenos modales, le dirigió una sonrisa demasiado brillante y tiró de la punta del cordón de zapatilla.

- No es gran cosa - advirtió él, de repente inseguro.

Al desempaquetarlo, Diana descubrió un juguete de peluche, un gato tamaño natural de lengua rosada, ojos verdes, y un cartel colgado al cuello que decía “Me llamo Pinkerton”.

- Supongo que debes tener docenas de exóticos animalitos de peluche - agregó Cole incómodo cuando ella no reaccionó enseguida - Además, es probable que ya seas demasiado grande para que te regale animales de peluche y punto.

Tenía razón en ambas cosas, pero nada de eso le importó a Diana. Con tal de ahorrar dinero, Cole se privaba de una cantidad de cosas, incluyendo una comida aceptable, pero a pesar de ello le compró un regalo. Sin habla, Diana alzó el juguete ordinario y barato y lo sostuvo con tanto cuidado como si se tratara de una porcelana invalorable; después lo alejó de su cuerpo para admirarlo.

Cole miró el juguete y comprendía lo barato que le debía parecer a alguien como Diana.

- Es sólo algo que te compré... un recuerdo - empezó a decir, a la defensiva. Se interrumpió sorprendido cuando Diana meneó la cabeza para hacerlo callar y luego apretó el gato de juguete contra su pecho y lo abrazó con fuerza.

- ¡Gracias, Cole! - susurró apoyando la mejilla contra la cabeza peluda del gato. Sonriente, lo miró con los ojos muy brillantes. - Gracias - repitió.

“De nada”, pensó Cole, pero la increíble calidez de la reacción de Diana le impedía hablar y pensar. En cuanto ella se sentó, cerró en silencio la puerta del auto y, siempre en silencio, observó las luces de posición del vehículo que se perdían en una curva del largo camino que zigzagueaba entre los árboles y al costado de la casa.

Librodot

8

Ya hacía tres horas que Diana se había ido cuando Cole por fin cerró sus libros de texto de economía e hizo a un lado sus notas. Le dolían los hombros de tanto estar agachado sobre el escritorio y sentía la cabeza saturada. No tenía sentido que siguiera estudiando; estaba bien preparado para enfrentar los exámenes finales, pero las buenas notas nunca fueron su meta. Lo que buscaba era adquirir los conocimientos necesarios para alcanzar sus verdaderas metas.

Distraído, se frotó los hombros tensos, luego echó atrás la cabeza y cerró los ojos para descansarlos, mientras pensaba en la carta de su tío que recibió con la correspondencia de la mañana. Las noticias eran tan buenas, tan increíblemente buenas, que Cole sonrió y rotó los hombros tratando de quitarles la tensión.

Cuatro años antes, una compañía petrolera se dirigió a Calvin y le ofreció un contrato de diez mil dólares a cambio del derecho de perforar un pozo de prueba en sus tierras. El primer pozo no fue productivo, pero al año siguiente lo volvieron a intentar previo pago de cinco mil dólares más. Cuando el segundo pozo tampoco produjo suficiente gas natural para que la operación fuese redituable, se dieron por vencidos y Cal y Cole también.

Sin embargo, algunos meses antes, una compañía petrolera mucho más importante, visitó a Calvin y solicitó perforar en un lugar distinto de sus tierras. Cal les dijo que perdían el tiempo y Cole estuvo interiormente de acuerdo con su tío, pero ambos se equivocaron. En el correo de ese día había una carta en la que Cal le daba la sorprendente noticia de que el nuevo pozo era inmensamente exitoso y que “el dinero entrará a raudales”.

Cole se enderezó y tomó el grueso sobre que contenía la carta de su tío y una copia del contrato que la compañía petrolera quería que éste firmara.

De acuerdo con los cálculos del propio Cal, ganar a 250.000 dólares en el año siguiente, mucho más dinero del que el viejo granjero había ganado en toda su vida, Es irónico, pensó Cole, divertido, mientras extendía el voluminoso contrato, que entre todos los Harrison que podían haberse hecho ricos a lo largo de los años, Calvin Patrick Downing era el menos propenso a gastar o disfrutar de lo que le tocara. Cal era, por naturaleza e inclinación, un avaro y eso no era algo que podía modificar un cuarto de millón de dólares.

En lugar de gastar dos dólares para llamar a Cole por larga distancia para contarle la maravillosa noticia, le envió una carta y una copia del contrato por correo comodín. Y, de acuerdo con la carta, el motivo por el que le enviaba a Cole el contrato era “porque la compañía petrolera dice que éstos son contratos habituales y no pueden ser modificados. Supongo que no tiene sentido pagarle a un abogado chupa sangre para que lea todo este palabrerío y me diga la misma cosa, pero allí en la Universidad tú tienes derecho a hacer consultas legales. Consigue que algún estudiante de derecho lo revise, ¿quieres?

O revísalo tú mismo y dime si te parece que Southfield Exploration tiene algunas tretas en la manga.”

Ése era Cal: el colmo del amarretismo. Barato. Miserable.

Librodot

Cal recortaba cupones de los diarios, se cortaba él mismo el pelo, se zurcía los jeans y discutía como un loco por un centavo por metro de alambre de gallinero. Lo que más odiaba en el mundo era desprenderse de un dólar.

Pero le entregó a Cole el primer cheque de diez mil dólares que le pagaron por la primera perforación para que él pudiera ingresar en la Universidad.

Y un año después, le entregó el segundo cheque de cinco mil dólares.

Cuando era un jovencito solitario y rebelde, Cole muchas veces viajó sesenta kilómetros haciendo dedo para dirigirse a lo de Calvin y allí, en su tío abuelo, encontró la comprensión y la calidez que su propio padre era incapaz de darle. Sólo Calvin comprendió su frustración y creyó en sus sueños y por ese motivo Cole lo quería. Pero Calvin no sólo le ofreció palabras bonitas y alentadoras; también le dio su dinero para que Cole pudiera tener un verdadero futuro, lejos de Kigdom City, un futuro brillante y prometedor, de posibilidades ilimitadas. Por ese motivo Cole sentía una enorme lealtad hacia él y consideraba que estaba en deuda con Calvin y eso era más importante que todo el resto de sus emociones.

El contrato que Cal le envió tenía quince páginas, estaba cubierto de letra chica y de artículos legales. En el margen, Calvin había escrito con lápiz algunos comentarios propios y Cole sonrió ante la astucia del viejo. Calvin abandonó los estudios al finalizar la escuela primaria para dedicarse a trabajar, pero era un lector voraz que se educó hasta el punto de merecer un título universitario honorario. Sin embargo, Cole no tenía ninguna intención de permitir que su tío firmara esos documentos hasta que hubieran sido revisados por un abogado competente, un abogado que se especializara en arrendamientos de gas y petróleo. Cal sería un hombre capaz, pero Cole sabia que, en esos asuntos, era un lego total. Después de cuatro años en Houston, Cole había leído, oído y visto suficiente como para saber cómo se movía el mundo de los negocios. Sabía que no existía ningún contrato tipo que no pudiera ser modificado... y no ignoraba los intereses de quién protegía el redactor de cualquier contrato.

Al día siguiente, cuando Charles Hayward regresara de su viaje de negocios a Filadelfia, Cole pensaba pedirle que le diera el nombre del abogado más importante en arriendos de gas y petróleo que hubiera en Houston. Todo el mundo sabía que el empleador de Cole inició su fortuna en el negocio del petróleo. Hayward sabría con quién convenía que consultara Cole, y además estaría dispuesto a ofrecerle sus consejos.

A diferencia de gran parte de la gente de sociedad que Cole había conocido a raíz de su trabajo, Charles Hayward no era pomposo, débil ni convencido de su propia importancia. A los cincuenta años era un hombre enérgico, trabajador, sincero y justo. Era exigente con respecto a todo, desde su personal hasta su familia y sus caballos. Aquellos que no llenaban sus expectativas, se tratara de empleados, perros de caza o caballos, muy pronto desaparecían de la propiedad. Pero trataba con respeto a los que consideraba capaces. Cuando estaba en su casa, visitaba todas las tarde la caballeriza y recorría el amplio corredor ofreciendo zanahorias y palmadas amigables a cada uno de los espléndidos caballos que habitaban en los modernos boxes.

Con el paso del tiempo, había desarrollado un aprecio cada vez mayor por los conocimientos de Cole y la manera en que cuidaba de sus caballos, y eso los condujo a ambos a una especie de amistad. Con frecuencia, cuando Hayward les hacía su visita nocturna a sus queridos animales, se quedaba a tomar café y a conversar con Cole, y poco a poco se fue convirtiendo en una especie de mentor del muchacho a quien aconsejaba en los dos temas que más interesaban a Cole: los negocios y el dinero.

Librodot

Cuando de esos tópicos se trataba, Charles era incisivo, brillante y perceptivo. En realidad Cole sólo le había descubierto una falla y era su actitud hacia la familia. La primera esposa de Hayward y el único hijo de ambos habían muerto veinticinco años antes en un accidente de aviación, y su dolor fue tan profundo y prolongado que todavía seguía siendo un tema de conversación susurrada entre sus amigos cuando éstos se reunían en la caballeriza.

Hacia diecisiete años se volvió a casar, y su nueva esposa le dio en dos años un hijo y una hija. Hayward idolatraba a su mujer, Jessica; les daba a ella y a sus hijos todo lo que el dinero podía comprar y parecía convencido de que ellos vivirían de acuerdo con sus esperanzas y expectativas.

Cole podría haberle dicho que se equivocaba. En ese aspecto, Cole podría haberle ofrecido algunos ejemplos de los resultados nefastos de malcriar demasiado a los hijos y de confiar en una mujer infiel.

Como Cole sabia por observación personal, y por experiencia, Jessica Hayward era una perra de cuarenta años, hermosa, malcriada, promiscua y amoral.

Su hija Barbara de quince años estaba tan intimidada por la madre, que era una adolescente completamente cobarde: una seguidora sin personalidad y aún más inútil debido a todos los bienes materiales que Charles le brindaba, lujos que ella no conquistaba con buenas notas ni de ninguna otra manera.

Doug Hayward era un muchacho encantador, irresponsable y apuesto de dieciséis años, pero Cole creía que todavía había esperanzas para él. A pesar de su inmadurez y de su frivolidad, Cole de vez en cuando percibía en él parte del agudo intelecto de su padre. Sus notas eran normales, pero Doug le confió a Cole que su examen de aptitud escolar era excelente.

Cole miró su reloj y, al comprobar que eran más de las once, se desperezó, sofocando un bostezo. Salió al corredor e hizo su última recorrida por la caballeriza para asegurarse de que todo estuviera bien para la noche.

Librodot

9

Jessica Hayward bajó del aparato de gimnasia que tenía en un rincón del dormitorio principal y tomó una toalla que se envolvió alrededor del cuello. Vestida con shorts blancos y una blusa transparente colorada y blanca, entró al dormitorio. Se sentía inquieta, llena de energías y sola. Su marido no regresaría hasta el día siguiente, pero aun de haber estado allí, Charles no habría podido darle lo que ella quería.

Quería sexo... Un sexo ardiente, duro, que fuera como una droga para su mente, exigente, apasionado. No quería el sexo previsible, cálido, amable y aburrido que Charles llamaba “hacer el amor”. No quería hacer el amor; quería hacer la locura. No quería a Charles... Quería a Cole.

Furiosa consigo misma por sentir tanta lujuria hacia un empleado arrogante, poco complaciente y machista, que no era de ninguna manera su igual en un sentido social, se dirigió al bar disimulado dentro del clóset y sacó de la heladera una costosa botella de Chardonnay. La abrió y se sirvió un poco en una copa de borde de oro, luego se acercó a la ventana que daba al jardín trasero y a las caballerizas. Cerró los ojos y conjuró una vívida imagen de Cole, los hombros anchos y musculosos, la piel empapada en sudor mientras la penetraba con la fuerza bruta que ella prefería.

Los muslos se le endurecieron involuntariamente ante el maravilloso pensamiento, bebió de un solo trago el resto de champaña que le quedaba en la copa y se alejó de la ventana. Se quitó la toalla, dedicó el tiempo necesario a pasarse un cepillo por la cabeza, luego tomó la botella y otra copa y salió con ellas.

La puerta del dormitorio de su hija estaba cerrada pero debajo de ella se colaba un reflejo de luz y Jessica se movió con cautela por el pasillo hasta llegar a la escalera trasera.

Afuera la noche era cálida, casi bochornosa, pesada con el aroma de las gardenias que florecían a ambos lados del camino que conducía a la caballeriza. La luz de la luna iluminaba las lajas del sendero que zigzagueaba por entre los robles, pero a Jessica no le hacía falta luz para encontrar su camino porque había hecho ese trayecto innumerables veces en sus sueños y algunas en la realidad. Balanceando la botella y las dos copas, se deslizó por una puerta lateral de la caballeriza, satisfecha cuando el aire acondicionado le refrescó la piel caliente.

Sin molestarse en encender las luces del corredor principal, lo recorrió en silencio y se detuvo ante la puerta de Cole. Él le daba la espalda y ella lo observó quitarse la camisa y hacerla a un lado. El suave reflejo de la luz del escritorio destacaba los músculos de sus hombros y su espalda, y al verlo llevar una mano al cierre del Jean, la respiración de Jessica se aceleró.

Tal vez ese sonido casi imperceptible lo alertara, porque se volvió y le dirigió una mirada que al principio fue de alarma y luego de furia.

- ¡Me asustó, Jessica!

Jessica le mostró la botella y las copas y entró al cuarto como si fuese suyo, cosa que era.

- Vi que tenías las luces prendidas y ya que ninguno de los dos podemos dormir, pensé que e podríamos compartir esto.

- En realidad estoy cansado y no creo que tendré ningún problema en dormirme.

- No tienes necesidad de contestarme mal - dijo Jessica sentándose en el borde del escritorio y cruzando una pierna larga y delgada sobre la otra, mientras la sandalia se bamboleaba sobre las uñas pintadas de los dedos de sus pies –. Hace años que no te veo y decidí venir a visitarte, eso es todo - agregó mientras se inclinaba para servir champaña en ambas copas.

- ¿Así que no es más que eso? - preguntó Cole con sarcasmo mientras estudiaba la blusa breve, los shorts reveladores y la sonrisa seductora.

Tomó su camisa con deliberación, pero ella meneó la cabeza y su sonrisa se hizo dura y decidida.

- No te vistas, querido. Me gusta verte tal como estás.

- Mire Jessica, no vamos a hablar de nuevo sobre ese asunto - dijo él con decisión –. Ya es un tema terminado. Y le dije que estoy cansado.

- Ésa es una manera muy poco respetuosa de hablarle a tu empleadora - contestó ella, deslizándose del escritorio para tomarle la mejilla.

- ¡Le dije que basta, maldito sea! - dijo Cole de mal modo, alejando la cara. Por el momento era la única táctica de evasión que podía utilizar.

Como último recurso, estaba dispuesto a sacarla de su camino valiéndose de la fuerza física, pero en realidad ni siquiera quería tocarla. Por una parte no sabía si por tocarla no encendería el formidable mal carácter de Jessica, o peor, si no encendería su pasión. Tenía la cama a sus espaldas y sin la posibilidad de sacarla físicamente de su camino, por el momento estaba atrapado. Jessica lo comprendió y avanzó con una sonrisa victoriosa en los labios.

- Jessica... - advirtió Cole con voz amenazadora –. Por amor de Dios, usted es una mujer casada!

- Ya lo sé - contestó ella, quitándose la blusa y arrojándola sobre la cama.

- Le tengo simpatía a su marido - agregó Cole, tratando infructuosamente de evitarla.

Ella lo miró asombrada mientras se llevaba las manos a la espalda para desabrocharse el corpiño.

- Yo también le tengo simpatía - contestó.

Si la situación no hubiese sido tan sórdida, Cole habría reído por lo ridícula que le parecía: una mujer hermosa se desvestía delante suyo, utilizando el cuerpo para bloquearle la huida, mientras con inocencia declaraba que le gustaba el marido a quien se aprestaba a meter cuernos.

- No tengo ganas de ver desnudarse a una mujer - advirtió Cale.

- Pronto la tendrás - prometió ella mientras se bajaba el sostén.

- Ni siquiera concibe el significado de fidelidad conyugal, ¿verdad? - dijo Cole tratando de impedir con las manos que el sostén cayera por completo.

Librodot

- Cuando Charles está en la ciudad, siempre le soy fiel - dijo ella con mirada apasionada y pasándole las manos por el vello del pecho –. Lo que pasa es que esta noche él no está aquí, tu sí estás y yo me siento aburrida.

Lanzó una risa grave, le rodeó el cuello con los brazos y comenzó a refregarse contra los muslos de Cole. En lugar de excitarse, Cole empezó a perder la paciencia.

- Se lo estoy advirtiendo.- dijo, mientras le tomaba las muñecas y le alejaba las manos de su cuerpo - No convierta esto en algo duro para los dos.

Ella movió las caderas con sensualidad contra las de él y lanzó una carcajada sugestiva, mal interpretando con deliberación las palabras de Cole.

- No, yo no diría que es muy duro, diría que es muy grande, pero no...

De repente se encendieron las luces fluorescentes fuera del dormitorio de Cole, alguien prendió las luces principales de la caballeriza y Cole tapó la boca de Jessica con las manos.

- ¿Cole? - dijo Charles Hayward con tono amistoso desde nueve metros de distancia - Vi que tenías la luz prendida y decidí echarle una mirada a nuestro nuevo residente. ¿Qué piensas de él?

Bajo la mano de Cole los labios de Jessica comenzaron a temblar y en sus ojos se pintó el pánico.

- ¡Ya voy! - exclamó Cole mientras alejaba la mano de la boca de Jessica.

- ¡Oh, mi Dios! ¡Debo salir de aquí! - exclamó ella, con el cuerpo rígido de miedo.

Temblaba tanto que Cole le habría tenido pena si no los hubiera puesto a ambos en peligro. Como sabía por las anteriores visitas nocturnas de Charles Hayward al establo, el hombre se dirigiría a la pequeña cocina a prepararse una taza de café instantáneo, luego pretendería que Cole lo acompañara en una recorrida por los boxes, conversando sobre cada uno de sus ocupantes. A lo largo de los años, eso se había convertido en un agradable ritual para ambos y por lo general, Cole disfrutaba mucho de esas visitas, sobre todo cuando Hayward se quedaba un rato más y conversaban de otros temas. Hayward era un hombre que había leído mucho y estaba muy bien informado sobre una variedad de asuntos... que no incluían a su esposa.

- ¡Escúcheme! - dijo Cale en voz baja y violenta, mientras tomaba la blusa de la mujer y se la ponía en las manos - Está en la cocina, preparándose una taza de café instantáneo.

- ¡Entonces bloquea la única puerta de salida! - Jadeó ella. - ¡Estoy atrapada!

Cole no se molestó en hacer ningún comentario.

- Todavía no se deje llevar por el pánico - advirtió, porque ella parecía loca de miedo - Cerraré la puerta y él no entrará ni la verá.

- ¡Tengo que volver a la casa!

- ¿Cole? - llamó Hayward –. ¿Quieres un poco de café?

- No, no gracias - contestó Cole quien ya retrocedía hacia la puerta y bloqueaba con su cuerpo toda posibilidad de que Charles pudiera ver su cuarto y a la mujer semidesnuda, de ojos enloquecidos, de pie en el centro de él, que apretaba la blusa contra su pecho.

Cole la dejó allí y cerró la puerta a sus espaldas. Luego se encaminó descalzo y con el pecho desnudo hacia la cocina donde Charles acababa de prepararse una taza de café instantáneo.

- Bueno - dijo el recién llegado, mirando a Cole con sonrisa expectante –, ¿qué te pareció el caballo de polo?

- Bastante bueno - contestó Cole y enseguida se obligó a hacer una broma - No sé cómo será jugando al polo, pero como caballo es un animal espléndido. - El caballo de polo estaba en un box ubicado a pocos metros de la puerta del cuarto de Cole y Cole temió que Jessica tratara de huir de la escena de su intento de traición, en cuyo caso era posible que el marido la viera.

- Tal vez quiera echarle una mirada a la pata de la yegua alazana - sugirió mientras se encaminaba hacia el otro extremo de la caballeriza.

Charles levantó la mirada, preocupado, y enseguida siguió a Cole por el amplio corredor.

- ¿Qué le pasa en la pata?

- Ayer se la lastimó al saltar.

- ¿Quién la montaba? - preguntó Charles, poniendo toda su simpatía en la espléndida yegua de salto que a él le gustaba montar.

- Bárbara - contestó Cale.

- Es bastante lógico - dijo Charles con un gesto de disgusto –. Trato de no ser impaciente con Barb, pero hasta ahora no hace nada bien. Excepto hablar por teléfono sobre muchachos. ¡Eso sí que lo sabe hacer!

Sin responder, Cole abrió la pesada puerta de roble del box y Hayward entró tras él. Le entregó su taza de café a Cole y se inclinó a inspeccionar la pata vendada de la yegua.

- No está demasiado hinchada - dijo –. Ese linimento que tú preparas tiene un olor horrible, pero es una maravilla como los cura. Sigo pensando que deberías estudiar veterinaria - agregó, enderezándose con mucha más rapidez de lo que Cole habría deseado. Le dio una palmada de despedida a la yegua. - Nunca he conocido a un hombre que tenga tan buena mano con los animales.

- No me tendrían tanto cariño si yo les estuviera metiendo tubos por la nariz - contestó Cole, dirigiendo una mirada distraída a la salida trasera de la caballeriza. Contuvo el aliento al ver que la cara de Jessica aparecía en la puerta de su cuarto. Enseguida la mujer inició una carrera por el corredor, mientras se sostenía la blusa colorada y blanca sobre el pecho desnudo. Cole se volvió con rapidez para bloquear la salida de Charles del box, y al hacerlo le golpeó el brazo con la taza de café, derramando el líquido caliente sobre la paja y la camisa de su empleador.

Librodot

- ¡Qué día...! - exclamó Hayward quien enseguida sofocó su exclamación de asombro y comenzó a tratar de limpiarse la camisa.

- Lo siento - dijo Cole.

- Está bien. Me cambiaré la camisa. ¿Por qué no ejercitas a nuestro nuevo residente con una cinta más larga para ver cómo se comporta? Sólo lo revisé durante media hora en Memphis y dentro de un box, porque no tuve más tiempo. - Miró a Cole que empezaba a volverse y preguntó:

- ¿Sucede algo? Esta noche pareces un poco nervioso. - Cole hizo un movimiento negativo con la cabeza y lo siguió por el corredor.

Comenzaba a creer que Jessica debía haber logrado escapar a salvo y que esa noche no sucedería nada más. Pero su alivio fue prematuro.

- ¡Qué extraño! - dijo Charles Hayward, al pasar junto a la puerta del dormitorio de Cole –. Hace un rato cuando saliste de tu dormitorio, vi con claridad que cerrabas la puerta a tus espaldas.

- Debe haberse abierto sola - empezó a decir Cole, pero se le fue perdiendo la voz al ver que Hayward se detenía de repente, con una sonrisa intrigada todavía en los labios, mientras miraba algo que había dentro del cuarto de Cale.

- Deduzco que tenías visitas y que yo te interrumpí - dijo Hayward - Y ahora la jovencita ha huido o se ha ocultado...

Cole siguió su mirada hasta el corpiño de encaje que estaba tirado en el piso cerca de la cama con las sábanas arrugadas, pero antes de que hubiera tenido tiempo de reaccionar, Hayward había notado algo mucho más condenatorio que el corpiño y su expresión sorprendida pasó a ser acusatoria, furibunda.

- ¿No son ésas mis copas de vino? - preguntó de repente. Entró al cuarto, tomó la botella de champaña y examinó la etiqueta. - Y éste es el champaña preferido de Jessica...

- Pedí la botella prestada - empezó a decir Cole - No, la robé - agregó, tratando de evitar lo inevitable a pesar de que Hayward en ese momento salía por la puerta trasera de la caballeriza y alcanzaba a ver algo blanco que corría hacia la puerta de atrás de la casa.

- ¡Hijo de puta! - exclamó Hayward mientras se volvía y conectaba un fuerte golpe en la mandíbula de Cole –. ¡Cretino de mierda!

Liberada por el momento de ser descubierta, Jessica entró corriendo a la casa y subió a su dormitorio, pero al asomarse a la ventana vio que su marido corría hacia allí hecho un basilisco.

- ¡Oh, Dios mío!! - susurró, temblando de terror al comprender que su vida cómoda estaba a punto de desmoronarse - ¿Qué puedo hacer? - murmuró mientras miraba como loca a su alrededor en la habitación a oscuras, buscando alguna manera de evitar el desastre.

En su dormitorio, Barbara subió el volumen de su estéreo y en ese momento Jessica tuvo una repentina inspiración.

Librodot

- ¡Barbara! - gritó corriendo hacia el dormitorio de su asombrada hija. Dio un portazo y cerró la puerta con llave a sus espaldas. Barbara levantó la vista de la revista que estaba leyendo. Al principio, con expresión sorprendida, luego alarmada.

- ¿Qué pasa, mamá?

- ¡Tienes que ayudarme, querida! Sólo te pido que hagas lo que te digo y que no me hagas preguntas. Yo te lo agradeceré y te daré todo lo que me pidas... Verás que te valdrá la pena.

Librodot

10

Dallas, 1996.

- Buenas tardes, señor Harrison. Y felicitaciones - dijo el guardia cuando la limosina de Cole pasó por la entrada principal del campus ultramoderno de veinticinco hectáreas de Unified Industries, no lejos del E-Systems de Ross Perot.

Un camino de cuatro carriles zigzagueaba a través de un paisaje de suaves colinas, con pequeños bosques, y pasaba frente a una enorme fuente y un lago artificial. Cuando el tiempo era bueno, los obreros que trabajaban en los siete amplios edificios de vidrio espejado unidos por corredores cubiertos, muchas veces se reunían allí para almorzar.

La limosina pasó el edificio de Administración de Unified y continuó su camino más allá de los laboratorios de investigación, donde tres hombres de guardapolvo blanco debatían con entusiasmo mientras se acercaban a la puerta del frente. Por fin la limosina se detuvo frente a un discreto cartel ubicado en una curva que decía Oficinas Ejecutivas.

- Felicitaciones, señor Harrison - dijo la recepcionista cuando Cole bajó del ascensor en el sexto piso.

Cole le respondió con un leve y preocupado movimiento de cabeza y continuó su camino por la zona de recepción que se encontraba separada de las oficinas por una alta pared cubierta de paneles de teca con el logotipo de la corporación. Tres visitantes con cita previa esperaban en lujosos y cómodos sofás tapizados en cuero verde, rodeados por un mar de gruesas alfombras orientales sobre las que se apoyaban graciosas mesas ratonas de caoba y antiguos muebles con bordes de bronce.

Cole pasó por alto el esplendor de la zona de recepción, dobló hacia la derecha detrás de la pared revestida de madera de teca y continuó caminando por el vestíbulo con el piso alfombrado rumbo a su oficina, sin darse demasiada cuenta de que en el lugar reinaba un silencio poco habitual.

Cuando pasó junto a la sala de conferencias principal, lo detuvo Dick Rowse, el jefe de publicidad y de relaciones públicas.

- Cole, ¿puede entrar un momento?

En cuanto Cole entró a la sala llena de gente, se empezaron a descorchar botellas de champaña y cuarenta empleados rompieron a aplaudir en honor del último éxito de la empresa: la adquisición de una firma electrónica altamente rentable con importantes contratos con el gobierno que endulzaban sus balances y poseedora de un nuevo chip de computación que se encontraba en fase de prueba. Cushman Electronics, propiedad de dos hermanos, Kendall y

Librodot

Prentice Cushman, había sido objeto de intentos hostiles de adquisición por parte de varias corporaciones de primer orden, y la muy publicitada batalla fue durísima, feroz. Ese día, Unified Industries acababa de salir victoriosa y los medios se estaban volviendo locos.

- ¡Felicitaciones, Cole! - dijo Corbin Driscoll, el inspector de la compañía, a la vez que ponía una copa de champaña en manos de Cale.

- ¡Que hable! - exclamó Dick Rowse –. ¡Queremos que hable! - insistió con decisión en el tono jocoso del hombre que se siente en la obligación de que todo el mundo se encuentre relajado y que todo sea de color rosado y que, además, había bebido demasiado. En ese caso, sus esfuerzos resultaron particularmente falsos porque sencillamente no existía ninguna camaradería jovial entre el personal ejecutivo y el exigente dueño y director de la empresa.

Cole lo miró con impaciencia, pero enseguida cedió e inició su discurso.

- Señoras y señores - empezó diciendo con una sonrisa superficial - Acabamos de gastar ciento cincuenta millones de dólares para adquirir una compañía que no valdrá la mitad de esa cifra si no logramos vender el chip de computación. Sugiero que todos empecemos a pensar en las maneras de cortar nuestras pérdidas si eso llegara a suceder.

- Yo esperaba que dijera algo que pudiera citar para los medios - dijo Rowse –. Mi teléfono ha estado sonando como loco desde hace dos horas, cuando se hizo el anuncio.

- Dejaré eso en sus manos. Pensar en citas que sean manifestables para los medios es su trabajo, Dick, no el mío - contestó Cole mientras se volvía y se encaminaba hacia su oficina dejando a Dick Rowse con la sensación de haber sido reprendido y a los demás un poco desinflados.

A los pocos minutos el grupo se desbandó dejando solos en la sala de conferencias a Rowse, Gloria Quigley, su nueva directora asistente, y a Corbin Driscoll.

Gloria Quigley fue la primera en hablar. Alta, rubia y atractiva, esa mujer de treinta años era la integrante más joven y nueva del personal superior.

- ¡Qué manera de defraudarnos! - dijo con un suspiro de exasperación –. En Wall Street hay un verdadero tumulto porque Unified Industries consiguió comprar Cushman y se lo quitó al Intercop de Max Farrell y a otras dos corporaciones importantes. Nosotros estamos todos eufóricos, el personal está orgulloso, los porteros posiblemente estarán bailando una jiba, pero al hombre que movió todos los hilos no parece importarle.

- Sí, claro que le importa - dijo Dick Rowse –. Cuando hayas estado seis meses aquí te darás cuenta de que acabas de ver una exhibición de extremo placer en Cole Harrison. En realidad nunca lo he visto más feliz que hoy.

Gloria miró a ambos ejecutivos con expresión de incredulidad.

- ¿Entonces cómo se comporta cuando se siente infeliz?

Corbin Driscoll meneó la cabeza.

- Te aseguro que es algo que preferirás no ver.

- ¡No puede ser tan espantoso! - arguyó Gloria.

- ¿Ah, no? - bromeó Corbin. Señaló su pelo canoso, espeso y bien cortado. - Hace dos años, cuando empecé a trabajar con Cole, no tenía una sola cana. - Los otros dos rieron y él agregó: - Ese sueldo agradable e importante y los beneficios que trae aparejados y que recibes desde que entraste a trabajar aquí, viene acompañado por algunos inconveniente.

- ¿Como qué? - preguntó Gloria.

- Como recibir llamados telefónicos a medianoche porque Cole acaba de tener una idea nueva y quiere que empieces a actuar en el acto - dijo Dick Rowse.

- Y será mejor que aprendas a empacar una valija y a tomar un avión con una hora de preaviso y durante un fin de semana - agregó Corbin – porque nuestro jefe no vive de acuerdo con relojes y calendarios.

- ¡Fines de semana! - exclamó Gloria con horror simulado –. Tendré que empezar a apagar mi contestador automático los viernes a la noche.

- Me alegra que hayas mencionado eso - dijo Rowse con una risita mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba un objeto pequeño y negro –. Éste es un regalo para ti... algo que reemplazará tu contestador automático y una prueba fehaciente de que ocupas una posición importante dentro de la empresa.

Gloria abrió automáticamente la mano y Rowse colocó en ella un aparato de radio llamadas.

- ¡Bienvenida a Unified Industries! - dijo con sequedad –. Si eres inteligente no te desprenderás de ese artefacto ni para dormir.

Todos rieron, pero cuando presentó su aplicación para el cargo, Gloria sabía que tendría que soportar muchas exigencias. Y el desafío fue una parte atractiva del trabajo. Antes de abandonar su propia firma de Relaciones Públicas en Dalias para entrar a trabajar en Unified Industries, leyó todos los artículos que pudo encontrar sobre el empresario agresivo y enigmático que hizo historia creando un conglomerado enorme y muy redituable antes de cumplir los treinta años.

Por experiencia personal ya estaba enterada de que era un empleador exigente, con una actitud reservada e impaciente que desalentaba la familiaridad, aun entre sus ejecutivos más importantes, quienes lo trataban con deferencia y cautela.

Parecía preocuparle tan poco hacerse de enemigos como su imagen pública y, sin embargo, se mostraba feroz en su protección de la reputación de la corporación.

Librodot

Su punto fuerte era el “servicio al cliente”. Como resultado de ese criterio rígido, Unified Industries había recibido justificables ponderaciones por el inigualable servicio al cliente que ofrecía cada una de las compañías que se encontraban bajo el paraguas de la corporación. La recién adquirida subsidiaría podía ser una manufactura de productos farmacéuticos, una cadena de restaurantes de comida rápida, o una importante compañía textil, pero la primera orden que recibían todas ellas del equipo de Harrison era mejorar el servicio de atención al cliente hasta ponerlo a la altura de Unified Industries.

- Harrison es un misterio completo para la gente del mundo de las empresas, incluyendo a los que lo rodean - dijo Gloria, pensando en voz alta –. En realidad, nadie sabe nada acerca de él. Yo me he interesado mucho por él desde hace dos años, cuando compró Plásticos Erie. Un amigo me confió que la gente que estudia la carrera de Administración de Empresas está estudiando su técnica de compra de compañías.

- Bueno, Plásticos Erie no fue tan complicado. Yo te puedo hacer un resumen conciso de todo lo que en realidad sucedió y no es necesario que seas candidata a un título de “Master en Administración de Empresas” para que lo comprendas - ofreció Corbin con ironía.

Ella lo miró con intensidad.

- Por favor, hazlo.

- Básicamente, el motivo por el que Harrison triunfó fue que le ganó a la competencia en lo que se refiere a tiempo y dinero. Cuando otras corporaciones deciden adquirir una compañía, sopesan el valor de la adquisición contra su costo en dinero y en tiempo. Si el costo es demasiado alto, se retiran. Ésa es la práctica establecida entre las corporaciones exitosas de todo el mundo. Ésa es la manera de proceder de los adversarios de Cole. Mientras la batalla se encuentra en su máximo furor, calculan permanentemente lo que tienen que perder contra lo que pueden ganar, después tratan de predecir el siguiente movimiento del adversario basándose en la estimación de lo que él tiene que ganar o perder.

“Cole es distinto. Cuando él quiere algo, no se detiene hasta conseguirlo, por altos que sean los costos. Sus adversarios por fin lo han comprendido, lo cual le da un margen aún mayor. Hoy, cuando decide adquirir algo, el resto de los compradores potenciales por lo general se retira y le permiten obtenerlo, antes de tener que cargar con el trabajo y los costos de luchar en su contra. Básicamente, ésa es su arma y el motivo por el que gana.

- ¿Y qué me dices de Plásticos Erie? Eso fue lo que lo convirtió en una leyenda.

Corbin asintió.

- En el caso de Plásticos Erie, en un principio hubo cinco interesados y nosotros fuimos los primeros. Al iniciar la transacción, el directorio de Erie se mostró conforme con nuestro generoso ofrecimiento, pero cuando de repente apareció el resto de las compañías interesadas, el directorio de Erie decidió aprovechar la competencia entre nosotros para aumentar el precio. El pago y las concesiones que Erie quería siguió aumentando hasta que las tres compañía más pequeñas se retiraron. Entonces sólo quedamos Intercop y nosotros en el juego, pero justo cuando las otras

Librodot

compañías dejaron de intervenir, apareció en venta otra compañía de plásticos que a Intercop le gustaba aún más. Entonces Intercop retiró sus ofertas por Erie y quedamos nosotros como los únicos interesados. El día después del retiro de Intercop, Cole tomó represalias contra el directorio de Erie y les ofreció menos de lo que estaba dispuesto a pagar al principio. Erie gritó "trampa" en Wall Street. Obtuvieron cierta comprensión pero ningún otro interesado porque, se gane o se pierda, las compras de compañías cuestan una fortuna y Cole seguía parado en el ring, como un campeón de peso pesado con los guantes puestos y los puños alzados, listo para atacar al siguiente interesado si alguien hacía un sólo movimiento para quedarse con Erie. El resto es historia: Unified se quedó con una empresa de plásticos por menos de lo que valía y Cole obtuvo cierta mala publicidad y otro grupo de enemigos.

- Yo no puedo hacer nada con respecto a su enemigos - dijo Gloria –, pero estoy decidida a hacer algo con respecto a nuestras relaciones públicas.

- A Cole no le importa hacerse de enemigos. Lo que le importa es Unified y ganar. Eso era lo que trataba de explicarte; Cole Harrison habría pagado cualquier cosa que fuera necesario para quedarse con Erie, por grande que fuera la suma. Es como si ganar fuera para él tan importante como la empresa que trata de conseguir, tal vez hasta más importante.

- Con esa clase de visión, yo habría esperado que fuera un fracasado en el mundo de los negocios, en lugar de ser el triunfador que es.

- Habrías tenido razón, sólo que Cole Harrison tiene un don muy importante... aparte de la tenacidad - dijo Dick Rowse a desgana, mientras se servia whisky del bar de la sala de conferencias.

- ¿Y cuál es ese don?

- Previsión - contestó él –. Tiene una habilidad extraordinaria para prever una tendencia, una necesidad y para estar preparado para capitalizar en ello mucho antes que cualquiera de sus competidores.

- No lo dices como si fuera algo que admiraras - dijo Gloria, intrigada.

- Admiro el talento, pero no admiro al hombre - explicó Rowse con brusquedad –. Todo lo que hace lo hace con alguna oculta intención. Enloquece a los analistas de Wall Street que tratan de adivinar lo que hará, y muy pocas veces aciertan. Nos vuelve locos a todos tratando de adivinar lo que se propone.

- Parece un hombre muy fascinante - dijo Gloria, encogiéndose de hombros como para hacerse disculpar por no coincidir con los otros dos.

- ¿Qué te hace pensar que Cole Harrison es un hombre? - replicó Rowse medio en broma –. Tengo motivos para creer que es un robot de un metro ochenta y cinco de estatura, con inteligencia artificial y cubierto por un traje de ochocientos dólares. - Cuando los otros dos rieron, se tranquilizó un poco. - Ustedes se ríen, pero hay datos que apoyan mi opinión. No juega al golf, no juega al tenis y no le interesan los deportes profesionales ni ningún tipo de vida social. Si tiene

Librodot

un amigo en el mundo, nadie io conoce. Su anterior secretaria me dijo que los únicos llamados que recibe, aparte de los de negocios, son de mujeres. Mujeres - terminó diciendo Rowse dirigiéndole una mirada acusadora a Gloria – Por lo visto todas las mujeres lo consideran fascinante.

- Eso destruye por completo tu teoría del robot, Dick - bromeó Corbin.

- No necesariamente - contestó Rowse –. ¿Cómo podemos saber si la tecnología más avanzada en robots no puede producir uno con un...

- Lamento interrumpir esta conversación tan aleccionadora - mintió Gloria, depositando su copa sobre la mesa - pero tengo que trabajar y será mejor que ponga manos a la obra. Tal vez al señor Harrison no le importe su imagen pública, pero afecta la imagen de la corporación y se nos paga para que la aumentemos. Ya que hoy está aquí, ¿por qué no lo convencemos de que ofrezca una conferencia de prensa sobre el negocio de Cushman... los futuros planes de la corporación y todo eso?

- No lo hará - aseguró Rowse –. Ya lo he intentado.

- Trabajemos entre los dos entonces, y veamos si entre ambos podemos lograr que prevalezca su buen sentido.

- A mi ya me ha rechazado la idea. Tal vez tú tengas la suerte del principiante si lo intentas sola... suponiendo que logres verlo.

Conseguir ver a Cole Harrison era mucho más fácil que obtener su atención, como Gloria comprendió a los pocos instantes de ser admitida al sanctuorum de cromo y cristal con sus alfombras de un gris plateado y sus terminaciones de gamuza borra de vino. Hacía diez minutos que estaba sentada frente al escritorio de Cale Harrison, tratando de convencerlo de que debía ofrecer una conferencia de prensa, mientras él firmaba documentos, hablaba con su secretaria, hacía varios llamados telefónicos y en todo momento la ignoraba.

De repente la miró.

- ¿Qué está diciendo? - preguntó en el tono cortante de quien ordena continuar, cosa que por cierto hacía.

- Yo... - Gloria vaciló bajo esa mirada fría y calculadora, luego decidió seguir luchando. - Trataba de explicarle que, en este momento, una conferencia de prensa no es sólo beneficiosa sino vital. La prensa ya ha logrado que la compra de Cushman parezca un baño de sangre. Los perdedores gritaban "¡trampa!" antes de que el juego hubiera terminado...

- Yo juego para ganar. Gané. Ellos perdieron. Es todo lo que importa.

Gloria lo miró con firmeza a los ojos y luego decidió poner a prueba la estabilidad de su empleo.

- Según sus oponentes y mucha gente de Wall Street, señor, usted juega con una rudeza innecesaria, no toma prisioneros. La prensa lo ha presentado como una especie de lobo rapaz que disfruta del acto de matar más de lo que disfruta de la comida.

- Eso me resulta muy colorido, señorita Quigley - contestó él con tono burlón.

- Es un hecho - contestó ella, molesta por el tono de su jefe.

- No - contradijo él –. Éste es el hecho. Cushman Electronics fue fundada hace seis décadas por un genio, pero sus herederos se pusieron más perezosos y más tontos con cada sucesiva generación. Esos herederos, que conforman el directorio de la empresa, nacieron en medio de grandes riquezas, se educaron en los mejores colegios, y a pesar de que estaban permitiendo que Cushman y las inversiones de sus accionistas se fueran al tacho, seguían tan convencidos de su superioridad que nunca vieron lo que les esperaba. No podían creer que algún "amigote" de su fraternidad universitaria no los rescataría con una infusión de dinero para que la malgastaran en ellos mismos o en luchar por más intentos de compras de empresas.

- En lugar de eso, perdieron ante mí, un don nadie en el mundo social, y les resulta humillante, ofende toda su sensibilidad cultural. Es por eso que gritan "¡trampa!". No nos encontrábamos en un té con rituales amables, sino en medio de una batalla. Y en una batalla sólo hay ganadores y perdedores, y malos perdedores.

Cole esperó que ella admitiera su derrota y que se retirara, pero Gloria permaneció allí en un silencio tenaz, negándose a coincidir con él.

- ¿Y? - preguntó Cole después de algunos instantes.

- Hay maneras de luchar, de enfrentar una batalla, sin que el ganador parezca un bárbaro, y la clave de eso son las relaciones públicas.

Tenía razón y Cole lo sabía, pero no estaba dispuesto a enfrentarlo ni a admitirlo. Una y otra vez, mientras Cole convertía su compañía en un importante conglomerado compuesto por redituables subsidiarias, tuvo que enfrentar batallas económicas y legales con aristócratas complacientes, como los del directorio de Cushman, y cada vez que salió victorioso, lo odiaban con virulencia tanto por haber invadido con éxito sus rangos como por haber tomado el premio que acababa de ganarles.

Era como si el daño que Cole les producía a su sentido de superioridad invulnerable les resultase tan odioso como el daño financiero que les infligía a sus cuentas bancarias y a sus acciones de la bolsa.

A Cole esa actitud le resultaba más graciosa que insultante y le divertía que, cuando se trataba de una batalla de corporaciones por la compra de otra compañía, siempre se lo pintara como un intruso despiadado que esgrimía una maza, en tanto que sus blancos eran víctimas inocentes y sus competidores eran caballerescos príncipes valientes. La realidad era que esos príncipes caballerescos contrataban mercenarios, en la forma de abogados, contadores y analistas de mercado para que se encargaran de la lucha "sucia" y ellos maniobraran detrás de la escena.

Librodot

Después cuando el oponente era demasiado débil para oponer resistencia, entraban graciosamente en el campo de batalla de las corporaciones, armados de una caballeresca espada. Luego de un duelo breve y simbólico, levantaban el arma en un cortés saludo a su víctima, se la clavaban y abandonaban el campo, dejando tras de sí a más mercenarios contratados para limpiar el lío legal y enterrar a la víctima.

En contraste con esos duelistas corporativos, Cole era un camorrero, pendenciero, a quien sólo le interesaba la victoria y no su reputación, ni ganar amigos o demostrar su destreza en el campo de batalla. El resultado era que, a lo largo de los años, adquirió muchos enemigos y poco amigos, junto con una fama de despiadado, que en parte merecía, y también fama de inescrupuloso, cosa que no merecía en absoluto.

Pero nada de eso le molestaba. Enemigos perdurables, acusaciones públicas injustas y antipatías eran el precio que había que pagar por el éxito. Cole pagaba el suyo sin quejarse, lo mismo que aquellos otros decididos visionarios que, lo mismo que él, en las últimas dos décadas lograron amasar enormes fortunas personales de tierras que ya no eran fértiles y en un clima económico considerado poco saludable.

- A fines de la década del ochenta, decían lo mismo sobre Matt Farrell e Intercorp - le recordó Cole –. Y ahora se ha convertido en el Príncipe Soñado de Wall Street.

- Si, lo es. Y en parte debido a la excelente publicidad que le dio su tumultuoso casamiento con una heredera muy querida y de un perfil público más abierto.

Cole miró hacia la puerta y asintió dándole la bienvenida al principal abogado de la corporación, John Nederly, a quien la secretaria de Cole acababa de hacer pasar a la oficina. Gloria dedujo que el tiempo de su entrevista con Cole Harrison había llegado a su fin y se puso de pie, vencida.

- ¿Cuándo quiere que ofrezcamos la conferencia de prensa?

Durante un instante, Gloria no pudo creer lo que acababa de oír.

- Yo... Lo antes posible. ¿Qué le parece mañana? Eso nos daría tiempo suficiente para prepararla.

Cole estaba firmando más papeles que acababa de entregarle la secretaria, pero levantó la mirada y meneó la cabeza.

- Salgo esta noche para Los Angeles y no volveré hasta el miércoles.

- ¿Entonces qué le parece el jueves?

Cole volvió a menear la cabeza.

- El jueves y el viernes estaré en Jeffersonville atendiendo un asunto de familia.

- ¿Entonces el sábado? - preguntó Gloria.

- Me parece bien.

El vítore mental de Gloria fue interrumpido por la secretaria, quien volvió las páginas del calendario de su jefe, señaló algo allí escrito y dijo:

- Me temo que el sábado esté fuera de la cuestión. Esa noche debe estar en Houston.

- ¿En Houston? - preguntó él, disgustado y hasta enojado ante la perspectiva –. ¿Para qué?

- Para asistir al Baile de la Orquídea Blanca. Usted donó una escultura de Klineman para el remate de caridad que precede al baile, y lo honrarán por su generosidad.

- Envíe a algún otro para que me represente.

Todos levantaron la vista sorprendidos, y Gloria negó esa posibilidad.

- Yo misma organicé, ese asunto del baile de la Orquídea. El Klineman será el objeto más valioso del remate...

- También será el más feo - interrumpió Cole con un tono que hizo que Gloria tuviera que contener una risita.

- ¿Entonces por qué lo compró? - preguntó antes de poder contenerse.

- Me dijeron que sería una buena inversión y en los últimos cinco años su valor ha aumentado considerablemente. Por desgracia no me gusta ahora más de lo que me gustaba cuando lo compré. Que algún otro integrante de la corporación vaya al baile de Houston y agradezca los honores.

- Debe ir usted - insistió Gloria –. Cuando Relaciones Públicas le sugirió que hiciera una donación, usted hizo una muy generosa. El precio que alcance en el remate será destinado a la Sociedad Americana Contra el Cáncer y el baile es uno de los acontecimientos más importantes para los medios. El momento es perfecto para esa clase de publicidad, seguida de una conferencia de prensa la semana siguiente.

Cole dejó de escribir y le dirigió una mirada dura, pero no pudo encontrar un argumento más fuerte que la lógica de esa mujer y, de alguna manera, a pesar de su oposición personal y de su falta de cooperación, aprobaba la absoluta decisión con que ella realizaba el trabajo para el que le pagaba la corporación.

- De acuerdo - dijo, cortante.

Ella se puso de pie y empezó a salir. Pero antes de llegar a la puerta se volvió y notó que los dos hombres la miraban.

- Los canales de televisión se van a ocupar del contrato de Cushman - le dijo a Cole –. Si usted tiene posibilidades de ver alguno de esos noticieros, me gustaría que los repasáramos juntos y que hiciéramos planes para desmerecer las críticas en la conferencia de prensa.

Cuando Cole le contestó lo hizo como si ella estuviera en peligro de agotar su paciencia.

- Veré el noticiero mientras empaco para el viaje a Los Angeles.

Gloria comenzó a retirarse.

Cole se echó atrás en su sillón y miró al jefe de abogados de la corporación, quien con un brillo de aprobación en los ojos, la miraba salir.

- Es tenaz, ¿verdad? - preguntó John cuando ella ya no pudo oírlos.

- Muy.

- Además tiene espléndidas piernas. - La puerta se cerró tras Gloria y John dedicó su atención a los asuntos que tenían entre manos. - Estos son los poderes que tu tío debe firmar para la reunión de directorio - dijo colocando algunos papeles sobre el escritorio de tubos cromados –. Cole, no me gusta ser pájaro de mal agüero, pero es necesario que tu tío te transfiera a ti sus acciones en la corporación en lugar de darte poder cada vez. Ya sé que en su testamento te nombra único heredero de sus acciones, pero muchas noches tengo insomnio y sudores fríos pensando en el desastre que tendríamos entre manos si él se pusiera senil o algo así y decidiera no otorgarte poder.

Cole le dirigió una mirada irónica y metió los documentos en su portafolios.

- Has perdido sueño sin ninguna necesidad - aseguró. Hizo girar el sillór. y comenzó a sacar documentos del archivo que tenía detrás del escritorio –. La mente de Cal es tan aguda como una navaja.

- Aún así - insistió John, dirigiéndose a la espalda de Cole –. Ya tiene más de setenta años, y a la gente de edad se los puede convencer de la necesidad de que hagan cosas muy extrañas y perjudiciales. El año pasado, por ejemplo, un pequeño grupo de accionistas de una compañía química de Indiana, decidió oponerse a una fusión que estaba tratando de lograr el directorio. Los accionistas localizaron a una anciana de California que tenía un importante número de acciones heredadas de su marido, y la convencieron de que la fusión provocaría una fuerte caída en el precio de las acciones. Después la escoltaron de regreso a Indiana donde ella personalmente votó en contra de la fusión y la bloqueó.

¡Algunas semanas después le escribió una carta al directorio, alegando que la obligaron a tomar esa actitud!

Cole volvió a hacer girar su sillón y miró al preocupado abogado con una no disimulada diversión, mientras metía más papeles en su portafolios. Calvin Downing era tío de su madre y Cole no sólo se sentía más cerca suyo de lo que jamás se sintió con su padre, sino que además lo conocía bien y estaba convencido de que, en lo que a él se refería, los temores del abogado no tenían fundamento.

- Hasta donde yo sé, nadie, incluyendome a mi ha podido jamás convencer, cohercionar u obligar a Calvin para que hiciera algo que no quiere hacer, o impedirle hacer algo que desea hacer.

Al ver que el abogado seguía dudando, Cole citó el primer ejemplo que se le ocurrió.

- Durante cinco años luché para que abandonara el rancho y se mudara a Dalias, pero no quiso. Dediqué los cinco años siguientes a tratar de convencerlo de que debía hacerse edificar una casa más linda en el rancho, pero argumentó que no quería una casa nueva y que sería una pérdida de dinero. En ese momento ya tenía por lo menos cincuenta millones de dólares, y seguía viviendo en una casa de dos ambientes, llena de corrientes de aire, donde había nacido. Por fin, hace dos años, se decidió a tomarse sus primeras, y últimas vacaciones. Mientras él no estaba, durante seis semanas, tomé un contratista y un ejército de carpinteros que le edificaron una casa lindísima en el oeste del rancho. - Cole cerró el portafolios y se puso de pie. - ¿Sabes dónde vive hoy en día?

John percibió la nota irónica de la voz de Cole y adivinó la respuesta a la pregunta.

- ¿En la misma casa de antes?

- Exactamente.

- ¿Y qué hace allí, solo y en una casa vieja y semiderruida?

- No está completamente solo. Hace décadas que tiene la misma ama de llaves y también algunos peones que lo ayudan. Dedica su tiempo a interferir en lo que ellos hacen, o leer, que siempre ha sido su pasatiempo preferido. Es un lector voraz.

Esa última información no coincidía con las nociones preconcebidas de un yanqui con respecto a una anciano ranchero tejano.

- ¿Qué lee?

- Lee todo lo que llega a sus manos y que se refiera a lo que le fascine en ese determinado momento de su vida. Sus “estados”, por lo general, duran entre tres y cuatro años, durante los que devora docenas de tomos del tema que le interesa. En una época, lo único que leía eran biografías sobre los héroes de la guerra, desde el principio de la historia de que se tiene conocimiento. Después se dedicó un tiempo a la mitología. Después de eso llegaron la psicología, la filosofía, la historia y por fin los libros sobre el oeste y los policiales. - Cole se detuvo para hacer una anotación en su calendario antes de proseguir. - Hace un año se le despertó un agudo interés por las revistas populares y las ha estado leyendo todas, desde GQ hasta Playboy, Ladies Journal y Cosmopolitan. Afirma que las revistas populares son el reflejo más cierto del estado de la mente colectiva de una sociedad moderna.

- ¿En serio? - preguntó John, escondiendo su inquietud ante las excentricidades y obsesiones de un millonario tozudo y anciano, que además era dueño de una enorme cantidad de acciones de Unified Industries y que podía, si lo deseaba, hacer estragos en la compleja estructura

Librodot

corporativa de subsidiarias, subdivisiones, empresas y sociedades limitadas. - ¿Ha sacado alguna conclusión de sus lecturas?

- Sí. - Cole le dirigió una sonrisa irónica, miró su reloj y se puso de pie para salir. - Según Cal, nuestra generación ha violado en una forma flagrante las reglas de moralidad, decencia, ética y responsabilidad personal, y considera que tenemos la culpa aún mayor de haber dado a luz una nueva generación de chicos que ni siquiera comprenden esos conceptos. En síntesis, sobre la base de sus lecturas, Cal ha sacado la conclusión de que Norteamérica está por irse al tacho, de la misma manera que les sucedió a la Antigua Grecia y a Roma y por los mismos motivos que provocaron su declinación y colapso cuando eran potencias mundiales. De paso te diré que esa metáfora es de Cal, no mía.

John se puso de pie y se encaminó a la puerta de la oficina con él, pero Cole puso una mano sobre el picaporte y dijo:

- Tienes razón en eso de que Cal debe transferirme las acciones. Es un cabo suelto que debí haber atado hace años, pero que he ido postergando por una serie de motivos. Lo conversaré con Cal esta semana, cuando lo vea.

- ¿Lo conversarás? - preguntó John –. ¿Hay alguna clase de problema?

- No - contestó Cole algo cortante. La verdad era que no quería explicarle a un extraño el papel que Cal jugó en su vida, ni el agradecimiento que le tenía... ni el cariño que le profesaba. Aún en el caso de que quisiera intentarlo, Cole sabía que jamás podría explicar o justificar ante un abogado de la corporación que un simple sentimentalismo le había impedido pedirle a su tío que volviera a poner a su nombre las acciones que él le regaló quince años antes.

En ese tiempo, Unified Industries no era más que un vago sueño de Cole, pero Cal escuchó sus planes. Con una fe sin límites en la capacidad de Cole para convertir sus planes en realidad, Cal le prestó medio millón de dólares para que se pusiera en marcha ... una inversión que en su momento constituía todas sus ganancias de los contratos de petróleo y gas de sus tierras, así como doscientos mil dólares más que pidió prestados a un banco. Entonces Cole se acercó a un banquero de Dalias para pedirle un préstamo de 750.000 dólares más, utilizando los pozos de petróleo de Cal como garantía. Armado con más de un millón de dólares, un intelecto rápido y una riqueza de conocimientos adquiridos sólo escuchando a Charles Hayward y el resto de los millonarios que se reunían en la caballeriza de Hayward, Cole hizo su primera jugada importante en el mundo de las empresas y de las finanzas. Colocó su dinero en una de las más riesgosas y potencialmente más redituables de todas las empresas: los contratos de alquiler de petróleo y gas.

Después de haber comprobado que una petrolera importante perforó dos veces las tierras de Cal y fracasó, decidió adquirir intereses en la segunda y más pequeña de las empresas, la que en definitiva tuvo éxito. Southfield Exploration era propiedad de Alan South, quien la manejaba mal. South era un hombre de treinta y tres años, un individuo pedante, de tercera generación de hombres dedicados a la exploración de tierras en busca de petróleo, a quien nada le gustaba más que encontrar petróleo y gas en lugares donde compañías más importantes habían fracasado.

Librodot

El desafío era el motor de Alan, la adrenalina del éxito lo que buscaba, más que lograr y mantener ganancias. Como resultado, andaba corto de fondos y en busca de un socio cuando Cole se le acercó con un millón de dólares para invertir. Alan no tenía ganas de cederle a Cole todo el control financiero del operativo, pero Cole no cejó en su exigencia y Alan debió ceder.

Cal quería que Cole considerara su inversión como un préstamo, pero el orgullo de Cole lo obligó a dar un paso más. Insistió en que Cal fuese socio de la empresa, además de devolverle el préstamo, y encargó a un abogado que redactara los documentos necesarios. Durante los tres años siguientes Alan lo atacó una y otra vez y mantuvo una pelea tras otra con Cole, quien se negaba rotundamente a permitir que se volviera a extender, por prometedora que pareciera la exploración de determinados lugares. Terminado ese tiempo, Cole permitió que Alan comprara su parte en cinco millones de dólares y ambos se separaron amistosamente.

Con la aprobación de Cal, Cole utilizó las ganancias de la compañía de exploración de pozos petroleros para comprar tres pequeñas y cuidadosamente seleccionadas compañías manufactureras. Contrató un nuevo equipo de gerentes, puso gran énfasis en el servicio al consumidor y estimuló la moral de los vendedores. En cuanto el balance de una compañía parecía bueno, la vendía. En lo que consideraba que era su tiempo libre, estudiaba la bolsa de valores y analizaba la filosofía de los corredores exitosos y la de quienes manejaban importantes sumas de dinero. Basándose en el hecho de que casi todos los expertos estaban en desacuerdo unos con otros en alguno o en todos los puntos importantes, Cole llegó a la conclusión de que la suerte y el momento elegido tenían tanta o más importancia que la capacidad y los conocimientos. Y ya que hasta entonces tanto la suerte como el cálculo de los momentos indicados lo habían beneficiado, intentó algunas inversiones serias.

En el término de tres años, Cole había convertido cinco millones de dólares en sesenta y cinco millones. Durante todo ese tiempo, la única condición que Cal le impuso fue que en la siguiente empresa, Cole le proporcionara un lugar a su otro sobrino, Travis Lerrold. Travis era cinco años mayor que Cole y procedía de una ciudad del otro extremo de Texas donde trabajaba en una compañía poco importante que fabricaba herramientas. Tenía título universitario, una bonita esposa llamada Elaine, a quien Cole le tenía gran simpatía, y dos hijos malcriados llamados Donna Jean y Ted, que a Cole no le gustaban nada. Aunque Cole sólo había visto a Travis una vez, cuando era adolescente, le gustaba el sentido de lealtad que él, como “familia", llevaría al negocio y por lo tanto encontró que el pedido de Cal era lógico.

Cole comenzó a buscar una compañía redituable sobre la cual poder fundar su dinastía corporativa, una compañía que proporcionara un producto o un servicio para el que existiera la probabilidad de una creciente necesidad. Previó que la necesidad era la clave del éxito y fue en ese sentido que Cole descubrió que tenía un don genuino. Aunque todo el mundo parecía creer que IBM y Apple muy pronto se quedarían con todo el mercado de “hardware” de la computación, Cole estaba convencido de que marcas de menor precio pero de auténtica calidad podían acaparar un importante cuota del mercado de las computaras personales.

Contra el consejo y la opinión de todos los demás, compró una pequeña compañía llamada Hancock e inventó su propia y nueva marca. Triplicó el tamaño de la fuerza de venta de la compañía, aumentó el control de calidad, e invirtió gran cantidad de dinero en campañas de

Librodot

publicidad. En el término de tres años, las computadoras Hancock se vendían en locales minoristas de todas partes del país y se las ponderaba por su confiabilidad y flexibilidad. Cuando todo eso estuvo organizado, Cole nombró a Travis presidente a Hancock y lo puso en posesión de su cargo, con lo cual la fascinada esposa de Travis estalló en un llanto de agradecimiento y Travis sufrió un fuerte sarpullido nervioso.

Librodot

11

- Soy una gran admiradora suya, señorita Foster - dijo la maquilladora de CNN mientras cepillaba con lentitud el cabello resplandeciente de Diana - Todos los meses, mi madre, mi hermana y yo leemos su revista sin saltearnos una sola página.

La sala de maquillaje era el lugar donde los invitados esperaban el momento de salir al aire y ésa era parecida a casi todas las demás salas de maquillaje de las televisoras del país, sólo que un poco más amp!ia. A los costados del cuarto se extendían dos largas mesas de fórmaica, con sillas espaciadas cada dos metros y espejos muy iluminados que cubrían las paredes. Frente a cada una de las sillas, los jarros y las botellas de cosméticos compartían el espacio con delineadores, lápices de labios, sombras para ojos y una serie de cepillos y de peines.

Algunas veces todas las sillas estaban ocupadas por invitados que se preparaban para salir al aire, pero esa tarde Diana era la única invitada a un programa y la joven maquilladora hervía de entusiasmo.

- Para el cumpleaños de mi hermana, utilizamos la receta de torta de vainilla de su abuela. La cubrimos con arándanos glaceados igual que en la fotografía que aparecía en la revista. Después juntamos peonias para hacer un centro de mesa y decoramos los paquetes de nuestros regalos utilizando estampillas cortadas en forma de peonias. Para el mío utilicé estampillas doradas y mamá utilizó algunas plateadas ¡y no se imagina lo bien que quedaron!

- Me alegro mucho de oírlo - dijo Diana mientras le dedicaba una sonrisa sin distraerse de la lectura de los memos urgentes llegados esa mañana al hotel

- Mamá por fin consiguió que papá hiciera la prueba de utilizar la fórmula de su abuelo para producir frutillas grandes y jugosas, ¡y resultaron enormes y deliciosas! La primera vez que mi padre las vio fotografiadas en la revista insistió en que debían ser trucos fotográficos y que sin duda serían manzanas, ¡pero las de él también salieron fantásticas! Después hizo esa caja para abono que su abuelo mostraba en la revista. Ahora él, igual que nosotros, lee Foster’s Reatiful Living y no se pierde un sólo artículo.

Diana tuvo la sensación de que era necesario que volviera a contestar algo, de manera que le dedicó otra sonrisa antes de leer la segunda página del fax enviado por la oficina de Foster Enterprises de Houston. La sonrisa fue todo el aliento que a la joven maquilladora le hacía falta.

- Prácticamente todas las personas que conozco leen su revista. Nos encantan las ideas que nos sugieren y las fotografías de su hermana son sencillamente maravillosas. ¡Diablos! Y la manera en que su madre escribe acerca de todos ustedes. Yo tengo la sensación de conocer a toda la familia. Cuando Corey tuvo sus hijas, las mellizas, nos sentamos a tejerles un par de esos hermosos escarpines de crochet. Espero que los haya recibido.

Diana levantó la mirada y sonrió por tercera vez.

- Estoy segura de que los recibió.

Librodot

La joven puso una suave capa de rubor sobre los pómulos altos de Diana y retrocedió para ver el resultado de su obra.

- He terminado - dijo, casi con pena - Usted es aún más bonita en la vida real que en la fotografía que apareció en la tapa de la revista.

- Muchas gracias - dijo Diana, haciendo a un lado los faxes para mirarla.

- Tiene alrededor de diez minutos antes de que vengan a buscarla para llevarla al estudio.

Cuando la maquilladora se fue, Diana miró a Cindy Bertrillo, la directora de relaciones públicas de la revista, que la había acompañado a Atlanta y se encontraba sentada cerca de ella mientras la maquillaban.

- ¿Hay algún otro fax? - preguntó Diana en tanto garabateaba instrucciones en dos de los memos de los faxes y se los entregaba a Cindy para que las enviara en cuanto llegaran al hotel.

- No, eso es todo - contestó Cindy mientras metía los memos dentro de su portafolios. Con su pelo negro y muy corto, anteojos enormes y movimientos enérgicos, Diana pensó que la incansable publicista de treinta y dos años tenía el aspecto de estar buscando en forma permanente algo que conviniera a Foster´s. Y así era.

Diana miró su reloj e hizo una mueca.

- ¡Odio estas entrevistas! Me quitan mucho tiempo de trabajo. Mañana tengo seis reuniones, los contadores quieren repasar los papeles preliminares y debería estar terminando los detalles del nuevo libro sobre mesas ratonas. ¡Estoy atrasada en todo!

Cindy estaba acostumbrada al ritmo agotador de trabajo de Diana. A los treinta y un años, Diana no era sólo una exitosa empresaria; aunque a regañadientes también era una celebridad, un ídolo. Un estado de cosas que se debía a que era extremadamente fotogénica y a su capacidad de parecer serena aun en medio de situaciones caóticas y que le ponían los nervios de punta. A pesar del deseo de Diana de mantener su vida privada y un perfil bajo, sus facciones clásicas, vivido colorido y natural elegancia la convertían en un personaje cada vez más popular para periodistas y fotógrafos... y también para entrevistas televisivas.

Cindy sonrió, comprensiva, mientras repetía lo que siempre le decía en esas circunstancias.

- Ya lo sé, pero las cámaras de televisión te adoran, y las entrevistas aumentan la venta de nuestra revista. - Inclinó la cabeza para considerar el efecto del vestido de crepe amarillo que lucia Diana contra su pelo castaño y los ojos muy verdes. - ¡Estás bárbara! - aseguró.

Diana levantó los ojos al cielo, haciendo a un lado el comentario.

- Te pido por favor que trates de concertar estas entrevistas para mamá y abuela, pero no para mí. Abuela y mamá son el ideal Foster, son el alma y el espíritu de todo el concepto. Ellas son la revista. ¡Pon a Corey en televisión, por amor de Dios! Ella es el genio fotográfico gracias

Librodot

al que la revista es tan espectacular. Yo no soy más que la cabeza visible, la que se dedica al negocio y cuando aparezco en estos reportajes siempre me siento una falsa. Además, estoy demasiado ocupada para hacerlos.

Cuando Diana se quedó sin argumentos, Cindy contestó con toda amabilidad.

- Los medios te quieren a ti, Diana. Y de todos modos - agregó con una sonrisa - no podemos permitir que tu abuela conceda más entrevistas en vivo. En su vejez, se ha puesto demasiado franca. No te lo comenté, pero el mes pasado, cuando grabó un programa para el canal CBS de Dallas, el periodista le pidió que explicara la diferencia entre la revista Foster Beautiful Living y su competidora más cercana, New Style.

Cindy esperó, con las cejas en alto y una expresión divertida, que Diana le hiciera la pregunta obvia.

- ¿Y abuela qué contestó? - preguntó Diana.

- Dijo que cuando siguió las instrucciones de New Style para hacer una lámpara decorada a mano, casi incendió la casa.

Diana contuvo una carcajada de horror.

- Después dijo que habría comido cemento con más gusto que la torta de bodas de New Style.

- ¡Dios Santo! - exclamó Diana, y lanzó una carcajada de espanto.

- Si ese programa hubiera salido al aire en vivo, en lugar de ser grabado, el candor de tu abuela nos habría significado un juicio espléndido - continuó diciendo Cindy - Pero por suerte pude ponerme en manos de la piedad del periodista y le rogué que no utilizara la parte que habría sido lo más jugoso del programa- Cindy se inclinó hacia delante y confió en son de broma-Nos pusimos de acuerdo pero la próxima vez que vayamos a Dalias, debo acostarme con él.

- Me parece razonable - dijo Diana muy seria, pero enseguida ambas rieron - Abuela no dice esa clase de cosas por rencor - explicó enseguida, ya más seria - En su vejez ha decidido que no quiere gastar el poco aliento que le queda diciendo mentiras amables... o algo así.

- Es lo que me informó en Dallas. De todos modos, concerto entrevistas para tu madre, tu abuelo y Corey cada vez que puedo, y lo sabes. Para ellas puedo arreglar programas especiales donde demuestran todos sus maravillosos proyectos, y esos programas siempre son un éxito, pero cuando se trata de entrevistas personales, a quien quiere ver el público es a ti.

- Ojalá pudieras hacer algo para hacerlos cambiar de idea.

- Si cambiaras de cara, tal vez podría-retrucó Cindy con una sonrisa - Ponte fea, ponte gorda. Ponte un poco presumida, o un poco agresiva o un poco tosca. El público lo notará enseguida y perderás tu atractivo comercial.

- Gracias, eres de gran ayuda - dijo Diana.

- ¿Cómo quieres que te ayude si te conviertes en un icono? ¿Crees que es culpa mía que el público norteamericano te considere la Diosa Doméstica Favorita?

Diana hizo un gesto cómico ante esa frase, inventada el año anterior por un comentarista de la CBS cuando le hizo una entrevista.

- No le vayas a decir a nadie que hace dos años que no he tenido tiempo de cocinar una comida decente en casa, ¿quieres? Ni que he tenido que contratar a un decorador para que me arregle el departamento porque yo estoy demasiado ocupada trabajando.

- No me lo sonsacarían ni torturándome - bromeó Cindy, pero enseguida se puso seria. Hizo a un lado una serie de cosméticos y se sentó sobre la mesada de la sala de maquillaje. - Diana, en los último meses te he oído hacer bromas como ésa y cada vez me pones más nerviosa. Cuando comenzaste con la revista, no tenías competidores pero en los últimos dos años esa situación ha cambiado. Ya sé que no es necesario que te diga lo que ha crecido la competencia, o la cantidad de dinero que tiene detrás, o lo que estarían dispuestos a hacer con tal de desbancarte a ti y a Fosters Beautiful Living del primero lugar. Existen editoriales importantes que editan sus propias revistas y tratan de crear sus propios "iconos".

"Si ellos llegaran a descubrir algún punto débil en ti, lo utilizarán para demolerte, junto con todo el Ideal Foster, y se valdrán para ello por todos los medios. Por talentosas y llenas de inventiva que sean tu madre y tu abuela, y por grande que sea la ayuda que te presten los asistentes de la revista, eres tú a quien las mujeres norteamericanas ven como el Ideal Foster.

"Sé que estás extenuada y también que te indigna que tu vida privada se mezcle con tu vida empresaria, pero hasta que tú y Dan Penworth estén casados y viviendo en una casa propia, decorada con muchos de los objetos que hemos publicitado en la revista, ni siquiera puedes permitirte bromear acerca de tu falta de vida doméstica. Si tus competidores se llegaran a enterar, te harán quedar como una verdadera impostora."

Diana echó atrás la cabeza y luchó por no contestar con furia ni con resentimiento.

- Soy una ejecutiva con una importante y creciente corporación. No tengo tiempo de dibujar bordes en los empapelados de mi casa.

Cindy quedó sorprendida al percibir lágrimas en la voz de Diana y por primera vez comprendió que su empleadora que parecía la personificación de vitalidad, optimismo y serenidad, estaba en realidad tensa hasta el punto de un colapso nervioso. No era de sorprender, considerando las responsabilidades que cargaba sobre sus hombros. Su agenda de trabajo prácticamente eliminaba cualquier posibilidad de vida personal. Además hacía casi dos años que mantenía a su novio esperando en segundo plano la realización de un casamiento que debía ser la personificación del Ideal Foster.

- Lo siento - dijo Cindy con suavidad - . Por nada del mundo hubiera querido angustiarte. Permite que te vaya a traer algo de beber. ¿Qué te parece un poco de café?

- Gracias - dijo Diana con una sonrisa - . Me encantaría.

Cindy salió, cerrando la puerta a sus espaldas, y Diana giró en su silla. Su rostro la miraba desde el espejo y ella meneó la cabeza ante la ironía del destino.

- Dime algo - le preguntó a su reflejo - . ¿Cómo es posible que una buena chica como tú haya terminado en un lugar como éste?

La mujer del espejo la miró con una sonrisa irónica. La respuesta era muy obvia: la necesidad y la desesperación, después de la repentina muerte de su padre ocurrida hacia ocho años a causa de un infarto, la llevaron a correr riesgos y a desafiar a la suerte con tal de mantener unida a la familia. El momento indicado y la suerte catapultaron a la familia mucho más allá de sus modestas esperanzas. El momento indicado y la suerte... y tal vez un poco de ayuda de Robert Foster.

Después del entierro, cuando los abogados de su padre les revelaron el verdadero estado de sus finanzas, debido a la caída de la bolsa poco tiempo antes, Diana fue la única capaz de absorber el significado de todo ello: después de haber pagado las deudas de su padre, la familia no tendría nada aparte de la casa en que vivían y los muebles que contenía.

En un esfuerzo desesperado por mantenerlos a todos unidos, Diana decidió tratar de convertir el estilo de vida de su familia, tan aclamado por quienes lo conocían, en una propuesta que significara ganar dinero. De alguna manera obtuvo buenos consejos, hizo un plan de trabajo, y pidió prestado el dinero que necesitaba para comenzar la empresa. Y por fin consiguió convertir el estilo de vida único de su familia en un negocio multimillonario.

12

De pie frente a un lavatorio de mármol gris, con la cara cubierta de crema de afeitar y el pecho desnudo, Cole se pasó la afeitadora por el cuello mientras escuchaba las noticias que transmitían por televisión. En el estudio que se comunicaba con el dormitorio, había una enorme pantalla de televisión construida detrás de un panel corredizo.

Tenía la valija sobre la cama, preparada para su viaje a Los Angeles y Michelle preparaba bebidas para ambos en el living. En ese momento, CNN presentaba a una invitada a quien entrevistarían.

- Durante los años en que Diana Foster concibió y ejecutó un plan para convertir el “hobby” de su familia en una empresa, no sólo se ha convertido en la editora de la revista

Foster’s Beautiful Living, sino también en la presidenta de una exitosa corporación basada en Houston que, bajo su liderazgo, se ha diversificado en múltiples empresas, incluyendo televisión y la manufactura y venta de los productos Foster para el hogar: una línea de productos naturistas.

Cuando oyó el nombre de la invitada, Cole se estaba enjuagando la cara y supuso que no sería más que una coincidencia, pero cuando el locutor también mencionó a Houston, se enderezó y tomó una toalla. Se quitó la crema de afeitar que le quedaba en la cara, se encaminó a la biblioteca y se detuvo frente a la pantalla de televisión.

Mientras el locutor continuaba con la biografía de la entrevistada, una lenta sonrisa de placer y de incredulidad cruzó por su rostro al ver la hermosa imagen de Diana Foster.

- En los últimos dos años, Diana ha aparecido en las tapas de Toe New York Times, del Enquirer, y Star Working Woman dijo de ella que era “un ejemplo de lo que puede y debe ser una joven ejecutiva”, Cosmopolitan se ocupó de Diana Foster en un artículo de tapa titulado “Mujeres con inteligencia, belleza y valentía”,

El locutor se volvió hacia su invitada.

- Diana, un periodista la nombró “la Gran Princesa de la gracia y la belleza domésticas". ¿Cómo la hace sentir todo eso?

Ella lanzó esa risa suave y musical que Cale tan bien recordaba a pesar de los años transcurridos, y aún después de tanto tiempo, todavía le produjo una gran calidez ver esos ojos y esa sonrisa radiante.

- Halagada, por supuesto - contestó ella - . Demasiado halagada, en realidad. Foster’s Beautiful Living es un esfuerzo familiar y yo sólo soy una pequeña parte del todo.

- Usted sólo tenía veintidós años cuando decidió tratar de vender lo que era, hasta entonces, el estilo de vida de su familia muy bien conocido en Houston. ¿Al fundar la revista, se encontraba llena de juvenil optimismo o el riesgo que decidió correr le inspiraba cierto miedo?

- Sólo tenía miedo de una cosa - contestó Diana con tono solemne, pero Cole sonrió porque la conocía bien y acababa de percibir un casi imperceptible humor en su voz- pero me mantuvo despierta muchas noches durante los dos primeros años.

El locutor tomó sus palabras con muchas seriedad.

- ¿Y cuál fue es único miedo?

Diana rió.

- ¡El fracaso! - El locutor seguía riendo cuando ella agregó - Y en realidad debo confesar que en parte, las riquezas y la fama de mis antepasados la ganaron robando bancos y quedándose con ganado ajeno. En realidad, hasta el año 1900, A más famoso de todos ellos era un jugador

profesional a quien mataron a tiros por haber hecho trampa cuando jugaba en un saloon de Fort Worth.

De pie en el centro de su biblioteca, descalzo, los puños apoyados en la cintura y una sonrisa en los labios, Cole no pudo menos que reír de la falta de afectación, el candor y el ingenio de Diana.

A sus espaldas, Michelle entró con una bandeja con vasos y bocaditos salados.

- ¿Qué te parece tan gracioso? - preguntó mientras apoyaba la bandeja sobre una mesa y se alisaba las arrugas de la blusa y los pantalones. Cole meneó la cabeza sin apartar la mirada de la imagen de Diana en la pantalla de televisión.

- Ésa es Diana Foster - informó ella. Michelle pertenecía a una prominente familia de Dalias con parientes en Houston, de manera que estaba enterada de todos los secretos vergonzosos de los de su propia clase social - Capitalizó la fama de su familia, pidió una cantidad de dinero prestado y lo utilizó parta iniciar una pequeña empresa en la que participaba toda la familia. Nadie creyó que llegarían a nada, pero la empresa se ha convertido en algo realmente importante. Al principio Diana logró que se levantaran una cantidad de cejas cuando inició el asunto. Ahora también se ha hecho una cantidad de enemigos.

De inmediato, Cole se indignó.

- ¿Por qué?

- Estamos en Texas, querido, ¿recuerdas? Éste es el hogar del muchacho bueno, donde todavía prospera el mito de la superioridad masculina y donde la palabra “macho” es sagrada. Se supone que las esposas y las hijas no deben iniciar una empresa propia y, si lo hacen, se supone que no deben tener un éxito de campanillas y mucho menos ser más famosas que muchos hombres.

Mientras Cole todavía absorbía la innegable verdad de lo que le acababa de decir Michelle, ésta le pasó los dedos por el vello corto y negro de su pecho.

- Diana Foster además es hermosa, soltera y tiene mucha clase. Si sumas todo eso, comprenderás que es más lógico que las de mi sexo la envidien en lugar de tenerle simpatía.

Cole observó los dedos aristocráticos de Michelle con sus uñas pintadas de vermellón que jugueteaban con los centros nerviosos de su pecho.

- ¿Y eso te incluye a ti? - preguntó, aunque sabía que no sería así.

A los treinta y dos años, Michelle era demasiado inteligente, demasiado sabia y demasiado viva para perder tiempo envidiando a otra mujer. Además, ya había elegido su candidato para tercer marido y Diana Foster no era ninguna amenaza para ella.

Librodot

- No - dijo, echando atrás la cabeza para mirarlo a los ojos - Pero si pudiera, cambiaría de lugar con ella en menos de diez segundos. Ya he sido una víctima de todas las malcrianzas y de la condescendencia de mi padre y de dos maridos.

Michelle era hermosa, cándida y una gata en la cama. Además de sentirse sensual e intelectualmente atraído por ella, Cole le tenía una genuina simpatía. Enlazó las manos a la espalda de Michelle y la atrajo hacia sí.

- ¿Por qué no nos acostamos para que yo pueda malcriarte y ser condescendiente contigo?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza, lo miró a los ojos y le dedicó una sonrisa seductora.

- En ese caso - agregó él con un tono de voz sensual y ronco - nos meteremos en la cama y permitiré que tú me malcríes y seas condescendiente conmigo. - Michelle jamás desperdiciaba una oportunidad de acostarse con él, bajo ninguna circunstancia, de manera que Cole se sorprendió cuando ella volvió a declinar el ofrecimiento.

- ¿En lugar de eso, por qué no te casas conmigo?

La expresión de Cole no cambió. Susurró una sola palabra, luego inclinó la cabeza y silenció las protestas de Michelle con un beso.

- No - dijo.

- Yo te podría dar hijos - dijo ella, temblorosa, cuando él levantó la cabeza-Me gustaría tener hijos tuyos.

Cole la abrazó con más fuerza y le besó los labios con una pasión que contrastaba con la gélida decisión de sus palabras.

- Yo no quiero chicos, Michelle.

13

Sonó el teléfono del escritorio de la recepcionista y Tina Frederick atendió.

- Foster's Beautiful Living - dijo con un tono de voz alegre y enérgico que reflejaba la actitud general de todos los empleados de la empresa.

- Soy Cindy Bertrillo, Tina. ¿Diana Foster ya ha vuelto de almorzar?

La encargada de relaciones públicas de la revista parecía tan tensa y desesperada que en un movimiento automático Tina miró por sobre el hombro para asegurarse que las puertas giratorias de la sala de recepción no se estuvieran moviendo.

- No, todavía no.

- En cuanto la veas, dile que debo hablar con ella. Es urgente.

- Está bien. Lo haré.

- Eres la primera persona junto a la que pasará cuando entre al edificio. Hasta haberle dado mi mensaje, no te alejes de tu escritorio por ningún motivo.

- De acuerdo. - Al cortar, Tina trató de imaginar qué clase de asunto urgente podía haber surgido, pero estaba convencida de que, fuera lo que fuese, Diana lo manejaría con facilidad y sin demostrar la ansiedad que se notaba en la voz de Cindy.

La tranquilidad y el sentido del humor de Diana Foster provocaban la admiración de los 260 empleados de Foster Enterprises que trabajaban en las oficinas del centro de Houston, desde los empleados de la sala de envíos hasta los de la suite de ejecutivos. Diana era famosa por la cortesía y el respeto con que trataba a todos los que trabajaban para ella y con ella.

Por tensa que estuviera o por largas que hubieran sido las horas dedicadas al trabajo, pocas veces pasaba junto a un empleado sin una sonrisa o algún gesto de reconocimiento. Considerando todo eso, no era sorprendente que Tina se levantara de su silla sorprendida cuando, minutos después, Diana entró como una tromba por las puertas giratorios con un diario doblado bajo el brazo y pasó con rapidez junto al escritorio de la recepcionista.

- ¡Señorita Foster! - exclamó la muchacha, pero su por lo general amable empleadora ni siquiera la miró. Diana recorrió airada el pasillo a uno de cuyos costados se alineaban los cubículos para secretarias y las oficinas de ejecutivos, el rostro pálido y rígido y sin dirigir una mirada en ninguna dirección. Pasó frente al departamento de arte sin hacer ningún comentario acerca del número siguiente, apretó el botón del ascensor y, cuando las puertas se abrieron, desapareció en su interior.

Sally, la secretaria de Diana, la vio salir del ascensor y en forma automática reunió todos sus mensajes telefónicos, porque en cuanto llegaba a la oficina su jefa le preguntaba qué llamados había recibido. Pero en cambio, Diana rodeó el cubículo de Sally como si fuera invisible y

Librodot

desapareció dentro de su propia oficina. Sally se puso de pie con los mensajes en la mano y mientras rodeaba su escritorio notó que varias otras secretarias se asomaban para mirar con curiosidad hacia la oficina de Diana.

Preocupada por el deseo de entregarle a Diana sus mensajes antes de que ella tuviera que pedirlos, Sally entró tras ella en la oficina.

- La señora de Paul Underwood llamó con referencia al Baile de la Orquídea Blanca - comenzó a decir Sally, leyendo el primero de los tres mensajes - Me pidió que le dijera que el collar de amatistas y diamantes que usted usará en el remate de caridad es espectacular y que si no fuera evidente que el señor Dan Penworth lo comprará para usted, ella insistiría ante su marido para que se lo comprara a ella. - Sally hizo una pausa y levantó la mirada-Creo que, bueno, de alguna manera lo dijo un poco en broma.

Hizo una pausa, a la espesa de alguna clase de reacción humorística ante sus palabras, pero Diana sólo asintió muy tensa mientras arrojaba el diario sobre su escritorio y se quitaba la chaqueta de lana color cereza, dejándola caer de cualquier manera sobre el respaldo del sillón tapizado en gamuza de su escritorio.

- ¿Algún otro llamado? - preguntó con la cabeza baja y la voz tensa.

- Sí. El salón de trajes de novia llamó para avisar que acaban de recibir varios modelos de París que creen que le encantarán.

Fue como si Diana quedara petrificada; luego se alejó del escritorio para acercarse a una pared de cristal que daba al perfil soleado de Houston. En silencio, Sally la observó cruzar los brazos sobre el pecho y refregarse las mangas de la blusa de seda blanca, como si tuviera frío.

- ¿Algo más? - preguntó en voz tan baja que Sally tuvo que acercársele para oír lo que decía.

- También llamó Bert Peters. Hay un problema con dos de las fotografías del próximo número y están tratando de solucionarlo. Bert preguntó si usted estaría dispuesta a postergar hasta las cuatro la reunión de producción fijada para hoy a las tres de la tarde.

Diana contestó en voz aún más baja, pero llena de resolución.

- Cancélala.

- ¿Que la cancele? - preguntó a Diana con incredulidad.

Diana tragó con fuerza.

- Fíjala para mañana a las ocho de la mañana-Después de un instante agregó: - Si mi hermana está en el edificio pídele que venga a verme.

Sally asintió, tomó el teléfono del escritorio de Diana y marcó el número de la extensión donde sabía que debía estar trabajando Corey Foster.

Librodot

- Corey está abajo ayudando a la gente de composición - explicó - Bert dice que tiene una solución que puede dar resultado.

Sally le repitió el pedido de Diana a Corey, luego cortó la comunicación y miró preocupada a su jefa que permanecía muy quieta y con los hombros tensos. La gente que no la conocía por lo general quedaba tan sorprendida y desarmada por sus facciones clásicas, su colorido vívido, su voz suave y su serena elegancia, que se equivocaban y creían que era una lánguida joven de la alta sociedad que se pasaba la vida haciendo trabajos de caridad y que de vez en cuando iba a su oficina para asistir a alguna reunión de directorio y que luego dedicaba las veladas a cuidarse para que no se le formaran arrugas de preocupación que pudieran estropear su frágil belleza. Sin embargo, aquellos que trabajaban cerca de ella, como Sally, sabían que Diana era una trabajadora incansable y que poseía una energía y un entusiasmo que parecían interminables.

Cuando se acercaban las fechas mensuales de cierre de la revista, no era raro que los empleados trabajaran hasta cerca de la medianoche. Cuando todo el mundo estaba demasiado cansado o estresado para hacer más que dejarse caer en el sillón más cercano, Diana, cuyas tareas administrativas muchas veces la obligaban a permanecer hasta tarde en sus oficinas del último piso, con frecuencia aparecía en el departamento de producción con una sonrisa alentadora en los labios y una bandeja con café y sándwiches en la mano.

A la mañana siguiente, el equipo de producción se presentaría un poco tarde a trabajar, con los ojos hinchados y las mentes embotadas, mientras que Diana, con aspecto fresco y descansado, se mostraba llena de comprensión y de agradecimiento por las largas horas que sus empleados habían trabajado. La enorme diferencia que tenían el estrés y la falta de sueño en Diana comparado con su efecto en los demás, casi siempre provocaba una suerte de comentario quejoso de alguno que hubiera trabajado hasta tarde la noche anterior. Diana lo aceptaba con una sonrisa o con una carcajada, y le quitaba importancia asegurando que algún día todos descansarían tanto como ella y luego cambiaba de tema para hablar del número siguiente de la revista y del nuevo conjunto de problemas que sin duda tendrían que enfrentar.

Considerando que ella jamás demostraba el menor pesimismo ante los peores problemas, y la capacidad que tenía para hacer malabarismos con una docena de proyectos distintos y con mil diferentes detalles sin dejarse amilanar, a Sally le resultaba a la vez sorprendente y cautivante descubrir que Diana tenía dos debilidades: para trabajar bien le hacía falta tener un marco básico rutinario, y también un orden absoluto dentro de su oficina. La falta de cualquiera de esas cosas podía ponerla en un estado de confusión y de consternación mayores que cualquier otra circunstancia.

Diana podía permanecer de pie en el caos y el desorden del departamento de producción, cuyos pisos y mesas de dibujo estaban cargados de elementos de composición y de pruebas, y tomar decisiones vitales con una claridad de juicio increíble, pero le resultaba imposible permanecer sentada y concentrarse en un problema o tomar una decisión, a menos que la tapa de su propio escritorio Luis XIX estuviera perfectamente ordenada y con cada cosa en su lugar.

La semana anterior, antes de salir del edificio para un almuerzo con el abogado de la corporación, Diana acababa de mantener la habitual reunión de presupuesto de los lunes.

Librodot

Mientras asistía a ella, tuvo que arbitrar en una discusión entre dos dibujantes extremadamente talentosos y temperamentales, a la vez que impartía instrucciones al controlador de la corporación y revisaba el contenido de un contrato que Sally acababa de alcanzarle para que firmara. Logró hacerlo todo sin perder una sola palabra de las que fueron escritas o dichas, pero cuando estaba en condiciones de firmar el contrato y buscó en su portafolios la lapicera de oro que guardaba allí, sin poderla encontrar, perdió concentración en todos los asuntos.

Utilizó la lapicera del controlador para firmar el documento, pero siguió buscando su propia lapicera en el portafolios y luego en su cartera, y cuando los dos dibujantes que estaban trenzados en la discusión le preguntaron si podía sugerirles algún compromiso para terminar con la disputa, Diana los miró con la mente en blanco y preguntó:

- ¿De qué discusión se trata?

Como Sally pronto descubrió, la Diana “secreta” era una criatura de hábitos para quien el orden en todo lo que la rodeaba era imprescindible.

Todos los viernes a la mañana, a las siete y media, lloviera o tronara, le daban un masaje en el Houstonian Hotel and Health Club, después de lo cual la trataba la pedicura y luego la manicura en su salón de belleza predilecto. Llegaba a la oficina a las diez de la mañana, donde un servicio de cuidado del automóvil retiraba las llaves del suyo, le lavaban el auto, le llenaban el tanque de nafta y se lo devolvían a mediodía para que ella lo tuviera listo cuando decidiera salir a almorzar. Hacía los cheques para pagar sus cuentas personales los día primero y quince de cada mes, con prescindencia del lugar donde se encontrara y del día de la semana que fuera, y asistía a la iglesia todos los domingos a las diez. Y siempre, pero siempre, cuando volvía de almorzar, le pedía a Sally que le dijera ante todo quién la había llamado mientras no estaba, y luego que le recordara los compromisos que tenía para esa tarde.

Sin embargo, ese día no hizo ninguna de las dos cosas, y la inquietud de Sally creció al ver el diario que su jefa acababa de arrojar de cualquier manera sobre el escritorio, encima de un sapo de cristal de Steuben que atesoraba, y también al ver la chaqueta de lama color ciruela que colgaba de un solo hombro sobre el respaldo de su sillón.

- ¿Diana? - dijo Sally, vacilante - No es mi intención ser curiosa, ¿pero le pasa algo?

Por un momento Sally creyó que Diana no la había oído o que no quería contestarle; luego Diana alzó la cabeza y la miró por sobre el hombro, con una extraña emoción que brillaba en sus ojos verdes.

- Supongo que se podría decir algo así - contestó en un susurro tembloroso. Al ver que Sally la miraba indefensa y confusa, Diana señaló el diario con un movimiento de cabeza - Acabo de aparecer en la primera plana del Natíonal Enquirer. Sally se volvió hacia el escritorio y tomó el diario, indignada de antemano por lo que tanto afectaba a Diana.

Y aunque estaba preparada para encontrarse con una afrenta, el titular y las fotografías distribuídas en la primera página le hicieron el efecto de un puñetazo en la boca del estómago.

PROBLEMAS EN EL PARAISO

DIANA FOSTER ABANDONADA POR SU NOVIO

Debajo del titular publicaban una enorme fotografía del apuesto novio de Diana, Dan Penworth, acostado en una playa junto a una rubia curvilínea. El epígrafe decía: Don Penworth, el novio de Diana Foster, pasa la luna de miel con su flamante esposa, la heredera y modelo italiana de 18 años, Christina Delmonte. Sally leyó la historia con rapidez mientras se le daba vuelta el estómago. Ayer, en Roma, Christina Delmonte, socavó el romance de Diana Foster, la editora de la revista Beautiful Living... En los últimos tiempos el imperio Foster ha sido sitiado por varias revistas rivales, que se han burlado de la actitud de la señorita Foster de evitar el matrimonio y la maternidad mientras su revista preconiza la felicidad y la belleza de ambas cosas.

- ¡Esa comadreja! - exclamó Sally - ¡Esa víbora esa...! - Se interrumpió al ver entrar a Corey a la oficina, apurada y, por lo visto, ignorante del desastre.

- Creo que hemos solucionado el problema de la composición - dijo Corey mirando la cara de Diana y luego la expresión de espanto e indignación de Sally.

- ¿Qué pasa?

Por toda respuesta, Sally le tendió el diario y Corey lo tomó. Instantes después siseó:

- ¡Ese cretino! ¿Ese...!

- Cobarde - apuntó Sally.

- Es una porquería - agregó Corey.

- Un desgraciado...

- Les quedo agradecida a las dos - dijo Diana con una carcajada que estaba a un paso de las lágrimas - En momentos como éstos, la lealtad es muy importante.

Carey y Sally intercambiaron miradas de comprensión; luego Sally se volvió y salió, cerrando la puerta a sus espaldas y Corey se acercó a su hermana.

- No sabes cuánto lo siento - murmuró dándole un fuerte abrazo.

- Yo también - dijo Diana, sumisa y sorprendida como una criatura que acaba de ser castigada por algo que ella no ha hecho.

- ¡Vamos! - dijo Corey, alejando a Diana de la ventana y acompañándola hacia el escritorio - . Toma tu saco y tu cartera y salgamos de aquí. Iremos a casa y juntas les daremos la noticia a mamá y a los abuelos.

- No puedo irme temprano. - Diana consiguió levantar un poco el mentón, pero sus ojos tenían una expresión herida y estaban turbios por el impacto recibido. - No me puedo escapar. Esta noche, todos los de la oficina habrán visto o se habrán enterado del artículo. Entonces recordarán que me fui temprano y creerán que lo hice porque no podía enfrentar a nadie.

- Diana - dijo Carey con mucha firmeza - No es posible que exista ningún otro presidente de una compañía importante que goce tanto del cariño y de la admiración de sus empleados como tú. Se sentirán terriblemente mal por ti.

- No quiero que me tengan lástima - contestó Diana controlando su voz y con una expresión que se acercaba bastante a la normal.

Corey sabía que era inútil discutir. Diana tenía mucho orgullo y mucho coraje, y ambas cosas la obligarían a enfrentar ese día, por más destrozada que estuviera.

- Está bien. Pero no trabajes hasta tarde. Llamaré por teléfono a mamá y le diré que ambas llegaremos a casa a comer a las seis y media. Con un poco de suerte podremos ser nosotras las que le demos la noticia a la familia, antes de que se enteren en otra parte.

En cierta forma esperaba que Diana rechazara ese ofrecimiento de apoyo, pero no lo hizo.

- Gracias - dijo.

14

Esa noche, cuando Diana salió de la oficina, ya se había corrido la voz y fue objeto de miradas de lástima de los empleados, los guardias de seguridad del vestíbulo, y hasta del encargado del área de estacionamiento. Mientras Corey esperaba afuera en su automóvil, Diana entró en su departamento a cambiarse de ropa. Su contestador automático estaba lleno de mensajes de periodistas, de amigos y de conocidos distantes que pocas veces la llamaban; todos. Diana estaba segura, ansiosos por conocer más detalles jugosos. Estaba furiosa con Dan y se sentía completamente humillada.

En cuanto Diana y Carey entraron en la casa de River Oaks, resultó obvio por las expresiones de indignación y de confusión de su madre y sus abuelos que la familia también estaba enterada de la noticia.

- Nos enteramos por el noticiero de televisión, justo antes de que tú llegaras a tu casa. No puedo creer que Dan haya hecho esto... sobre todo de esta manera y sin llamarte por teléfono o por lo menos mandarte un telegrama para avisarte - dijo la señora Foster mientras esperaban que les sirvieran la cena en el comedor.

Diana se miraba las manos con expresión desolada, mientras hacía girar en su dedo el anillo de compromiso de un brillante de cuatro kilates.

- Dan llamó antes de ayer desde Italia, pero estábamos en el momento del cierre de la revista y no pude atenderlo. Anoche trabajamos hasta medianoche y, debido a la diferencia de horarios habría sido perfecto que yo lo llamara al llegar a casa, pero me quedé dormida, sentada en la cama y con una mano sobre el teléfono. Esta mañana me desperté tarde y en cuanto llegué a la oficina me vi involucrada en media docena de problemas. Es probable que él haya querido advertirme de lo que sucedía, pero yo estuve demasiado ocupada para volver a llamarlo - dijo con amargura - Fue por mi culpa que me enteré de su casamiento por los diarios.

- ¡No te atrevas a culparte por esto, jovencita! - exclamó el abuelo de Diana con lealtad, mientras cambiaba de postura en la silla pues su pierna izquierda estaba tiesa debido a una reciente operación - Estaba comprometido contigo y se casó con otra. ¡Habría que darle unos buenos latigazos!

- A mí, Dan Penworth nunca me gustó - anunció la abuela de Diana.

A pesar de que apreciaba la lealtad de su familia, Diana estaba peligrosamente cerca del llanto. Sin pensar que con sus palabras no aliviaba la pena de la nieta, la abuela continuó diciendo:

- Entre otras cosas, Dan era demasiado viejo para ti. Porque, ¿qué tiene que hacer un hombre de cuarenta y dos años con una chica de veintinueve?

- Obviamente muy poco - dijo Diana con amargura - y te recuerdo que no tengo veintinueve años, sino treinta y uno.

Librodot

- Tenías veintinueve cuando se comprometieron - argumentó la abuela.

- Su nueva esposa tiene dieciocho. Tal vez ése sea el número de la suerte para él.

- Diana - intercedió la señora Foster con suavidad - , no sé si éste es el momento indicado para ser filosófica o no, pero siempre me pregunté si Dan era el hombre que te convenía.

- ¡Por favor, mamá! Cuando nos comprometimos tú estaba muy a favor de Dan.

- Si, es cierto. Pero empecé a dudar cuando lo mantuviste colgado durante dos años.

- ¡Colgado! - exclamó la abuela - ¡Después de lo que ha hecho me gustaría ver a ese jovencito colgando del extremo de una soga!

- Lo que estaba tratando de explicar - dijo la señora Foster - es que si dos personas realmente se quieren, si todo está "bien" y no existen obstáculos para que se casen, tengo la impresión de que una debería estar un poco más apurada por casarse de lo que estaba Diana. Yo me casé con tu padre a la semana de conocerlo.

Diana consiguió esbozar una sonrisa triste.

- Eso fue porque él no te dio elección posible.

Permaneció sentada a la mesa, meneando la cabeza, mientras le servían los distintos platos. Tenía el estómago revuelto y los demás parecían no comprenderlo.

- Ojalá pudiera irme afuera durante un mes hasta que todo esto se tranquilice - dijo cuando les sirvieron el postre.

- Bueno, pero no puedes - dijo la abuela con una dureza no intencional - Ese maldito te hizo esa mala jugada pocos días antes del Baile de la Orquídea. Es un ritual al que todos nosotros debemos asistir y, si tú no lo hicieras, la gente diría que es porque estás con el corazón destrozado.

Diana se sintió físicamente enferma ante el solo pensamiento de tener que soportar el escrutinio público en el acontecimiento social más importante y lujoso de Houston.

- ¡Lo pensarán a pesar de todo lo que yo haga!

- ¡Qué pena que no puedas llegar al baile del brazo de un novio nuevo! - dijo el abuelo con una falta de practicidad poco característica en él - Eso les taparía la boca a todos.

- ¿Y qué les parece si me presento con un nuevo marido - preguntó Diana, ahogando una risa angustiada - , para que todos crean que fui yo la que planté a Dan? - Echó atrás su silla y agregó: - Me pondré el traje de baño e iré a nadar un rato. Creo que me gustaría pasar la noche aquí.

Spencer, el marido de Corey, estaba fuera de la ciudad, y Corey la acompañó a la pileta. Después de nadar, cuando se reclinaron en un par de reposeras junto a la pileta, Corey observó el perfil de Diana y se puso cada vez más pensativa.

- No creí que te sobrepondrías enseguida a la noticia de hoy, pero tengo la impresión de que el abandono de Dan te angustia más ahora que hace unas horas.

- En realidad-confesó Diana, sin apartar la mirada del cielo estrellado-no me estaba preocupando por mi vida personal sino por la empresa, Concretamente me preocupa el efecto dañino que puede tener sobre nuestra revista este fracaso de mi vida personal.

Corey la miró, con la cabeza apoyada en una mano.

- ¿Qué quieres decir?

-No te he querido preocupar con los asuntos económicos de la empresa porque desde el principio convinimos que tú te encargarías de la parte artística y yo de la económica.

-¿Y qué pasa? Me refiero a la parte económica-insistió Corey al ver que Diana permanecía callasa

- Como bien sabes, este año hemos sido atacados porque en mi vida personal yo no vivo de acuerdo al "Ideal de los Foster". Cada vez que sucedió ha habido una pequeña caída en las ventas y en la cantidad de avisadores. Siempre pudimos reflotar la revista, pero, gracias a Dan, esta vez la caída será mucho más pronunciada.

- Creo que estás sobreestimando a los lectores y la influencia del Enquirer - contestó Corey, pero lo dijo sin convicción. Diana era una empresaria astuta, tal vez hasta una empresaria muy dotada, y a pesar de ser cautelosa, nunca imaginaba problemas donde no los había.

- Esta noche había varios llamados en mi contestador automático. Los escuché mientras me cambiaba de ropa después de comer. La historia la propalaron los noticieros de las seis de la tarde en la CBS y en la NBS.

A Corey se le hundió el corazón y la llenó de furia y de pena ese asalto a la vida privada y al orgullo de su hermana. Evitó las implicaciones personales que el asunto tenía para Diana y trató de pensar sólo en las de la empresa, que en ese momento parecían preocupar mucho más a su hermana.

- ¿Y tú crees que toda esta publicidad de que tu novio haya roto su compromiso contigo afectará la revista?

- Dan no rompió nuestro compromiso, Carey. Me dejó plantada por otra. Nuestro público lector está casi íntegramente compuesto por mujeres y todo nuestro éxito se basa en que ellas creen que la forma de vida de los Foster es la correcta, la que conviene... la que produce belleza y armonía dentro del hogar y enormes gratificaciones personales a las mujeres que la ponen en práctica.

Librodot

- Bueno, es justamente lo que hace.

Diana rodó hacia un costado y por fin miró a Corey de frente.

- Dime una cosa. Si tú fueses una mujer que quiere imponer un nuevo espíritu dentro de su vida familiar, ¿te sentirías inclinada a confiar en una mujer que acaba de ser plantada por una rubia modelo italiana de dieciocho años? Nuestros competidores van a tratar de arrojar toda clase de combustibles al fuego, para mantener vivo este pequeño escándalo. Lo que te quiero decir es que el hecho de que yo fuese soltera, sin hijos, y sin un hogar propio no era tan inexcusable porque estaba comprometida con Dan. La implicación era que estaba dispuesta a poner en práctica lo que predicamos en Fosters Beatiful Living. Y ahora, gracias a lo que ha sucedido, vamos a quedar como si estuviéramos tratando de imponer una especie de fantasía sobre un segmento de la población; es decir, las mujeres. contal de ganar dinero. Nuestras ganancias se vendrán bajo, ya lo verás.

Corey no podía siquiera comenzar a juzgar los efectos que tendría la pérdida personal de Diana sobre las ganancias y pérdidas de la compañía; su cerebro se rebelaba ante ello y su naturaleza artística se rebelaba a pensar que la belleza y la emoción siempre pasaban a segundo plano cuando estaban involucrados los contadores. Pero a pesar de todo empezaba a sospechar que Diana estaba más alarmada por la revista que por la pérdida del hombre a quien supuestamente amaba.

- Dime una cosa - dijo, vacilante - . ¿Qué te preocupa más en este momento: la infidelidad de tu novio o las finanzas de la compañía?

- ¿En este momento?

- En este momento.

- Me... me preocupa la empresa - confesó Diana.

- En ese caso, tal vez haya sido una suerte que no te hayas casado con Dan.

- ¿Porque es probable que me hubiera sido infiel después de casados? - supuso Diana.

- No, porque no creo que hayas estado real y profundamente enamorada de él. He estado pensando en Spence y en lo que yo sentiría si él me hubiera hecho lo que te hizo Dan a ti. Estaría loca de dolor y de furia, pero no tendría nada que ver con el negocio.

Esperaba que Diana le discutiera o que protestara, y no se sintió tranquila al ver que su hermana no hacía ninguna de las dos cosas. En lugar de ello, Diana se sentó, juntó las rodillas bajo el mentón y las envolvió con sus brazos como si tratara de protegerse.

- No creo que sea capaz de amar a nadie como tú amas a Spencer. Corey la miró fijo con creciente preocupación.

Esa tarde en que se conocieron, cuando Diana regreso de Europa y descubrió que acababa de adquirir una madrastra, una hermanastra y un par de abuelos postizos, ella respondió al saludo frío de Corey con silenciosa calidez en lugar de la rabieta que Corey esperaba de quien estaba convencida debía ser “una chiquilina rica y malcriada”.

Y en ese momento, al mirar el hermoso perfil de Diana, recordó las palabras que su hermana dijo ése mismo día: “¿Así que también vienes con abuelos?”, preguntó después de felicitarla por la remera pintada a mano que Carey creyó que despreciaría. Cuando Corey le describió a sus abuelos, Diana levantó los ojos y las manos hacia el cielo y giró con lentitud sobre sí misma. “¡Una hermana, una madre, una abuela y un abuelo! ¡No podía ser más maravilloso!” No cabía duda de que había sido “maravilloso” para Corey; Diana se encargó de ello. Diana con su frágil belleza, su sonrisa fascinante y su innata nobleza le abrió camino y estuvo a su lado en cada vuelta de la vida. Porque Diana era, y siempre había sido, la persona más cariñosa y el mayor apoyo que Corey conoció jamás.

La idea de que la confianza y la estima en si misma de Diana fuesen tan bajas como para hacerla dudar de su capacidad de amar, era más de lo que Corey podía tolerar. Era algo que le molestaba mucho más que la traición de Dan Penworth o las posibles consecuencias que eso podía tener para la empresa familiar.

- Diana-dijo con mucha claridad y enorme firmeza-¡lo que acabas de decir es una imbecilidad!

- Tal vez no lo sea.

- En ese asunto no existe ningún “tal vez”. ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que desde la muerte de papá has estado demasiado ocupada trabajando para pensar en otra cosa? ¿Que en realidad nunca has salido con muchos hombres? ¿Que quizás, sólo quizás, te conformaste con “tenerle simpatía” a Dan en lugar de “amar” a algún otro?

Diana se encogió de hombros.

- Lo que yo haya hecho mal repercutirá ahora en una gran pérdida para nosotros en la revista.

- Te ibas a casar con el hombre equivocado. Eso fue lo que hiciste mal.

- Ojalá ya estuviera casada con el hombre indicado.

Librodot

15

- Maldito sea, Cole! - explotó Calvin mientras se levantaba del sillón y se acercaba como una tromba a la chimenea - Me haces perder tiempo tratando de hablarme sobre poderes y acciones, cuando lo único que me interesa es tener un hijo tuyo en brazos. No creo que sea pedirte demasiado, sobre todo considerando todo lo que yo he hecho por ti. - Con decisión y en el momento oportuno cambió de táctica y pasó de la coerción a la culpa, mientras Cole escuchaba en un silencio impasible y con creciente furia una tirada que sobrepasaba en mucho todas las anteriores discusiones mantenidas acerca de ese tema.

- Si no fuera por mí, estarías viviendo en la casa de tu padre, lo mismo que hizo tu padre y el suyo antes que él, tratando de ganarte la vida persiguiendo novillos. En lugar de eso, tú persigues lo que sea en un Rolls Royce y en un jet privado. - Se golpeó el pecho con el dedo índice para enfatizar sus palabras y continuó diciendo: - Yo soy el que siempre creyó en ti, Cole. Yo fui quien te alentó para que fueras a la Universidad. Yo te defendí frente a tu padre aunque él se negara a escuchar, ¡yo fui el que te dio todo el dinero de los pozos de petróleo para que pudieras tener una buena educación! - En medio de su furioso monólogo, Cal se detuvo y se dirigió a la cocina. - Es la hora de mi medicina - anunció –, pero no he terminado. Tú te quedas allí hasta que yo vuelva.

Cole lo vio rodear un viejo sillón y una mesa llena de revistas y no dijo nada. Hasta ese momento no había tenido un buen día y por lo visto la velada sería aún peor. Terminó sus negocios en la Costa Oeste varias horas antes de lo previsto y con la feliz expectativa de poder pasar más tiempo con su tío, llamó a uno de sus pilotos y le ordenó que llenara de combustible el tanque del avión y que estuviera listo para partir de Texas antes de lo esperado. Apartir de ese momento, nada le salió bien.

El vuelo estuvo lleno de pozos de aire y el viaje fue particularmente duro, la estación de control aéreo les avisó que debian rodear una enorme tormenta que se cernía sobre Arizona. El nuevo curso los alejó una hora del camino, lo cual les exigió aterrizar para volver a cargar combustible en El Paso, donde un movimiento aéreo poco habitual los hizo perder otra hora. Con dos horas de atraso, los pilotos de Cole comenzaron su aproximación final a Riclgewood Field y Cole intentó por sexta vez ponerse en comunicación con su tío para que lo pasara a buscar por el aeropuerto. Y por sexta vez la voz de una computadora le informó que el teléfono se encontraba descompuesto.

Debido a que el servicio telefónico de la zona de Cal era frustrante y poco confiable, y considerando que Cal con frecuencia se vengaba de la compañía deduciendo una treintava parte de su cuenta mensual por cada día en que su teléfono estaba descompuesto, Cole supuso que la compañía debía haber actuado como por lo general lo hacía: cortándole la línea.

Cuando bajó del avión, el calor y la humedad lo envolvieron como una funda de plástico y Cole no tuvo más remedio que resignarse a alquilar un automóvil! en el minúsculo aeropuerto y manejar hasta el rancho. Ridgewood se encontraba a setenta kilómetros al norte de Kingdom City que, a su vez, estaba a sesenta kilómetros al este del rancho de Cal. Edificada treinta años antes y situada en la mitad de ninguna parte, Ridgewood Field era utilizada sobre todo por compañías

Librodot

petroleras que enviaban hasta allí por vía aérea el equipo especial para reparar los pozos de petróleo y de gas que se encontraban diseminados por esas tierras. Casi todos los demás aviones que aterrizaban en esa pista pertenecían a Texas Airlines, y volaban hasta allí dos veces por semana con carga especial y algún ocasional pasajero a bordo.

Además de una pista de aterrizaje en mal estado que estaban reparando, Ridgewood Fiel ofrecía a los viajeros un edificio blanco de metal que hacia las veces de terminal. Dentro del edificio, que carecía de aire acondicionado, las comodidades se limitaban a dos baños, un mostrador en el que se servia café y un maltrecho escritorio de metal donde los pasajeros desamparados podían intentar alquilar uno de los dos automóviles existentes, y donde eran atendidos por una mujer gorda y alegre que era también la camarera y que llevaba un letrero sobre el bolsillo que la identificaba como “Roberta”.

Roberta se limpió las manos en el delantal, sacó del cajón del escritorio un contrato de alquiler mientras le preguntaba a Cole con amabilidad qué tipo de automóvil prefería.

- ¿Prefiere alquilar el negro con el silenciador roto o el negro con las gomas en mal estado?

Cole contuvo una respuesta airada y firmó el contrato de alquiler.

- Me llevaré el del silenciador roto.

Roberta asintió con aire de aprobación.

- En ése funciona el aire acondicionado, así que no se achicharrará mientras viaje. Ha hecho una buena elección. - Lo mismo pensó Cole en ese momento, pero ya no. Cuando Cal volvió al living e insistió en su punto de vista, Cole empezó a desear haber elegido el otro auto y que se hubieran pinchado las gomas por el camino, atrasando su llegada.

- Haré un trato contigo - dijo Cal mientras se volvía a instalar en el sillón - Tráeme una esposa que esté en condiciones de tener hijos y que los desee, y en el primer aniversario de tu casamiento transferiré a tu nombre esas acciones. En caso contrario, legaré todos mis bienes a los hijos de Travis. Ésas son mis condiciones. Tómalas o déjalas.

En un pétreo silencio, Cole mantuvo la mirada de su tío y comenzó a golpear con lentitud la revista que estaba leyendo contra una de sus rodillas. A los treinta y seis años, controlaba una corporación multinacional, 125.000 empleados, y un capital estimado en doce billones de dólares. Tanto en su empresa como en su vida personal, todo estaba bajo su exclusivo control... todo con excepción de ese anciano de setenta y cinco años que en ese momento lo amenazaba con dejarle la mitad de su empresa a Travis, un hombre que no era capaz de dirigir una pequeña subsidiaría sin la permanente supervisión de Cole. En realidad, Cole no creía que su tío fuera capaz de traicionarlo, regalando parte de la corporación que había trabajado como un esclavo para construir, pero no le gustaba el sonido de la amenaza de su tío. Cuando acababa de convencerse de que la amenaza de Cal no tenía fundamento, de repente notó que la repisa de la chimenea donde siempre había media docena de fotografías familiares, en ese momento desbordaba con otra docena de fotografías... todas de la familia de Travis.

Librodot

- ¿Y? - preguntó Cal, dejando atrás su enojo e inclinándose hacia adelante con aire ansioso - ¿Qué te parecen los términos de mi trato?

- Creo - contestó Cole de mala manera - que esos términos no sólo son ridículos sino también una locura.

- ¿Me estás diciendo que el matrimonio es una locura? - preguntó Cal con una expresión de nuevo ominosa - ¡La verdad es que éste maldito país se está derrumbando a causa de tu generación y su falta de respeto por las antiguas y "locas" costumbres, como el matrimonio, los hijos y la responsabilidad!

Cuando Cole se negó a permitir que lo arrastrara a ese debate, Cal señaló la mesa ratona que, como todas las demás mesas de la habitación estaba cubierta por docenas de revistas que Letty, el ama de llaves, luchaba en vano por mantener ordenadas.

- Si no me crees, te pido que mires el contenido de esas revistas - Tomó un ejemplar del Readers Digest de la pila que se encontraba junto a su sillón. El Readers Digest era una de sus revistas favoritas.

- ¡Mira esto! - exclamó mostrándole la pequeña revista con sus tapas azules y amarillas. Luego echó atrás la cabeza para poder leer a través de la parte inferior de sus bifocales y recitó los títulos de algunos artículos: - "Trampa en nuestras escuelas: un escándalo nacional", de acuerdo con ese artículo - agregó mirando a Cole como si él tuviera la culpa de todo –, ocho de cada diez estudiantes secundarios confiesan que hacen trampa. En ese artículo dice que el nivel moral es tan bajo que muchos estudiantes secundarios ya no conocen la diferencia entre el bien y el mal.

- No veo qué tiene eso que ver con el tema que estábamos tratando.

- ¿Así que no lo ves? - retrucó Calvin. Cerró la revista, volvió a echar la cabeza hacia atrás, y leyó lo que decía en la tapa. - Entonces tal vez este artículo te resulte más indicado. ¿Sabes cómo se llama?

Ya que la respuesta era obvia, Cole lo miró resignado.

- El artículo se llama "Lo que las mujeres no saben con respecto a los hombres de hoy en día". - Arrojó disgustado la revista sobre la mesa y miró a Cole, echando chispas por los ojos. - Lo que quiero saber es qué les pasa a ustedes los jóvenes, para que de repente los hombres no comprendan a las mujeres ni las mujeres a los hombres, y para que ninguno de ustedes comprenda la necesidad de casarse y seguir casados y criar hijos buenos y temerosos de Dios.

Cole seguía golpeteando la revista contra una rodilla mientras su furia continuaba creciendo.

- Como creo haberte mencionado en el pasado, cuando tratamos este tema, no me parece que estés en condiciones de darle clases a nadie con respecto al matrimonio y los hijos, ya que jamás tuviste mujer ni hijo.

- Para mi eterno pesar - retrucó Calvin sin dejarse amilanar, mientras hacía a un lado algunas revistas y sacaba un diario de la pila - Y ahora mira esto - dijo señalando la primera plana con un dedo nudoso y colocándola frente al rostro de Cole.

Cole miró el diario y su expresión se hizo burlona.

- El Enquirer - dijo - ¿Te has subscripto al Enquirer?

- A Letty le gusta leerlo, pero no se trata de eso. ¡Se trata de que tu generación ha perdido la cabeza! Mira la manera en que ustedes, los jóvenes, hacen las cosas. Mira a esta hermosa jovencita. Es famosa y pertenece a la mejor sociedad de Houston, lo cual significa que además es rica.

- ¿Y qué? - preguntó Cole, mirando con enojo a su tío en lugar de mirar el diario.

- Su novio, ese Dan Penworth, acaba de plantarla por una chica italiana de dieciocho años que está tirada en la playa con él, semidesnuda - Al ver que Cole continuaba sin mirar el diario, Cal lo dejó caer, pero no estaba dispuesto a dejar caer su argumento. - La plantó sin siquiera molestarse en decírselo, mientras la pobrecita planeaba su casamiento.

- ¿Qué sentido tiene toda esta conversación? - preguntó Cole.

- ¡Ya lo creo que tiene sentido! El asunto es que ese Penworth es un muchacho de Houston, nacido y criado allí, y también lo es la chica a quien ha traicionado. Bueno, cuando los tejanos empiezan a maltratar a las mujeres y a pisotear todos los valores tradicionales, todo este maldito país está por irse por el inodoro.

Cole levantó las manos y se masajeó con cansancio la nuca. Con esa discusión no llegaban a ninguna parte y él tenía un asunto crítico de negocios para discutir y solucionar con Cal, si sólo pudiera sacarle de la cabeza esa absurda obsesión de la necesidad de que él se casara. Antes, siempre había logrado hacerlo, pero ese día Cal parecía más decidido que nunca y Cole tuvo la desagradable premonición de que esa vez fracasaría en sus intentos.

De repente se le ocurrió que tal vez Cal se estuviera poniendo senil, pero rechazó casi de inmediato la idea. La personalidad de su tío era la misma de antes. Siempre fue tan cabeza dura y tenaz como el proverbial perro “bull dog”. Como Cole le había explicado a John Nederly esa misma semana, nada desviaba jamás a Cal del curso que se fijaba. Cuando encontraron petróleo en sus tierras, declaró que el dinero no lo iba a cambiar y, ¡por Dios! que no lo cambió en absoluto. Todavía contaba los peniques como un pordiosero, seguía manejando una camioneta de veinte años de antigüedad, todos los días de la semana, con excepción de los domingos, cuando iba a la iglesia, todavía usaba jeans desteñidos y camisas plisadas, y seguía insistiendo en que la televisión por cable era una novedad cara y destinada al fracaso.

- Mira - dijo Cole –, no quiero discutir contigo...

- Me alegro.

Librodot

- A lo que me refiero es que no pienso discutir contigo acerca de la declinación de la civilización norteamericana, ni sobre el valor del matrimonio, ni sobre la ventaja de tener hijos...

- ¡Me alegro! - lo interrumpió Cal levantándose de la gastada mecedora - Entonces cásate de una vez y embaraza a tu esposa para que yo te pueda dar la otra mitad de tu compañía. Cásate con esa bailarina de Broadway que trajiste a casa hace dos años, esa que tenía uñas coloradas y de cinco centímetros de largo, o cásate con la maestra de escuela que te gustaba en quinto grado, pero cásate con alguien. ¡Y será mejor que lo hagas pronto, porque a los dos se nos está acabando el tiempo!

- ¿ Y eso qué mierda significa?

- Significa que hace dos años que discutimos este asunto y tú todavía sigues soltero, y yo todavía no tengo un bebé para mecer sobre las rodillas, de manera que te voy a poner un límite de tiempo. Te daré tres meses para comprometerte y tres meses más para casarte. Si para entonces no me has traído una esposa, pondré mi cincuenta por ciento de las acciones de tu compañía en un fideicomiso irrevocable a nombre del joven Ted y de Donna Jean. Nombraré a Travis administrador del fideicomiso, con lo cual se convertirá en tu socio no oficial. Luego, cuando Ted y Donna Jean lleguen a la mayoría de edad, ellos mismos podrán ayudarte a manejar la compañía. Eso suponiendo que todavía tengas una compañía que manejar después de que Travis trate de ayudarte a dirigirla. - Cal arrojó el Enquirer sobre la mesa y también arrojó otra advertencia sobre la atmósfera ya cargada. - En tu lugar, Cole, yo no demoraría seis meses en llevar todo esto a cabo. En cualquier momento me puede fallar el corazón y la semana que viene pienso modificar mi testamento, de manera que si llego a morir antes de que te cases, mi cincuenta por ciento de la compañía irá a parar a manos de Ted y de Donna Jean.

Cole estaba tan indignado que llegó a considerar la posibilidad de hacer declarar insano a su tío. Aparte de eso, decidió, podía tratar de hacer que el testamento fuese declarado inválido... pero eso demoraría años a partir de la muerte de Cal y el resultado no sería seguro.

Letty, el ama de llaves y cocinera de su tío, en ese momento apareció en la puerta de la cocina.

- La comida está lista - anunció.

Ambos hombres la oyeron, pero ninguno de los dos dio señales de saber que estaba allí. Cole se acababa de poner de pie para enfrentar a su tío y ambos estaban en el centro de la habitación, mirándose fijo. Dos hombres altos, robustos, decididos a no rendirse, separados por noventa centímetros, una generación y una decisión contra la que uno de ellos no podía luchar y de la que el otro no estaba dispuesto a retractarse.

- ¿Eres capaz de comprender que cabe la posibilidad de que no pueda encontrar una mujer y casarme con ella en seis meses? - preguntó Cole, hablando entre dientes.

Por toda respuesta, Cal señaló con el pulgar la pila de revistas que había sobre la mesa.

- Según las investigaciones hechas por esas revistas, tú tienes cinco

de las siete cualidades más importantes que las mujeres buscan en un marido. Eres rico - dijo, haciendo una lista de las cualidades a medida que las iba recordando –, eres inteligente, eres bien educado, tienes un futuro brillante y Donna Jean dice que eres una maravilla, lo cual supongo que significa que eres buen mozo.

Satisfecho y convencido de haber ganado la batalla, Cal soportó durante algunos instantes el helado silencio de Cole, luego hizo un esfuerzo por disolver parte de la animosidad creada por él mismo.

- ¿No te inspira ni un poco de curiosidad saber cuáles son las dos cualidades que te faltan?

- No - contestó Cole de mal modo, tan furioso que ni siquiera confiaba en poder hablar.

Pero de todos modos Cal le dio la información.

- Te falta el deseo de tener hijos, y me temo que hasta a mi me costaría describirte como “tierno y comprensivo”. - Al ver que su intento de humor no producía la menor reacción en su furioso sobrino, Cal se volvió hacia la cocina con los hombros un poco gachos. - Letty tiene la comida servida en la mesa - dijo en voz baja.

Con una sensación de absoluta irrealidad, Cole lo siguió, tan lleno de amargura y con la sensación de haber sido traicionado, que pudo observar la delgadez de su tío y sus hombros caídos sin el impacto ni la alarma que en otra ocasión le habrían causado. Cal parecía mucho menos débil instantes después, cuando Cole entró en la cocina, llevando consigo unos papeles y una pluma fuente de oro que acababa de sacar de su portafolios.

Cole se sentó frente a Cal y con un golpe seco colocó los papeles sobre la mesa.

- Escríbelo - ordenó mientras Letty permanecía junto a la cocina y miraba a uno y al otro con aprensión, con una cacerola llena de chili olvidada entre sus manos.

En un movimiento automático, Calvin tomó la lapicera que le acababan de arrojar, pero frunció el entrecejo, confundido.

- ¿Qué quieres que escriba?

- Escribe los términos del convenio e incluye cualquier “requerimiento” especifico que puedas tener con respecto a la mujer con quien debo casarme. No quiero sorpresas si traigo a alguien a casa... ningún rechazo de último momento porque ella no está de acuerdo con tu criterio en algún sentido que hayas olvidado mencionar.

Calvin parecía realmente herido.

- No estoy tratando de elegirte una mujer, Cole. Dejo todo eso en tus manos.

- ¡Cuánta generosidad!

- Quiero que seas feliz.

Librodot

- ¿Y te parece que todo esto me hace feliz?

- Ahora no. En este momento, no. Pero eso es porque estás irritado.

- ¡No estoy irritado! - retrucó Cole con desprecio - Estoy repugnado.

El tío hizo una mueca de dolor cuando la frase de su sobrino dio en el blanco, pero a pesar de todo, el anciano cabeza dura no se movió del curso que había tomado. Trató de empujar los papeles hacia Cole, pero éste los golpeó con la palma de la mano.

- Lo quiero por escrito - declaró.

En un esfuerzo desesperado por suavizar la situación antes de que volviera a convertirse en una batalla, Letty corrió hacia la mesa con un recipiente lleno de chile en cada mano y los colocó delante de ambos hombres.

- ¡Coman mientras está caliente! - urgió.

- ¿Así que lo quieres por escrito? - preguntó Cal a la vez sorprendido y furioso.

- Ahora coman - intervino Letty - Después pueden escribir.

- Quiero que escribas que me entregarás tu cincuenta por ciento de la compañía si dentro de seis meses vuelvo a casa con una esposa.

- ¿Desde cuándo no te basta mi palabra?

- Desde que comenzaste a extorsionarme.

- Bueno - exclamó Cal con aire un poco culpable - Yo tengo todo el derecho del mundo de decidir quién recibirá mi cincuenta por ciento de acciones de la compañía. Tengo el derecho de saber que algún día tu hijo se beneficiará con mi dinero y mis acciones.

- ¿Un hijo? - retrucó Cole en una voz peligrosamente baja - ¿Eso forma parte del trato? ¿Una nueva condición? Te diré una cosa: ¿por qué no me caso con una mujer que ya tenga un hijo, así no tendrás que esperar ni preocuparte?

Calvin lo miró echando chispas por los ojos, pero enseguida escribió lo que Cole le pedía y empujó el papel por sobre la mesa con un gruñido de indignación.

- Allí está. Por escrito. Y sin estipulaciones.

En ese momento Cole se habría ido, pero no lo hizo porque ignoraba adónde estaría su piloto y además, no podía creer que Cal sería capaz de traicionarlo y cumplir sus amenazas.

Mentalmente, Cole repasó una docena de ejemplos de lo ingobernable que era Cal y que le indicaban que con toda facilidad podía llegar a hacer lo imperdonable. Pero en el fondo de su corazón, Cole rechazaba esa posibilidad.

Comieron en un incómodo silencio y terminaron pronto, luego Cole volvió al living, encendió el televisor y abrió su portafolios. Pensó que trabajar era mucho más seguro y recomendable que dejarse envolver en otra discusión. Además, el sonido del televisor lograba que el silencio entre ellos fuese menos ominoso.

A pesar del convenio que consiguió que su tío firmara, Cole todavía estaba lejos de ceder ante las exigencias de Cal como única manera de recuperar el control de su propia empresa. Por el momento no tenía idea de lo que haría. Lo único que sabia era que su mal humor no decrecía y que hasta el momento sus opciones, en lo que a Cal se refería, eran luchar con él en tribunales, declararlo mentalmente incompetente o llevar a cabo un casamiento apresurado que él no quería, con alguna mujer a quien apenas conocía. Y todas las opciones le resultaban desagradables en extremo, para no decir que eran grotescas y hasta dolorosas.

Frente a él, su tío bajó el diario que estaba leyendo y lo miró por sobre la primera página del Houston Chronicle, con expresión inocente y pensativa como si todo se hubiese arreglado a satisfacción de ambos.

- Según lo que he estado leyendo, hoy en día una cantidad de jóvenes deciden no tener hijos. Prefieren una carrera. Ten cuidado de no elegir una mujer así.

Cole lo ignoró y continuó haciendo anotaciones.

- Y ten cuidado de no elegir alguna interesada que simule quererte y a quien sólo le interese tu dinero.

Ante esas palabras, la furia de Cole estalló.

- ¿Cómo mierda pretendes que en seis meses descubra cuáles son los verdaderos motivos de una mujer?

- Supuse que ya debías ser un experto en mujeres. ¿No hubo una especie de princesa que te persiguió por toda Europa hace un par de años?

Cole lo miró en un silencio gélido y por fin Cal se encogió de hombros.

- No es necesario que conozcas a una mujer de adentro para afuera para estar seguro de que no se casa contigo por tu dinero.

- ¿En serio? - preguntó Cole con deliberada insolencia - Y sobre la base de tu vasta experiencia con mujeres y matrimonios, ¿cómo me propones que averigüe los motivos que pueda tener mi futura esposa?

- Si yo fuera tú, me imagino que la mejor manera de evitar que me atrapara alguna interesada sería buscar una mujer que ya tuviera dinero propio. - Cuando terminó de decirlo, levantó las cejas y esperó, como si, con toda honestidad, esperara que Cole aplaudiera su solución, pero el sobrino lo ignoró y volvió su atención a las anotaciones que estaba haciendo.

Durante el cuarto de hora siguiente, el silencio de la habitación fue ininterrumpido salvo por el ocasional ruido de las hojas del diario al ser vueltas o dobladas; después Cal volvió a hablar sobre el último tema que Cole tenía ganas de tratar. Desde detrás de las páginas del diario que eran como una barrera, dijo con vaguedad:

- Aquí, en la columna de Maxine Messenger dice que el sábado asistirás al baile de la Orquídea Blanca, y que has donado el objeto más caro que será vendido en el remate. Maxine dice que el baile es “el evento social más destacado de la alta sociedad de Houston”. En un lugar como ése no tendrás que preocuparte por la posibilidad de que te persiga alguna mujer interesada en tu dinero. ¿Por qué no miras a tu alrededor, encuentras una mujer que te resulte atractiva y la traes de regreso para que yo pueda echarle una mirada y - agregó con timidez –, para que también me muestres el certificado de matrimonio? El día del primer aniversario de tu casamiento te transferiré la mitad de tu compañía, tal como dije en ese papel que me obligaste a firmar.

Cole no contestó y un rato después, Cal bostezó.

- Creo que terminaré de leer el diario en la cama - anunció mientras se ponía de pie - Ya son las diez. ¿Piensas trabajar hasta tarde?

Cole estaba estudiando una carta de intención cuyo borrador había escrito John Nederly a pedido suyo.

- Durante los últimos catorce años he trabajado hasta tarde - contestó, cortante - Ése es el motivo por el que tú y Travis son tan ricos.

Durante un instante, Cal permaneció mirándolo, pero como no podía discutir la verdad de esa aseveración, salió con lentitud de la habitación.

16

Cole no levantó la cabeza hasta que oyó que se cerraba la puerta del dormitorio de su tío y luego arrojó los documentos que estaba leyendo sobre la mesa ratona con un rápido movimiento de muñeca que fue tan elocuente como su mal humor.

Las páginas de papel aterrizaron sobre el National Enquirer... justo al lado de la fotografía de la mujer que acababa de ser plantada por su novio.

Justo al lado de la fotografía de Diana Foster.

Cole se inclinó con rapidez, tomó el diario y leyó el corto artículo con una sensación de sombría comprensión hacia la víctima; después volvió a arrojar el diario al lugar donde lo había encontrado y pensó de nuevo en Cal.

Contemplaba con amargura sus alternativas cuando le llamó la atención un movimiento a su izquierda y miró hacia la puerta de la cocina donde vio a Letty con un jarro en la mano y una sonrisa vacilante en los labios.

Desde que Cole tenía memoria, cada vez que él tenía una discusión con su tío, Letty Girandez, que era una cocinera espantosa, aparecía poco después con algo para que Cole pudiera comer o beber... un gesto de consuelo de una mujer bondadosa que se sabía mala cocinera. De poco más de sesenta años, Letty tenía una cara redonda y poco atractiva que lograba comunicar su suavidad interior y una voz con acento español que le prestaba un aura de dulce amabilidad. La expresión de Cole se suavizó al verla cruzar el living para colocar delante suyo un jarro humeante.

- ¿Chocolate caliente? - adivinó. Las prescripción de Letty para curar un mal humor era siempre la misma: chocolate caliente a la noche y limonada durante el día. Y torta. Torta de chocolate. - ¿Dónde está mi torta? - bromeó Cole mientras tomaba el jarro, a sabiendas de que debía beber todo el chocolate para no herir a Letty. El chocolate caliente era tradicional y ya que Cole había vivido muy pocas tradiciones familiares en su vida, lo bebió con particular reverencia.

La poca calidez familiar que experimentó en la vida la encontró allí, con el hermano de su abuelo y su ama de llaves. Letty se volvió y se encaminó a la cocina.

- Queda un poco de torta de chocolate de ayer. La compré en la confitería.

A pesar de que esa última información convertía la torta en algo más y no menos deseable, Cole no tenía hambre.

- Si no la cocinaste tú, no vale la pena que la coma - bromeó y ella sonrió feliz ante el cumplido, luego se volvió y se encaminó a la cocina.

- Quédate a conversar un rato conmigo - pidió Cole.

Librodot

Letty se instaló en el sillón que hasta hacía un rato ocupó el tío de Cole, pero lo hizo con cierta incomodidad, sentándose en la punta del asiento, como si tuviera la sensación de que no correspondía que estuviera allí.

- No deberías discutir con tu tío - dijo ella por fin.

- Hace años que me dices lo mismo.

- ¿Te parece poco razonable que quiera verte casado cuanto antes?

- Ésa es una manera de expresarlo - contestó Cole, haciendo un esfuerzo por que su ira no se le tradujera en la voz.

- Creo que supone que si no te obliga a casarte, no lo harás jamás.

- Cosa que a él no le concierne.

Letty levantó la cara para mirarlo.

- Te quiere.

Cole bebió otro trago de chocolate caliente y depositó el jarro con mal humor.

- Lo cual no es ningún consuelo.

- Pero aún así, es verdad.

- El amor no es una excusa para el chantaje, aún en el caso de que lo que me dijo no fuera cierto.

- Yo no creo que lo que te dijo no sea cierto. Creo que si no te casas, tu tío dejará su parte de tu compañía a los dos hijos de Travis.

Al oírlo a Cole lo recorrió un nuevo ataque de furia.

- ¡No entiendo cómo justificaría esa actitud, ante sí mismo y ante mí!

El comentario fue retórico y no esperaba una respuesta, pero Letty tenía una respuesta y Cole tuvo que admitir que ella tenía razón, que había percibido la verdad a través de todas las excusas hasta llegar a las verdaderas motivaciones de Calvin.

- A tu tío ahora no le preocupa el dinero; sólo le preocupa la inmortalidad - dijo Letty mientras enderezaba una alta pila de material de lectura que había sobre un extremo de la mesa - Desea la inmortalidad y comprende que sólo podrá adquirirla a través de su hijo.

- Yo no soy su hijo - señaló Cole con impaciencia.

Letty le dedicó una de sus sonrisas dulces y su respuesta fue categórica.

Librodot

- Él te considera su hijo.

- Si lo que busca es la inmortalidad, los dos hijos de Travis ya se la han proporcionado. Travis y yo somos ambos sus sobrinos nietos. Aún en el caso de que yo tuviera hijos, tendrían con él el mismo grado de parentesco que los de Travis.

Letty contuvo una sonrisa.

- El hijo de Travis es perezoso y malhumorado. Tal vez llegará a superar esos defectos, pero por el momento tu tío no quiere arriesgar su inmortalidad en una persona como Ted. Donna Jean es vergonzosa y tímida. Tal vez algún día demuestre espíritu de lucha y coraje, pero por ahora... - se le fue perdiendo la voz, para permitir que Cole sacara las obvias conclusiones: que su tío tampoco quería "arriesgar" en Donna su inmortalidad.

- ¿Tienes idea de lo que le provocó esta repentina obsesión de inmortalidad? - preguntó Cole.

Letty vaciló, pero enseguida asintió.

- Su corazón cada vez está más débil. Ahora el doctor Wilmeth viene mucho más seguido. Dice que ya no se puede hacer nada más.

En el espacio de unos instantes, Cole pasó del impacto a la negativa.

Ya sabía que era inútil tratar de lograr que Cal fuese a Dallas a hacerse ver por otros médicos. Una vez, después de meses de discusiones, Cole por fin lo logró, sólo para que todos ellos coincidieran con lo que decía Wilmeth. De allí en adelante, Cal hasta se negó a tratar el tema de la posibilidad de otra consulta.

Frente a Cole, Letty respiró hondo y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

- El doctor Wilmeth dice que es sólo una cuestión de tiempo antes de que... - Se interrumpió, se levantó presurosa y salió de la habitación.

Cole se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas, sobrecogido por una terrible sensación de miedo y por un mal presentimiento. Con los hombros caídos y las manos enlazadas, miró el sillón vacío de su tío y recordó las noches acogedoras y las animadas conversaciones que habían compartido a lo largo de tres décadas. Era como si la única calidez doméstica y la única felicidad que conoció estuvieran contenidas en ese cuarto raído. Y todo eso moriría cuando muriera Cal.

Si Letty tenía razón, ese momento no estaría lejos. Se le oscureció la mente al tratar de imaginar lo que sería la vida sin esos viajes para ver a su tío. Ese hombre, ese rancho eran la tela original de la vida de Cole. Había cambiado las botas de vaquero y los jeans de su juventud por mocasines de cuero italiano, por trajes hechos a medida en Inglaterra y hermosas camisas de algodón egipcio, pero bajo todo ese brillo exterior seguía siendo tan áspero como los jeans y las botas de cuero que usaba antes. Durante su juventud, Cole odió sus raíces. A partir del día en que

ingresó a la Universidad de Houston, trabajó casi con frenesí para borrar todo rastro del vaquero que fue. Cambió su manera de caminar y su manera de hablar, hasta que no le quedó nada de la forma de caminar del hombre de a caballo ni del acento tejano.

Y ahora el destino amenazaba con quitarle el último lazo que lo unía a sus raíces, y ese adulto que ya era Cole estaba desesperado por preservar todo lo que quedaba.

La amenaza de Cal de dejarle a Travis y a sus hijos la mitad de la compañía quedó en el olvido mientras Cole trataba de encontrar alguna manera de demorar lo inevitable, algo que alentara nueva vida en su tío y que alegrara sus últimos años de vida. O meses. O días. Los pensamientos de Cole se movían en una especie de círculo vicioso, inútil.

Sólo había una cosa que podía hacer por Cal y que le alegraría sus últimos días.

- ¡Hijo de puta! - exclamó en voz alta, pero la maldición no era un desafío sino una forma de resignación. Tendría que casarse con alguien y, en una comunidad como la de Texas, el matrimonio le aportaría una nueva serie de riesgos financieros. Sea quien fuere la “feliz” mujer, pensó Cole con sarcasmo, los requerimientos más importantes desde su punto de vista serían la docilidad y un gran sentido del humor. En caso contrario preveía una escena tumultuosa cuando ella se diera cuenta de que le exigiría firmar un acuerdo prenupcial.

Consideró la posibilidad de contratar a una actriz para que desempeñara el papel, pero su tío era demasiado inteligente y demasiado desconfiado para caer en una trampa así. Sin duda era por eso que insistía en ver el certificado de matrimonio. Por suerte, el anciano no exigía que tuviera un hijo varón antes de transferirle las acciones de una compañía que por derecho propio le pertenecía. El hecho de que Cal no estipulara también eso, era una prueba de que el anciano no era tan sagaz como antes.

Y tampoco estaba tan sano como antes.

Maldiciendo en voz baja, Cole tomó el jarro de chocolate ya frío, con la intención de llevarlo a la cocina. En ese momento, su mirada cayó sobre el diario que estaba encima de la pila de revistas. Desde allí le sonreía el rostro de Diana Foster. A los dieciséis años ella ya lo tenía todo para convertirse en una belleza, pero cuanto más miraba Cole sus facciones sorprendentes y su sonrisa confiada, más difícil le resultaba reconciliar a esa fascinante empresaria o la que había visto por CAN, con la adolescente tan decorosa y tranquila que recordaba. A Cole le pareció volver a ver a esa adolescente leal, inteligente, encantadora, sentada sobre un fardo de pasto mientras lo miraba en silencio o conversaba con él acerca de cualquier tema, desde cachorros hasta la política.

Esa noche, cuando su tío comentó que una muchacha de Houston había sido “plantada” por su novio, Cole no supo a quién se refería. Pero después de leer la historia en el diario, comprendió la realidad de la situación difícil y vergonzosa que atravesaba Diana. Y en ese momento volvió a recorrerlo una oleada de indignación y sintió enorme comprensión por la chica a quien había conocido. Con su belleza y su dinero, su bondad y su inteligencia, supuso que estaría gozando de todo lo mejor que la vida puede ofrecer. Era lo que merecía. Lo que no merecía era que Dan Penworth hiciera de ella un hazmerreír a nivel nacional.

Con un pesado suspiro, Cole hizo a un lado ese pensamiento y se puso de pie, ya sin poder dejar de pensar en sus propios problemas, en lugar de preocuparse por la desgracia de una adolescente de inolvidables ojos verdes, que llegó a convertirse en cabeza de una importante empresa y que en ese momento había sido sometida a un escándalo vergonzoso en lugar de ser la princesa de cuentos de hadas que él creyó que sería.

La vida, como bien sabía Cole, pocas veces resultaba como uno quería o esperaba que fuera. Ni su vida, ni la de Diana Foster... ni ia de su tío.

Tomó el jarro de chocolate frío y lo llevó a la cocina; derramó en la pileta los restos del chocolate y enseguida enjuagó el jarro para que Letty no descubriera que no le gustaba el chocolate caliente y así la verdad no la hiriera.

La verdad era que odiaba el chocolate caliente.

También odiaba los confites.

Y lo que más odiaba era la enfermedad y los médicos que diagnosticaban problemas sin ofrecer una posibilidad de cura. Y, para el caso, tampoco le entusiasmaba un casamiento engañoso que estaba condenado al fracaso aún antes de empezar.

Se le había ocurrido que la mejor candidata para ser su mujer no era la “princesa” a quien su tío se refirió esa noche, sino Michelle. Aparte de tenerle un auténtico cariño a Cole, no tenía problemas con sus agitados horarios de trabajo ni con su necesidad de viajar con frecuencia. En realidad se había mostrado muy ansiosa de adaptarse a todo eso, lo cual sería muy importante para Cole en su “matrimonio”. Teniendo en cuenta las circunstancias, su necesidad apremiante y el apuro que se le requería, Cole decidió que era muy afortunado al contar con una candidata tan viable.

Sin embargo, no se sintió afortunado mientras se encaminaba al dormitorio que utilizaba desde que era chico cada vez que iba a pasar la noche en casa de su tío. Estaba deprimido. Tan deprimido que hasta le tuvo lástima a Michelle, porque estaba más que seguro que ella aceptaría el trato. Lo sabía, así como sabía que ella cometería un error, porque se tendría que conformar con lo poco que él podía ofrecer, que era casi nada.

Su última relación con Vicky Kellogg fracasó exactamente por ese motivo, y desde entonces él no cambió ni tenía intenciones de hacerlo. Seguía casado con su empresa, que fue la acusación que le hizo Vicky. Seguía despreciando a las personas que vivían buscando emociones, como Vicky y sus amigos. Todavía viajaba mucho, cosa que a ella le indignaba y seguía siendo incapaz de pasar largos períodos de inactividad y de pereza. Sin lugar a dudas seguía siendo el “hijo de puta frío, insensible y cruel” que ella lo llamó cuando decidió dejar de verlo. Lo que ella no comprendió fue que Cole era directa o indirectamente responsable de la seguridad laboral y de la seguridad de las inversiones de más de cien mil empleados de Unified Industries.

La cama le pareció llena de bultos y demasiado angosta cuando retiró la vieja colcha y se estiró entre sábanas blancas y frescas que olían a sol y a brisa de primavera. Contra su piel, el

Librodot

género delgado parecía liviano y suave como un bebé a causa de los innumerables lavados de Letty.

Cole enlazó las manos detrás de la cabeza y clavó la mirada en el ventilador de techo que giraba con lentitud. Poco a poco su depresión comenzó a disminuir, junto con el pensamiento de casarse con Michelle o con cualquier otra. La idea no era sólo obscena; era absurda. Lo mismo que la posibilidad de que su tío tal vez no viviera hasta fin de año.

Hacía meses que Cole trabajaba dieciocho horas por día; de vez en cuando se tomaba un día libre para volar hasta allí desde Los Angeles sólo para sufrir problemas climáticos. Decidió que el estrés y el cansancio provocados por todo eso, combinado con el escubrimiento de la salud cada vez peor de su tío, contribuyeron a obnubilar su mente. Entonces sus ojos comenzaron a cerrarse y lo invadió una sensación de confianza y de bienestar.

Cal viviría por lo menos diez años más. Era verdad que esa noche no le pareció robusto, pero cuando Cole trató de analizar los cambios producidos por la edad y por la enfermedad al comparar lo que era su tío en la actualidad con lo que fue, las diferencias no le parecieron tan alarmantes como al principio. Pensó en épocas pasadas, cuando veía a Cal arreglando alambrados bajo el sol inclemente o entrando en el corra detrás de una serie de novillos que acababa de rodear y traer de las pasturas. Con su sombrero Stetson y las botas que agregaban centímetros a su altura, cuando él era chico Cal le parecía un gigante, pero cuando él llegó a su estatura de un metro ochenta y cinco sobrepasó en algunos centímetros a su tío. La realidad era que Cal nunca fue un hombre de físico poderoso como el de Cole; era delgado pero fuerte y resistente, lo cual le resultaba tan útil como ser robusto en el duro trabajo de un rancho. No se había encogido cinco centímetros ni se convirtió en un esqueleto, como a veces creía Cole. Cuando le molestaba la artritis, como sin duda sucedió esa noche, echaba los hombros hacia adelante, con lo cual distorsionaba su postura y le quitaba un par de centímetros más de estatura.

El pelo de Cal tampoco encaneció de repente, era blanco desde que Cole recordaba... espeso y blanco y muy corto, enmarcaba una cara angosta y tostada por el sol con una mandíbula cuadrada y ojos celestes que parecían mirar el mundo desde una perspectiva diferente; ojos agudos en los que brillaban la inteligencia, el humor y la resolución. El rostro de Cal había perdido su tono tostado, y ahora sus ojos contemplaban el mundo detrás de un par de anteojos bifoColes, pero no eran ojos desteñidos y apagados y no perdían detalle de nada.

Cierto que su cuerpo tenía menos fuerza a causa de la edad y de la falta de ejercicio, pero el verdadero poder de Cal siempre estuvo en su mente. Y como Cole acababa de descubrir esa noche, su mente seguía siendo tan aguda como siempre.

En los próximos días, Cole encontraría soluciones que conformarían a su tío y también a él y que resolverían todo. Por la mañana, iniciaría una vigorosa búsqueda de algún tratamiento nuevo para la enfermedad de su tío. Todos los días la medicina descubría nuevos remedios y redescubría algunos antiguos y eficaces que habían sido descartados. Si él hubiese sabido antes que el estado cardíaco de su tío no se mantenía estable o mejoraba, ya hacía rato que hubiera buscado soluciones.

Cole recordó que siempre había encontrado soluciones.

Encontrar soluciones para problemas que parecían insolubles era una de las cosas que él mejor hacía. Era un don que lo ayudó a obtener riquezas y éxitos que hasta superaban sus más locas fantasías.

El sueño le cerró los ojos mientras yacía en el sencillo dormitorio donde, cuando era chico, soñó con su vida adulta. Había algo en la monástica sencillez de la pequeña habitación, que en su juventud lo alentó a soñar sueños de grandeza. Ahora, ya adulto, ese cuarto lo tranquilizaba y le levantaba el ánimo. Cole era dueño de casas y departamentos en todas partes del mundo, todos con espaciosos dormitorios en los que había camas amplias de una variedad de formas, pero allí se estaba quedando dormido con más rapidez que en ninguna otra parte.

Decidió que el cuarto poseía, en sí mismo, una especie de efecto místico y edificante para él, igual que lo tuvo siempre que dormía allí.

La ventana estaba abierta y un rayo de luz de luna se filtraba a través de las cortinas, convirtiéndolas en sedosas telas de araña que se movían a impulsos de una suave brisa con aroma de flores. Allí el aire parecía más fresco, como siempre lo había sido.

Por la mañana, cuando estuviera bien descansado, estaría en mejores condiciones para pensar y planear y resolver. Por ahora, las paredes del cuarto con sus familiares fotografías enmarcadas, parecían rodearlo y protegerlo, tal como lo hacían siempre que dormía allí.

Junto a la cama, sobre la mesa de luz, un viejo despertador marcaba el paso de los segundos con el ritmo fuerte y parejo de los latidos de un corazón, acunándolo y llevándolo a un sueño más profundo, mientras le recordaba que el tiempo pasaba y que las cosas se verían mejor por la mañana, tal como sucedía siempre que Cole dormía allí.

Junto a la cama, Calvin Downing miraba a su sobrino dormido, frunciendo el entrecejo ante las profundas arrugas de tensión y de cansancio que rodeaban los ojos de Cole y los costados de su boca. Le habló al muchacho dormido en una voz que era apenas un susurro, más suave que el sonido de las cortinas contra la ventana. Calvin pronunciaba palabras tranquilizadoras, emocionadas, como siempre lo había hecho cuando entraba a chequear a su sobrino y sentía la necesidad de decirle, dormido, lo que no podía decirle mientras estaba despierto.

- Ya has logrado lo que la mayor parte de los hombres sólo sueña con conseguir - susurró Cal - Ya le has demostrado a todo el mundo que eres capaz de hacer cualquier cosa que te propongas. No es necesario que te sigas sacrificando tanto, Cole.

El hombre dormido volvió la cabeza, pero su respiración siguió siendo profunda y pacífica.

- Por la mañana todo parecerá mejor - le prometió Calvin con suavidad, como lo hacía siempre que Cole dormía allí - Te quiero, hijo.

Librodot

17

El tráfico de la Interestatal entre el Aeropuerto Intercontinental de Houston y el centro de la ciudad estaba pesado, considerando que era un sábado a las cinco de la tarde, pero el chofer maniobraba con extrema habilidad la larga limosina negra Mercedes, pasando de un carril al otro en un baile atrevido de velocidad, poder y cálculo.

Ignorando los esfuerzos que el chofer hacía por él. Cole, instalado en el asiento trasero, estudiaba un grueso y detallado análisis de las complejidades que involucraba el hecho de que Unified participara, junto con otras corporaciones, en un difícil intento de colaboración con los rusos para instalar una cañería de gas a través del Mar Negro. No levantó la vista hasta que el automóvil se detuvo bajo el dosel verde de la entrada del Grand Balmoral Hotel y un portero uniformado apareció junto a su ventanilla. A regañadientes, Cole guardó los documentos en el portafolios y bajó.

Condé Nast Traveler describía al Gran Balmoral, de quince pisos de altura, como un ejemplo espléndido de la antigua opulencia en gran escala, combinada con un servicio impecable. Pero cuando Cole cruzó el amplio vestíbulo circular con su piso de mármol verde oscuro y sus columnas griegas, pensaba en los ferrocarriles rusos y en los inviernos rusos, en lugar de admirar las resplandecientes arañas de cristal o los lujosos sofás tapizados en brocado color marfil organizados en invitantes grupos a su alrededor.

A la derecha del vestíbulo había una amplia escalera que subía a un entrepiso enorme que lo rodeaba. En preparación para el tema de Camelot del baile de la Orquídea Blanca, docenas de obreros estaban convirtiendo el entrepiso en un mítico bosque. Trabajaban con rapidez, colocando pequeñas luces blancas y nieve artificial sobre los centenares de árboles simulados. Distraído de sus pensamientos por la actividad que allí se desarrollaba, Cole frunció el entrecejo y se encaminó hacia el mostrador de recepción de caoba.

Al ver a Cole, el gerente del hotel se apresuró a bajar los escalones para presentarse; luego, en cuanto Cole terminó de registrarse, insistió en escoltarlo hasta la Suite Regente.

- Si hubiera algo que pudiéramos hacer para que su estadía con nosotros sea más agradable, cualquier cosa que sea, por favor le pido que me lo haga saber, señor Harrison - dijo el gerente mientras salía de la suite.

- Lo haré - contestó Cole distraído, tan poco impresionado por el tratamiento deferente como lo estaba por la magnífica suite de cinco habitaciones con sus muebles dorados estilo Luis XV y la vista espectacular del perfil de Houston. Cole pasaba buena parte de su vida dirigiendo sus negocios en hoteles lujosos de todo el mundo y, en poco más de una década, había aprendido a esperar lo mejor y a darlo por sentado.

Habiendo rechazado el ofrecimiento del gerente de enviarle una mucama para que desempacara su equipaje, Cole le dio una propina al botones por haber subido su equipaje. Luego se sacó el saco y se encaminó al bar del living donde se preparó un gin con agua tónica. Llevó el vaso consigo hasta un par de puertas que se abrían a un balcón y salió. La temperatura exterior

Librodot

era alta, pero ese día carecía de la humedad que por lo general convertía a Houston en un baño turco durante el verano, y Cole permaneció junto a la baranda del balcón, contemplando la ciudad que consideró su hogar mientras estudiaba en la Universidad. Desde entonces había estado varias veces en Houston por negocios, pero nunca pasó allí la noche y tal vez por eso le impresionó la diferencia enorme existente entre el estilo con que abandonó la ciudad años antes, y el de su "regreso al hogar" de ese día.

Al día siguiente de graduarse, abandonó Houston en ómnibus llevando consigo todas sus posesiones terrenales dentro de un bolso de nylon y vistiendo un par de jeans desteñidos, una remera y un par de botas muy gastadas. En cambio, ese día, acababa de llegar en un jet privado, luciendo un traje de Brioni de 7.000 dólares, un par de mocasines Cole Haan de 600 dólares y llevando un portafolios de 1.500. Cuando su avión carreteó y fue a detenerse cerca del hangar, lo esperaba un chofer con el motor de la limosina en marcha, listo para conducirlo al Balmoral.

Cole estaba acostumbrado a que lo trataran como VIP, fuera donde fuese, y también a los jets privados, a suites en "penthouses" y a las miradas atrevidas de mujeres hermosas.

Pensó en el viaje de diez horas de duración en ómnibus desde Houston a Jeffersonville y lo recordó con tanta claridad como si lo hubiera hecho la semana anterior. Al día siguiente a su graduación abordó el primer ómnibus que partía hacia el norte rumbo al rancho de su tío. El viaje en ómnibus fue una concesión al amarretismo de Cal, quien, a pesar de sus lucrativos pozos de petróleo todavía consideraba que viajar en avión era un gasto inútil. El día que abordó ese ómnibus, prácticamente lo único que poseía Cole era la ropa que llevaba puesta.

Aparte de eso, lo único que tenía eran algunas cosas dentro de su bolso de nylon... y sus sueños. El bolso era pequeño y sencillo, pero sus sueños eran grandes y elaborados. Extremadamente grandes. Extraordinariamente elaborados. Sentado junto a un viejo que eructaba a intervalos regulares, Cole miró por la ventanilla las mansiones de River Oaks frente a las que pasaban y se dejó llevar por la fantasía de poder volver rico y poderoso a Houston algún día.

Y ahora lo era.

Cole se llevó el vaso a la boca, bebió un trago, divertido por la ironía de la situación: ese día era, sin duda, la realización de una antigua fantasía, pero ya no le importaba. Se había puesto a prueba, venció todos los escollos que se le presentaron, y a pesar de todo aún seguía avanzando, todavía trabajaba una cantidad increíble de horas, todavía se exigía tanto como antes. Mucho más que antes.

Mientras miraba la neblina ase colgaba como un delantal alrededor de los altos edificios, se preguntó para qué le servía en realidad tanto esfuerzo. En Denver se estaba realizando la asamblea anual de accionistas de Alcane Electronics, y si las negociaciones de Cole no resultaban exitosas, no le quedaría más remedio que iniciar un juicio legal para quedarse con esa compañía. En California, sus abogados, sus altos ejecutivos y un equipo de arquitectos realizaban una serie de reuniones para planificar varios complejos de oficinas que edificaría allí y en el Estado de Washington para alojar a las distintas compañías que constituían la división tecnológica de Unified.

Librodot

Y si la salud de su tío no mejoraba... eso era algo impensable. Después de la conversación que mantuvo con Letty, Cole habló con el médico de Cal, quien le advirtió que el estado de salud de su tío era imprevisible y que debía estar preparado para que en cualquier momento sucediera lo peor.

Cole miró su reloj y comprobó que eran las seis y media. Debía estar abajo a las siete y media para que le hicieran una entrevista por televisión y el remate del Baile de la Orquídea Blanca estaba fijado para las ocho. De modo que le quedaba una hora para afeitarse, ducharse y vestirse, que era mucho más de lo que necesitaba. Decidió llamar a uno de los ejecutivos de la oficina de asuntos legales de California para enterarse de los progresos habidos en ese lugar.

Librodot

18

Con sonrisas alegres y artificiales fijas en sus rostros, la familia de Diana y dos de sus amigos permanecían de pie en uno de los costados del atestado vestíbulo del Balmoral, luchando con valentía para hacer creer a todo el mundo que todo era perfectamente normal, mientras miraban las puertas giratorias del hotel esperando ver aparecer a Diana.

- ¡No cabe duda de que la decoración es una belleza! - comentó la madre de Diana.

Los demás observaron con forzado interés el vestíbulo del hotel, la gran esColera y el entrepiso. Se habían bajado las luces principales y todo el hotel parecía haberse transformado en un espeso bosque de árboles sombríos con pequeñas lucecitas que titilaban entre las ramas cubiertas de nieve artificial. Esculturas de hielo de caballeros medievales acompañados de sus damas adornaban "lagos" cubiertos de nieve, y los mozos, que vestían trajes de época, se movían entre los invitados con copas de peltre, mientras la Orquesta Sinfónica de Houston interpretaba "Me pregunto qué estará haciendo esta noche el rey".

- Se parece mucho a la escena inicial de Camelot - dijo Corey. Miró a su marido. - ¿No te parece?

En lugar de contestar, Spence le pasó un brazo alrededor de la cintura y le dio un pequeño apretón, para tranquilizarla.

- No te preocupes, querida, todo saldrá bien.

- Diana dijo que llegaría a las siete y cuarto y ya son las siete y media - dijo Corey -, y Diana jamás llega tarde. - La madre de Corey observó el vestíbulo del hotel y notó que la multitud comenzaba a dirigirse al entrepiso donde tendrían lugar los acontecimientos principales.

- Tal vez haya decidido que, después de todo, le resulta imposible venir - dijo Mary Foster.

La sonrisa fija de Corey se transformó en alarma.

- Cancelar su asistencia a último momento es lo peor que podría hacer.

- No se preocupen, Diana vendrá - las tranquilizó a ambas Spence - Diana jamás en la vida ha huido de nada.

- Pero yo no la culparía si huyera de esto - contestó Corey - Diana valora por sobre todas las cosas su vida privada y su dignidad, y como resultado de lo que ha hecho Dan, su dignidad ha sido públicamente azotada. En su lugar, no creo que yo hubiera tenido el coraje de presentarme aquí esta noche.

- Sí, lo habrías hecho - aseguró Spence con absoluta convicción.

Ella le dirigió una mirada de asombro.

Librodot

- ¿Qué te hace pensarlo?

- El orgullo - contestó él - El orgullo ultrajado te obligaría a aparecer aquí y a enfrentarlos a todos. En este momento lo único que le queda a Diana es su orgullo y ese orgullo le exigirá aparecer en el baile con la cabeza bien alta.

- Vendrá - coincidió Doug Hayworth.- En realidad - dijo Spence - Diana acaba de llegar. - Miró a Corey con una sonrisa y agregó: - Y lo ha hecho en gran estilo.

Sorprendida Corey se volvió. Vio que Diana entraba caminando con tranquilidad por entre la multitud y que parecía ni siquiera darse cuenta de la gente que se volvía a mirarla. Corey estaba tan orgullosa de su hermana y tan sobrecogida por su apariencia, que por un momento olvidó a Dan Penworth y el compromiso roto.

Por lo general, en los acontecimientos formales, Diana optaba por una tenue elegancia en lugar de todo lo que fuera llamativo. Pero no esa noche. Con una sonrisa de admiración, Corey percibió el impacto del maravilloso traje color púrpura que lucía su hermana. Cortado como un "sarong" con un profundo tajo en un costado, el vestido caía desde angostos breteles en paños púrpuras que se ceñían con suavidad a sus graciosas caderas y que le llegaban a los tobillos. En lugar de llevar el pelo anudada con un moño en la nuca, como lo hacía por lo general, lo tenía suelto y le caía en una cascada de ondas que le llegaban a los hombros. La brillante sencillez del peinado, contrastaba con la sofisticación del vestido.

Corey abrazó a Diana con fuerza.

- ¡Tuve mucho miedo de que hubieras decidido no venir! - le dijo en un susurro.

- Ni siquiera consideré esa posibilidad - mintió Diana mientras devolvía el abrazo de Corey y les dedicaba una sonrisa tranquilizadora a su madre y sus abuelos. Estaba tan nerviosa, se sentía tan infeliz y le emocionaba tanto ver que su familia, Doug y su amiga la esperaban como una guardia de honor para acompañarla en ese mal momento, que se sintió peligrosamente cerca de las lágrimas y eso que la noche todavía ni había comenzado.

- Estás preciosa - decretó Spence con gallardía mientras le daba un abrazo fraternal - y el vestido también lo es.

- Es una suerte que tus reuniones en Nueva York hayan terminado un día antes de lo previsto y que puedas estar esta noche con nosotros.

No fue la suerte la que llevó a Spence de regreso a Houston a tiempo para asistir al baile; fue la difícil situación de Diana lo que lo decidió a cancelar el último día de reuniones, pero por prudencia Corey decidió no decírselo a su hermana.

Doug Hayward se alejó de su novia y estudió a Diana con abierta admiración.

- ¡Estás fantástica! - exclamó. Besó la mejilla de Diana y luego enlazó sus manos con las de ella y dio un paso atrás. En ese momento la sonrisa de admiración se trocó en una expresión

Librodot

preocupada. - Tienes las manos heladas - dijo -. ¿Estás segura de querer enfrentar a todo el mundo, incluyendo al periodismo, en un gran grupo esta noche?

Emocionada por la preocupación de su amigo de la infancia, Diana se esforzó por sonreír.

- No te preocupes, estaré bien. Estas cosas le pasan a muchas personas. Se rompen compromisos y la gente se casa con alguien que no era el previsto. Aunque - agregó en un intento de sentido del humor -, por lo general no sucede en ese orden sino al revés.

En lugar de divertir a Doug, la broma lo obligó a hacer una mueca de desagrado, y ella le apretó los dedos en un gesto de profundo afecto y gratitud. Doug no tenía la menor intención de asistir al Baile de la Orquídea, ya que como joven senador por Texas, estaba tapado de trabajo. Pero cuando se enteró de que Diana tenía intenciones de enfrentar sola lo que sería su primera aparición en público después del abandono de Dan, insistió en ir y en sentarse a la mesa de los Foster. Diana sabía que lo hacía, en parte, para prestarle apoyo moral, y en parte para utilizar su considerable influencia social dentro de la alta sociedad de Houston para ayudar a anular los efectos de la actitud humillante de Dan.

- Gracias por tu cariño - le dijo Diana con la voz quebrada por la emoción -. Creo que siempre seguirás dándonos tus consejos a Corey y a mí y sacándonos de un lío después del otro.

- Para empezar, casi siempre fueron mis consejos los que metieron a Corey en un lío - bromeó Doug -. Y por otra parte, tú muy pocas veces me pediste consejo y que yo recuerde nunca te metiste en ningún lío.

La última parte era cierta, pero Diana se negó a permitir que Doug tomara con liviandad la amistad que les profesaba,

- Tienes el corazón muy blando y eres muy dulce - dijo con candor. Doug dejó caer las manos y retrocedió con una expresión horrorizada.

- ¿Estás tratando de malograr mi cuidadosamente construida imagen de tipo duro? Mis oponentes políticos me harán quedar como un pelele si llegan a saber lo blando de corazón y lo dulce que soy en realidad.

Corey escuchó sus palabras, pero estaba preocupada estudiando el rostro de Diana. De cerca se daba cuenta de que, a pesar del cuidadoso maquillaje, estaba muy pálida y sus ojos carecían de brillo. Se los veía apagados y con expresión herida. Sin duda, Spence también lo había notado porque le hizo señas a un mozo y se encaminó a uno de los bares que el hotel había instalado. Instantes después, volvió con dos copas.

- Bebe esto - ordenó -. Pondrá un poco de color en tus mejillas y te dará valor.

Diana aceptó la copa y bebió un sorbo de champaña, luego meneó la cabeza, tratando de obligarse a enfrentar un problema que estaba tratando de evitar. No había forma de saber lo que sucedería en el término de una hora, cuando entrara a la sala de baile con su familia, Doug y la novia de éste. Algunos de los presentes serían amigos de ella y, si le preguntaban por Dan, el

Librodot

interés que mostraran en la difícil situación de Diana surgiría de un auténtico afecto. Sin embargo, eso no sería así en la mayor parte de los casos. En el baile se encontraría con centenares de amistades distantes y de desconocidos curiosos que observaban cada uno de sus movimientos en busca de algo en qué basar los comentarios que les harían a sus conocidos y algunos de ellos hasta disfrutarían de lo que le sucedía.

A lo largo de su vida, Diana había luchado con empeño por no hacerse de enemigos, pero sabia que muchos envidiaban el éxito de la familia Foster y que otros simplemente gozaban de la infelicidad ajena.

- Esta noche los periodistas te perseguirán todo el tiempo - le advirtió Corey.

- Lo sé.

- No te apartes de Spence ni de mí. Te escudaremos lo mejor posible.

Diana esbozó una débil sonrisa.

- ¿Spence está armado?

- Esta noche, no - bromeó Corey -. Porque el arma le habría hecho un bulto en el esmoquin.

Diana consiguió volver a sonreír, pero levantó la mirada hacia el entrepiso, con todo el entusiasmo de una mujer que enfrenta el pelotón de fusilamiento que la espera en la parte superior de la escalera.

- Ojalá antes de que sucediera todo esto, no hubiera aceptado exhibir ese collar para el remate - comentó -. Dentro de algunos minutos tendré que subir para que me lo pongan.

- ¡Oh, Dios! ¡Había olvidado ese maldito collar! - exclamó Corey - Noté que esta noche no te habías puesto ninguna alhaja, pero me alegró tanto ver lo atractiva que estás con ese vestido colorado, que olvidé que te has comprometido a exhibir esas malditas amatistas.

Durante más de cien años, el Baile de la Orquídea Blanca, conocido a veces como el Baile de la Orquídea y el remate de caridad que formaba parte del evento, había sido el acontecimiento social más ilustre de la temporada para la aristocracia de Texas. Se encontraba enraizado en tradiciones que se originaron cuando los invitados eran magnates de hacienda y de petróleo y prósperos industriales que llegaban en relucientes carruajes y que bailaban con sus damas bajo la luz de resplandecientes arañas llenas de velas. En el presente ya no estaba restringido a unas cuántas docenas de las familias más opulentas y socialmente preeminentes de Texas, pero sus tradiciones permanecían intactas y era reconocido como una de las más exitosas reuniones del mundo para recolectar fondos para obras de caridad.

Diana había sido invitada a exhibir una de las alhajas donadas para el remate y, una vez que accedió a hacerlo, era un honor y un ritual que en ese momento no podía rechazar sin despertar aún más comentarios acerca de su persona. Diana lo sabía. También lo sabían Spence y Corey.

- Termina el contenido de esa copa - insistió Spence -. Son sólo dos tragos más.

Diana cumplió con el pedido de su cuñado, porque acceder le resultaba más fácil que discutir y tenía necesidad de conservar todas sus fuerzas para la noche que le esperaba.

Como sabía lo que Diana se preocupaba por su comodidad, el abuelo, con toda deliberación, trató de distraer la atención de su nieta de su problema, anunciando el suyo propio. Se pasó un dedo por el cuello almidonado de la camisa y dijo:

- ¡Me revienta tener que usar este traje de mono, Diana! ¡Cada vez que tengo que ponérmelo me siento un maldito imbécil.

La abuela de Diana le dirigió una mirada de reproche.

- No sigas maldiciendo, Henry. Y el esmoquin te queda muy bien.

- Parezco un maldito pingüino - discutió él.

- Esta noche todos los hombres están de esmoquin.

- ¡Y todos parecemos pingüinos! - retrucó él con un gruñido. Enseguida, para impedir que su mujer siguiera discutiendo el tema, decidió tocar uno más agradable y se volvió a mirar a Diana. - Creo que deberíamos volver a publicar algo sobre jardinería orgánica, Diana. La jardinería orgánica es siempre popular. ¿Qué te parece, querida?

Diana parecía no poder concentrarse en nada que no fuera el mal momento que le esperaba.

- Me parece muy bien, abuelo - contestó, a pesar de que ese año ya habían tratado dos veces el tema de la jardinería orgánica -. Lo haremos - agregó distraída, con lo cual logró que su madre y su abuela la miraran con asombro. - Será mejor que vaya a ponerme ese collar - dijo a regañadientes -. Es una gran cosa que esta noche yo no esté en un estado de ánimo dispendioso - aclaró en un intento de humor - Primero me olvidé la cartera y tuve que volver a buscarla. - Para ilustrar sus palabras les mostró su pequeña cartera avalada de noche -. Después, al llegar aquí, no pude darle una propina al valet que me estacionó el auto porque descubrí que no tenía dinero encima. Lo único que tengo en la cartera es mi registro de conductor y un compacto. ¡Ah! Y me acordé de poner un lápiz labial, pero traje el color equivocado.

Mientras ella se volvía para alejarse, todo el mundo sonrió. Todos menos Rose Britton, quien continuó mirándola alejarse, con el entrecejo fruncido en un gesto pensativo. Por fin se volvió hacia los demás y anunció en un tono calamitoso:

- Creo que Diana ha llegado al límite de su resistencia y me preocupo por ella.

- ¿Qué quieres decir? - le preguntó el marido.

- Quiero decir que hace tiempo que actúa de una manera muy extraña - explicó la señora Britton en su tono más directo -. Y estaba así antes de que Dan la plantara.

Librodot

- Yo no he notado nada extraño en ella, mamá - contradijo la señora Foster, haciendo un gesto de desagrado por la forma en que su madre acababa de describir la actitud de Dan.

- Entonces deja que te dé algunos ejemplos. Diana siempre ha sido la persona más organizada, metódica y confiable en esta tierra del Señor. Todos los viernes, a las siete y media de la mañana, le dan un masaje y luego va a la manicura. Y todos los jueves a las cuatro de la tarde tiene una reunión con el equipo de producción de la revista. - Hizo una pausa para asegurarse de que todos estuvieran completamente de acuerdo con lo que acababa de decir, y, al ver que la escuchaban con atención, presentó sus pruebas: - Hace dos semanas, Diana olvidó su masaje. A la semana siguiente, olvidó la reunión con el equipo de producción y se olvidó de advertirle a su secretaria que en lugar de ello había concertado una entrevista con uno de nuestros banqueros. Lo sé porque la secretaria llamó a casa, buscándola.

Spence ahogó una sonrisa ante lo que consideraba una preocupación innecesaria.

- De vez en cuando todo el mundo se olvida de algún compromiso, sobre todo cuando uno está muy ocupado, abuela - aseguró en tono tranquilizador -. Según lo que me ha dicho Corey, Diana ha estado sometida a una intensa presión tratando de dirigir la revista y al mismo tiempo analizar planes de expansión, y todo sin permitir que la competencia la deje en segundo lugar. Considerando todo eso, algo tan poco importante como un masaje y una cita con la manicura serían fáciles de olvidar.

- Hace dos meses - insistió la abuela con tozudez -, ¡también se olvidó de mi fiesta de cumpleaños!

- Ese día trabajó hasta tarde en la oficina - le recordó la señora Foster -. Cuando la llamé, vino corriendo a casa.

- Sí, pero cuando llegó se había olvidado de mi regalo y después se encaprichó en volver a buscarlo a su departamento.

- Eso no tiene nada de raro en Diana, abuela - dijo Corey -Ya sabes lo considerada que es y lo que piensa en los regalos que le hará a la gente a quien quiere. Insistió en volver a buscar el regalo porque estaba decidida a dártelo el día de tu cumpleaños.

- Sí, pero cuando llegó a su departamento, demoró casi una hora en encontrar mi regalo, porque no recordaba dónde lo había puesto.

Doug intercambió una mirada de diversión masculina con Spence antes de intervenir en la conversación.

- Tal vez eso se deba a que lo había comprado con un año de anticipación, señora Britton. En agosto me tapé con ella en Neiman´s y me dijo que estaba haciendo sus compras de Navidad.

Corey sonrió.

- Siempre hace su lista de regalos de Navidad en agosto y termina de comprarlos en septiembre. Dice que después de eso no se puede encontrar nada que valga la pena.

- Y siempre compra regalos perfectos - intervino Doug con una sonrisa -. El año pasado yo le regalé una caja de chocolates Godiva y una botella de champaña, pero ella me regaló una bufanda de cachemira que en una oportunidad comenté que me gustaba. Apuesto, señora Britton, que cuando encontró su regalo de cumpleaños y se lo llevó era exactamente lo que usted quería.

- ¡Era una caja de cigarros! - informó la abuela.

Doug entrecerró los ojos, súbitamente alarmado, pero el señor Britton sólo lanzó una risita y meneó la cabeza.

- Había ordenado los cigarros para mí y me los pensaba regalar para mi cumpleaños. Siempre envuelve los regalos en cuanto los compra, y como estaba apurada, sencillamente tomó el regalo equivocado para llegar enseguida de regreso a la fiesta de cumpleaños.

La señora Britton meneó la cabeza, negando a permitir que la tranquilizaran.

- Hace algunas semanas, cuando Diana volvió de Chicago donde mantuvo una reunión con los integrantes de nuestra imprenta, tomó un taxi directamente del aeropuerto a la oficina.

- ¿Y eso qué tiene de malo?

- Su automóvil estaba en el aeropuerto. Si quieren que les diga lo que pienso, ha estado trabajando demasiado y durante demasiado tiempo - dijo directamente.

- Por lo menos hace seis años que no se toma vacaciones - acató la señora Foster. Se sentía culpable y bastante preocupada. - Creo que debemos insistir en que se tome un mes de descanso.

- Les aseguro que Diana está bien, pero debería tomarse unas vacaciones, aunque sea por principio - decidió el abuelo, con lo cual puso fin a la conversación.

Librodot

19

La zona reservada a los periodistas estaba marcada con un cordón rojo en un sector del entrepiso, no lejos del salón de baile donde se exhibían los objetos del remate. Cumpliendo con lo prometido al departamento de relaciones públicas de Unified, Cole se presentó ante el periodismo e hizo lo posible por parecer encantado de estar allí. Manifestó que concedería breves entrevistas a los representantes locales de CBS y de ABC, luego posó para que le tomaran fotografías y contestó las preguntas de rutina que le hizo el reportero de Houston Chronicle y el periodista local de USA Today.

La entrevista que mantuvo con ABC fue la última. De pie junto a Kimberly Proctor, con la luz de la minicámara que lo enfocaba en forma directa como un cíclope incapaz de parpadear, Cole escuchó a la atractiva rubia que se entusiasmaba hablando de los cien años del Baile de la Orquídea Blanca y de algunas tradiciones que se conservaban en el remate y luego le colocó el micrófono frente a la boca.

- Señor Harrison, la comisión nos ha informado que usted ha donado el objeto más valioso del remate de esta noche. ¿Exactamente cuál es el valor de la escultura de Klineman?

- ¿Para quién? - preguntó Cole con sequedad. Personalmente siempre consideró que esa pieza moderna era una monstruosidad, pero la compró porque era una pichincha y en la actualidad valía cinco veces más de lo que en su momento la pagó.

La periodista rió.

- Me refiero al precio en que está tasada.

- Un cuarto de millón de dólares.

- ¡Usted es un hombre muy generoso!

- Dígale eso a la Superintendencia de Contribuciones, ¿quiere?- contestó él con astucia. Luego él mismo puso fin a la entrevista dedicándole a la periodista una breve sonrisa y un saludo con la cabeza antes de salir del radio de visión de la cámara. La táctica sorprendió a Kimberly Proctor, quien lo siguió.

- ¡Espere! Yo...yo me preguntaba si no podríamos reunirnos más tarde. Para conversar un poco.

- Lo siento - mintió Cole con amabilidad -, pero para eso tendrá que ponerse en contacto con nuestro departamento de relaciones públicas y fijar un día y hora para la entrevista.

- En realidad, no estaba pensando en una entrevista - contestó ella, mirándolo directamente a los ojos y suavizando la voz -. Pensé que tal vez podríamos tomar una copa en alguna parte...

Cole la cortó con un movimiento de cabeza. Luego suavizó el automático rechazo con una sonrisa amable y apenada.

Librodot

- Mañana me voy de Houston y me temo que hasta entonces ni siquiera tengo quince minutos para mí.

La muchacha era hermosa, culta e inteligente, pero nada de eso le importaba a Cole. Era periodista y aunque hubiera sido la mujer más hermosa, deseable y brillante del mundo, movida por los motivos más puros de la Tierra, de todos modos la habría evitado como se evita una plaga.

- Tal vez en otra oportunidad - agregó. Después se alejó de ella y de la zona de reportajes para que entrevistara a alguno de los candidatos que se alineaban del otro lado de la soga colorada.

- ¡Señor Harrison! - llamó otro periodista, pero Cole lo ignoró y siguió caminando como si no conociera a nadie de ese apellido y sólo se detuvo para aceptar la copa de champaña que le ofrecía un mozo.

Cuando terminó de rodear el perímetro del entrepiso por el lado opuesto, donde tendrían lugar las festividades, por lo menos lo había saludado una docena de personas y él les devolvió el saludo sin tener la menor idea de quiénes eran.

Lo irónico fue que cuando reconoció dos rostros en medio de la muchedumbre, eran los de las única dos personas que trataban de no saludarlo, el señor y la señora de Charles Hayward. En realidad pasaron junto a su ex caballerizo con la frente en alto y los ojos como trozos de hielo.

Cole se detuvo en la entrada del salón donde se exhibían los objetos más valiosos del remate, y de vez en cuando oía susurrar su nombre cuando los organizadores lo reconocían, pero el nombre que con mayor frecuencia parecía estar en boca de todos era el de Diana Foster. Sólo que esa noche todos se referían a ella como “la pobre Diana Foster”, frase que por lo general pronunciaban las mujeres que parecían decirla con más malicia que simpatía.

Desde el punto de vista de Cole, el Baile de la Orquídea llenaba tres diferente necesidades. La primera era proporcionar una oportunidad a las mujeres e hijas de los muy ricos para reunirse en un ambiente lujoso, para lucir sus nuevas alhajas y vestidos, y para intercambiar chismes y comentarios las unas sobre las otras, mientras sus maridos y padres conversaban sobre sus partidos de golf o de tenis.

El segundo propósito era reunir dinero para la Sociedad Norteamericana Contra el Cáncer. La tercera consistía en ofrecer a los ciudadanos ricos e influyentes de Houston la oportunidad de demostrar la conciencia social que tenían al luchar entre ellos por la compra de una serie de objetos extravagantemente caros, donados por otros integrantes de la sociedad prominente en dinero y ancestros.

Cole decidió que esa noche el baile sería un éxito sin precedentes en los tres aspectos.

Frente a las puertas del salón donde se exhibían los objetos que serían rematados, había guardias armados y junto a Cole se produjo una discusión entre uno de esos guardias y un fotógrafo de camisa escocesa colorada y blanca que intentaba entrar.

Librodot

- Después de las siete de la tarde sólo se permite la entrada a este salón a los invitados al baile - advirtió el guardia, cruzando los brazos sobre el pecho.

- Soy periodista del Enquirer - explicó el fotógrafo, tratando de hablar en voz baja para no ser oído en medio del barullo de la multitud -. No me interesan los objetos que van a rematar. Me interesa tomarle una fotografía a Diana Foster y hace un rato vi que estaba aquí. Creo que entró en esta sala.

- Lo lamento. En este momento sólo se permite la entrada a invitados al remate.

En ese momento, con una mezcla de simpatía y de incredulidad, Cole comprendió la sórdida y difícil situación por la que pasaba Diana. La había visto por televisión y sabía que era una mujer adulta, pero en su interior sólo pensaba en ella como una adolescente ingenua, sentada como una india, de piernas cruzadas sobre un fardo de pasto seco, la cabeza inclinada hacia un lado mientras escuchaba con atención lo que él estuviera diciendo.

Las puertas de la sala de baile donde tendrían lugar el remate y el banquete todavía seguían cerradas y Cole miró su reloj con impaciencia, ansioso por entrar y terminar de una vez con ese asunto. Dado que eso era imposible y que no tenía ganas de iniciar una conversación con ninguno de los que estaban tratando de captar su atención, se dirigió a la sombra de los árboles del falso bosque, rodeado por las ramas oscuras y titilantes, y se llevó la copa de champaña a los labios.

Desde la época en que trabajaba en la caballeriza de los Hayward había asistido a centenares de fiestas de etiqueta en todas partes del mundo. Con frecuencia lo aburrían, pero jamás se sentía incómodo. Houston era la excepción. Eso de estar en una festividad como ésa en Houston lo hacia sentir un fraude, un impostor, un intruso.

Desde el lugar donde se encontraba, en el interior de ese falso bosque, observó a la multitud sin admitirse conscientemente que lo que deseaba era ver, aunque de lejos, a Diana Foster... Y de repente la multitud se abrió y la vio, de pie junto a los ascensores como a quince metros de donde él estaba.

Mientras su mirada recorría a “la pobre Diana Foster”, su agudo sobresalto de reconocimiento fue seguido de inmediato por un profundo alivio y por la pura admiración masculina.

En lugar de la criatura humillada y confusa que temía ver, comprendió que Diana Foster no había perdido nada de su silencioso y tranquilo aplomo. Lucía un vestido de seda color púrpura que marcaba sus pechos generosos y su cintura pequeña, se movía con serenidad a través de las luces artificiales del bosque falso, ignorando el barullo que la rodeaba. Era como una orgullosa y joven Guinevere, de facciones delicadas, mandíbula pequeña, grandes y luminosos ojos verdes bajo espesas pestañas y cejas de forma exótica. Su colorido era ahora más vívido y la pequeña hendidura de su mentón resultaba casi invisible, pero el pelo era el mismo: pesado y exuberante, brillante como la caoba, y adquiría tonos rojizos bajo las luces de las arañas. En el cuello lucia un espléndido collar de enormes amatistas púrpuras y cuadradas, rodeadas de diamantes, que eran un espléndido complemento de su vestido. Esta mujer siempre debe lucir vestidos elegantes y joyas

Librodot

resplandecientes, pensó Cole. Le quedaban mucho mejor que los pantalones pinzados y los blazers conservadores que antes prefería.

Permaneció de pie a la sombra de los árboles, admirando la belleza de Diana, pero más fascinado por su indefinible pero inconfundible “presencia” que la destacaba con tanta claridad, aún en medio del caleidoscopio de movimiento y color que la rodeaba. Era como si todos y todo con excepción de Diana estuvieran en movimiento, desde las centelleantes ramas de los árboles que se agitaban por la brisa que surgía del aire acondicionado, hasta los hombres y las mujeres que se movían a su alrededor en un manchón de vívidos colores y de voces animadas.

Diana escuchaba con atención a un hombre que estaba hablándole, un hombre que Cole estaba casi seguro debía ser Spencer Addison. Addison se le alejó y Cole salió de la sombra de los árboles y se detuvo, deseoso de que ella mirara hacia donde él se encontraba. Quería que lo reconociera; quería que le dedicara una de sus inolvidables sonrisas y que se acercara a conversar con él. Lo deseaba con verdadero e increíble fervor.

Tal vez ella lo despreciara como acababan de hacerlo los Hayward pocos minutos antes, pero de alguna manera no creía que fuera así. Hasta ese momento el sueño de Cole de su regreso triunfal a Houston le pareció falto de sentido, de manera que ni siquiera él mismo comprendía por qué de repente quería tener la satisfacción de que Diana Foster lo viera esa noche... o, más correctamente, que viera el hombre en que se había convertido.

Basándose en los gélidas miradas que recibió un rato antes de Charles y Jessica Hayward, Cole dudaba que ellos quisieran comentarle a nadie lo exitoso que terminó resultando su antiguo caballerizo. En ese caso era probable que Diana no supiese que Cole, el caballerizo que compartía sus sándwiches y sus conversaciones de adolescente, fuese el mismo que la revista Newsweek acababa de nombrar el empresario del año. Las puertas de la sala de baile se abrieron y la multitud pareció moverse al unísono, oscureciendo su vista mientras pugnaban por entrar al salón. En lugar de permitir que Diana desapareciera en medio de la muchedumbre o entrara en la sala de baile a través de las puertas más cercanas antes de que tuviera posibilidades de conversar en privado con ella, Cole comenzó a acercársele, pero su progreso era impedido por la corriente de personas que caminaban en sentido contrario, hacia la sala de baile. Cuando por fin Cole pudo sortear el último obstáculo humano, quedaban sólo alrededor de cien personas en el entrepiso, pero una de ellas era Diana que en ese momento conversaba con Doug Hayward.

Cole se detuvo y quedó de pie a un lado, después se llevó la copa a los labios con la esperanza de que Hayward se alejara. No tenía manera de saber si la actitud actual de Charles Hayward era compartida por su hijo, pero no quería arriesgarse a que nada estropeara su primer encuentro con Diana después de casi diez años de no verla.

Hayward quería escoltarla a la sala de baile pero, para alivio de Cole, Diana se negó.

- Entra sin mí - le dijo -. Yo iré dentro de un minuto. Antes quiero tomar un poco de aire fresco.

- Iré a tomar aire contigo - ofreció Doug.

- No, por favor, no - contestó Diana -. Necesito estar sola durante algunos minutos.

- Está bien, siempre que estés segura de que eso es lo que quieres hacer - dijo Hayward a regañadientes y algo frustrado -. Pero no tardes - agregó mientras se dirigía a las puertas de la sala de baile.

Diana asintió, se volvió y se encaminó con rapidez hacia la puerta marcada SALIDA.

Cole tenía suficiente experiencia con mujeres como para saber el momento en que alguna de ellas se encontraba al borde de las lágrimas, y como le acababa de decir a Hayward que quería estar sola, consideró que debía concederle ese privilegio. Comenzó a caminar hacia la sala de baile pero se detuvo cuando lo asaltó un recuerdo: el de Diana contándole su caída del caballo. No lloré... Ni cuando me rompí la muñeca ni cuando el doctor Paltrona me la enyesaba.

- ¿No lloraste?

- No, yo no.

- ¿Ni siquiera derramaste una lágrima?

- Ni una sola.

- ¡Te felicito! - bromeó él.

- No merezco que me felicites. - Suspiró. - En lugar de llorar me desmayé.

Cuando era apenas una criatura fue capaz de contener sus lágrimas de miedo y de dolor, pero esa noche, como mujer, era evidente que la habían herido más allá de toda posibilidad de soportar el dolor. Cole vaciló, destrozado entre la instintiva necesidad varonil de evitar una escena con una mujer llorosa, y un impulso mucho menos comprensible de ofrecerle alguna clase de fuerza y de apoyo.

Este último impulso fue más fuerte que el anterior. Cole se encaminó con lentitud hacia las puertas que decían SALIDA, hizo un pequeño desvío en busca de un par de copas de champaña que estaba seguro alentaría un poco a Diana.

Librodot

20

Afuera, el balcón largo y angosto estaba desierto y sólo iluminado por unas pequeñas y titilantes lámparas de gas que creaban redondeles de luz amarillenta rodeados por las sombras. En el estado de ánimo desolado de Diana, la oscuridad del balcón era infinitamente preferible a la romántica excitación del mítico bosque creado por la comisión de decoración, y además le permitía huir de la dolorosa ironía de escuchar a la orquesta que en ese momento interpretaba “Si alguna vez te dejara”.

Con la esperanza de no ser vista por cualquier otra persona que decidiera salir, Diana dobló a la derecha, se alejó todo lo posible de las puertas, y sólo se detuvo en el lugar donde terminaba el balcón. De pie junto a la blanca balaustrada de piedra, apoyó las palmas de las manos sobre la superficie fría e inclinó la cabeza. Entonces vio sus dedos y notó lo desnuda que parecía su mano izquierda sin el anillo de compromiso de Dan.

Dos pisos más abajo, una constante procesión de faros se deslizaba por el amplio bulevar rodeado de árboles que corría frente al hotel, pero Diana no percibía nada que no fuera la aturdida desolación que sentía. En los últimos días sus emociones habían virado entre la indefensión letárgica que sentía en ese momento y repentinas explosiones de furiosa energía que la llevaban a un torbellino de actividad. Pero en cualquiera de los dos estados de ánimo le resultaba imposible comprender la realidad de que Dan estuviera casado. Casado. Con otra. Hacía sólo un mes comentaron que asistirían juntos a ese Baile de la Orquídea y él le pidió repetidas veces que se encargara de que le reservaran un asiento en la mesa de su familia.

Abajo, en el bulevar, un repentino ruido de frenos fue acompañado por una desagradable sinfonía de bocinas. Arrancada de sus pensamientos, Diana se preparó para oír un choque de metales y el ruido de vidrios que se hacían trizas, pero nada de eso sucedió. No había habido un verdadero accidente. Estaba por mirar hacia otro lado, cuando un Mercedes convertible negro, igual al de Dan, se detuvo frente a la puerta del hotel. Durante un segundo tremendo Diana creyó que en efecto se trataba del auto de Dan y en esa fracción de segundo su llegada le pareció plausible... Dan iba a explicarle que se había producido un error colosal.

Pero la realidad se desmoronó sobre ella cuando el automóvil se detuvo frente a la entrada del hotel y notó que el Mercedes no era negro sino azul oscuro y que quien lo manejaba era un hombre canoso.

La caída desde la inesperada esperanza a la cruel realidad, envió a Diana a un pozo aún más profundo de dolor. A través de una niebla de lágrimas no derramadas vio que la puerta del pasajero del Mercedes se abría para que bajara una rubia estupenda de largas piernas y de poco más de veinte años. Diana estudió el vestido corto y ajustado de la muchacha y su aura de confianza en sí misma y en su propio atractivo, y se preguntó cuándo habría empezado Dan a preferir las rubias jóvenes en lugar de las morenas treintañeras como ella. Basada en las fotografías de los diarios, estaba convencida de que la nueva esposa de Dan era diez veces más bonita y voluptuosa que ella. Sin duda, Christina debía ser también más femenina, más divertida y más aventurera. Diana estaba segura de todo eso, pero no conocía con exactitud el momento exacto en que Dan comenzó a sentir, a notar, que ella no le bastaba.

Librodot

No le bastaba.

Eso debía ser cierto; de otra manera no habría sido capaz de hacerla a un lado con tanta indiferencia como si tirara algo a la basura. Ella no era suficiente para Dan y la humillación de saberlo le provocó un fuerte malestar de estómago. Antes de la aparición de Diana en su vida, Dan siempre salía con mujeres excitantes, altas y curvilíneas, con sofisticadas debutantes de poco más de veinte o con mujeres de treinta años eternamente ingeniosas y que sólo se dedicaban a ser hermosas y a una vida de juegos peligrosos. Por otra parte, ella estaba dedicada a su trabajo y al crecimiento y la prosperidad de la empresa familiar. En realidad, lo único que tenía en común con las demás mujeres de Dan era que también había sido una debutante. Más allá de eso, el contraste era tan evidente como sus carencias. Diana sólo medía un metro sesenta de estatura, su pelo era castaño oscuro y estaba lejos de ser voluptuosa. En realidad, cuando se produjo el escándalo acerca de implantes de pecho, ella le dijo a Dan en broma que se alegraba de no haberse hecho ese tipo de cirugía. En lugar de reír, él comentó que algunos implantes eran más seguros que otros y que si quería, ella todavía estaba a tiempo de hacerse uno de los que no entrañaban peligro.

En su depresión y la furia que sentía por si misma, en ese momento Diana lamentó no haberse hecho la operación. De haber sido otro tipo de mujer se habría dedicado más a su apariencia en lugar de conformarse con un aspecto “natural" y de haber contado con la inteligencia en lugar de la belleza para conservar a su hombre. Debió haberse hecho claritos o reflejos en el pelo y tal vez hacérsele cortar como el de un muchacho, dejándose un flequillo desparejos sobre la frente. En lugar de un vestido largo, como el que se había puesto esa noche, debió optar por uno de esos vestidos de alta costura, muy ajustados y con minifalda que en ese momento estaban tan de moda.

El ruido de las puertas de metal al cerrarse la hicieron volver la cabeza y vio con desconfianza que se le acercaba un hombre alto de esmoquin que acababa de salir del hotel. El alivio de que, por lo visto, fuese uno de los invitados en lugar de un periodista o de un asaltante, dio enseguida paso a la irritación al ver que el individuo se encaminaba hacia ella.

A cubierto de las sombras y del silencio se le seguía acercando a paso lento, resuelto. Tenía los brazos doblados en los codos y llevaba algo en cada mano. Durante la fracción de un segundo la febril imaginación de Diana conjuró un par de revólveres, pero cuando una de las lámparas de gas iluminó al individuo, Diana alcanzó a ver lo que llevaba.

Dos copas de champaña.

Las miró y luego lo miró a él, que en ese momento cerraba la corta distancia que los separaba. De cerca debía tener por lo menos un metro ochenta y cinco de estatura, con anchos hombros y un rostro duro y adusto, definido por una mandíbula cuadrada que parecía de hierro, y cejas oscuras, gruesas y rectas. Su rostro en sombras estaba muy tostado por el sol pero sus ojos eran claros y la miraron con una expresión desconcertantemente divertida.

- ¡Hola, Diana! - dijo con una voz profunda y resonante.

Diana se esforzó por que su semblante reflejara una amable confusión, cuando lo único que quería era golpear el piso con los pies y decirle que se fuera. Pero desde chiquita le enseñaron a ser educada y era incapaz de hacer una grosería.

- Lo siento - dijo, haciendo un esfuerzo por suprimir la impaciencia de su voz -, si nos hemos conocido, no lo recuerdo.

- No cabe duda de que nos hemos conocido - aseguró él con sequedad -. En realidad, nos hemos visto muchas veces. - Le tendió una copa. - ¿Champaña?

Mientras lo estudiaba, Diana negó con un movimiento de cabeza. Cada vez estaba más convencida de que ese hombre estaba haciendo alguna clase de juego con ella. Aunque prefería hombres de facciones refinadas y delgados a individuos como ése, que exudaba fuerza bruta y enorme virilidad, sabía que si lo conocía nunca hubiera podido olvidar a una persona como él.

- No creo que nos hayamos conocido - dijo con amable firmeza para poner fin al juego -. Tal vez usted me confunda con otra persona.

- Jamás te confundiría con otra persona - bromeó él -. Recuerdo con mucha claridad esos ojos verdes y esa crin alazana.

- ¿Crin alazana? - murmuró Diana; después meneó la cabeza, cansada del juego -. No cabe duda de que me confunde con alguien más. Hasta ahora nunca lo había visto...

- ¿Cómo está tu hermana? - preguntó él. La línea severa de su boca se relajó en una perezosa sonrisa. - ¿A Corey todavía le gusta montar?

Diana le dirigió una mirada larga e insegura. Por accidente o por propia voluntad, él estaba de pie fuera del alcance de la luz de la lámpara de gas, pero empezaba a sonarle y a parecerle familiar.

- ¿Usted es amigo de mi hermana, señor...?

Por fin él avanzó hacia la luz y en una explosión de alegría, Diana lo reconoció.

- Eso me parece demasiado formal - bromeó Cole, sonriéndole con sus ojos grises -. Antes me llamabas...

- ¡Cole! - exclamó ella. Sabía que se esperaba que apareciera en la función de esa noche, y hasta pocos días antes estaba deseando volver a verlo, pero desde entonces su vida se derrumbó y todo lo demás dejó de tener importancia. Y en ese momento parecía no poder adaptarse al impacto que le producía verlo.

Cole notó la alegría que iluminó el rostro de Diana al reconocerlo y le provocó una calidez de sorprendente intensidad, que suavizó por breves instantes la fría, dura y cínica indiferencia que era su norma. Más allá de lo que los Hayward pudieran haberle dicho para explicar su repentina

desaparición de la caballeriza y a pesar de los años transcurridos, la amistad que Diana Foster sentía por él todavía estaba allí, sin mácula, igual a siempre.

- ¿Eres realmente tú, Cole? - preguntó Diana, todavía emocionada y encantada.

- En carne y hueso. Con más exactitud, en esmoquin - bromeó, volviendo a tenderle la copa de champaña. Notó que ella no había querido recibirla de un desconocido, pero la aceptaba de un viejo amigo y, al mirar su rostro hermoso, Cole se sintió halagado. - Creo que este reencuentro exige un brindis, señorita Foster.

- Hazlo tú - pidió ella -. Yo todavía estoy tan impactada que no se me ocurre nada.

Cole levantó su copa.

- Brindo por la mujer más afortunada que he conocido.

La sonrisa de Diana desapareció y ella se estremeció.

- ¡Dios no lo permita! - Era evidente que Cole ignoraba lo que acababa de sucederle de manera que se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia a su reacción. - Lo que quise decir fue que he sido más afortunada...

- ¿Qué puede haber de más afortunado que haberte salvado de casarte con un cobarde hijo de puta?

El comentario fue tan fuerte y tan leal que Diana sintió simultáneas ganas de reír y de llorar.

- Tienes razón - dijo, en vez. Para evitar la mirada de Cole, bebió un rápido sorbo de champaña y enseguida cambió de tema. - Cuando se supo que esta noche aparecerías en el baile, hubo una especie de excitación general. Todo el mundo se muere por conocerte. ¡Yo tengo tantas preguntas que hacerte! Acerca de los lugares donde has estado y lo que has hecho, que te aseguro que no sé por dónde empezar.

- Te propongo que empecemos por lo más importante - la interrumpió él con firmeza, con lo cual Diana volvió a sentirse una criatura frente a un hombre mucho mayor y más sabio. - ¿Cómo consigues sobreponerte a todo lo que te sucede?

Diana se dio cuenta de que se refería a los chismes que corrían por la sala de baile acerca del fracaso de su compromiso.

- Estoy bien - consiguió decir, frustrada ante el leve temblor de su voz. Le pareció oír que la puerta de balcón se volvía a abrir y bajó la voz por si había salido alguien más. - Bien.

Cole miró por sobre el hombro en dirección al sonido. Iluminado porel cartel de “Salida” que había sobre la puerta, vio a un hombre de camisa escocesa blanca y colorada quien saltó hacia las sombras al notar que Cole miraba en su dirección. La primera reacción de Cole fue

atacar al periodista intruso, pero su impulso siguiente fue utilizarlo. Por el momento Cole se decidió por esa última alternativa. Con la mano libre, tomó la barbilla de Diana y la levantó.

- Escucha con cuidado y no te muevas.

Ella abrió mucho los ojos, alarmada.

- Nos está observando el fotógrafo de un diario, que espera tomarte una fotografía. Te sugiero que le proporcionemos una fotografía que valga la pena aparecer en la primera página del próximo número del diario.

- ¿Qué? - preguntó Diana presa del pánico -. ¿Te has vuelto loco?

- No, sencillamente tengo más experiencia que tú con la prensa negativa y los fotógrafos insistentes. Ese hombre no se irá hasta que consiga fotografiarte - siguió diciendo Cole mientras por el rabillo del ojo notaba que el fotógrafo acababa de salir de la sombra y volvía a levantar la cámara -. Tienes una elección. Puedes permitir que el mundo te considere una mujer descartada, o puedes dejar que me vean besándote, con lo cual empezarán a dudar de que Penworth alguna vez te haya interesado, y se preguntarán si yo no he sido tu amante durante todo este tiempo.

La mente de Diana giraba de horror, de alarma y de júbilo, provocados además por dos copas de champaña bebidas en poco tiempo y sobre un estómago vacío. En el breve instante en que la vio vacilar, Cole tomó la decisión por ella.

- Debemos lograr que sea convincente - ordenó con suavidad y luego todo pareció suceder en cámara lenta. Diana sintió que sus piernas se apretaban contra los muslos de Cole, y su pecho contra el pecho de él y enseguida percibió el sobresalto que le provocaron sus labios cálidos sobre los de ella. Cole levantó la cabeza durante la fracción de un segundo, la miró a los ojos y ella creyó que la iba a soltar. En vez, cambió la posición de sus manos colocando una de ellas sobre la espalda desnuda de Diana mientras que la apretaba con la otra y volvía a inclinar la cabeza. El corazón de Diana comenzó a palpitar con fuerza y de una manera errática, cuando la boca de Cole se instaló con firmeza sobre la suya y fue trazando con suavidad cada curva y contorno de sus labios. La lengua de Cole le tocó un extremo de la boca y Diana saltó, sorprendida. Una parte de su mente le decía que debía liberarse de inmediato, pero una voz más profunda y convincente se rebelaba y le ordenaba no tener una reacción tan injusta ante los galantes esfuerzos de Cole.

Sus tiernos esfuerzos.

Sus persuasivos esfuerzos.

Además, comprendió que el fotógrafo tal vez no hubiera obtenido buenas fotografías en sus primeras tomas. Decidida a actuar de acuerdo a justicia y prudencia, Diana deslizó las manos sobre la chaqueta de Cole y le devolvió con inseguridad el beso. La presión de la boca de Cole aumentó, invitante, mientras deslizaba la mano hacia arriba, le tomaba la nuca y metía los dedos dentro de su pelo.

Librodot

Una fuerte explosión de música y aplausos que surgían de la sala de baile anunciaron el comienzo de las festividades y los obligaron a volver al presente. Diana se alejó de Cole con una risa tímida y él se metió las manos en los bolsillos del pantalón mientras la miraba con el entrecejo levemente fruncido. Después, Cole se volvió para ver si el fotógrafo todavía estaba en el balcón y le alegró comprobar que si duda se apresuró a salir después de obtener su fotografía.

- Yo... no puedo creer que hayamos hecho eso - dijo Diana nerviosa, tratando de arreglarse el pelo mientras ambos se dirigían a la puerta del balcón.

Él le dirigió una mirada de soslayo, llena de un significado que ella no comprendió.

- En realidad, hace años que tenía ganas de hacerlo - confesó Cole mientras extendía una mano para abrir las pesadas puertas.

- ¡No es cierto! - contestó Diana, incrédula.

- ¡Diablos si no fue cierto! - aseguró él con una sonrisa.

Adentro, el entrepiso estaba casi desierto. Consciente de estar despeinada y de que le faltaba rouge en los labios, Diana se detuvo al llegar a los baños para mujeres.

- Debo hacer algunas reparaciones - explicó -. Entra sin mí.

- Te esperaré - contestó Cole con decisión, mientras se apoyaba contra un pilar.

Sorprendida por la galante decisión de permanecer a su lado, Diana le dirigió una sonrisa vacilante y entró al baño de señoras. Varios de los baños estaban ocupados y cuando ella se dirigía al tocador para alisarse el pelo, notó que dos de las ocupantes estaban enfrascadas en una animada conversación.

- No entiendo por qué todo el mundo se sorprende tanto - le dijo Josie Marchison a su amiga -. Arme Morgan asegura que Dan le dijo hace meses que quería romper su compromiso con Diana, pero que Diana quería casarse con él y vivía pidiéndole que no la dejara. Dice Arme que haberse casado con otra y permitir que Diana se enterara por los diarios, fue la única manera que tuvo Dan de librarse de ella de una vez por todas.

Petrificada, Diana escuchó una serie de exclamaciones que surgían de los otros baños y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Tenía ganas de gritarles a todas que Arme Morgan era una mentirosa muerta de celos, que estuvo enamorada de Dan y lo perdió cuando él se comprometió con ella, pero aún si hubiera tenido el coraje de hacerlo tuvo miedo de perder el control y echarse a llorar. La puerta del baño que ocupaba Joelle comenzó a abrirse y Diana corrió a ocultarse en un baño vacío y allí permaneció hasta que todas se fueron, herida por la maldad de esas mujeres a quienes jamás dañó en ningún sentido. Después se volvió a acercar al tocador y trató de enjugarse los ojos sin que se le corriera el maquillaje.

En el exterior del baño de señoras, Cole era sometido a la narración de idéntica información por parte de dos de las mujeres que acababan de salir del baño y que en ese momento se ocupaban de impartir la noticia a sus amigos.

- ¡Acabamos de enterarnos de que Dan Penworth hace años que quiere librarse de Diana, pero que ella se negaba a dejarlo ir!

- Lo tiene merecido - anunció una de ellas -. Los medios siempre la han tratado como a una princesa. ¡Personalmente estoy harta de oír decir lo maravillosa que es esa revista y el éxito que tiene Diana y lo graciosa que es y todas esas tonterías!

La otra mujer fue más bondadosa.

- No me importa lo que digas. Yo le tengo lástima y no soy la única.

Oculto en parte por el pilar, Cole escuchó cada palabra y se maravilló ante la maldad de las mujeres hacia las de su propio sexo. Luego se preguntó qué haría sufrir más a Diana, la maldad de sus amigas o la pena de las otras. Tuvo la sensación de que debía preferir la maldad.

Librodot

21

En cuanto vio el rostro pálido de Diana, Cole supo que había oído algo de lo que sus “amigas” decían de ella y ya que no podía ofrecerle consuelo alguno, en su lugar le ofreció su brazo. Cuando llegaron a las puertas de la sala de baile, las encontraron cerradas y comprobaron que ya estaban pronunciando el discurso de apertura. Diana retrocedió con el entrecejo fruncido, porque le resultaba odioso llegar tarde y, además, con Cole.

- ¿Supongo que tu mesa estará delante?

Como donante del objeto más costoso que se remataria esa noche, Cole ocuparía el lugar de honor a la cabecera de la mesa principal, ubicada justo debajo del podio del rematador.

- Mesa número uno confirmó él -. Primera fila al centro.

- Nuestra mesa está en la tercera fila. - Suspiró. - ¿Por qué por lo menos uno de nosotros no podría estar sentado en la parte trasera del salón? No hay manera de entrar sin que nos vean. - Ansiosa por entrar antes de que fuera más tarde, Diana asió el picaporte de la pesada puerta, pero Cole le apoyó una mano sobre el brazo para impedir que la abriera.

- ¿Por qué tratar de ser invisibles? ¿Por qué no dejar que todo el mundo crea que lo que leerán dentro de un día o dos en el Enquirer es cierto? Que te importa un bledo lo de Penworth y que te intereso yo, no él.

- ¡Nadie que me conozca un poco lo creerá! - exclamó ella casi retorciéndole las manos en su desesperación. El rostro de Cole se puso tenso.

- Tienes razón, ¡Qué imbécil soy! Olvidé que ésta es una reunión de los ricos e inútiles y que jamás te creerían capaz de pasar de uno de ellos a un hombre común y ordinario...

Diana lo miró, confusa, frenética y pasmada.

- ¿De qué estás hablando? Tú no tienes nada de común ni de ordinario.

Sorprendido, Cole se dio cuenta de que lo decía en serio y se arrepintió de su ridículo exabrupto.

- Gracias - contestó con una sonrisa mientras estudiaba el rostro arrebatado de Diana -. Por lo menos el enojo te ha devuelto el brillo a los ojos. Lamento que no lo haya conseguido mi beso.

Diana cometió el error de mirar la boca de Cole y tuvo que apartar la vista para concentrarse y seguir hablando.

- No estoy acostumbrada a besar hombres a quienes apenas conozco, sobre todo cuando hay alguien mirando.

- Te has vuelto muy delicada - bromeó él -. Antes no hacías más que besar gatitos perdidos y perros abandonados.

La analogía era tan absurda que Diana no pudo menos que reír.

- Sí, pero sólo lo hacía cuando creía que tú no me mirabas.

En la sala de baile, un aplauso poco entusiasta marcó el final del discurso de apertura. Cole abrió las pesadas puertas, colocó una mano debajo del codo de Diana y la escoltó hacia adelante. La sala se llenó de murmullos cuando mil pares de ojos sorprendidos observaron la llegada inesperada del huésped de honor, un billonario notoriamente esquivo a quien la revista Cosmopolitan mencionaba como uno de los cincuenta solteros más elegibles del mundo, quien entraba con indiferencia a la sala sosteniendo con aire posesivo el codo de Diana Foster... la novia recién clescartada por Dan Penworth.

Cole escoltó a Diana hasta su mesa de la tercera fila y la ayudó a tomar asiento en la silla vacía entre Spence y Flenry Britton, su abuelo.

Saludó con amabilidad a todos con una inclinación de cabeza pero le guiñó un ojo a Corey, le sonrió con calidez a Diana, le tocó brevemente el hombro y luego se dirigió a su mesa de la primera fila.

Diana lo observó un momento, impresionada y divertida por la suprema indiferencia con que recibía la excitada curiosidad provocada por su llegada. Manteniendo una expresión amable y neutral, miró a Doug y a su novia, Amy Leeland, quienes estaban sentados frente a ella a la izquierda, después miró a su madre y sus abuelos que estaban a su derecha. Corey se encontraba entre Spencer y Doug y en sus ojos había infinitas preguntas, pero su expresión era perfectamente compuesta.

Diana se dio cuenta de que todos se morían de curiosidad, pero que conocían bien la primera regla de la supervivencia social: siempre presentar un frente tranquilo y unido. Obedeciendo esa regla, Spence, Corey y Doug le sonrieron como si su llegada, conspicuamente tarde y del brazo de un hombre que hacia más de una década que no veían y quien la trataba con posesiva familiaridad, fuese lo más natural del mundo.

La madre de Diana y sus abuelos no tenían la menor idea de la identidad de ese hombre, pero siguieron la corriente e imitaron a los demás. La abuela de Diana que había comenzado a ignorar las reglas sociales más o menos al llegar a los setenta años de edad, decidió ignorar también ésa. Miró la espalda de Cole Harrison, perpleja y con el ceño fruncido, luego se inclinó y le preguntó a Diana en un fuerte susurro que atrajo la atención de las tres personas que ocupaban la mesa detrás de la de ellos:

- ¿Quién era ese hombre, Diana?

Ansiosa por evitar una conversación que sería escuchada por otras personas, Diana contestó con rapidez:

Librodot

- Es Cole Harrison, abuela. Ya sabes a quién me refiero: el hombre que donó la escultura Klineman que estuviste admirando hace un rato.

Rose Britton se horrorizó al enterarse y como la vejez también había adquirido el desconcertante deseo de decir siempre la verdad, fueran cuales fuesen las consecuencias, aclaró:

- No la admiré - dijo en un susurro indignado que fue escuchado por otras dos personas de la mesa de atrás -. Dije - puntualizó -, que me parecía horrible.

Miró a los demás en una inocente invitación a discutir sobre los méritos o falta de ellos de la escultura, pero todos se lanzaron a hablar de cosas sin importancia, sólo para evitarlo.

- Bueno, insisto en que es horrible - dijo Rose en cuanto notó que Diana la miraba - ¡Parece un enorme deshollinador!

Diana estaba ansiosa por explicarle que Cole Harrison era el mismo Cole que trabajaba en la caballeriza de los Hayward cuando ella era adolescente, pero no quiso hacerlo en ese momento, por temor de que la anciana empezara a recordar la comida que le enviaba y fuese oída por otras personas. Esa noche, Cole acudió en su rescate con galantería y, a cambio, Diana estaba decidida a proteger el orgullo y la privacidad de su viejo amigo.

Librodot

22

Para inmenso alivio de Diana, la agitación creada por su demorada y conspicua llegada con Cole no duró mucho. Los mozos comenzaron a servir el primer plato de la comida incluida en los mil dólares que costaba la entrada al baile, y poco a poco ella pudo empezar a digerir lo sucedido en la última media hora.

Le costaba creer que ese hombre enérgico y sofisticado, de elegante esmoquin negro que surgió de las sombras y se materializó en el balcón, fuese en realidad el mismo muchacho de jeans que solía conversar con ella mientras cepillaba los caballos de los Hayward... y que le hacía bromas mientras jugaban a las cartas... y devoraba hambriento todos los comestibles que ella le llevaba.

Tomó un pan en forma mecánica, lo partió y en ese momento sus manos quedaron inmóviles... El Cole a quien conocí hace años siempre tenía hambre, pensó con cariño. Una sonrisa asomó a sus labios... a juzgar por lo que era el físico alto y musculoso del Cole adulto, no cabía duda de que debía tener hambre porque entonces todavía le faltaba crecer y “rellenarse” un poco.

Una voz amable e insistente interrumpió sus recuerdos y dos botellas de vino aparecieron en su visión periférica.

- ¿Prefiere vino tinto o blanco, señorita?

- Sí - murmuró ella, distraída.

El mozo, vaciló confuso, la miró como en busca de una aclaración y luego miró a Spence quien enseguida acudió en su ayuda.

- Tal vez tenga ganas de beber los dos - sugirió.

Un segundo mozo siguió al primero y le colocó delante un bol con mayonesa de langostinos, a su alrededor resanaban animadas cónversaciones y carcajadas, junto con los sonidos de cuchillos y tenedores contra la porcelana, pero Diana no lo notó, estaba como en otro mundo. Mientras untaba distraída un pan con mantequilla, decidió que Cole había cambiado mucho. Luego depositó el pan sobre su plato sin probarlo y en su lugar bebió un sorbo de vino. Tomó el que estaba más cerca de su mano, un chardonnay suave y añejo.

Los años no han añejado a Cole, pensó con cierta tristeza, muy por el contrario. Cuando era joven tenía un aura de fuerza y de dureza, pero era bondadoso y resultaba fácil acercarse a él, por momentos parecía casi suave. Ahora había un tono cínico en su voz y mucha frialdad en sus ojos... ella fue testigo de ambas cosas cuando se negó a entrar en la sala de baile con él. Estaba endurecido por la lucha. Pero sigue siendo bondadoso, se recordó Diana. Cuando el fotógrafo apareció en el balcón, fue lo suficientemente generoso como para acudir a rescatarla. También era lo suficientemente rápido e inteligente como para idear un plan instantáneo que convirtiera una situación negativa en otra que le sería favorable. Para lograrlo, la besó.

Librodot

Las manos de Diana temblaban cuando volvió a tomar la copa de vino y bebió otro trago. Jamás debió permitir que eso sucediera! ¡Que cosa tan impulsiva y poco habitual en ella! ¡Y qué beso! Suave al principio... incómodo para ella cuando entró en inesperado contacto con las piernas, el pecho y la boca de un desconocido... un viejo amigo cuya boca cubrió la de ella al principio con informal indiferencia y luego con insistencia... y por fin con creciente exigencia. Levantó la cabeza, interrumpió el beso, la miró a los ojos... y después la volvió a besar... casi a regañadientes, y luego casi... con hambre.

Las mejillas de Diana se colorearon al recordarlo y, para tranquilizar sus nervios, bebió el resto del chardonnay que tenía en la copa. No debió permitir que Cole la besara por segunda vez. No era la única mujer abandonada por su novio, y las demás no se arrojaban a los brazos del primer hombre que les ofreciera comprensión.

¿O lo harían?

Ahora que lo pensaba, ¡tal vez lo harían!

En realidad, ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que estaba reaccionando con exageración y que le daba demasiada importancia a un beso sencillo y sin un sentido especial, dado para confundir a un periodista. Mientras ella se obsesionaba por un beso, lo probable era que Cole hubiera olvidado por completo el incidente trivial. De todos modos, no cabía duda de que en la mesa principal le prestaban especial atención y que él estaba pasando un momento muy agradable.

Trató de resistir el impulso de averiguarlo ella misma y fracasó. La mesa de Cole estaba dos filas delante de la de Diana y un poco a la izquierda, justo frente al podio del rematador que se encontraba colocado sobre una plataforma. Si dirigía la vista un poco a la derecha o a la izquierda, por entre los hombros del grupo que ocupaba la mesa de adelante, Diana alcanzaba a ver casi todas las personas que ocupaban la de Cole. Con aire indiferente, se llevó la copa a los labios y miró hacia la derecha. La mesa principal era más larga que las otras y la ocupaban más personas, dos de las cuales hicieron hundir el corazón de Diana en cuanto las vio.

Franklin Mitchell era el presidente del baile de ese año y, como correspondía, se encontraba sentado con su esposa en la cabecera de la mesa, pero también lo estaban su hijo Peter y su mujer Haley; de soltera, Haley Vincennes. La otra pareja era amiga de Peter y Haley. La mujer de edad, con el pelo canoso teñido de azul, era sin duda la señora Canfield, cuyos antepasados habían fundado el Baile de la Orquídea Blanca. El hombre calvo sentado a su lado debía ser su hijo Delbert, un soltero de mediana edad.

Franklin Mitchell dijo algo que provocó las carcajadas del resto de los ocupantes de la mesa, y Diana dirigió la mirada hacia la izquierda. Conner y Missy Desmond también se encontraban en esa mesa y todo el mundo reía con excepción de... la mirada de Diana chocó con un par de penetrantes ojos grises que se clavaron en los suyos y se negaron a apartarse. Con claro desinterés, tanto por la comida como por la gente que ocupaba su mesa, Cole estaba apoyado en el respaldo de la silla y la miraba sin disimulo alguno, con una expresión extrañamente especulativa.

Diana no podía imaginar por qué la miraría así, pero le pareció que una sonrisa amable sería lo apropiado y se la dirigió. ÉI respondió con una lenta inclinación de cabeza y una sonrisa que era tan cálida como atrevida, pero lo que confundió a Diana fue la mirada extraña y casi calculadora de sus ojos.

Apartó con rapidez la mirada de la de Cole y se unió a las conversaciones de su propia mesa, pero no podía dejar de pensar en Haley Mitchell y en lo que era probable que le dijera a Cole si lo había visto llegar con Diana. Haley gozaba con los chismes; los creaba y luego los utilizaba como un arma contra cualquiera que no le gustara, y había mucha gente que no le gustaba, casi todas ellas, mujeres.

Despreciaba sobre todo a Diana porque una tarde, años antes, cuando Peter todavía era soltero y estaba un poco borracho, se puso de pie durante la recepción de un casamiento donde él era el padrino y Diana la dama de honor. Y en ese momento, en lugar de proponer un brindis para los novios, cosa que todo el mundo creyó que haría, le propuso matrimonio a Diana. Ella trató de hacerlo pasar como una broma y todo el mundo lo dejó en eso... con excepción del mismo Peter y de Haley, que desde hacía años estaba enamorada de él.

Poco después, Peter se casó con Haley, pero ella nunca olvidó que era plato de segunda mano y Peter nunca olvidó que Diana lo había rechazado... y en público. Haley despreciaba a Diana con un odio que parecía crecer año a año, lo mismo que crecían los rumores de que el matrimonio de Haley y Peter no andaba bien. Diana estaba convencida de que si Haley imaginaba que podía haber algo entre Cole y ella, iniciaría una campaña de odio allí mismo, en la mesa, delante suyo.

Esa posibilidad agregaba aún más tensión a la noche que Diana tenía por delante, y se sintió incapaz de afrontarla. Miró a Doug y a Amy que estaban sentados frente a ella, y preguntó qué planes tenía Amy para el resto de su estadía en Houston; luego tomó el otro vaso de vino y se obligó a concentrarse en cada palabra que le contestaban.

Estaba tan decidida a participar de las conversaciones y a distraerse que no notó que Spence, sentado a su izquierda, tenía una clara visión de Cole y que lo miraba en silencio y con el entrecejo fruncido. Sin embargo, Corey notó la preocupación de su marido y en el momento en que les retiraban los platos se inclinó hacia él.

- ¿Qué te pasa? - preguntó en susurros.

Él esperó hasta que un mozo terminara de llenar su taza de café y luego inclinó la cabeza hacia la mesa principal.

- Esta noche, Harrison ha mirado varias veces a Diana. No me gusta.

Corey se sorprendió pero estuvo lejos de sentirse desagradada. En medio del problema que vivía Diana en ese momento, consideraba que la atención halagadora de un hombre altamente deseable, esa noche sólo la ayudaría a levantar su ánimo.

- ¿Por qué no te gusta?

Librodot

- Porque no me gusta Harrison.

- ¿Por qué? - preguntó Corey, asombrada.

Él vaciló durante un rato sospechosamente largo, luego trató de quitarle importancia al asunto y se encogió de hombros.

- Entre otras cosas porque tiene fama de taimado. En este momento, Diana está en un estado muy vulnerable y con la guardia baja.

- Spence, Cole es un viejo amigo y me parece que tu actitud es demasiado sobreprotectora.

Spence apoyó una mano sobre la de su mujer y la apretó.

- Tienes razón.

Corey hubiera seguido con el tema, pero se lo impidió el rematador, quien acababa de subir al podio para dar comienzo al remate. Golpeó el mazo sobre el podio y la enorme sala de baile fue recorrida por una oleada de excitación que acalló las conversaciones y logró que todos se volvieran a mirarlo.

- Señoras y señores - proclamó el rematador -, cuando termine esta etapa, tendrán media hora más para hacernos llegar sus ofertas escritas para aquellos objetos que se exhiben en el Salón de Baile Imperio. Y esto nos trae al momento que todos hemos estado esperando. Sin perder más tiempo y sin más comentarios, los invito a abrir su corazón y sus chequeras y a recordar que cada dólar obtenido en este remate irá directamente a la investigación del cáncer. Y ahora, si quieren tener la bondad de fijarse en los catálogos que poseen en sus mesas, encontrarán una lista completa de los objetos que remataremos, junto con una descripción de cada uno de ellos.

Hubo un repentino ruido de papeles cuando todos tomaron sus catálogos.

- Sé que muchos de ustedes están ansiosos por comprar la escultura Klineman - dijo el hombre y agregó con tono festivo: - y en un esfuerzo por minimizar la espera y aumentar la tensión, hemos colocado ese artículo en la mitad del remate, en el número diez.

Los presentes estallaron en carcajadas y antes de volver a hablar, el rematador esperó hasta estar seguro de tener la completa atención de todos.

- Primer objeto - proclamó -. Se trata de un pequeño estudio hecho en lápiz por Pablo Picasso. ¿Quién quiere abrir el remate ofreciendo cuarenta mil dólares? - Instantes después, asintió con satisfacción.

- El señor Certillo ha ofrecido cuarenta mil dólares. ¿Alguien ofrece cuarenta y un mil dólares? ¿Tengo cuarenta y un mil dólares?

A los pocos minutos el dibujo había sido vendido en sesenta y seis mil dólares y el rematador pasó al objeto siguiente.

Librodot

- El número dos es una espléndida lámpara Tiffany, circa 1904. ¿Quién ofrece cincuenta mil dólares?...

Librodot

23

El “honor” de estar sentado en la mesa principal era algo que Cole habría preferido evitar. El presidente del baile era un hombre alto, canoso, de aspecto distinguido llamado Franklin Mitchell, quien era vicepresidente de una compañía petrolera familiar y un imbécil, superficial y pesado. Los invitados de Mitchell eran su mujer, su hijo, su nuera, y una pareja joven de apellido Jenkins, que por lo visto era muy amiga del hijo de Mitchell. Los seis representaban el tipo de arrogancia altanera que Cole más despreciaba.

Las otras dos parejas de la mesa eran un solterón corpulento de poco más de cincuenta años llamado Delbert Canfield y su anciana madre, a quien él respetuosamente llamaba “Mama”, y Conner y Missy Desmond.

Los Desmond eran una pareja atractiva, de mediana edad, que hicieron un breve pero valiente esfuerzo por encontrar algún tema en común con Cole. Por desgracia, sus intereses personales parecían estar limitados casi con exclusividad a los hándicaps de golf, a sus partidos de tenis y a sus amigos. Ya que a Cole no le interesaba ninguno de los tres temas, la conversación languideció y luego dejó de existir.

En lugar de desperdiciar una noche escuchando chismes y conversaciones intranscendentes, Cole sencillamente ignoró a sus compañeros de mesa e hizo mejor uso de su tiempo. Durante un rato pensó en la enfermedad de Cal y en su absurda exigencia de que él se casara dentro de los seis meses, y de vez en cuando se permitía mirar a Diana para ver cómo estaba; después se enfrascó en problemas que debía resolver.

Cuando retiraron el primer plato, acababa de perfilar la agenda para la reunión anual de su directorio y había decidido hacer una entrega de dividendos adelantados, antes de la asamblea, para asegurarse de que sus propuestas fuesen ratificadas.

Durante el postre, mientras Mitchell se vanagloriaba de su estrategia para ser electo presidente del River Pines Country Club, Cole definió en silencio su propia estrategia para poner a Cushman Electronics a la cabeza de la industria de chips de computadoras.

El remate estaba bien avanzado y Cole trabajaba en los usos alternativos que le daría a su recién adquirida subsidiaría en el caso de que el nuevo chip no diera los resultados esperados, cuando se dio cuenta de que Franklin Mitchell le estaba hablando. Después de haber fracasado en su intento de interesarlo en temas que iban desde los antepasados de Cole y sus antecedentes familiares, hasta su opinión acerca de las posibilidades de los Houston Oilers de llegar a jugar el año siguiente en el Super Bowl, sin duda Mitchell decidió introducir la caza como el tema siguiente.

- ¿Usted ha cazado, Cole?

- Un poco - contestó Cole, mirando de soslayo a Diana y luego volviendo a regañadientes su atención a Mitchell. Por algún motivo en ese momento Diana parecía mucho más tensa que una hora antes.

- Debo invitarlo a nuestro rancho a cazar ciervos. Es un lugar espléndido... veinticinco mil hectáreas.

Levantó las blancas cejas esperando la respuesta a una invitación que no había formulado. Se trataba de una sutil trampa verbal que Cole ya conocía y que siempre era utilizada por idiotas narcisistas como Mitchell, que tenían necesidad de probar constantemente su superioridad en cualquier reunión que incluyera a un recién llegado. Dado que en realidad no acababa de invitar a Cole al "espléndido" rancho para cazar ciervos, cualquier respuesta amable y positiva de Cole, de inmediato lo reduciría al estatus de un esperanzado suplicante. En vista de eso, Cole no tuvo escrúpulos en expresar su verdadera opinión.

- Con franqueza no veo qué sentido tiene congelarme el trasero en el bosque al amanecer, esperando contra toda esperanza que pase por allí un ciervo.

- No, no, no. Nosotros no lo hacemos así. Tenemos comederos distribuidos por todo el rancho. Los ciervos van allí a alimentarse todos los días.

- Quiere decir que ustedes sólo se ubican cerca de los comederos hasta que los ciervos se acerquen a comer - especuló Cole con seriedad - Y después, mientras comen pacíficamente el grano, salen de un salto de sus escondites y los agujerean a balazos para luego cortarles la cabeza y colgarla sobre la chimenea.

Mitchell parecía furioso.

- No es como usted lo hace parecer.

- Entonces ¿cómo es?

- ¿Está en contra de la caza? - retrucó Mitchell furibundo ante la critica implícita de su deporte y dirigiéndole a Cole una mirada que con claridad cuestionaba su virilidad.

- No, nada de eso. Pero como lo que cazo.

Mitchell se relajó un poco.

- Bien, bien. Nosotros también. Siempre. ¿Y a usted qué le gusta cazar?

- Me gusta tirar al platillo - replicó Cole y enseguida se enojó consigo mismo por derramar el desdén que le merecían los ricos y perezosos en un hombre que no valía la pena. La esposa y la nuera de Mitchell estaban sorprendentemente divertidas por el desconcierto de éste, pero Delbert Canfield y su madre miraban a Cole en un silencio incómodo y lleno de desconfianza, Los Desmond habían estado conversando entre ellos sobre las clases de navegación que tomaban y no se dieron cuenta de que hubiera sucedido nada fuera de lo normal.

El noveno objeto de la lista se vendió en 190.000 dólares y de repente la voz del rematador se elevó excitada, proporcionando una necesaria distracción a los ocupantes de la mesa principal.

Librodot

- El siguiente objeto que vamos a rematar no necesita descripción alguna - dijo, sonriendo anticipadamente mientras se dirigía al centro del pequeño escenario. Retiró el terciopelo que cubría la escultura de Klineman, donada por Cole, y de la audiencia surgió un suspire expectante y admirado. Las conversaciones quedaron interrumpidas mientras los posibles compradores observaban la enorme figura de bronce y decidían hasta cuánto estaban dispuestos a pagar.

"Éste es el momento que muchos de ustedes han estado esperando, una oportunidad única en la vida de ser dueños de esta magnífica escultura, obra de un maestro que el mundo ha perdido. El remate comenzará - continuó diciendo - con una base de doscientos mil dólares y sólo se aceptarán ofertas que superen en cinco mil dólares la oferta anterior - Levantó las cejas y una sonrisa de seguridad cruzó por su rostro mientras miraba al público. Hizo unos instantes de silencio para que creciera el suspenso y luego dijo: - ¿Quién quiere abrir las ofertas...? - Uno de los asistentes levantó de inmediato la mano y el rematador asintió enseguida. - El señor Selfer ha abierto el remate ofreciendo doscientos mil dólares. ¿Tengo...? Sí, doscientos cinco mil dólares del señor Higgins. Y doscientos diez mil dólares del señor Altour, gracias...

- ¡Doscientos cincuenta! - exclamó Franklin Mitchell.

Cole sofocó una sonrisa ante la idiotez de una oferta de doscientos cincuenta mil dólares por un trozo de metal de un metro veinte de altura que para él tenía el aspecto de una serie de bananas de bronce y partes del cuerpo humano.

- ¡Doscientos setenta! - gritó alguien más.

El rematador no cabía en si de alegría. Miró inquisitivamente a Mitchell.

- Trescientos - dijo Mitchell hundiéndose aún más en la estima personal de Cole.

- ¡Tengo trescientos mil dólares y recién acabamos de empezar! - anunció entusiasmado el rematador midiendo el entusiasmo de los presentes con la exactitud de un sismógrafo humano -. No olviden, señoras y señores, que este dinero se destina a caridad...

- Trescientos diez - ofreció otro.

- El señor Lacey ha ofrecido trescientos diez mil dólares - comentó el rematador y enseguida agregó: - y el señor Selfer ha vuelto a intervenir en el remate - hizo una pausa a la espera de la señal y asintió con aprobación - con cuatrocientos mil dólares. ¡El señor Selfer ofrece cuatrocientos mil dólares! - Recorrió la sala con la mirada. - Les advierto señoras y... - Se interrumpió con otro movimiento de cabeza y sonrió diciendo: - Ahora tenemos cuatrocientos diez mil dólares. ¿Alguien ofrece cuatrocientos veinte mil dólares?

En definitiva el Klineman se vendió por cuatrocientos setenta mil dólares. Mientras la audiencia aplaudía, el fascinado nuevo dueño escribía el cheque y se lo entregaba a uno de los asistentes del rematador. Después se puso de pie y se encaminó a la mesa principal para estrechar la mano de Cole. Ese apretón de manos no era un mero gesto de agradecimiento: era una de las viejas tradiciones del Baile de la Orquídea Blanca, y simbolizaba una aceptable transferencia de

propiedad; a partir de ese momento el nuevo propietario tenía plena responsabilidad sobre el objeto adquirido.

Mientras el nuevo propietario se alejaba orgulloso, el anterior propietario miró su reloj y trató de ocultar su aburrida impaciencia leyendo con detenimiento el catálogo del remate. Notó que quedaban cuatro objetos de arte importantes además de una docena de alhajas de mucho precio que figuraban en una categoría denominada “Para Damas”. En el interior del catálogo había una explicación de dos páginas de la historia y tradiciones del Baile de la Orquídea Blanca, que se remontaba a cien años antes, y Cole leyó la entusiasta narrativa con creciente diversión.

De acuerdo con el catálogo, los primeros bailes nunca estuvieron abiertos al público, sino sólo reservados a las familias prominentes de Texas. Entre los datos incluidos figuraba la información de que desde la creación del remate hasta el presente, los objetos específicamente destinados a las damas, tales como alhajas y pieles, siempre eran exhibidos por señoras, para las señoras.

En un esfuerzo por expiar el hecho de haber molestado antes a la señora Canfield y a Delbert, Cole apoyó el catálogo sobre la mesa y lo señaló.

- Basado en lo que acabo de leer aquí, ustedes tienen una interesante serie de costumbres asociadas con este baile, señora Canfield.

La madre de Delbert parecía desconfiar pero a la vez la llenaba de esperanzas el cambio de actitud de su compañero de mesa. Debia tener por lo menos ochenta años, pelo azulado, piel de muñeca y un pecho cargado de hileras de perlas.

- Muchas de ellas tienen más de cien años - contestó.

Cole asintió, alentándola.

- Según el catálogo, los objetos que tienen especial interés para las mujeres, como alhajas y pieles, siempre son exhibidas por otras mujeres que asisten al remate en lugar de mostrarlas simplemente.

- Detrás de esa tradición, hay una lógica encantadora - explicó ella, entusiasmándose con el tema con juvenil alegría -. Verá, en los primeros tiempos del baile, se suponía que la alhaja o piel que una señora decidía exhibir era algo que ella, y por lo tanto los demás asistentes al baile, esperaban que el marido le comprara.

- Me parece una suave extorsión - dijo Cole con una sonrisa.

- ¡Es exactamente lo que era! - confirmó la anciana con júbilo desvergonzado -. ¡Ah! Y además subía mucho los precios en bien de la caridad. Cuando el padre de Delbert y yo nos casamos, elegí desfilar con un enorme prendedor de rubíes. Por supuesto que supuse que Harold conocería la tradición, pero no fue así, de manera que esa noche no obtuve el broche. No sabe lo desilusionada y avergonzada que me sentí!

- Lo lamento - dijo Cole a quien no se le ocurrió qué otra cosa decir.

- Nunca tanto como lo lamentó Harold al día siguiente - comentó la anciana con una sonrisa -. Durante una semana me costó mantener la cabeza en alto frente a mis amigas.

- ¿Tanto tiempo? - bromeó Cole.

Ella asintió.

- Fue el tiempo que tardó Harold en encontrar otro broche de rubíes en Nueva York y hacerlo enviar hasta aquí.

- Comprendo.

Con eso, Cole se quedó sin más temas intranscendentes. Volvió a abrir el catálogo y leyó los artículos que faltaba rematar, calculando cuánto tiempo transcurriría hasta que pudiera salir de allí y regresar a la pila de trabajo urgente que había diseminado sobre la mesa ratona de su suite.

Bajo el título de “Para las Damas” contó veinte ítem, todos ellos alhajas y pieles. Junto a cada ítem figuraba la frase: “exhibido por...”

El último ítem de esa categoría atrajo la atención de Cole. Había sido donado por un joyero local y sería “exhibido” por la señorita Diana Foster. Según el catálogo se trataba de “un espléndido collar y aros haciendo juego de amatistas púrpuras, rodeadas por excelentes diamantes de 15 kilates y engarzadas en oro de 18 kilates. De la colección de la difunta condesa Vandermill, circa 1910.”

Cole levantó la vista y miró a Diana. Estaba conversando con Corey y parecía completamente compuesta, pero se la veía mucho más pálida que al principio de la velada. Cole sabía lo infeliz que la hizo su conspicua entrada y suponía el terror que debía producirle la obligación de exhibir ese collar.

Missy Desmond estudiaba su propio catálogo y sin duda acababa de llegar a la misma conclusión.

- ¡Pobre Diana Foster! - exclamó -. Me pregunto por qué no les habrá pedido que buscaran alguna otra para que exhibiera ese collar.

Cole pensó que la razón era obvia: el nombre de Diana ya debía estar impreso en el catálogo y no le fue posible renunciar a exhibir el collar sin llamar la atención de un millar de personas.

En el lado opuesto de la mesa, Haley Mitchell, que se sentía desairada porque Cole Harrison reconoció en Diana Foster a su amiga de la adolescencia pero no la reconoció a ella, observó que Cole volvía a mirar a Diana. El marido, que no había dejado de deber desde el comienzo de la comida, también lo notó. Peter se inclinó hacia un lado y susurró:

- Por lo visto Diana ha hecho una nueva conquista. Harrison no puede dejar de mirarla.

Librodot

- Lo mismo que tú - retrucó Haley de mal modo, indignada de que su marido se atreviera a mencionar el nombre de Diana delante de ella y aún más indignada porque lo que acababa de decir con respecto a Cole era cierto. Se volvió hacia Missy Desmond y le comentó: - ¿Has notado que esta noche Diana está interprentando el papel de mártir? Mira la sonrisita valiente que esboza.

- Yo le tengo bastante lástima - admitió la señora Canfield -. Lo que le hizo Daniel Penworth es imperdonable.

- No, era inevitable - retrucó Haley -. Diana era como un lazo alrededor de su cuello. Dan no la amaba e hizo lo posible por separarse de ella de buen modo, pero Diana no lo soltaba. La gente cree que Diana es dulce y suave. Pero la verdad es que lo único que le interesa en el mundo es ella misma y esa estúpida revista que dirige.

Marilee Jenkins secundó sus palabras con una inclinación de cabeza.

- Yo no culpo a Dan.

Cole esperó que algún otro de los que ocupaban la mesa fuera en defensa de Diana. La señora Canfield parecía incómoda y Missy Desmond estaba perpleja, pero nadie dijo una sola palabra en favor de Diana. El rematador anunció el comienzo del remate de artículos para damas, y con toda determinación, Cole le dio la espalda a sus compañeros de mesa.

A pocas mesas de distancia una pelirroja delgada se puso de pie en medio de aplausos y comenzó a exhibir el magnífico collar de diamantes que lucía. Lo hacía con la tranquilidad y el aplomo de alguien que se sabe nacida para ser admirada y para estar en "exhibición". Se movió sonriendo por entre las mesas y su marido abrió las ofertas. En cuanto lo hizo, otro individuo de la misma mesa subió la oferta, sonriendo mientras obligaba al marido a aumentar el precio que ofrecía por la alhaja. Después de eso, las ofertas fueron rápidas y con frecuencia estuvieron acompañadas por explosiones de risas que estallaban por toda la sala, con lo cual Cole llegó a la conclusión de que los amigos del marido lo estaban obligando a ofrecer una cantidad cada vez mayor.

A Cole le divirtió bastante observar el juego que siguieron interpretando cada vez que una esposa o una novia se ponía de pie para exhibir un objeto que deseaba tener, mientras que cada uno de los hombres involucrados era obligado por sus amigos a elevar las posturas. A cada rato, Cole miraba la mesa de Diana y se preguntaba cómo estaría reaccionando ella, pero a medida que cada objeto era adquirido para la mujer que lo exhibía, notó que la muchacha se ponía cada vez más tensa y sombría.

Cuando se acercaba el momento del remate del collar que ella lucía, comenzó a manosearlo nerviosa, como si quisiera ocultarlo o arrancárselo del cuello. Quedó como petrificada cuando el rematador anunció:

- Señoras y señores, el próximo objeto que se rematará es un extraordinario ejemplo de la artesanía de otras épocas, un notable collar de amatistas y diamantes que será exhibido por la señorita Diana Foster.

Librodot

Cole comprendía que era natural que Diana no quisiera ser el objetivo focal de tanta gente, pero sólo al verla ponerse de pie comprendió que su incomodidad aumentaba por la ausencia de Dan Penworth, quien debería estar allí haciendo ofertas para comprar el collar. Vio que ella se ponía de pie obligándose a sonreír, mientras un susurro recorría el salón.

En la mesa ubicada detrás de ellos, un hombre comentó en son de broma que tal vez Dan se hubiera casado con la italiana para evitar el gasto de comprar el collar que exhibía Diana y todos los demás rieron a carcajadas.

Cole se sintió recorrido por una oleada de enojo y por una necesidad de protección; emociones que fueron creciendo al ver que el rematador, ignorante de la situación, le sonreía a Diana y luego a la multitud sin duda esperando que el novio de Diana iniciara las ofertas.

- La oferta inicial en este caso será de quince mil dólares. ¿Quién ofrece quince mil dólares? - Hizo una pausa, sorprendido por el inesperado silencio. - Al doble de esa cifra este collar sería una verdadera ganga. ¿Alguien me ofrece diez mil dólares? - Su expresión se aclaró y asintió. - Sí, muchas gracias señor Dickson...

Las ofertas se detuvieron al llegar a los trece mil dólares para que uno de los posibles compradores pudiera examinar la alhaja.

- ¡Pobre Diana! - dijo la señora Canfield, dirigiéndose a Cole - Conocí muy bien a su padre. Él habría comprado ese collar sólo para poner fin a esta situación.

- A Diana le hacía falta que se le bajaran los humos, y todo el mundo lo sabe - opinó Haley Mitchell -. Es una hija de puta presumida.

Franklin Mitchell tuvo el buen gusto de sentirse un poco incómodo ante el lenguaje de su nuera, aunque no del veneno que llevaba consigo la frase. Miró al borracho de su hijo como si esperara que él dijera algo, pero cuando Peter habló, no fue para contradecir a su mujer.

- Diana siempre ha tenido una alta opinión de sí misma - le informó a Cole.

Sin conocer los motivos que tenía la gente de su mesa para profesarle antipatía a Diana y comprendiendo el mal momento que ella estaba viviendo, Cole equivocadamente supuso que todos los demás asistentes del baile eran igualmente crueles y vengativos.

Recordó a una adolescente hermosa y elegante que le tendía una bolsa llena de comida, con la sonrisa en los labios y una especial suavidad para poder al mismo tiempo proporcionarle alimentos y poner a salvo su amor propio. ¿Podrías encontrar un poco de lugar donde poner estos duraznos envasados, Cole? A mi abuela le encanta cocinar y preparar conservas y en casa ya no queda lugar para nada. Espero que puedas ayudarnos a comer un poco de la mayonesa de pollo que hizo anoche mi abuela. ¡Cocinó como para un regimiento! También recordó otras cosas, como lo perfectamente ordenada y limpia que estaba siempre, desde la punta de los zapatos hasta la punta de los dedos de la mano, con las uñas siempre bien limadas pero nunca pintadas.

En medio de sus recuerdos oyó la voz del rematador.

- Tengo trece mil dólares. ¿Alguien ofrece catorce mil? Tengo trece mil dólares.

- Peter - dijo Haley de repente, con la voz llena de malicia - Cómprame ese collar. Lo quiero.

- Voy a vender, señoras y señores - advirtió el rematador.

Peter Mitchell miró a Diana quien se encontraba a algunas mesas de distancia, "exhibiendo" el collar y dijo en voz fuerte y pastosa por el alcohol:

- ¡Espere! Quiero ver de cerca ese collar.

Cole vio que Diana se volvía y se acercaba obediente a la mesa que él ocupaba. Sin duda la pobre muchacha debió creer que el desgraciado de su novio le compraría esa noche el collar. En ese momento se le ocurrió que posiblemente hubiera comprado el vestido colorado porque combinaba a la perfección con las amatistas.

Cuando pasó a su lado para acercarse a Peter Mitchell, notó que la sonrisa de Diana era forzada y tensa y que levantaba con una mano la piedra más grande del collar para mostrarla y evitar así que Mitchell le mirara el pecho. Enseguida Diana se desabrochó el collar y se lo tendió.

Su sonrisa incómoda nunca desapareció pero fue evidente que retrocedió cuando Peter estiró una mano para tomar el collar y en ese momento ella miró a Cole pero apartó enseguida la mirada. En ese breve instante, cuando los ojos de ambos se encontraron, Cole tomó una decisión monumental.

Tal vez tuviera una necesidad latente y no reconocida de desempeñar el papel de príncipe encantado para salvar a una princesa en peligro, o tal vez lo que hizo fuera meramente la versión civilizada del macho prehistórico cuando blandía su garrote para demostrarle su superioridad al adversario. Tal vez tuvo una percepción subconsciente de que el destino le ofrecía no sólo la oportunidad de solucionar los problemas de Diana sino también los propios. Quizás fue una combinación de las tres cosas.

Pero cualesquiera fueran sus motivos, el resultado fue concluyente. Mitchell miró al rematador y anunció:

- Ofrezco quince mil dólares.

- Veinticinco mil - dijo Cole antes de que el otro tuviera siquiera tiempo de respirar.

El rematador parecía sorprendido pero fascinado.

- ¡Aja! Tenemos un nuevo y serio participante en el remate - informó a la concurrencia con una sonrisa triunfante -. El señor Harrison acaba de ofrecer diez mil dólares más - continuó diciendo, con lo que atrajo la atención de los que, hasta entonces no estaban demasiado interesados en el collar -, y él todavía no ha tenido oportunidad de verlo de cerca. Señorita Foster - agregó, dirigiéndose a Diana -¿tendría la amabilidad de permitir que el señor Harrison

Librodot

inspeccione la extraordinaria calidad y el color de las piedras, así como la artesanía superior del collar mismo?

Con una sonrisa de alivio, Diana obedeció presurosa la sugerencia y rodeó la mesa para acercarse a Cole. En cuanto estuvo a su lado le tendió el collar, pero Cole lo ignoró por completo y en cambio la miró a ella. Con una sonrisa cálida preguntó:

- ¿A ti te gusta?

Diana notó el brillo divertido de sus ojos plateados y tuvo la sensación de que con toda deliberación Cole prolongaba ese momento y atraía la atención del público. Pero estaba ansiosa por dejar de ser el centro de atención y prefería que todos los ojos se fijaran en Cole Harrison.

En realidad no le importaba quién comprara ese collar; lo único que quería era que esa tortura terminara de una vez.

- ¡Es una belleza! - proclamó con una enfática inclinación de cabeza.

Cole se echó atrás en la silla, metió las manos en el bolsillo del pantalón y su sonrisa se hizo perezosa, como si tuviera todo el tiempo del mundo para examinar su compra y además como si disfrutara de la atención del público.

- Sí, pero te pregunto si a ti te gusta.

- Con toda honestidad, ¡si! Es espléndido. - En el repentino silencio que reinaba en la sala de baile la sofocada declaración de Diana llegó hasta el último rincón del salón y provocó un estallido de risas amables.

- ¿Entonces tú crees que debo comprarlo?

- Por supuesto, siempre que tengas a quien dárselo.

El rematador presintió que el interés del público había llegado a su pico máximo y que pronto comenzaría a disminuir.

- Señor Harrison - preguntó - ¿está conforme con su inspección?

La sonrisa de Cole fue de abierta admiración cuando miró el rostro de Diana.

- Completamente conforme - contestó, refiriéndose con claridad a Diana y no al collar.

- Entonces continuaremos con el remate - dijo el rematador a la audiencia -. El señor Harrison ha ofrecido veinticinco mil dólares. ¿Alguien ofrece treinta mil? - Miró expectante a Peter Mitchell quien asintió.

El rematador recorrió la sala con la mirada para asegurarse de que no intervenía nadie más, y al comprobar que era así, volvió a mirar a Cole.

- ¿Señor Harrison?

De no haberse sentido tan infeliz, ni estado tan tensa, Diana habría reído ante la sonrisa contagiosa de Cole en el momento en que levantaba cuatro dedos con suprema indiferencia, como si se tratara de cuarenta centavos.

- ¡Cuarenta mil dólares! - Se solazó el rematador. - El señor Harrison acaba de ofrecer cuarenta mil dólares y todo lo recaudado será destinado a obras de caridad. Señor Mitchell - urgió -. ¿Ofrecerá cuarenta y cinco?

Haley Mitchell miró a su marido y asintió, pero Peter miró a Cole, echando chispas por los ojos. Por toda respuesta, Cole se echó más atrás en su silla y lo miró desafiante.

- ¡No! - ladró Mitchell.

- Entonces, a la una, a las dos y... ¡vendido! - exclamó el rematador -, Vendido en cuarenta mil dólares al señor Cole Harrison. - Se volvió hacia Cole y agregó: - Sé que hablo en nombre de todos los integrantes de la comisión del Baile de la Orquídea Blanca cuando agradezco públicamente su extraordinaria generosidad a una causa tan importante como la de esta noche, señor Harrison. Y, si me lo permite, también quiero decir - bromeó -, ¡que espero que la afortunada señora que reciba ese collar no sólo aprecie su generosidad si no su excelente gusto!

- Yo también lo espero - contestó Cole, provocando una explosión de risa ante una actitud completamente opuesta a la que había tenido toda la noche. Después agregó: - Veamos lo que piensa...

Ante esa fascinante expresión de la vida íntima de un empresario enigmático, a quien un columnista describía como alguien que tenía un circuito por cerebro y una computadora por corazón, todos los presentes se pusieron atentos. Observaron, cautivados, que él echaba atrás su silla y se ponía de pie con lentitud.

Diana estaba tan confusa al no haber podido todavía escapar de la atención de los presentes, que en cuanto Cole se puso de pie y tomó en sus manos el collar, dio un paso atrás. Pero Cole le impidió que lo hiciera.

Avanzó un paso, le puso el collar alrededor del cuello y le abrochó el pesado cierre.

Diana lo miró confundida y con los ojos muy abiertos.

Él le retribuyó la mirada en un silencio expectante.

El público comenzó a reír y a aplaudir y en la parte de atrás del salón estallaron los flashes de los fotógrafos.

- ¿Y? - preguntó Cole, confirmando así ante todos los que alcanzaban a oírlo que la “afortunada señora” era ella. - ¿Qué opinas de mi gusto?

Librodot

De repente, Diana llegó a la conclusión de que Cole simulaba regalarle el collar, lo mismo que en el balcón simuló besarla para engañar al fotógrafo. Darle el collar era sencillamente una estratagema muy inteligente, y muy bondadosa, hecha en público para ayudarla a pasar el mal momento.

- Creo que tienes un gusto maravilloso - aseguró con entusiasmo. “Creo que eres un tramposo maravilloso”, pensó con divertida admiración.

- ¿Estás lo suficientemente impresionada como para bailar conmigo?- desafió él, rezumando un enorme encanto sofisticado -. Oigo música en la sala contigua. - Sin esperar respuesta, le tomó el codo y la guió por entre una serie de mesas y de invitados en dirección a la pista de baile.

Entonces el público comprendió que el espectáculo acababa de concluir y empezó a salir en dirección al baile.

Cuando acababan de cruzar la mitad del salón de baile, Diana se detuvo en seco.

- Espera - dijo con una sonrisa tímida -. ¡Quiero presentarte al resto de mi familia! Después de lo que acaba de suceder, deben estar muertos por conocerte. - Se volvió y comenzó a retroceder con lentitud por entre el gentío.

24

En el tiempo que demoraron en llagar a la mesa de su familia, Diana empezó a sentir la cabeza liviana y un poco de mareo. Durante días tuvo que enfrentar al mundo, tanto en el trabajo como en su casa, ocultando el dolor que le producía la actitud de Dan. Y además tuvo que prepararse para enfrentar la pesadilla que sería ese remate... pero de repente el remate había terminado, y no fue una pesadilla porque Cole lo convirtió en un drama entretenido con un final feliz al estilo Hollywood.

La abrupta e inesperada liberación después de tanta presión y estrés produjo un impacto a su sistema nervioso. Se sentía liviana sin esa pesada armadura emotiva que tuvo que llevar puesta durante una semana.

Optimista.

Pocas horas antes era la novia despechada de Daniel Penworth, un objeto de lástima y de ridículo. Dentro de pocas horas más, la prensa la ubicaría en un papel distinto, tal vez como la amante de Cole Harrison. La sola suposición le resultó tan increíble que tuvo una repentina necesidad de reír.

De alguna manera consiguió permanecer seria y le presentó a Cole a su madre y a sus abuelos, pero la sensación de mareo alegre giraba en su interior mientras los observaba reaccionar cada uno a su manera ante lo que acababa de hacer Cole.

El saludo de Corey estuvo lleno de risas y de aprobación y le dio un rápido abrazo a Cole. La señora Foster fue menos efusiva, pero muy amistosa. Spencer y el abuelo sonrieron con amabilidad y estrecharon la mano de Cole. La abuela lo miró a los ojos, como si estuviera tratando de estudiarle el alma. Amy Leeland hasta se ruborizó cuando Cole le sonrió.

Doug Hayward no sólo se mostró antagónico, sino abiertamente insultante. Se puso de pie y metió las manos en los bolsillos para no tener que estrechar la de Cole. Sin dejar de mirarlo con desprecio, explicó:

- Antes, Harrison trabajaba en nuestra caballeriza, limpiando la bosta de los caballos. Ahora dona obras de arte en bailes de cariuad. - Miró a Cole y agregó: - Es sorprendente lo alto que puede trepar un hombre en Norteamérica, ¿no es cierto, Harrison?

Cole endureció el mentón y sus ojos se pusieron fríos. La inexplicable hostilidad que existía entre ambos era palpable y la familia de Diana enseguida se volvió hacia ella para que intercediera. Por incómoda o volátil que fuese una situación social, siempre se podía contar con que Diana interviniera y le pusiera fin con su don tan especial de diplomacia, sensibilidad y sentido del humor.

Sin embargo, esa vez Diana parecía imposibilitada o incapaz de hacerlo.

En vez, les dirigió una brillante sonrisa a esos dos hombres que se miraban como dos duelistas silenciosos que esperaban la señal para iniciar el duelo y anunció:

Librodot

- Comprendo lo ansiosos que están ustedes dos por ponerse al día después de tanto tiempo sin verse, pero tendrán que esperar, porque Cole y yo nos vamos. - Y con esas palabras tomó una sencilla cartera negra que había sobre la mesa, enlazó su mano con el brazo de Cole y se volvió con tanto entusiasmo que arrostró a Cole tras ella.

Con la sensación de que era necesario que hiciera algún comentario antes de irse, Cole miró por sobre el hombro y vio que Hayward se alejaba de la mesa.

- Diana ha aceptado tomar su vida en sus manos y bailar conmigo - le explicó a la familia.

El grupo de la mesa observó con diversas reacciones a la pareja que se alejaba. Con excepción de la abuela, todos parecían pensar que la noche había sido un triunfo y que marcaría un hito en la desgraciada vida personal de Diana.

- El señor Harrison es exactamente lo que Diana necesitaba esta noche para ayudarla a sobreponerse a lo de Dan. Ahora ha recuperado su orgullo y se la ve de nuevo feliz.

- Diana es una sobreviviente - comentó Spence.

- Diana es práctica - comentó el abuelo -. Sabe que Dan no era el hombre que le convenía y ya lo está dejando atrás.

- Diana es una luchadora y es valiente - dijo Corey.

- Diana - la contradijo su abuela -, ha llegado al fin de sus fuerzas.

- ¡No digas tonterías, abuela! - contestó Corey, en parte porque ella misma no quería creerlo -. Siempre ha sido independiente y autosuficiente. Es tranquila... sabe soportar con dignidad las presiones y...

- Y - interrumpió triunfante la abuela mientras producía la última prueba del estado mental de Diana -, acaba de irse con mi cartera negra.

Esa revelación tuvo el poder de que todo el grupo se volviera alarmado y al unísono a mirar el alejamiento de Diana. Como todos bien sabían, la atención de Diana daba a los detalles era tremenda; su aptitud para la elegancia era tan legendaria como su habilidad para estar perfectamente vestida por difíciles que fuesen las circunstancias. Sobre la mesa estaba la pequeña cartera de Diana, un relumbrante modelo de noche de Judith Leiber. El hecho de que acabara de alejarse luciendo un vestido colorado espléndido y con una cartera negra de matrona colgando de su brazo era tan insólito que toda la familia se alarmó.

- Como podrán ver - declaró la abuela con tristeza -, Diana por fin ha llegado al límite de su resistencia. Allí tienen la prueba.

Librodot

Librodot

25

- Si realmente piensas bailar conmigo - bromeó Cole mientras se aproximaban a la puerta del salón de baile - te sugiero que antes bebas algo. - Se detuvo junto a una mesa que no había sido ocupada, sacó una botella de champaña del balde de hielo y le sirvió una copa. - El alcohol actúa como anestésico - explicó con una sonrisa mientras le alcanzaba la copa -.Y bailar conmigo puede ser una experiencia peligrosa y dolorosa.

Diana aceptó la copa. Estaba tan aliviada de que hubiera terminado su tortura, que en ese momento habría bailado con él descalza aunque Cole se hubiera puesto zapatos de golf con clavos en la suela. Las mujeres ya no la miraban con lástima ni con desdén. En realidad, notó divertida, ya no la miraban en absoluto, miraban a Cole y ella no las culpaba. Con su espeso pelo negro, sus penetrantes ojos grises, su alta estatura y su físico atlético, Cole Harrison era magnífico.

Las cualidades viriles que antes lograban que las jovencitas que visitaban las caballerizas de los Hayward soñaran con él, eran ahora aún más pronunciadas. Siempre había habido en él una fuerza áspera y una sexualidad latente, ahora aumentadas por un aura de fría sofisticación y de indomable poder.

Mientras se dirigían a la sala de baile, Diana bebió la champaña, disfrutando de las expresiones de confusión de las mismas personas que más temprano la miraban con pena o con satisfacción.

Cuando se acercaron a la pista de baile, la orquesta interpretaba una canción lenta, pero cuando Diana estaba por depositar la copa en una mesa, él meneó la cabeza.

- Termina de beber toda la champaña - pidió.

- ¿En serio te preocupa tanto la posibilidad de pisarme? - preguntó ella, con una mezcla de gratitud, alivio y risa.

- Por supuesto que no - bromeó él -. Lo que me preocupa es la posibilidad de que tú estés tan tensa y tan dura que me pises a mí.

Diana lanzó una carcajada, bebió hasta el último sorbo de champaña y enlazó su brazo con el de Cole, acercándosele en un movimiento que a él le pareció inconsciente pero posesivo y que le agradó muchísimo.

Estaba por iniciar las tentativas de uno de los más importantes “asuntos de negocios” de su vida con una mujer hermosa, que ni sospechaba lo que se proponía y que era necesario que confiara mucho en él para que aceptara su extraña proposición.

Cuando la rodeó con un brazo en la pista, ella le dirigió una cálida mirada de gratitud.

- ¿Cole?

Librodot

Él le devolvió la sonrisa, pero los ojos que la miraban debajo de espesas cejas tenían una expresión preocupada, pensativa.

- ¿Hummm?

- ¿Alguna vez te han dicho que eres muy dulce y muy galante?

- ¡Por cierto que no! Por lo general me describen como frío, calculador y despiadado.

A Diana le sorprendió tamaña injusticia. Con el corazón lleno de gratitud y la cabeza girando a causa de toda la champaña y el vino que bebió para tomar coraje, Cole Harrison le parecía maravilloso y omnipotente, un poderoso defensor que salió a rescatarla. Venció a sus enemigos y la salvó de la humillación. Era un hombre galante y valiente en un mundo lleno de cobardes y de malvados.

- ¿Cómo es posible que alguien piense cosas tan horribles de ti?

- Porque son completamente ciertas - declaró él con toda tranquilidad. La respuesta de Diana fue una risita.

- ¡Mentiroso!

Eso pareció herir a Cole.

- Mentiroso es lo único que no soy.

- Está bien. - Después de hacer un esfuerzo por sofocar una sonrisa, Diana decidió que Cole bromeaba porque le incomodaba que ella lo ponderara tanto, así que cambió de tema. - En serio, ¿para quién compraste ese collar?

En lugar de contestar, él la miró en silencio y con expresión especulativa durante un rato tan largo que Diana empezó a preguntarse si pensaba regalárselo a alguien o si sólo había gastado cuarenta mil dólares para evitarle un mal momento a ella. Pero las palabras siguientes de Cole la tranquilizaron.

- El collar es un regalo de casamiento para mi futura esposa.

- ¡Que maravilla! ¿Y cuándo te casas?

- En cuanto me declare.

Lo dijo como algo tan natural que Diana no pudo menos que burlarse un poco de él.

- Estás muy seguro de que ella te aceptará o bien piensas convencerla con el collar. ¿Cuál de las dos cosas es?

Librodot

- Te diría que un poco de cada cosa. Espero influenciarla con el collar, y estoy bastante seguro de que me aceptará una vez que le explique lo sabio y beneficioso que puede resultarle ese casamiento.

- Hablas como si estuvieran por cerrar un negocio, por comprar una compañía o algo así - le advirtió Diana con una sonrisa de sorpresa.

Cole revisó con rapidez el plan que acababa de concebir en la última media hora y tomó su decisión definitiva. En un tono de engañosa indiferencia, aclaró:

- La última vez que le pedí a alguien que se casara conmigo los dos teníamos dieciséis años. Es evidente que debo perfeccionar mi técnica, Gatita.

Diana quedó algo desconcertada al descubrir que Cole Harrison no era tan experimentado con mujeres como ella creía cuando, a los dieciséis años, estaba loca por él. Pero lo que más le emocionó fue el sobrenombre que usó. “Gatita”. El viejo sobrenombre que antes usaba de vez en cuando, en ese momento le pareció dolorosamente familiar, el recuerdo de la época en que conversaba con él mientras era caballerizo de los Hayward. En ese entonces, ambos estaban rodeados del olor dulce del heno fresco y del cuero aceitado, y sus conversaciones eran acentuadas por relinchos y ruidos de cascos de caballos. Entonces su vida era tan sencilla; su futuro le parecía brillante y lleno de excitantes posibilidades.

- Gatita - susurró Diana en un hilo de voz y con expresión sombría al comprender que esas antiguas promesas de un futuro brillante no se concretaron en la forma que ella creía.

Al presentir que comenzaba a deprimirse, Cole maniobró hasta que ambos salieron de la pista de baile.

- Te propongo que vayamos a otra parte para trabajar sobre mi técnica de proposición matrimonial. Aquí, el público que nos rodea es demasiado numeroso.

- Creí que querías que el público nos viera.

- Ya han visto todo lo que les hace falta ver.

Lo dijo con la arrogancia de un decreto real, apoyó una mano bajo el codo de Diana y la sacó de la sala de baile llena de gente.

Librodot

Librodot

26

- ¿A dónde vamos? - preguntó Diana riendo mientras él la conducía hacia los ascensores. Cada vez se sentía mejor cuando reía. Al día siguiente la realidad volvería a aplastarla como una roca, pero esa noche Cole, el alcohol y el collar se combinaban para proporcionarle un inesperado respiro de la infelicidad y estaba decidida a disfrutarlo.

- ¿Qué te parece el Lago Tahoe? - preguntó Cole mientras apretaba el botón de llamada del ascensor -. Podríamos casarnos, ir a nadar y estar de vuelta aquí mañana al mediodía.

Diana supuso que de nuevo estaba practicando con ella su propuesta de matrimonio y se esforzó por ocultar lo que le divertía el apuro de Cole y su falta de romanticismo.

- Tahoe queda un poco lejos - contestó con naturalidad - Además no estoy vestida como para ir a ese lugar.

Al decirlo se miró el vestido y los ojos de Cole se deslizaron por el pecho suave y cremoso que se alcanzaba a ver por encima del vestido y luego se clavaron en su cintura breve.

- En ese caso hay un sólo lugar que ofrece el clima y la intimidad requerida para lo que tengo en mente.

- ¿Y cuál es?

- Mi suite - contestó él mientras entraban al atestado ascensor. Cole introdujo una llave en la cerradura junto al botón superior marcado como “Penthouse”.

Diana le dirigió una mirada de verdadera preocupación, pero en el ascensor había gente del baile y no podía discutir delante de ellos. Sin embargo, cuando la última pareja de ancianos bajó en el piso inferior al de Cole, ella se volvió a mirarlo y meneó la cabeza.

- En serio, no puedo desaparecer así del baile y menos contigo.

- ¿Por qué “menos” conmigo? - preguntó él con fríaldad.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron en el vestíbulo de mármol negro. En lugar de bajar, Cole apoyó un brazo contra la puerta para impedir que se cerrara. Algo mareada por la champaña y por la velocidad del ascensor, Diana sintió una muy poco apropiada necesidad de reír en lugar de atemorizarse ante la expresión severa de él.

- Has estado tan ocupado ayudándome a salvar mi reputación que creo que no te das cuenta el peligro que corre la tuya. Lo que te quise decir fue que no me parece bien desaparecer contigo sin avisarle a mi familia el motivo por el que en realidad compraste ese collar. Además, si los diarios publican la fotografía que nos tomó ese periodista y la gente se entera de que estás por casarte, creerán que eres un hombre sin integridad.

Cole sintió repentinas ganas de reír.

- ¿Te preocupa “mi” reputación?

- ¡Por supuesto! - contestó Diana, con aire remilgado mientras bajaba del ascensor y entraba en el vestíbulo privado de la suite de Cole.

- Bueno, ¡eso si que jamás me había sucedido! - dijo él con una sonrisa -. En realidad - agregó mientras entraban al living y encendía las pequeñas lucecitas ocultas en el cielo raso -, tengo la sensación de que esta noche viviré varias experiencias nuevas.

Miró por sobre el hombro a Diana, quien acababa de detenerse en el centro del living, cerca de una mesa ratona. Lo estaba observando, con la cabeza inclinada y expresión más de intrigas que de desconfianza. Es una gran cosa que esté intrigada, pensó Cole. En cambio, no sería bueno que desconfiara. Se encaminó al bar y sacó una botella de champaña de la heladera. El alcohol dentro del flujo sanguíneo de una mujer que ya estaba deliciosamente sonrosada de gratitud y alivio, ayudaría a impedir que desconfiara.

- ¿Nuevas experiencias? - repitió ella -. ¿Qué es lo que no has hecho antes de esta noche?

- Para empezar - contestó él con tono intranscendente -, nunca he estado en el balcón de esta suite con una mujer. - Descorchó la botella y la metió dentro del balde de hielo del bar. - ¿Quieres que convirtamos eso en otra primera experiencia?

Diana lo observó desabrocharse el saco del esmoquin y aflojarse la corbata moñito; luego sujetó el balde de hielo con un codo y con una copa de champaña en cada mano se detuvo a oprimir un botón de luz con el otro codo para que se abrieran las pesadas cortinas que ocultaban la puerta del balcón. Sobre esa imagen, en la mente de Diana se sobreimprimió el recuerdo de Cole, vestido con jeans desteñidos que, mientras con una mano sostenía un caballo por las riendas, con la otra tomaba un cabestro que colgaba de la pared sin interrumpir la conversación que mantenía con ella acerca de sus estudios. Aún en esa época, siempre parecía hacer varias cosas al mismo tiempo. Dio un paso al costado para que ella lo precediera al balcón y luego le alcanzó una copa que acababa de llenar.

No le pasó desapercibida la sonrisa de Diana mientras él abría el balcón.

- ¿He hecho algo divertido?

Diana meneó la cabeza.

- Sólo pensaba que, aún en en las viejas épocas, siempre parecías capaz de hacer varias cosas al mismo tiempo y sin el menor esfuerzo. Era algo que siempre admiré.

El cumplido sorprendió tanto a Cole, y le gustó hasta tal punto que no supo qué responder, de modo que se quedó mirándola en silencio mientras ella pasaba al pequeño balcón.

Diana se encaminó a la balaustrada y miró hacia abajo donde brillaban como una especie de alfombra las luces de Houston mientras del estéreo del living surgía una música suave. En ese momento no pudo menos que pensar en Dan.

Librodot

Cole se le reunió, pero se apoyó de costado contra la balaustrada y quedó de frente a ella.

- Por la expresion poco agradable de tu rostro, espero que en este momento estés pensando en Penworth y no en mi.

Irritada por la critica, Diana levantó el mentón en un gesto de orgullo.

- Durante el último año Dan y yo no hemos pasado mucho tiempo juntos y ya casi lo he olvidado.

En lugar de contestar, Cole levantó las cejas y la miró en silencio con escepticismo, consiguiendo transmitirle no sólo su incredulidad sino también la desilusión que le provocaba su evidente negativa a confiar en él. Después de la manera en que había acudido en su ayuda esa noche, Diana sabía que merecía una respuesta más sincera.

- Ésa fue una mentira - concedió ella con un suspiro tembloroso - La verdad es que he aceptado lo sucedido como algo definitivo, pero estoy... furiosa. Estoy furiosa y humillada.

- Por supuesto que lo estás - dijo Cole con divertida comprensión -. Después de todo, acabas de ser plantada por la hez de la tierra.

Diana quedó con la boca abierta. Lo miró furiosa. Y después lanzó una carcajada.

La risa de Cole fue sonora y profunda mientras deslizaba un brazo alrededor de ella y la atraía hacia él. La tela suave y refinada de su chaqueta acarició la piel desnuda de Diana mientras él le pasaba un brazo por los hombros y deslizaba los dedos con calidez por su brazo. A pesar de que no era más que una suplente de su futura esposa, seguía siendo agradable saber que alguien, alguien alto y apuesto y muy especial, parecía encontrarla lo suficientemente atractiva como para querer pasar un rato con ella esa noche. Alguien atractivo y que valía la pena. No como Dan que... Se llevó la copa a los labios y bebió un gran trago de champaña para ahuyentar la imagen de Dan.

Recordó que Cole quería perfeccionar su técnica de declarar su amor y en ese momento también recordó que todavía no se había quitado el collar que él acababa de comprar en el remate.

- Será mejor que me saque este collar antes de que lo olvide y me vaya con él puesto - dijo, levantando un mano para quitárselo.

- Deja en paz ese collar - ordenó él -. Lo compré para ti.

Las palabras y el tono de Cole inmovilizaron las manos de Diana.

- No, lo compraste para la mujer con quien te piensas casar...

- Es lo que acabo de decir.

Diana sacudió la cabeza para aclararla. Se volvió a mirarlo de frente, se alejó el pelo de la frente y reconoció con arrepentimiento:

- Esta noche he bebido mucho más de lo que hubiera bebido normalmente y me resulta difícil seguir el hilo de nuestra conversación. Es como si estuvieras hablando en acertijos.

- En ese caso, lo diré con más claridad. Quiero que te cases conmigo Diana. Esta misma noche.

Ella aferró la balaustrada y lanzó una fuerte carcajada.

- ¿Estás borracho, Cole Harrison?

- Por supuesto que no.

Ella lo estudió, presa de una adorable confusión.

- Entonces... ¿la borracha soy yo?

- No, pero ojalá lo estuvieras.

Por fin ella soltó la balaustrada y se volvió a mirarlo con una sonrisa insegura.

- No es posible que hables en serio.

- Lo digo con absoluta seriedad.

- No quiero que me creas desagradecida ni crítica - dijo Diana con voz alegre -, pero sí siento que debo advertirte que en este momento estás llevando demasiado lejos la galantería.

- La galantería no tiene nada que ver con el asunto.

Con objetividad, Cole observó la lucha de Diana por sobreponerse a la hilaridad. ¡Qué belleza es! pensó. La fotografía suya que publicaron en el diario sin duda la sacaron del archivo y no le hacía justicia. Era la fotografía bastante bonita de una mujer sonriente y confiada, pero la Diana de la vida real era mucho más atractiva. La fotografía ni siquiera sugería la calidez de su repentina sonrisa, ni los reflejos rojizos de su pelo brilloso, ni el brillo de sus ojos verdes de espesas pestañas. Por lo que él recordaba, en la fotografía ni siquiera se le notaba el pequeño hoyuelo que tenía en el mentón.

Ella tuvo grandes dificultades para no reír cuando dijo:

- Estás llevando la lástima que te inspiro hasta un extremo increíble, señor Harrison, o en caso contrario no estás actuando con total honestidad.

- No soy tonto, ni estoy loco - declaró Cole - y la lástima no tiene nada que ver con esta proposición de matrimonio.

Librodot

Diana lo estudió para tratar de encontrar algo que le indicara que Cole bromeaba, pero comprobó que su expresión era seria y poco emotiva.

- ¿Con honestidad se supone que debo aceptarte... es decir, aceptar esta propuesta con seriedad?

- Te aseguro que hablo con total seriedad.

- Entonces, ¿te importaría que te hiciera algunas preguntas?

Él extendió los brazos en un gesto de total cooperación.

- Pregúntame todo lo que quieras.

Ella inclinó la cabeza con el rostro convertido en un espejo de confusión e incredulidad, pero a la vez se la notaba divertida.

- ¿Por casualidad estás bajo el efecto de alguna droga que altere las facultades mentales?

- ¡Por supuesto que no!

- ¿Se supone que Debo creer que... este... te enamoraste de mí cuando yo era una adolescente y... este... has conservado la antorcha encendida durante todo este tiempo y por eso quieres casarte conmigo?

- Eso es tan ridículo como lo que me preguntaste antes.

- Comprendo. - Le provocaba una aguda desilusión que, en su adolescencia, Cole ni siquiera hubiera estado un poquito enamorado, cuando ella estaba loca por él.

- ¿Preferirías que mintiera y te dijera que estaba loco por ti?

- No. Preferiría que me explicaras tus motivos para querer casarte conmigo - contestó ella sin más vueltas.

- Los motivos son dos. Yo necesito una esposa y tú necesitas un marido.

- ¿Y eso - especuló Diana con sequedad -, nos convierte en perfectos el uno para el otro?

Al mirar sus ojos brillantes y su boca sonriente, Cole debió contener el impulso de inclinar la cabeza y besar esos labios con lentitud.

- Creo que sí.

- Ignoro por qué necesitarás casarte tú - dijo Diana muy tiesa - pero créeme que el matrimonio es lo último que me hace falta.

- Te equivocas. Casarte es exactamente lo que necesitas. Has sido burlada en público por un tarado y tu situación se publicó en todos los diarios del mundo. De acuerdo con lo que leí en el Enquirer, hace un año que tus competidores atacan tu revista por tu estado de "feliz soltería". Ahora eso empeorará. ¿Qué decían los titulares del Enquirer? - Hizo una pausa y luego citó: - "Problemas en el Paraíso: Diana Foster abandonada por su novio". Eso es mala prensa, Diana - agregó meneando la cabeza - Muy mala. Y muy perniciosa para la empresa. Casándote conmigo podrías salvar tu orgullo y también salvar a tu compañía de los efectos negativos de esos titulares.

Ella lo miró como si acabara de recibir un golpe mortal de la última persona de quien pudiera esperar que la hiriera.

- ¡Qué patética y desesperada debo parecerte para que te atrevas a sugerir algo así y además creas que estaría dispuesta a aceptarlo!

Se alejó de la balaustrada y comenzó a encaminarse a las puertas de la suite, pero Cole le aferró un brazo con suavidad pero también con firmeza.

- El desesperado soy yo, Diana - dijo con franqueza.

Diana lo miró con expresión de incredulidad.

- ¿Y exactamente por qué estás tan desesperado por tener una esposa que cualquier mujer te daría lo mismo?

El instinto y la experiencia le dijeron a Cole que un poco de persuasión tierna lo ayudaría en su causa, y estaba dispuesto a recurrir a ello, pero sólo si la lógica y la completa honestidad no fuesen suficientes para persuadirla. En primer lugar, en ese momento Diana era vulnerable y no quería hacer ni decir nada que pudiera impulsarla a verlo como un posible sustituto del hombre y del amante que acababa de perder. En segundo lugar, no tenía intenciones de complicar el matrimonio de ambos con, una intimidad emotiva o física.

De manera que Cole ignoró sus ganas de apartarle de la mejilla un mechón de brillante pelo oscuro, y contuvo la tentación de decirle que estaba muy lejos de ser "cualquier mujer" para él, y que estaba más cerca que cualquier otra mujer de su ideal de lo que debía ser la feminidad.

Pero no tenía objeciones morales en tratar de vencer la resistencia de Diana con cualquier cantidad de alcohol que resultara necesaria para lograrlo.

- Termina tu champaña y después te explicaré.

Diana estuvo por comenzar a discutir, pero por fin decidió hacer las cosas por las buenas y bebió un sorbo.

- Mi problema - explicó Cole con toda tranquilidad -, es un anciano llamado Calvin Downing, tío de mi madre. Cuando quise abandonar el rancho para ingresar en la Universidad, fue Calvin quien trató de convencer a mi padre de que no pretendía menospreciarlo a él y todo lo que él representaba. Al no poderlo persuadir de que viera las cosas de esa manera, fue Cal quien

Librodot

me prestó el dinero para mis estudios. Justo antes de mi último año de estudios en la Universidad, una compañía petrolera perforó un pozo en los campos de Calvin y encontró petroleo. No era una millonada, pero le rendía alrededor de veintiséis mil dólares por mes. Y cuando me gradué y le llevé a Cal un plan enloquecido que ningún banquero hubiera estado de acuerdo en financiar, fue Cal quien me entregó todos sus ahorros para que pudiera empezar. Desde que yo era chico, Cal creyó en mí. Cuando empecé a soñar en hacer negocios realmente grandes y en enriquecerme, fue Cal el que me escuchó y me tuvo fe.

Fascinada por el candor de Cole y sin comprender cómo era posible que un anciano tan bondadoso pudiera ser la fuente de su desconocido "problema", Diana siguió bebiendo champaña y esperando que él continuara, pero Cole parecía contento con observarla en lugar de seguir hablando.

- Continúa - pidió ella -. Hasta ahora me parece que tu tío sería el último hombre del mundo capaz de causarte un problema.

- Él cree que me resuelve un problema en lugar de creármelo.

- No comprendo. Aún en el caso de que esta noche no hubiera bebido tanto vino y tanta champaña, creo que no comprendería.

- No comprendes porque todavía no te he dicho la otra parte, que es ésta: después de que me gradué, mi tío me dio todos los ahorras obtenidos con el pozo de petróleo de sus tierras y además pidió prestados otros doscientos mil dólares poniendo su rancho como garantía, y todo para que yo pudiera fundar mi propia compañía. Por cierto que insistí en firmar un recibo legal por el dinero y en convertirlo en socio en un cincuenta por ciento del negocio.

De acuerdo con lo que Diana recordaba, el artículo publicado en la revista Time sobre el espectacular éxito financiero de Cole Harrison, ubicaba su capital en el orden de cinco billones de dólares.

- Supongo que habrás devuelto el préstamo, ¿no? - preguntó. Cole asintió.

- Lo pagué, junto con intereses calculados a lo que se pagaba en esa época, tal como había especificado en el pagaré. - Una sonrisa irónica suavizó sus facciones que parecían talladas en granito. - Entre las excentricidades de mi tío una de las principales es su enorme tacañería, lo cual da aún más valor a su decisión de entregarme todo su dinero para financiar mis planes. Para ilustrar lo que te digo, te explicaré que, a pesar de su enorme fortuna, todavía discute las facturas de las empresas de servicios y todavía sigue comprando su ropa en Montgomery Ward. Su tacañería es tan grande, que si su teléfono se descompone durante algunas horas, cosa que sucede varias veces por año, Cal deduce un día de servicio de la factura que le mandan.

- No sabía que se podía hacer - dijo Diana, impresionada.

- Se puede hacer - contestó Cole -, pero la empresa te corta el servicio hasta que pagues lo que debes.

Librodot

Diana sonrió ante la colorida descripción de un anciano cabeza dura, de corazón grande y poco dadivoso.

- Sigo sin comprender cómo se relaciona él con tu problema.

- La conevión reside en que Cal es socio en un cincuenta por ciento de mi empresa original y yo, que le debo mi éxito actual a su anterior apoyo financiero y moral, nunca me animé a herirlo o a ofenderlo pidiéndole que firmara los papeles necesarios para disolver la sociedad. Ni siquiera lo hice después de haberle devuelto con intereses todo lo que le debía. Además, como le hubiera confiado mi vida, nunca se me ocurrió que se negaría a devolverme las acciones cuando se lo pidiera y mucho menos que me amenazara con legárselas a algún otro.

Diana era una empresaria lo suficientemente astuta como para comprender el tremendo impacto que significaría esa actitud, pero le costaba creer que el hombre a quien Cole había descripto fuese capaz de tamaña traición.

- ¿Le has pedido formalmente que te devuelva las acciones?

- Si.

- ¿Y?

Una sonrisa sombría torció los labios de Cole.

- Y está perfectamente dispuesto a hacerlo, con excepción de un pequeño problema que considera que es mi obligación solucionar antes de que me devuelva las acciones de mi empresa.

Cole hizo una pausa y Diana, que estaba fascinada por la historia, preguntó:

- ¿Qué problema?

- La inmortalidad.

Ella quedó con la boca abierta, aprisionada entre la risa y la confusión.

- ¿La inmortalidad?

- Exactamente. Parece que en los últimos seis o siete años, desde que cumplió setenta y su salud empezó a flaquear, tío Calvin adquirió una fuerte necesidad de inmortalizarse dejando tras de sí una serie de descendientes. El problema reside en que, aparte de mí, sólo tiene otro pariente, mi primo. Travis está casado con una mujer llamada Elaine y los dos son muy agradables pero están lejos de ser brillantes, y tienen dos hijos que no son ni agradables ni brillantes y a quienes Cal no tolera. A causa de eso, ahora Cal quiere que yo me case y produzca hijos inteligentes que puedan continuar con el apellido familiar.

Todavía sin tener la seguridad de que comprendía lo que él trataba de decirle, Diana preguntó:

Librodot

- ¿Y si no lo haces, qué?

- Entonces les dejará mi parte de la corporación a los hijos de Elaine y Travis, Donna Jean y Ted, que están ambos en la Universidad. - Se detuvo a beber un trago como si con eso quisiera quitarse el mal gusto que tenía en la boca. - En ese caso, Elaine y Travis se convertirían en mis socios con suficientes acciones entre ambos para controlar la compañía hasta que Donna Jean y Ted sean mayores de edad. Travis ya trabaja para mí, es el jefe de la División de Investigación y Desarrollo de mi empresa. Es leal y hace todo lo que puede, pero no tiene ni la inteligencia ni la imaginación necesarias para dirigir Unified, aún en el caso de que yo estuviera dispuesto a entregarle la corporación, ¡cosa que no pienso hacer! Los hijos carecen de su lealtad y del sentido común y bondad de la madre. En realidad son codiciosos, egoístas y ya están planeando cómo gastar mi dinero cuando consigan apoderarse de él.

Diana contuvo una sonrisa ante la difícil situación. Cole Harrison, el invencible, el león de Wall Street, tenía una espada de Damocles sobre la cabeza a causa de un tío anciano y débil... un tío que posiblemente se estuviera poniendo senil.

- ¡Pobre Cal! - dijo con una risa contenida -. ¡Qué dilema! Un sobrino nieto sin cabeza para los negocios pero que tiene esposa e hijos. Y el otro un brillante empresario sin esposa ni hijos...

- Y sin el menor deseo de tenerlos - agregó Cole, sintetizando su propia actitud. Convencido de que Diana había comprendido la situación, levantó su copa en un silencioso brindis en honor a su inteligencia. Su inequívoco deseo de permanecer no sólo soltero sino también sin hijos, por un momento le pasó desapercibido a Diana por lo que le divirtió su tono dramático.

- Por lo visto estás en un terrible problema - dijo.

- ¿Que supongo, te resulta entretenido?

- Bueno, debes admitir que es un poquito... este... gótico - consiguió decir Diana.

- Y eso sin exagerar - agregó él con aire sombrío.

- Aunque - continuó diciendo ella con una sonrisa ya imposible de ocultar -, en los romances góticos, es la heroína la que se ve obligada a casarse a pesar de no querer hacerlo. Nunca he oído hablar de ningún héroe que haya estado en esa situación.

- Si tu intención es alegrarme, te advierto que no tienes éxito - dijo él con amargura.

En realidad parecía tan disgustado por la descripción de su situación indigna de un héroe que Diana tuvo que volver la cabeza para ocultar su risa. Estaba tan divertida que demoró varios instantes en comprender lo presuntuosa y ofensiva que era la solución que él acababa de proponerle.

- Entonces - dijo, tratando de hablar con tanta tranquilidad e indiferencia como antes -, esta noche, al verme, recordaste que me habían dejado plantada y decidiste que estaría ansiosa por

casarme contigo y ayudarte a solucionar tu problema... sobre todo si me comprabas un collar para ayudarme a no hacer un papelón.

- No soy tan egoísta, ni tan vanidoso, Diana. Estoy convencido de que me arrojarías la propuesta a la cara si no fuera por una cosa.

- ¿Y qué es?

- Al casarme contigo yo me estaría ofreciendo como una solución a tus problemas.

- Comprendo - dijo Diana, aunque no comprendía en absoluto -¿Te molestaría explicarme cómo?

- Simple lógica. Aunque hayas sido públicamente abandonada, puedes salvar tu orgullo si te casas enseguida conmigo. Mañana los diarios estarán llenos de fotografías de nuestro beso en el balcón y contarán la historia de que te compré el collar. Si al día siguiente se anuncia nuestro casamiento, la gente supondrá que ha habido algo entre nosotros desde hace un tiempo y que el que rompió el compromiso entre ustedes no fue Penworth sino tú.

Diana se encogió de hombros para ocultar la punzada de enojo y dolor que le causaba esa síntesis de su propia situación.

- No tengo un orgullo tan grande que salvar, sobre todo si requiere algo tan monstruoso como lo que tú propones.

- No, pero tienes que salvar una empresa. El escudo de haber estado comprometida dos años ya se estaba debilitando. Y ahora que ha desaparecido - agregó Cole -, tus competidores duplicarán sus ataques y los medios colaborarán con ellos al publicar las noticias para su propio beneficio.

La angustia y el enojo pusieron tormentosos los ojos de Diana antes de que ella los bajara para ocultarle a Cole sus emociones, pero no sin antes de que él notara que la mención de la traición de Penworth no le provocó una reacción tan violenta como la que le produjo la amenaza que significaba para su compañía.

A pesar de sus facciones delicadas y de su belleza frágil y femenina, por lo visto Diana Foster era una mujer que anteponía el negocio a todo lo demás. Cole decidió que, si no otra cosa, eso era algo que ambos tenían en común.

Mientras le daba tiempo a Diana para que considerara lo que le acababa de decir, trató de recordar todo lo que sabía acerca de la empresa que le resultaba tan importante, pero lo ignoraba casi todo. Sobre la base de lo que había leído o visto en los noticieros de esa semana, lo único que sabía era que la empresa había sido fundada por la familia Foster.

Por lo visto la compañía comenzó como una empresa de comidas para llevar y para fiestas y reuniones de los muy ricos de Houston y se especializaba en alimentos naturales presentados con lujo, pero que sólo utilizaba ornamentos hechos a mano y alimentos producidos en lo de

Foster. En algún momento esa práctica empezó a recibir el nombre de “el ideal de los Foster” y por fin se convirtió en una revista llamada Fosters Beautiful Living. Esa misma semana, poco después de haber visto a Diana por CNN, Cole vio un ejemplar de la revista en el quiosco del aeropuerto y la hojeó. Entre brillantes fotografías de muebles pintados, paredes decoradas con dibujos y mesas cubiertas con manteles de hilo decorados a mano y cubiertos de maravillosos platos de comida y de sorprendentes centros de mesa, la filosofía de la revista, y la base del ideal de los Foster, parecía ser que al volver a lo básico la mujer podía obtener satisfacción personal y tranquilidad doméstica. Aparte de eso, lo único que había notado era que las fotografías eran estupendas y que la responsable de ellas era Corey Foster Addison.

Eso no lo sorprendió dado que todos los recuerdos que tenía de Corey cuando era adolescente incluían una cámara fotográfica. Sin embargo, Cole percibió cierta divertida ironía en el hecho de que la fundadora y editora de esa revista doméstica fuera en realidad una debutante malcriada de Houston. Una debutante que una vez le confesó, mientras permanecía sentada en un fardo de pasto y se limpiaba las manos manchadas, que nunca había sido traviesa porque no le gustaba ensuciarse.

Miró el perfil de Diana, iluminado por la luna, y le maravilló la estupidez de Penworth al preferir a una modelo italiana de dieciocho años en lugar de Diana Foster. Aún en la adolescencia, Diana resplandecía por su ingenio, inteligencia y suavidad. Como mujer, su vívido colorido, hermosa figura e innato aplomo la destacaban como si fuera una reina entre labriegos.

Cole había estado junto a bastantes modelos como para saber que eran de un aburrimiento obsesivo acerca de cada molécula de su piel y de su pelo y que los cuerpos que parecían tan hermosos cubiertos por ropa firmada por diseñadores y en fotografías de revistas, en la cama de un hombre parecían esqueletos cubiertos de piel.

Penworth era un imbécil y había perdido su mejor oportunidad.

Cole Harrison no era ningún imbécil y no pensaba perder la suya.

Librodot

27

Cole decidió que Diana ya había tenido tiempo más que suficiente para enfrentar la realidad tal como él acababa de pintarla, de manera que dijo en voz baja:

- No trataba de herirte ni de avergonzarte, sólo intentaba describir tu situación tal como es en la actualidad.

Ella tragó con fuerza y se miró las manos; en una sostenía la copa de champaña pero la otra aferraba la balaustrada con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos por el esfuerzo y, al comprender que Cole también lo notaba, los aflojó enseguida. Cole se dio cuenta de que a ella no le gustaba exponer sus emociones ante nadie, ni siquiera ante él. Era otra cosa que tenían en común y le agradó porque lo que quería de ella era un sociedad por completo impersonal, una especie de acuerdo de negocios en el que, mientras existiera o estuviera en la etapa de disolución, no hubiera que enfrentar crisis emotivas.

Por otra parte, el continuo silencio de Diana no era lo que él quería y con toda deliberación la obligó a romperlo.

- Diana si me culpas por algo, cúlpame por ser sincero y directo pero no por hacerte desgraciada.

Ella respiró hondo antes de hablar, pero cuando lo hizo había rastros de lágrimas en su voz,

- ¿Por qué te voy a culpar por definir la situación en toda su desagradable realidad?

- No sólo definí un problema - señaló Cole con suavidad - También te ofrecí la solución perfecta. Yo.

- Sí, lo hiciste y te aseguro que te agradezco el ofrecimiento. Te lo digo en serio...

Dejó la frase sin terminar y Cole comprendió que aunque su propuesta todavía le resultaba extraña e imposible, se estaba cuidando para no herirlo. Eso le pareció muy dulce de su parte, pero también muy cándido, ya que sus sentimientos no estaban involucrados en el asunto.

Prefería vivir en un estado permanente de objetividad no emocional.

- El problema es - volvió a repetir ella en el mismo tono de voz suave - que no comprendo la lógica que puede haber en cambiar un novio a quien amaba pero que no me amaba a mí, por un marido a quien no amo y que tampoco me ama.

- ¡Eso es lo que lo convierte en algo tan perfecto! - exclamó Cole mientras apoyaba una mano sobre el brazo de ella, como para convencerla -. Nuestro matrimonio no se vería complicado por emociones difíciles.

Ella depositó la copa sobre una mesa y se envolvió el cuerpo con los brazos, como si las palabras de Cole la congelaran. Al hacer ese movimiento también se liberó del brazo de él.

Librodot

- ¿Realmente eres tan frío y poco emotivo como te muestras?

Al mirarle el rostro hermoso, con los pechos a pocos centímetros de su cuerpo, Cole se sintió cualquier cosa menos frío. Por primera vez desde el momento en que esa noche concibió el plan, comprendió que el deseo sexual que Diana le inspiraba podría llegar a convertirse en una complicación. Decidió soslayar el obstáculo jurándose evitar toda intimidad con ella.

- No soy frío - contestó -. Trato de ser práctico. Tengo un problema acuciante que se solucionaría si me casara, y tu problema es idéntico al mío. Nuestro matrimonio no se vería complicado por emociones, sino que sería un acuerdo de negocios amistoso que terminaría en el plazo de un año mediante un divorcio de común acuerdo. Nosotros dos somos la perfecta solución el uno para el otro. Si tú fueras supersticiosa, dirías que es obra del destino.

- Yo no confío en el destino. Creí que Dan y yo éramos dos personas unidas por un destino común.

- Entre Penworth y yo hay una diferencia importante - dijo Cole con voz algo quebrada -. Yo no rompo mi palabra cuando la doy.

En ese momento, bajo la mirada de sus ojos acerados y el sonido lleno de convicción de su voz, Diana no pudo menos que aceptar que Cole hablaba con absoluta honestidad. Todavía se tambaleaba en su interior por el impacto que eso le provocó, cuando él le tomó el mentón y la obligó a mirarlo.

- Durante el año en que estemos casados - declaró -, te doy mi palabra de que me conduciré en público como si fuera el más devoto y fiel de los maridos. A sabiendas, no haré absolutamente nada que te provoque un sólo momento de la humillación y el enojo que Penworth te ha causado. En realidad, haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que nunca lamentes nuestro trato en ningún sentido. - Al terminar de hablar depositó su copa junto a la de Diana.

No hay trato le advirtió en un susurro la inteligencia a Diana, pero el silencioso argumento era vencido por el efecto que le causaba ese rostro apuesto y sombrío, esa voz profunda e hipnótica y ese cuerpo viril y poderoso de pie frente a ella, alto y fuerte; un hombre que le estaba ofreciendo escudarla del mundo con un par de hombros anchos que parecían capaces de sostener todo el peso de su problema. La combinación de todo eso se estaba convirtiendo en algo peligrosa y dulcemente atractivo, sobre todo porque Cole no le hablaba de amor, ni siquiera de afecto

- A los ojos de todo el mundo - continuó diciendo él - serás mi muy querida esposa y durante el año en que estemos casados, lo serás.

Querida... Una palabra anticuada... sensible y sentimental... distinta a cualquier otra cosa que Dan le hubiera dicho nunca. Y completamente distinta a lo que hubiera esperado que le dijera Cole.

Él le pasó las manos por los brazos, manos suaves que la acercaban a sí, y que la hundían en la sensación sensual que le provocaban el vino, la champaña y la luna de Texas que brillaba en el cielo.

- Por supuesto - agregó Cole con firmeza -, esperaré que tú me hagas las mismas promesas. ¿Estás de acuerdo?

Diana no podía creer que ella estuviera considerando la propuesta con seriedad, ni siquiera al darse cuenta de que acababa de asentir.

- No he dicho que esté de acuerdo con el plan - aclaró con voz temblorosa -, sólo con las condiciones.

Cole apartó la mano derecha del brazo de Diana y la apoyó con suavidad contra el costado de su rostro, obligándola a mirarlo.

- Sí, Diana - dijo con una sonrisa mientras extendía los dedos sobre la mejilla de ella -, estás de acuerdo. Sólo que todavía no lo has dicho en voz alta. - Sus palabras y su voz la hipnotizaban. - Mañana, todas tus preocupaciones y las mías pueden haber terminado. Lo único que tienes que decir es que estás de acuerdo y en una hora tendré mi avión preparado para que nos lleve a Nevada.

Si en ese momento él la hubiera besado, Diana se habría sentido encerrada; si hubiera soltado sus brazos habría echado a correr como si en ello le fuera la vida. Pero cuando Cole le deslizó la mano hasta la nuca y le apretó el rostro contra su pecho en un gesto extrañamente paternal, de repente sus resistencias se derrumbaron. Le estaba ofreciendo, tanto en un sentido personal como profesional, un puerto seguro durante un año...

Le ofrecía su protección... Se ofrecía a rescatarla de la humillación, la ansiedad y el estrés.

Le estaba ofreciendo todo eso a ella, que más temprano se sentía extenuada, desilusionada y furiosa, pero que en ese momento comenzaba a disfrutar de la deliciosa languidez inducida por más alcohol del que por lo general consumía en un mes entero, y por la presencia de un hombre que lograba que todo pareciera simple y fácil. Cole le ofrecía rescatarla y quererla a partir de esa misma noche. Lo único que ella tenía que hacer era asentir y se habría acabado todo.

Cole siguió hablando en un susurro.

- Podríamos salir dentro de una hora y estar de vuelta para el desayuno.

Diana tragó con fuerza y cerró los ojos para contener las lágrimas. Trató de decir algo pero las palabras se le clavaron en la garganta detrás de un enorme nudo de miedo, esperanza y alivio.

- Lo único que tienes que hacer es darme tu palabra de que durante un año harás lo que te ofrezco hacer yo: actuar con convicción para que todo el mundo crea que somos un matrimonio feliz.

Diana por fin consiguió arrancar un sonido por entre el nudo gigantesco que parecía arrancar en la boca de su estómago y llegar hasta su mandíbula.

- Ni siquiera vivimos en la misma ciudad - protestó con debilidad.

Librodot

- Lo cual facilitará nuestra situación y hará más fácil mantener la mentira. Nuestros diferentes intereses comerciales exigirán que yo siga viviendo en Dallas, mientras que los tuyos exigirán que sigas viviendo en Houston. Dado que por avión las dos ciudades están a cuarenta y cinco minutos de distancia, la gente sencillamente supondrá que viajamos todo el tiempo.

Diana sonrió apenas, con el rostro apoyado contra la camisa plisada y muy bien almidonada de Cole.

- ¡Haces que todo parezca tan sencillo!

- Porque lo es. Lo único que tenemos que hacer es mantener un espíritu de amistosa colaboración. Durante el año en que estemos casados, de vez en cuando necesitarás que te escolte a algún evento y yo acomodaré mi agenda para poder estar aquí. Lo único que te pido es que me avises con la mayor anticipación posible.

Diana lo pensó lo mejor que pudo, luego echó atrás la cabeza y lo estuchó con una vaga sonrisa.

- ¿Sin que importe donde sea y aunque involucre a la prensa? Sé que odias a los periodistas, pero los medios son importantes para nuestra revista.

A pesar de su condición inestable y lo extraño que era el ofrecimiento que estaba convenciéndola que aceptara, Cole notó con divertida admiración que su inteligente futura esposa, antes de aceptar, trataba de cubrir con desconfianza algunos puntos oscuros. Asintió.

- Sea donde fuere - prometió -, y esperaré lo mismo de ti. ¿Te parece justo! - preguntó y esperó ansioso que ella estuviera de acuerdo.

En lugar de eso, Diana levantó la cabeza y le dirigió una mirada penetrante, sin duda tratando de compensar la falta de luz y el efecto entumecedor del alcohol.

- ¿Se te ocurre alguna otra condición?

Lo último que Cole quería era dejarse enredar en detalles y perder el terreno ya ganado.

- Mañana podremos conversar acerca de los detalles. ¿Trato hecho? - De nuevo esperó que ella le dijera que accedía.

Su futura esposa se mordió los labios, lo pensó durante algunos instantes y luego meneó la cabeza.

- Creo que sería mejor discutirlos ahora - declaró, pero enseguida le sonrió como para disculparse por darle tanto trabajo -. De esa manera no tendremos ningún malean... mal entendido - se corrigió al encontrar la palabra adecuada.

Cole no pudo sofocar una sonrisa de admiración. Aún sometida a extraordinaria presión, Diana Foster no era una tonta ni una incauta. Comenzaba a comprender por qué se había llegado a convertir en una fuerza tan formidable en su propia industria.

- Está bien - concedió -, aquí están los únicos detalles importantes sobre los que debemos ponernos de acuerdo. En primer lugar, que terminado el año de matrimonio, obtendremos un divorcio rápido y silencioso en el que ninguno de los dos hará ninguna clase de reclamos financieros al otro. ¿De acuerdo?

Ella hizo un gesto de desagrado ante la palabra “divorcio” y Cole sintió una pequeña punzada de culpa por convertir en una farsa el primer matrimonio de Diana, Por otra parte, en ese casamiento ella tenía tanto que ganar como él y mucho menos que perder. Desde que Texas era un Estado donde las fortunas de marido y mujer eran bienes gananciales, y considerando que él era mucho más rico que ella, tendría mucho más que perder si Diana trataba de renegar del acuerdo post-nupcial que habría que redactar enseguida de la ceremonia.

- De acuerdo - susurró Diana con tono solemne.

La voz de Cole fue más fuerte y comenzó a pensar en los arreglos de viajes.

- Aparte de eso, sólo te pediré dos concesiones. En primero lugar, ninguno de los dos le revelará a nadie que este matrimonio no es más que un conveniente convenio comercial. Segundo...

- No.

- ¿Qué? - preguntó Cole con incredulidad -. ¿Por qué no?

- Porque se lo tendré que decir a mi familia. Se lo tendré que decir a mi hermana... a Corey, ¿sabes?

De repente, Cole sospechó que debía estar más borracha o más nerviosa de lo que él suponía.

- Sí, conozco a Corey - le aseguró con gravedad.

A espaldas de Diana, Cole levantó la muñeca y miró su reloj. Eran las once y diez. Los pilotos de su jet Gulfstream se alojaban en un motel cerca del aeropuerto y ambos tenían teléfonos celulares. La limosina estaba a su disposición las veinticuatro horas del día. Si las capillas matrimoniales del Lago Tahore no permanecían abiertas toda la noche, sabía que las de las Vegas si. La logística no era un problema. Diana lo era.

- Se lo tendré que decir a toda mi familia. Y también a Spence. Él forma parte de la familia.

- ¿Y si me niego a acceder?

Ella levantó los ojos al cielo en un gesto de divertida superioridad.

- No me parece lógico que pretendamos que crean que esta noche nos miramos a los ojos, nos enamoramos y huimos juntos. ¿No te parece?

- No pueden demostrar lo contrario. Pero de todos modos debemos mantener esa historia.

Librodot

Ella se apartó de Cole y levantó el mentón con altivez y obstinación.

- No estoy dispuesta a angustiar a mi familia con una mentira y tampoco estoy dispuesta a hacer una promesa que sé que no podré cumplir.

Cole se dio cuenta de que hablaba en serio. Era obvio que la Empresaria del Año de Texas no había sacrificado sus escrúpulos ni su idealismo juvenil mientras trepaba la escalera del éxito. De manera que contestó con un tono de voz ronco de placer y con algo parecido al orgullo.

- En ese caso, concedido.

- ¿En serio? - Diana cada vez estaba más sorprendida por todo lo que él hacía y decía. En determinado momento le ofrecía matrimonio con tanta frialdad como se puede ofrecer mantener la puerta abierta para que pase un extraño y al instante siguiente ced ía ante ella con un brillo de calidez en los ojos. Diana trató de sacudirse la nebulosa que le provocaban el alcohol y la mirada de esos ojos grises y dijo: - Dijiste que me pedirías otras dos concesiones.

- La segunda concesión es que aceptes acompañarme al rancho de mi tío en algún momento entre la semana que viene y la otra, y que pasemos allí unos cuántos días, para aquietar cualquier duda que le provoque nuestro repentino matrimonio.

- Es probable que tenga algunos compromisos y reuniones. - Diana frunció el entrecejo mientras la brisa del verano la despeinaba. - Tengo reuniones y compromisos constantes. Pero supongo que podré arreglar mi agenda para poder visitar a tu tío la semana que viene o la otra.

- Entonces, todo arreglado - decidió Cole.

Ella estaba tan nerviosa que le temblaba la voz.

- ¿No te parece que yo también debería obtener algunas concesiones?

- Dime lo que son a medida que se te vayan ocurriendo. Ya te he prometido que haré todo lo que esté en mi poder por cooperar.

Convencido de que era el momento exactamente indicado para dejar de hablar y poner el plan en marcha, Cole entró en la suite, llamó a sus pilotos al motel donde se alojaban y luego ordenó que le llevaran la limosina a la puerta del hotel. Después marcó el número de Dallas de su secretaria y le dio a su adormecida pero incondicional colaboradora una serie de instrucciones que la despertaron en el acto y la obligaron a balbucear.

- Todo está arreglado - dijo Cole al volver al balcón. Sacó la botella de champaña del balde de hielo y volvió a llenar las copas de ambos.- La limusina espera abajo y están aprovisionando de combustible a mi avión. No cabe duda de que esto exige un brindis - agregó, entregándole la copa.

Diana miró la copa, la tomó en la mano y en ese momento le falló el coraje.

- ¡No puedo! - exclamó, cruzando los brazos sobre el pecho en un ademán protector. Había pasado todo el tiempo que él demoró en hacer llamados telefónicos en tratar de decidir si sus recelos estaban basado en el buen juicio o si se debían a la cobardía y el sentido conservador que ella misma odiaba y que con frecuencia la paralizaban y la obligaban a dejar pasar oportunidades comerciales únicas.

En silencio, Cole colocó ambas copas sobre la mesa y luego y se le acercó.

- ¿Qué quiere decir eso de que no puedes? - preguntó. Diana retrocedió de un salto, para quedar fuera de su alcance.

- ¡No puedo! ¡Por lo menos no puedo hacerlo esta noche! - Le temblaba tanto la voz que apenas logró reconocerla y, en su desesperación por huir de lo que consideraba una amenaza, chocó contra la balaustrada - Necesito tiempo.

Cole le bloqueaba el paso a la suite y Diana comenzó a deslizarse detrás de una de las sillas del balcón, pero la urgencia y la pena de su amigo de la adolescencia la obligó a detenerse a mitad camino y la convenció de que su miedo era absurdo.

- Tiempo es lo único que no puedo permitirme el lujo de darte, Diana.

Diana escuchó toda clase de señales de confusión en esa frase, desde un desesperado intento de soborno hasta un esfuerzo por salvar su orgullo al impresionarla con su fortuna.

- Considerando todo lo que tienes para ofrecer - le aseguró, mientras se llevaba las manos al cuello para desabrocharse el collar que él acababa de comprarle -, encontrarás una multitud de mujeres que aceptarán encantadas tu sugerencia con la esperanza de que pueda conducirlas hacia una situación duradera... e incluyo a algunas de las que estaban en la sala de baile esta noche.

- Supongo que tienes razón - contestó él con una voz repentinamente chata -. Es posible que haya tratado de alcanzar a alguien que se encuentra muy por encima de mí, pero me habría gustado que en este caso la mujer hubiese sido alguien que me enorgulleciera que compartiera mi apellido y eso limita mis posibilidades de elección a una sola: tú.

Lo dijo con tanta frialdad que Diana demoró algunos instantes en comprender el significado de sus palabras.

- ¿Por qué yo?

- Por una variedad de motivos - contestó Cole encogiéndose de hombros -. Y por cierto que el menor de ellos no consiste en que a pesar de tu importante estatus social, también me hayas conocido cuando me pagaban para limpiar bosta de caballos y que eso no te resulte repelente.

La referencia tan directa de Cole a su falta de estatus social, combinada con su anterior intento de sobornarla, le dolió a Diana. Se le llenaron los ojos de lágrimas al mirar a ese hombre poderoso y dinámico que, por algún motivo, ignoraba sus propios valores. Su rostro era casi demasiado duro para considerarlo apuesto, y sin embargo era una de las caras más atractivas que

conocía. El orgullo viril y la fuerte determinación estaban esculpidos en cada plano y en cada ángulo de su rostro. El cinismo habría marcado arrugas en los costados de sus ojos y de su boca, pero en la fuerza de sus facciones Diana vio el sello de batallas luchadas y ganadas, de lecciones aprendidas de la manera más dura. Y no era posible pasar por alto la sensualidad de la forma de su boca, ni siquiera cuando esbozaba una sonrisa irónica, como en ese momento. Si Cole no tuviera dinero, de todos modos las mujeres se arrojarían a sus pies, y sin embargo, por un motivo que ella no alcanzaba a comprender, estaba dispuesto a conformarse con un matrimonio vacío y con una vida sin hijos.

Ella misma era poco más de una criatura cuando empezó a visitarlo en la caballeriza de los Hayward, y Cole parecía disfrutar mucho de su compañía. De repente recordó que hasta le compró un gatito de peluche como regalo el día en que cumplió dieciséis años y mientras ella se deshacía de alegría, él llego a la conclusión de que no era bastante para ella. Posiblemente hayas tenido docenas de animalitos como éste, pero verdaderamente exóticos.

Cole había sido su amigo, su amante en la fantásía, su mentor. Y esa noche acababa de ser su príncipe salvador. ¡Qué tonteria era que en ese momento desconfiara de él y que rechazara una oportunidad que parecía caída del cielo!

Se sintió llena de culpa y se preguntó en qué momento se habría convertido en una cínica.

- Cole - susurró y notó que la expresión de él se suavizaba al oír el tono de su voz -. Lo siento... - Le tendió una mano en un gesto de conciliación, pero la mirada de Cole se clavó en el collar que tenía en la palma de la mano y, al verlo, su mirada fue pétrea.

- Guárdalo - dijo en tono cortante -. Lo compré para ti.

- No - empezó a decir ella con incomodidad, pero al ver la expresión ominosa de los ojos de Cole, lamentó no haber bebido otra copa de champaña para darse fuerzas - Lo que te quiero pedir es ¿podrías repetirme todas esas excelentes razones que me diste hace un rato?

Cole percibió la suavidad de sus ojos y en alguna parte, en lo profundo de su alma, sintió una emoción muerta hacía tanto tiempo y que le resultaba tan extraña, que no la reconoció. Pero a pesar de todo lo hizo sonreír.

Lo llevó a extender la mano y apoyarla contra la mejilla de Diana para alisarle con ternura un mechón de pelo castaño que se había despeinado.

- No consigo decidirme - confesó ella, temblorosa.

- Diana - susurró él -, ya has decidido.

Los sentidos de Diana comenzaban a girar bajo el impacto de su decisión, y él le tomó la mano. Ella trató de convertirlo en una broma.

- ¿Así que he decidido? ¿Qué he decidido?

Los ojos de Cole brillaron divertidos, pero su tono de voz fue solemne.

- Decidiste casarte conmigo esta noche en Nevada.

- ¿Es lo que haré?

- Es lo que harás.

Librodot

28

Si, quiero... Sí, quiero... Diana volvió la cabeza sobre la almohada pero las palabras la persiguieron, resanando como desde el extremo distante de un largo túnel, combinadas con extrañas imágenes que se contraponían en su mente como una especie de caleidoscopio de acontecimientos inconexos y de ruidos que no se relacionaban unos con los otros. Si quiero... En sus sueños esas dos palabras estaban cubiertas por el rugido incesante de los motores de un jet, el sofocado llamado de la campanilla de un teléfono y la presencia sombría e indefinida de un hombre moreno, una figura alta y poderosa que ella presentía en su sueño pero no alcanzaba a ver. Esa presencia le daba a la vez la sensación de encontrarse en un grave peligro y de estar a salvo; la voz que escuchaba no era la voz de él y sin embargo el hombre parecía controlar sus respuestas.

¿Desea usted? En ese momento la voz era la suya, un susurro en medio del suave resplandor de una luz débil cerca de una cama que no era de este mundo y que parecía flotar mientras ella permanecía allí acostada. Él estaba de pie al lado de la cama, inclinado sobre ella, con las manos apoyadas sobre la almohada, resistiéndosele. No.

Ella, con mas manos sobre los hombros de él, lo tironeaba para que se le acercara, y los ojos del hombre eran cada vez más ardientes. Los motores rugían y le ahogaban la voz, pero con los labios formaba con claridad la palabra No.

Le deslizó una mano alrededor de la nuca y el fuego de los ojos del hombre estalló en llamas. Ahora el control era suyo, lo sabia, se gloriaba en ello. Si, susurró, y la mirada encendida se le clavó en los labios.

El control era suyo y la boca del hombre cubrió la de ella, explorando, tentándola y luego abriéndose con lentitud sobre la suya, urgiéndola a abrir los labios, introduciendo la lengua entre ellos, forzando su entrada.

Él exigía el control, se lo estaba quitando y ella gimió su protesta mientras apretaba los labios contra los de él y luchaba por vencer su lengua con la suya. Grandes manos cubrieron sus pechos, los acariciaron con aire posesivo; después la boca de él se apoderó de sus pezones, que se endurecieron y ella gritó. No podía perder el control, no debía, ¡no debía! Él sabía que ella trataba de contenerse, lo sabía, pero le metía las manos en el pelo enredándolo. Los labios hambrientos abandonaron sus pechos sólo para invadirle de nuevo la boca, y mientras el hombre movía el cuerpo encima de ella, sus labios también comenzaban a moverse con sensualidad.

Ella trató de resistir las exigencias eróticas, el ardor, la presión que le exigía, pero él no lo permitió y le alzó las nalgas con las manos, obligándola a abrir las piernas, y su rígida erección encontró enseguida la húmeda calidez de la entrada de su cuerpo. La penetró mientras la devoraba con la boca... y entonces comenzó: los lentos, exigentes embates que poco a poco aumentaban su fuerza llevándola hacia un aterrorizante precipicio. Ella luchó contra él, tratando de retroceder.

El hombre sabía que ella luchaba contra su propio deseo, pero no la dejaba en paz. La

envolvió en sus brazos, rodó para quedar de espaldas con el cuerpo todavía unido al de ella. Curvó las manos alrededor de sus caderas y la obligó a entrar en un ritmo que la hizo olvidar que su pelo era un enredo insoportable, que sus pechos eran demasiado pequeños y que tenía una cicatriz en el costado de una cadera.

Lo cabalgó y lo cabalgó porque él no le permitía detenerse. Porque ella tampoco podía detenerse. No quería detenerse. Se sentía salvaje. Salvaje y sollozando de necesidad, y las caderas de él se movían al unísono con las suyas, las manos le acariciaban los pechos, los dedos le apretaban los pezones tirantes. Gritó cuando las explosiones le sacudieron el cuerpo y él arqueó la espalda mientras duros espasmos lo obligaban a elevarse y a caer dentro de ella. Los motores rugían y la cama se estrellaba contra la tierra, meciéndola con violencia y alejándola de él; pero el hombre la envolvió con fuerza entre sus brazos y la sostuvo mientras luces azules pasaban volando por las ventanas con una velocidad aterradora. Luces espeluznantes.

Luces azules... que giraban y giraban... y pasaban dando vueltas.

Diana hundió la cabeza en la almohada, temerosa de las luces, tratando de escapar de las garras de ese amante endemoniado que había tomado mucho más de lo que ella pensaba ofrecer.

Trató de volverse y correr, pero un ser la custodiaba, le impedía moverse... una bestia aterrorizante de cuatro patas, negra como los mastines del infierno. Los colmillos eran enormes, las orejas puntiagudas y tiesas; el cuerpo famélico de hambre. El Satán de El Bebé de Rosemary. ¡Ella era Rosemary!

En sueños, Diana gritaba de miedo, pero el verdadero sonido que lanzó sólo fue un susurro:

- ¡No!

Impulsada por el terror, Diana se liberó de la pesadilla y abrió los ojos. El dolor le apuñaló la cabeza y se le clavó en el cerebro mientras parpadeaba mareada en un dormitorio espacioso pero completamente desconocido. El sonido de una puerta que se abría le hizo levantar la cabeza y mirar en esa dirección con lo cual empeoró el dolor, la habitación comenzó a girar y sintió una alarmante descompostura de estómago. Un hombre a quien de repente identificó como Cole Harrison entraba al dormitorio con tanta indiferencia como si tuviera derecho de estar allí.

- ¡Tranquila! - dijo en un tono de voz divertida, mientras se le acercaba con una bandeja -. No hagas ningún movimiento repentino.

Diana no podía pensar más que en la infelicidad de su propio cuerpo. Trató de hablar, pero lo único que surgió de su boca fue un pequeño graznido. Tragó y lo volvió a intentar.

- ¿Que... me... sucedió?

- Sólo se trata de una teoría, pero es posible que tu sistema nervioso haya sido asaltado por un exceso de acetaldehido - explicó él con alegre comprensión mientras apoyaba la bandeja sobre la mesa de luz -. En los casos graves, enturbia la visión, da dolor de cabeza, náuseas, temblores y se siente la boca seca. Por lo menos ésa es la teoría sobre la que trabajan en la división

Librodot

farmacéutica de Unified. En términos más sencillos, tienes una terrible resaca.

- ¿Por qué? - susurró Diana, cerrando los ojos para evitar el resplandor del líquido naranja que había en el alto vaso de la mesa de luz.

- Exceso de champaña.

- ¿Por qué? - volvió a preguntar. Quería saber por qué estaba allí, por qué estaba él allí, por qué se había enfermado, pero la cabeza y la boca se negaban a funcionar como correspondía.

En lugar de contestar, Cole se sentó en la cama y ella gimió cuando el colchón se movió apenas bajo su peso.

- No trates de hablar - le indicó él con un tono autoritario que contrastaba con la suavidad de sus movimientos, mientras le deslizaba el brazo izquierdo bajo los hombros para levantarla un poco -. Éstas son aspirinas - le explicó mientras le entregaba dos tabletas blancas. Diana las aceptó con manos temblorosas y se las colocó entre los labios. - Y esto - agregó él mientras tomaba de la bandeja el vaso que contenía un líquido naranja y se lo acercaba a los labios para que pudiera beber-, es naranjada con un poco de “pelo de perro”.

A Diana se le volvió a revolver el estómago al pensar en pelos de perro dentro del jugo de naranja, pero antes de que pudiera reaccionar, Cole la obligó a tragar; después la volvió a colocar con suavidad sobre las almohadas.

- Vuelve a dormir - le dijo con dulzura mientras a ella se le cerraban los ojos -. Más tarde, cuando despiertes, te sentirás mucho mejor.

Le colocó algo fresco y tranquilizador sobre la frente. Un paño húmedo.

Cole Harrison en un hombre bueno y considerado, pensó Diana. Tenía necesidad de decírselo.

- Gracias por ayudarme - murmuró al sentir que su peso se levantaba del colchón y él se ponía de pie.

- En mi calidad de marido, considero que es mi deber atenderte lo mejor posible en cualquiera y todas las resacas que tengas.

- Eres muy amable.

- Tenía la esperanza de que todavía lo pensaras esta mañana, pero lo dudaba un poco.

Cuando se alejaba, la alfombra sofocó el ruido de sus pasos y Diana oyó que la puerta se cerraba con suavidad tras él, mientras ella permanecía allí, a la espera de la anestesia que sería el sueño. Durante varios instantes, los últimos comentarios de Cole no fueron más que una broma que Diana trató de ignorar, pero que evocaron imágenes que se movían con insistencia detrás de sus párpados cerrados. Recordó haber estado en el Baile de la Orquídea donde bebió vino y champaña... y recordó un collar de amatistas y más champaña. Recordó haber subido a la suite de

Librodot

Cole... y más champaña... y un viaje en limosina al aeropuerto Intercontinental... y la cabina de un jet privado donde bebió más champaña. Recordó otro viaje en limosina a través de una ciudad brillantemente iluminada...

Las imágenes se fueron haciendo más lentas a medida que entraban en foco. Bajó del auto y entró en un lugar con una arcada cubierta de flores artificiales. Un hombre bajo, calvo y sonriente le habló, mientras ella inclinaba la cabeza hacia atrás y trataba de borrar esas flores espantosas para reemplazarlas por frescas flores de enredadera.

Tragó con fuerza para contener las náuseas y trató de no pensar en el hombre calvo y el arco florido, pero las imágenes parecían clavadas en su mente dolorida, una viñeta nublada y extrañamente ominosa, y sin embargo el calvo parecía un hombre bastante agradable... Cuando se fueron, los acompañó a ella y a Cole hasta la puerta. Los saludó con la mano y les gritó algo en el momento en que la limosina se ponía en marcha y se alejaba del cordón de la vereda. Ella se asomó por la ventana y le retribuyó el saludo mientras él permanecía en la puerta bajo un enrejado cubierto de flores artificiales y de luces de neón rosadas y verdes, sobre las que había parpadeantes campanillas de neón con algunas palabras escritas debajo.

Palabras escritas debajo.

Palabras...

Palabras de neón en letras rosadas y verdes.

CAPILLA MATRIMONIAL

El hombre en la puerta le gritaba: “¡Buena suerte, señora Harrison!”

La realidad golpeó a Diana con tanta fuerza que detonó nuevas explosiones de dolor en su cabeza y provocó un holocausto en su estómago.

- ¡Oh, mi Dios! - gimió en voz alta, mientras rodaba sobre sí misma y apretaba la cabeza contra la almohada, tratando de borrar todo de su cerebro.

Librodot

29

Cuando Diana volvió a despertar, alguien había abierto las pesadas cortinas. permitiendo que el sol se filtrara en la habitación a través de un diáfano material y en alguna parte de la suite sonaba un teléfono.

Durante varios minutos permaneció perfectamente inmóvil, con los ojos cerrados, e hizo un cauteloso inventario mental del estado de su cuerpo, temerosa de moverse y que comenzaran a resonar sus nervios de manera discordante y a latirle la cabeza como le sucedió antes. Todavía estaba temblorosa y le dolía la cabeza, pero ya no tenía la sensación de que el cráneo se le estaba por partir en dos.

Una vez que se hubo encargado de la parte física de la situación, a regañadientes se permitió contemplar el resultado de su primera verdadera borrachera.

Se había casado con Cole Harrison.

El corazón comenzó a golpearle dentro del pecho a medida que la realidad de ese acto tan imprudente e irracional penetraba en su cerebro.

¡Estaba casada con un desconocido! Cole era un oportunista despiadado que se aprovechó del estado en que se encontraba la noche anterior y la convenció de que casarse con él los beneficiaría a ambos.

Era evidente que estaba loca. Y él también.

Era una imbécil. Y él un monstruo.

Era necesario que la encerraran en un manicomio. ¡A él había que matarlo!

De alguna manera, Diana pudo obligarse a terminar con su injustificada letanía mental y bloquear la culpa y el pánico que le estaba causando.

La noche anterior ella no estuvo completamente irracional y Cole en ningún momento la obligó a casarse con él. Con la mayor calma posible, Diana repasó lo que recordaba de lo sucedido, los razonamientos de Cole y sus propias reacciones.

A plena luz del día, sin que la embotara el champaña, era evidente que Cole tenía sorprendentes poderes de persuasión. Y también era obvio que ella permitió que la emoción y el sentimentalismo la llevaran a cometer un acto increíblemente impulsivo. Pero cuanto más lo pensaba, más se convencía de que la lógica que existía detrás del convenio entre ambos era sólida.

La noche anterior, Cole era el instrumento de un anciano bien intencionado llamado Calvin que amenazaba el imperio industrial creado por su sobrino. Esa mañana, Cole no era víctima sino victorioso y el tío a quien tanto quería sería un hombre feliz.

Librodot

La noche anterior, la credibilidad y el futuro financiero de Foster Enterprises estaban en peligro, y ella era objeto de desprecio y de lástima; la abandonada novia de un rico habitante de Houston. Esa mañana, Foster Enterprises estaba a salvo y Diana era la “amada esposa” de un apuesto empresario billonario.

A partir de entonces, Diana se sintió mucho mejor, aunque no la fascinaba la necesidad de convencer a su familia de que Cole no era una especie de monstruo manipulador y que ella no había perdido la razón.

Para no pensar en esa escena, trató de recordar más acerca de lo sucedido después de que el avión de Cole decoló de Las Vegas, pero su recuerdo era poco claro. Recordaba haber quedado impresionada al ver el interior del jet, y recordaba haberle pedido a Cele que fueran a las Vegas en lugar de Lago Tahore. A partir de ese momento los acontecimientos eran cada vez menos claros y se mezclaban con sus sueños. No estaba segura de que sus recuerdos inconexos fuesen reales o sólo parte de los vividos sueños que la persiguieron desde que se durmió, y todavía no estaba lo suficientemente bien como para poder concentrarse y develar el misterio.

Rodó sobre sí misma, apartó las sábanas y le sorprendió comprobar que estaba desnuda. En vista de la borrachera de la noche anterior, le resultaba sorprendente que hubiese podido desabrocharse el vestido y desvestirse ella misma. Se le ocurrió que tal vez Cole hubiera tenido que desvestirla, pero por el momento esa mortificante posibilidad era más de lo que se sentía capaz de contemplar. Sólo entonces Diana se dio cuenta de que no tenía qué ponerse, aparte del vestido colorado de seda de la noche anterior. El comedor del Gran Balmoral era un lugar favorito para los encuentros de los domingos por la tarde, y la perspectiva de tener que cruzar el vestíbulo luciendo ese vestido, agregado a todo lo demás que se vería obligada a enfrentar, fue suficiente para obligarla a recostarse un momento, extenuada y presa de un miedo pánico. No podía llamar por teléfono a su familia para pedirles que le llevaran ropa al hotel porque no quería explicarles la situación ínientras estuviera en la suite de Cole. Con un suspiro de resignación, Diana se levantó.

Librodot

30

Cole levantó la mirada cuando ella emergió del dormitorio con el pelo todavía mojado por la ducha y el cuerpo delgado cubierto por una de las batas de toalla del hotel. Sus dedos de los pies descalzos asomaban por debajo del dobladillo de la bata que debió haberle llegado a media pierna y cuyos hombros le caían hasta los codos. La noche anterior Cole pensó que no podía resultarle más deseable que luciendo ese traje colorado tan provocativo, pero estaba en un error.

Envuelta en una bata que le quedaba grande, sin maquillaje y con el espeso pelo que le caía mojado sobre el cuello, Diana Foster tenía la frescura de una rosa bañada por el rocío del amanecer.

Depositó el Houston Chronicle sobre una mesa ratona y se puso de pie.

- Se te ve mejor - comentó.

Ella le dedicó una débil sonrisa.

- He decidido ser muy valiente y tratar de seguir viviendo.

Cole le contestó con una risita y señaló una mesa con mantel de hilo llena de platos de comida.

- Cuando oí que abrías la ducha, llamé al servicio de habitaciones y les ordené que subieran un poco de comida.

Diana miró los huevos con tocino y los panqueques y se estremeció.

- No soy tan valiente.

Cole ignoró su protesta, se acercó a la mesa y retiró una silla para que ella se sentara.

- Debes comer.

Diana suspiró pero se encaminó a la mesa, se deslizó en la silla y desdobló una servilleta.

- ¿Cómo te sientes? - preguntó Cole, sentándose frente a ella.

- Igual que lo que aparento. - Mientras hablaba, la bata que le quedaba grande se le deslizó del hombro izquierdo que quedó al descubierto. Ella se apresuró a subírsela.

- ¿Tan bien? - preguntó él.

La calidez de su voz profunda y la audaz admiración de sus ojos hicieron cosas sorprendentes a los latidos del corazón de Diana, una reacción que fue tan inesperada y fuerte que se le colorearon las mejillas. Con una rápida sonrisa, bajó los ojos y se recordó que Cole sólo estaba desempeñando un papel, cumpliendo su promesa de hacerla feliz durante el tiempo que

Librodot

durara el pacto entre ellos. Un pacto; era todo lo que significaba para él... y para ella. El problema era que no sabía cómo lograría que su familia lo entendiera así.

Tomó una tostada y quedó en silencio, pensando en la escena que se produciría más tarde con su familia. Cole había insistido en estar a su lado cuando les dijera que estaban casados, y ella apreciaba sus honorables deseos de compartir los resultados de un acto instigado por él. No esperaba que la familia hiciera una escena desagradable pero, su abuela en especial, era capaz de expresar fuertes opiniones y no era probable que dejara de expresarlas por la presencia de Cole o la de ella. A medida que transcurrían los minutos, Cole percibió que la expresión de Diana era cada vez más sombría.

- ¿Te puede ayudar? - preguntó por fin.

Ella levantó la vista con un sobresalto culpable.

- Me temo que no. - Cuando él continuó mirándola en silencio, como esperando, Diana cedió a sus silenciosas instrucciones y le contó lo que la preocupaba. - No sé cómo voy a explicarle a mi familia que siguiendo un impulso me casé con un virtual desconocido por motivos puramente prácticos. Es decir, una vez que se tranquilicen, empezarán a comprender. Es probable que no estén de acuerdo, pero comprenderán.

- ¿Entonces cuál es el problema?

- El problema es que me aterroriza la reacción que tendrán cuando sepan lo que hice. Les voy a provocar el impacto más grande de sus vidas.

- No necesariamente.

- ¿Qué quieres decir?

- Hiciste algunos llamados telefónicos desde el avión.

Diana se quedó mirándolo con la boca abierta.

-¿A quién llamé?

- A Marge Crumbaker.

El alivio devolvió color a las mejillas de Diana.

- Marge es una vieja amiga de la familia. - Por si él lo había olvidado, agregó: - Antes era la columnista de sociales del Houston Post, pero el Post dejó de publicarse, de manera que, en este caso, eso nos beneficia.

-Cuando terminaste de darle la noticia. llamaste a Maxine Messenger.

- ¡Eso sí que es malo! - A Diana se le cayó el alma al piso al pensar en la cronista de sociales del Houston Chronicle, pero enseguida se tranquilizó. - ¿Le pedí que mantuviera la

Librodot

noticia confidencial?

- Me temo que no - contestó Cole, fascinado por el juego de emociones que se reflejaban en el rostro expresivo de Diana -. De todos modos, no habría tenido mucho sentido que le pidieras que lo mantuviera en secreto.

- ¡Por favor, no me digas que llamé a algún otro!

- De acuerdo.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y con una expresión llena de sospechas.

- Llamé a alguien más, ¿verdad?

- Come algo. Te sentirás mejor.

Diana tomó la cuchara, sacó con ella la cereza que había sobre la mitad de un pomelo y se la llevó a los labios.

- ¿A quién más llamé?

- A Larry King.

Las ganas de negarlo y el disgusto consigo misma redujo la voz de Diana a un susurro ahogado.

- ¿Me estás diciendo que llegué a llamar a CNN en medio de la noche y pedí hablar con Larry King?

- Me temo que sí. Pero no estaba.

- ¡Gracias a Dios!

- Así que en lugar de hablar con él conversaste con un periodista de la redacción.

Diana meneó la cabeza, buscando con desesperación algún motivo para mostrarse optimista, pero no lo encontró.

- El mío es un nombre muy común y además el que es popular con los hombres es mi abuelo. A mí me asocian con la revista y casi todas sus lectoras son mujeres. No existe ninguna posibilidad de que un periodista de CNN me haya reconocido por mi nombre o mi fama.

- Es posible que no - contestó Cole -. Pero lo cierto es que te reconoció por tu nombre y tu reputación.

- ¡Debiste habérmelo impedido - gimió ella -. Me debiste haber arrancado el teléfono de la mano. No, debiste arrojarme del avión. Por lo menos si estuviera muerta, el cuerpo no me dolería tanto como me duele.

Librodot

Incapaz de sofocar una sonrisa, él señaló con la cabeza el plato que Diana tenía frente a ella y se negó a decir otra palabra hasta que ella hubiera cumplido sus órdenes.

-Termina tu pomelo, bebe un poco más de jugo de naranja y come un poco de huevos

Ella miró la comida y se estremeció

- Todo parece tan... tan amarillo. El pomelo, el huevo, el jugo de naranja. El color me hace doler los ojos.

- Eso es lo que sucede cuando uno bebe demasiado.

- Te agradezco el discurso innecesario en un tema para el que no estoy calificada.

- De nada - contestó Cole sin perder su buen humor -. Come un poco de tostadas entonces. Son marrones así que no te harán doler los ojos.

- Están cubiertas de manteca y la manteca es amarilla.

- ¡Basta Diana! - exclamó él con una risita -. Yo tampoco me siento demasiado bien, pero me niego a estar enfermo durante nuestra primera mañana de casados.

- Lo siento. - Tomó un trozo de tostada, lo miró y su expresión era tan angustiada que Cole se lamentó por haber tratado con tanta ligereza sus preocupaciones y por intentar evitar más preguntas.

- ¿Qué te pasa? - preguntó con suavidad.

- Dime la verclad: cuando llamé a esa gente, ¿tenía voz de borracha o de persona feliz?

- Parecías feliz y tal vez se te notara que habias bebido un poco - contestó Cole con diplomacia -, pero dudo que ellos le dieran mucha impotancia a eso. Es natural que las novias beban un poco de champaña de más la noche de su casamiento.

- ¿Un poco de más? - repitió Diana, avergonzada -. Estaba desagradablemente borracha.

- No estabas nada desagradable - contestó Cole con una sonrisa.

Ya algo más tranquila, Diana agregó:

- Estaba inconsciente...

- No del todo - contradijo galantemente él.

- Bebí tanto que me debo haber desmayado en el avión. - Mordisqueó la tostada con aire tentativa, luego mordió un trozo lógico y depositó el resto en el plato.

- No es así - la tranquilizó él -. Te quedaste dormida después de una noche larga y

estresante.

- Bueno, es un milagro que no haya vomitado... - Diana hizo una pausa, esperando que él lo negara.

En lugar de ello, Cole levantó una ceja. Silencio. asentimiento.

- ¡No puede ser! - exclamó Diana, ocultando la cara entre las manos.

- Después te sentiste mejor - explicó él con tono bondadoso.

Ella dejó caer las manos y respiró hondo.

- ¿Hice alguna otra cosa?

- Me contaste algunos chistes muy divertidos. - Cole se sirvió un poco cíe huevos.

- Tuve sueños muy extraños durante toda la noche, eran tan vividos que más bien parecían alucinaciones, pero no los puedo recordar a todos y tampoco estoy segura de que lo que recuerdo haya sucedido en realidad o si formaba parte de esos sueños. Lo que te pregunto es: ¿he olvidado algo más que sea importante? - Tomó la tostada, pero en lugar de morderla miró directamente a Cole.

"Define lo que consideras importante", pensó Cole, recordando la forma en que ella se instaló en su falda enseguida que despegaron de Las Vegas. Mientras el jet ascendía, ella le contaba cuentos infantiles con finales alterados y tontos que los convertían en cómicos.

Recordó la manera en que Diana apoyó los labios contra los de él en un beso corto y que, cuando él profundizó el beso ella deslizó las manos debajo de su saco, en un movimiento tentativa al principio y luego mantuvo la boca apretada a la suya. Mientras el avión navegaba en el cielo del amanecer a la altitud de crucero, él luchó para mantener las cosas bajo límites razonables, mientras su fascinante esposa se dedicaba a juguetonas y borrachas tácticas, increiblemente eficaces para comprobar ahsta que punto era él capaz de controlarse.

Cole perdió parte de su control a los treinta y dos mil pies de altura se tendió sobre el sofá, acostándola a ella encima suyo. Esa mañana a él le costaba no recordar cosas que ella había olvidado por completo. Por otra parte, la falta de recuerdos de Diana era preferible, ya que la situación no volvería a repetirse.

- Nada que valga la pena recordar - contestó Cole.

- Sé que hice otra cosa. Recuerdo haber visto pasar los casinos desde el auto y pensar en lo brillantes que eran las luces y en lo excitante que parecía todo. - Comió otro trozo de tostada y se dio cuenta de que se sentía un poco mejor.

Vio que la expresión de Cole pasaba de la seriedad a la mal disimulada diversión y en su ansiedad, cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

- Hice algo mientras estábamos allí, ¿no es cierto? - preguntó. Su afiebrada imaginación conjuró la imagen de una mujer borracha de vestido púrpura que intentaba trepar al escenario para bailar con las coristas. ¡Oh, Dios! ¿Serían de las que se desvestían en público? - No sé lo que hice, pero fue terrible, ¿verdad?

- Depende. ¿Tienes problemas morales o religiosos que se opongan al juego?

- No.

- Entonces no fue espantoso.

Diana levantó los brazos en jubiloso alivio y alzó los ojos al cielo.

- ¡Jugué! - exclamó.

En el espacio de pocas horas, Cole la había visto pasar de la solemnidad al pánico, al alivio, al humor, y en ese momento se le ocurrió que, fuera cual fuese su estado de ánimo, no cabía duda de que él disfrutaba de su compañía. Siempre había sido así. Con una sonrisa, Diana levantó el tenedor y comió un bocado de huevos revueltos.

- ¿Cómo me fue?

- No del todo mal.

- Perdí - decidió ella con una risa ahogada, sin que ese descubrimiento arruinara su estado de ánimo ni su apetito. Cuando Cole asintió, estiró el brazo para tomar el vaso de jugo de naranja. - ¿Cuánto perdí?

- ¿En la mesa de ruleta? ¿O en el baccarat? ¿O en las máquinas tragamonedas?

Ella bajó el vaso, impresionada.

- ¿Perdí en las tres cosas?

- Sí, pero conseguí detenerte antes de que entraras al cuarto de los partidos de póker con apuestas altísimas - contestó Cole mientras bebía un sorbo de café.

- ¿Cuánto tiempo estuvimos en el casino?

- No mucho. Alrededor de media hora.

- Entonces no pude haber perdido demasiado - dijo Diana, pero algo en la expresión cuidadosa de Cole la obligó a detenerse -. ¿Cuánto perdí?

- Alrededor de tres mil dólares.

Ella quedó espantada, pero asintió y dijo con tono muy formal:

Librodot

- Te extenderé un cheque por esa suma.

- No será necesario.

- Insisto. Una dama siempre debe pagar sus deudas de juego- recitó la frase que había aprendido en el colegio.

En ese momento Cole descubrió que Diana no sólo era hermosa, inteligente e ingeniosa, sino que también era obstinada como el demonio. Pero también lo era él.

- Y un caballero siempre corre con los gastos de la luna de miel - contestó con firmeza.

Por desgracia, al referirse a esa media hora en que se detuvieron en el casino como “luna de miel”, inadvertidamente acababa de burlarse de la palabra y del casamiento poco romántico que la precedió. Se dio cuenta de ello en cuanto lo dijo, y Diana también. Dejó de sonreír, pero Cole notó que no estaba enojada ni herida. Simplemente... se reajustó a la realidad.

- Ojalá no hubieras permitido que hiciera esos llamados desde el avión - dijo.

- No te lo impedí porque te beneficiaba y beneficiaba a tu empresa que el público se enterara lo antes posible que te habías casado conmigo.

No la detuvo por ese motivo y también porque sus llamados a los medios eliminaban toda posibilidad de que a la mañana siguiente se arrepintiera del trato. Sin embargo, en ese sentido, tuvo la astucia de no decirlo y ella cooperó al cambiar de tema para hablar de algo menos personal.

- Por lo menos ahora comprendo por qué soñé con máquinas tragamonedas. Salvo que en mi sueño la máquina tragamonedas era gigantesca, más alta que tú y por lo menos de un metro y medio de ancho.

- Eso no fue un sueño.

- ¿En serio? - preguntó ella con deferente interés. Como era su norma, acababa de retirarse tras un muro de amable reserva y Cole comenzó a pensar en asuntos financieros que era su manera de defenderse.

- Debemos conversar acerca de algunos asuntos prácticos, pero podemos hacerlo en camino a la casa de tu familia.

Ella asintió, miró su reloj y se puso de pie.

- Cuando lleguemos ya serán las cinco. Corey tenía que repetir algunas tomas para la revista, de manera que ya deberían estar terminando cuando lleguemos.

Con la mano en el picaporte de la puerta del dormitorio, se detuvo y se volvió.

- Anoche me fui con la cartera de mi abuela en lugar de la mía. Como no tenía documentos

ni identificación, ¿cómo lograste que nos casaran?

Cole se estaba sirviendo café y levantó la mirada con expresión irónica.

-En realidad, durante algunos momentos eso fue un problema menor, pero la capilla de casamientos pertenece a un hombre y a su esposa. Ella te reconoció y con la ayuda de otros cien dólares, el marido consideró que tenía pruebas suficientes de tu identidad.

Diana lo aceptó asintiendo y pasó a pensar en la ropa.

- Es una gran cosa que anoche haya dejado mi coche en manos del valet, porque si no, no habría podido entrar en mi departamento para cambiarme de ropa.

Librodot

31

Media hora más tarde se había puesto un par de pantalones de hilo blanco, sandalias blancas y una camisa de seda color lila que anudó en la parte delantera a la altura de la cintura, y ambos se encontraban en camino hacia la casa de la familia en Inwood Drive.

Como Diana todavía no se sentía demasiado bien, Cole se hizo cargo del volante del auto de ella y mientras circulaba por bulevares conocidos a cuyos lados se alineaban graciosas mansiones casi ocultas tras lo árboles, Cole sintió una aguda sensación de dejá vu combinada con una sensación de total irrealidad. Entre todos los extraños e imprevisibles caminos que su vida había tomado desde la última vez que circuló por esas calles, sin duda el más extraño de todos era que regresara con Diana Foster sentada a su lado... como su esposa.

Ignorante de los pensamientos de Cole, Diana estaba enfrascada en la necesidad de encontrar el mejor modo de darle la noticia a la familia. De alguna manera debía simular un optimismo que no sentía del todo y al mismo tiempo convencerlos de que el matrimonio de la noche anterior no sólo era sensato sino ideal.

Estaba forjando su estrategia, ensayando su discurso de apertura y decidiendo cuál era el mejor lugar para hacerlo cuando Cole metió la mano dentro del bolsillo de su blazer azul marino y sacó una hoja de papel con membrete del hotel. Se lo pasó y dijo en un tono comercial:

- Esta mañana, mientras tú dormías, anoté una síntesis de los términos de nuestro acuerdo verbal. Básicamente declara que nuestro casamiento durará sólo un año. AI finalizar ese período obtendremos un divorcio tranquilo y amigable y ninguno de los dos hará reclamos financieros al otro.

Cuando doblaron en una esquina en el medio de la calle pedaleaba una cirlista. Cole hizo una pausa mientras la rodeaba y luego continuó diciendo:

- Por supuesto que cualquier regalo que nos hagamos, como nuestros anillos de casamiento o el collar que te compré anoche, seguirán siendo propiedad del que los haya recibido.

- ¿Anillos de casamiento? - preguntó Diana sorprendida -. ¿Qué anillos de casamiento?

Cole volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó dos anchas alianzas de oro y se las tendió en la palma de la mano.

- Estos anillos de casamiento.

- ¿Dónde los conseguiste?

- La Capilla de Casamientos Silver Bell esta totalmente equipada, es un establecimiento de servicios completos. Le compré los anillos al dueño y los intercambiamos durante la ceremonia. - Con un suspiro de burlona consternación, agregó en tono chistoso: - ¡Con cuánta rapidez algunos de nosotros olvida los momentos más tiernos y emocionantes de la vida!

Diana tomó el anillo más pequeño y lo sostuvo entre el índice y el pulgar, intrigada de que él hubiera calificado el evento como tierno y emotivo.

- ¿Fue un momento emotivo? - preguntó, mirándolo de reojo. Cole sonrió.

- A ti te pareció que lo era, Lloraste durante casi toda la ceremonia.

- Siempre lloro un poquito en los casamientos - admitió Diana con arrepentimiento.

- Durante tu propio casamiento - explicó él con total falta de galantería -, lloraste tanto que tuvimos que detener dos veces la ceremonia para que pudieras sonarte la nariz.

El horror inicial de Diana dio paso a una repentina explosión de hilaridad ante la imagen de una novia borracha vestida de colorado que lloraba tanto que tuvo que sonarse l nariz, Se hundió en el asiento, estremecida de risa.

- Y antes de la ceremonia, estuviste profundamente angustiada por la decoración del lugar. - Diana rió aun con más fuerza. Sin embargo, algunos instantes después, las palabras de Cole la obligaron a ponerse seria y a erguirse en el asiento.

- Repasa mi lista para ver si quieres hacer alguna pregunta o algún comentario.

Diana abrió la hoja de papel y leyó lo escrito por Cole. Tenía una letra audaz pero notablemente legible.

- Es bastante directo.

- Muy directo - confirmó Diana.

- Tu abogado puede utilizarlo para redactar el documento legal. En cuanto esté redactado te pido que me lo envíes por fax a mi casa de Dalls.

Cole mantuvo la mano izquierda apoyada en el volante y, con la derecha, sacó del bolsillo una billetera de la que extrajo una tarjeta. Se la alcanzó y, con una punzada de alarma, Diana se dio cuenta de que acababa de casarse con un hombre cuyo teléfono y dirección desconocía,

- ¿Tienes algún abogado en quien puedas confiar para manejar este asunto con rapidez y discreción?

No era posible que Diana le encargara ese trabajo al estudio de abogados convencionales que se encargaba de los asuntos de Foster Enterprises. Los abogados tenían la costumbre de intercambiar chismes entre ellos y, aun en el caso de que tuviera la suficiente valentía para confesarle a uno de esos abogados lo que acababa de hacer, no podía confiar en que mantendría la información en un secreto absoluto. El único abogado en quien podía confiar, tanto en lo personal como en lo profesional, era Doug Hayward. Doug abandonó el ejercicio de la profesión para dedicarse a la política, pero en una verdadera batalla legal no sería un oponente digno del tipo de abogados que debía tener Cole, aunque en ese caso no se trataba de una batalla sino de un simple convenio.

Librodot

Sabía que los convenios post-nupciales en ese momento eran algo bastante común, aunque estaba seguro de que eran precedidos por convenios prenupciales. Según lo que había leído, las personas ricas de mediana edad, que tenían hijos de un matrimonio anterior, o que querían proteger legados de caridad, los utilizaban con frecuencia cuando se volvían a casar porque en la corte tenían mucha más fuerza que los convenios prenupciales.

Charles Hayward, el padre de Doug, sin duda, debía tener una cantidad de amigos que los había utilizado y podrían ofrecerle buenos consejos.

Los consejos y la ayuda de Charles fueron valiosísimos para Diana después de la muerte de su padre.

- Sí, conozco a alguien - contestó después de un largo silencio.

Cole dobló al camino de entrada flanqueado por árboles que conducía a la casa en que Diana vivía cuando era adolescente, y vio varios automóviles estacionados frente a la casa.

- Por lo visto tu familia tiene muchas visitas.

- El Explorer es de Corey y el BMW es de Spence. Spence está aquí porque siempre que podemos los domingos tratamos de comer en familia. El resto de los coches son de los asistentes de Corey, que está rehaciendo una toma que no le gustaba demasiado.

Librodot

32

La casa de los Foster era una verdadera mansión, parecida a otras en las que Cole había estado, edificadas a fines de la década del cincuenta y principios de la del sesenta, pero las habitaciones que alcanzó a ver mientras Diana lo conducía a través del vestíbulo, hacia la parte trasera de la casa, estaban sutil pero diferentemente ambientadas. Algunos de los cuartos eran formales y hermosos, otros eran informales y acogedores, pero todos resultaban invitantes.

La cocina era inmensa y sin duda había sido rehecha para llevar a cabo serios proyectos culinarios, con dos cocinas comerciales, dos piletas de lavar, una enorme heladera con freezer y una abundancia de ollas, sartenes y cacerolas de cobre que colgaban de las paredes.

Una mujer de mediana edad, que Cole supuso debía ser la cocinera o el ama de llaves, o ambas cosas, cortaba tajadas de limones sobre una tabla de picar y señaló con la cabeza la puerta trasera.

- Todavía todos están trabajando atrás - le informó a Diana y luego, en un tono algo irritado, agregó: - Tu abuelo me dijo que su nuevo fertilizante orgánico está produciendo limones mucho más grandes. ¿Por qué sigue plantando limoneros y más limoneros? No tenemos lugar ni recetas suficientes para tanto limón. Los freezers están llenos de platos hechos a base de limón. A menos que tu madre o tu abuela puedan crear una receta novedosa de helados de limón, ¡ya no podemos usar más limones!

- Siempre nos queda la posibilidad de pintarlos - contestó Diana, imperturbable.

Cole todavía seguía tratando de adaptarse a la idea de pintar limones cuando la siguió afuera y entró en otro mundo. El jardín trasero tenía por lo menos una hectárea y media y cada uno de sus segmentos estaba diseñado para agradar la mirada y sin embargo ser útil para uso del negocio familiar. Había gente por todas partes.

Mientras dos asistentes fotográficos esperaban a un costado con luces y reflectores, Corey estaba ubicada en el centro de una enorme huerta, colocando en pose a su abuela, quien vestía una parka y sostenía un enorme zapallo en las manos. A sus pies había pilas de hojas de roble diseminadas. Mary Foster, con un tarro de pintura en una mano y un pincel en la otra, retocaba la cara de un espantapájaros. Las tres mujeres se mostraron sorprendidas al ver aparecer a Cole con Diana, pero él notó que la sorpresa no era de desagrado. Lo cual significaba que todavía no se habían enterado de la noticia.

- Dentro de dos minutos habremos terminado - gritó Corey -. Sólo quiero una toma más.

Spence estaba de pie junto a una frazada dividiendo su atención entre su mujer y las mellizas idénticas que avanzaban por la frazada hacia una enorme pelota. Spence se volvió y le sonrió a Diana. Después miró a Cole y lo saludó con la cabeza, pero sin sonreír.

- En este momento estamos trabajando en el número de octubre- explicó Diana, señalando el jardín con la cabeza.

Librodot

- Tu abuela se debe estar asando dentro de esa parka - observó Cole.

Había mesas ubicadas en el costado derecho del parque, cerca de un taller que más que taller parecía una casita de cuento de hadas. En una de las mesas, dos mujeres confeccionaban guirnaldas y centros de mesa de piñas, bayas, y lo que a Cole le pareció que debían ser vegetales pintados. Pensó divertido que los vegetales pintados resultaban muy atractivos. En otra mesa, una mujer y un joven trabajaban vigorosamente en quitarle el lustre a una pila de antiguos llamadores de bronce. Contra un costado del taller se apoyaban tres puertas en distintas etapas de terminación.

- Estamos por publicar un artículo acerca de la manera de dar personalidad a las puertas - informó Diana. Mientras hablaba, otros dos jóvenes con la ropa manchada de pintura, salieron del taller y comenzaron a entrar las puertas.

- ¡Tengan cuidado con esas puertas, muchachos! - gritó Henry Britton desde su banco de trabajo, colocado frente al taller. La superficie completa de la mesa y el espacio que había debajo de ella estaban cubiertos de dibujos sujetos contra la brisa por cajas de madera de varias formas y tamaños que Cole supuso no tendrían ningún uso.

Al ver a Diana y a Cole, Henry los llamó. Se limpió la mano para estrechar la de Cole; luego se volvió hacia su nieta, con la cara surcada de arrugas y los ojos castaño claros enfrascados en lo que estaba por decirle.

- Hace semanas que estoy pensando en esto, Diana, y estoy seguro de que tengo razón. Míralas.

Diana miró los dibujos y luego las pequeñas cajas que su abuelo estaba construyendo.

- ¿Qué son? - preguntó, haciendo un esfuerzo por concentrarse.

- ¡Son casas para pájaros! Las casas para pájaros serían una gran pegada - predijo Henry -. No casas cualquiera, Diana, sino casas para pájaros que parezcan castillos en miniatura y cabañas con techo de paja y pequeños graneros y también casas como las de las plantaciones sureñas. También podría construir algunas de aspecto moderno, como las casas de ciudades y los edificios de departamentos.

Corey, su madre y su abuela acababan de terminar su trabajo y estaban lo suficientemente cerca como para oír sus última palabras.

- ¡Henry Britton! - exclamó su mujer -. ¿Es posible que te haya oído decir que quieres construir casas de departamentos para pájaros?

- No dije nada de eso. Estaba hablando con Diana sobre la posibilidad de diseñar distintos tipos de casas para pájaros.

- Ya publicamos un artículo sobre eso hace dos años, papá - dijo la madre de Diana, quien parecía algo estresada por la constante necesidad de presentar ideas originales.

Librodot

- Estas no son casas de pájaros para aves, Mary - contestó el padre, quien también se sentía un poco frustrado -. Éstas parecerían casas de pájaros, pero serían ornamentales. Se las colocaría en los jardines como una decoración. ¡Quedarían divinas alineadas en un jardín!

Su mujer no se dejaba impresionar.

- ¿Te refieres a una especie de suburbio para pájaros? Él la miró, malhumorado.

- Corey podría ubicarlas de una manera decorativa y perfecta con algunas de mis flores rosadas y anaranjadas detrás y algunos parches verdes aquí y allá. Con un escenario así, Corey sacaría fotografías estupendas para la revista.

- Lo que sucede es que no creo que a los suscriptores de Diana les gustaría mucho eso de casas de pájaros en miniatura que no puedan ser utilizadas por los pájaros.

- ¡Por supuesto que les gustaría! Todas las Navidades tú te pasas dos días debajo del árbol alineando casitas de cerámica en miniatura para que parezcan una ciudad, pero en ella tampoco vivirá nadie. No comprendo por qué en el verano mis casas no resultarían igualmente lindas.

Todos se callaron y miraron a Diana para que decidiera. Aunque Corey era la responsable de la presentación artística de la revista, y los demás eran responsables de los temas que se tratarían en cada número, era Diana quien cargaba con la responsabilidad total de satisfacer a los suscriptores, quienes, a su turno, decidían el éxito financiero o el fracaso de la revista y por lo tanto de la empresa familiar.

Diana tuvo que hacer un esfuerzo para volver a concentrarse en el tema en lugar de poder anunciar su casamiento.

- En realidad - dijo después de una pausa -, creo que abuelo tiene razón. Tal vez en alguno de los números hasta podríamos utilizar ornamentos y decoraciones de jardín como tema principal.

Satisfecho, Henry volvió a un tema más agradable y miró esperanzado a Diana.

- Anoche, tú y yo conversamos acerca de la posibilidad de publicar otro número sobre jardinería orgánica. La jardinería orgánica siempre es un tema popular. Tal vez podríamos combinar mis casas para pájaros y otros ornamentos de jardín, tal como sugeriste, con la jardinería orgánica. Bueno - dijo el anciano, interrumpiendo la distracción mental de Diana -, si te gusta la idea, mañana mismo empezaré a armar una lista de artículos.

Diana estaba tratando de decidir dónde debía reunir a la familia para darles la noticia

- Me parece bárbaro, abuelo - contestó -. Lo haremos - agregó, ante lo cual su madre, su abuela y Corey la miraron sorprendidas.

-Pero no hace mucho que publicamos temas sobre jardinería orgánica -opinó Mary Foster.

- Es cierto. Lo olvidé - dijo Diana, distraída -. Pero ese número estuvo dedicado a vegetales

Librodot

y frutas. Éste puede referirse a flores. - Miró a su familia y se zambulló -. Me gustaría conversar algunos minutos con ustedes en el living.

Corey levantó la mirada para comprobar el ángulo del Sol.

- He estado esperando toda la tarde el momento en que el Sol se cuele a través de esas ramas, como lo hace en este momento. Te pido que me des diez minutos para colocar a Spence y a las mellizas debajo del árbol. Esta toma es para mí.

- Tómate treinta minutos - contestó Diana, comprendiendo que transcurriría ese tiempo antes de que el equipo de fotógrafos se fuera y la familia tuviera tiempo de limpiarse un poco y ponerse presentable.

- A propósito - dijo Corey mientras se dirigía hacia el trípode -llamó Cindy Bertrillo y Glenna tomó el mensaje. Cindy quiere que la llames en cuanto puedas. Debe confirmar algo contigo. No dijo de qué se trataba.

Cindy estaba a cargo del departamento de Relaciones Públicas de la revista. Era la persona a quien la prensa llamaba cada vez que querían confirmar una noticia y Diana no tenía dudas acerca de lo que le pedían que confirmara en ese momento.

- La llamaré más tarde - contestó.

Cole se había detenido a observar la actividad que reinaba en el jardín mientras el equipo de fotógrafos reunía sus elementos de trabajo.

- He oído hablar de “negocios familiares” - dijo con admiración - pero nunca vi ni pude imaginar nada como esto. Deberías estar muy orgullosa de lo que has creado.

- Lo que hice fue capitalizar todo esto y venderlo - lo corrigió Diana -, pero no lo creé. - Señaló a su familia con la cabeza -. Ellos lo crearon.

Diana sabía que Cole no le creía y demoraría demasiado en poder explicarle que antes de que su padre se casara con la hija de Henry Britton y la llevara a vivir con su hija a la mansión de Houston, los Britton ya eran consumados artífices de “hacerlo ellos mismos”.

33

- Bueno - dijo Diana con una sonrisa nerviosa mientras conducía al pequeño contingente al living formal donde había un piano de cola en un extremo y una enorme chimenea de mármol en el otro -. Me gustaría que todos se pusieran cómodos.

En el centro de la habitación, separados por una mesa ratona de caoba, había dos largos sofás tapizados en una tela color borra de vino con rayas doradas y cubiertos de una serie de almohadones en tonos pastel que convertían el living y los sofás en lugares más cálidos e invitantes. Con un movimiento de brazos, Diana señaló los sofás y el par de sillones colocados junto a ellos, frente al piano; luego se acercó al instrumento y se detuvo junto al teclado.

Cole se ubicó en el extremo opuesto del piano, desde donde si fuera necesario podría participar de los procedimientos pero sin inmiscuirse en ellos; luego observó divertido que Diana se apoyaba contra el piano como en busca de sostén, se frotaba las manos y en general actuaba como si la aterrorizara el efecto que el anuncio tendría sobre su familia.

Desde el punto de vista de Cole, basado en su propia educación y en sus experiencias de adulto, Diana era una mujer hecha y derecha, que había sopesado los riesgos, tomado una decisión y que no tenía necesidad de esperar el apoyo y ni siquiera el real interés de su familia.

La madre y la abuela de Diana se instalaron en uno de los sofás, y Corey y Spencer Addison en el que lo enfrentaba. El abuelo prefirió permanecer de pie y apoyó las manos sobre uno de los sillones que miraban hacia donde se encontraba su nieta.

- No, no abuelo... por favor siéntate - pidió ella.

- Prefiero estar de pie.

- Será mejor que estés sentado cuando oigas lo que estoy por decir- dijo Diana.

- Nos debes tener preparada una gran sorpresa - bromeó Henry Addison mientras se sentaba. Habiendo seguido las instrucciones de su nieta, le dirigió una enorme sonrisa, sin duda con la idea de que el visible nerviosismo de Diana era debido a su excitación y tal vez a que lo que tenía que decirles no pudiera ser nada más que algo agradable.

- Bueno, ya estamos todos aquí y sentados - señaló - Adelante - Diana miró las caras de sus familiares reunidos, se frotó la palma de las manos contra las caderas y admitió con una risa sofocada - No me he sentido tan nerviosa desde el día en que tuve que pararme aquí mismo para decirles que acababa de destrozar el automóvil que papá acababa de regalarme para mi cumpleaños.

Corey se dio cuenta de que la infaltable compostura de su hermana comenzaba a fallarle e hizo un esfuerzo para darle tiempo a recobrar su compostura.

- En realidad, esa vez no fuiste tú la que destrozó el coche - confesó con una sonrisa impenitente -. Fui yo.

La familia se volvió a mirarla presa de confusión y de incredulidad, pero a la abuela de Diana le interesaba más el presente. Trató de hacer una conexión entre autos destrozados y reuniones familiares convocada por Diana en el living, frunció el entrecejo y dijo:

- ¿Has vuelto a destrozar tu coche, Diana? ¿Es por eso que nos has reunido?

- Mi coche está en perfecto estado - contestó su nieta. Mi vida es un maremagnum se dijo para sus adentras y miró de reojo a Cole. Él alzó las cejas, como desafiándola a que no dilatara más el asunto y Diana obedeció. - De acuerdo, aquí va - dijo, mirando de frente a su madre y sus abuelos -. Anoche, después del remate, les presenté a Cole, ¿recuerdan?

La madre y los abuelos asintieron al unísono.

- Sin embargo, aunque ustedes no conocían a Cole desde antes, la realidad es que Corey, Spence y yo lo conocemos hace mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo - enfatizó para tratar de disminuir el impacto de la noticia poco plausible de su matrimonio apresurado, al enfatizar el tiempo que hacía que se conocían -. Para nosotros, por lo menos para Corey y para mí, en realidad Cole es un antiguo amigo de la familia.

- Ya estamos enterados de todo eso, querida - dijo la madre de Diana. Se volvió a mirar a Cole con una sonrisa y agregó: - Anoche, camino de regreso a casa, Corey nos contó quién es usted. Es decir nos habló acerca de quién era usted. Nos dijo que trabajaba para la familia Hayward y que cada vez que iban a esa casa, tanto Diana como Spence y ella se encontraban con usted.

Cole notó que con discreción evitaba conectarlo con la caballeriza de los Hayward, pero la abuela de Diana sin duda no veía ninguna necesidad de andar con evasivas ni con verdades a medias.

- Diana nos hablaba mucho de usted cuando era adolescente- agregó con entusiasmo -. Nos dijo que usted vivía en la caballeriza de los Hayward y que cuidaba de sus caballos, y que nunca tenía bastante comida y que siempre andaba hambriento. Yo le ayudaba a preparar esas bolsas de comida que ella le llevaba cada vez que iba a lo de Hayward.

Para diversión de Cole, los otros ocupantes del living estaban tan incómodos por la falta de tacto de la anciana, que todos salieron a tratar de rescatarlo en una avalancha de halagos y de justificaciones que volaron por la habitación como pelota en un partido de vóley. Corey fue quien abrió el fuego.

- Abuela, la caballeriza de los Hayward es mucho más grande que la mayoría de las casas. - Enseguida miró expectante a su marido.

Spence aceptó la pelota que su mujer le tiraba.

- Cuando yo estaba, en la Universidad - dijo -, tenía la costumbre de ir a lo de Hayward y devorar cualquier cosa que tuvieran para comer. Creo que cuando uno es varón y tiene menos de

veinte años, nuestro apetito es insaciable, ¿no le parece, Henry? - preguntó, pasándole la pelota al abuelo de su mujer.

Henry era mayor y un poco torpe, pero consiguió mantener la pelota en juego.

- ¡No me cabe duda! Yo jamás me he podido resistir a la comida que prepara Rose. No sólo eso, sino que también he dormido en una caballeriza en compañía de un caballo. Cuando nuestra vieja yegua enfermó y dejó de comer, una noche Corey y yo dormimos allí con ella, porque no queríamos que Pearl muriera estando sola. Rose nos bajó la comida y compartimos parte del postre con Pearl. El gusto de la manzana asada debe haberle dado un motivo para seguir viviendo, porque después de comerla, se puso de pie y no volvió a caerse. Después de eso le gustaron tanto las manzanas que en cuanto veía una empezaba a relinchar, ¡y vivió hasta los veintidós años!

Muy satisfecho con su esfuerzo, se golpeó la rodilla y le dedicó una sonrisa a su hija, lanzándole la pelota.

- ¿Y Mary? - dijo al ver que ella parecía aturdida -. ¿Recuerdas lo que a Robert le gustaba, todo lo que Rose cocinaba y las conservas que preparaba? Era como si nunca le alcanzara lo que había comido.

- ¡Es verdad! - exclamó la señora Foster, apresurándose a asistir al equipo familiar -. Después de que vinimos a vivir aquí con él, mi marido aumentó diez kilos de peso. Por la noche comía de todo y más tarde bajaba a hurtadillas para robar algo más de la heladera, aunque en realidad no tuviera hambre. Diana lo sabia y estoy segura de que por eso le quería llevar comida a usted, Cole. - Después de hacer su jugada exitosa en el vóley verbal, miró a su alrededor en busca de alguien que todavía no había participado pero, al comprender que la única posibilidad era su madre, decidió que era más seguro sacar la pelota del campo de juego. La dirigió directamente hacia Cole. - Usted sabe lo fantasiosas que son las adolescentes - le dijo con una sonrisa -. Lo más probable es que haya estado harto de comida y deseando que Diana dejara de llevarle esas bolsas, pero ella estaba convencida de que lo estaba salvando de morir de hambre. Usted era amable y Diana... no era más que una adolescente que se dejaba llevar por su imaginación.

Todos miraron expectantes a Cole, como esperando la decisión oficial sobre el éxito del juego. Cuando él lo comprendió, decidió poner punto final al partido.

- Diana era muy amable y yo apreciaba su bondad.

Hasta ese momento, Rose Britton había observado la escena con la inocente imparcialidad de un espectador no involucrado, pero ante el veredicto de Cole meneó la cabeza en un divertido gesto de desacuerdo.

- Diana siempre ha sido bondadosa y ha pensado en los demás, pero la verdad es que estaba enamorada de usted. Por eso le llevaba todo el tiempo esas bolsas de comida y las sobras que había en casa Todos nosotros sabíamos lo que sentía por usted. Aunque - continuó diciendo con una sonrisa reminiscente mientras se inclinaba hacia adelante - Diana no era tan obvia como

Librodot

Corey con respecto a Spencer. Cuando Corey cumplió dieciséis años ya había empapelado las paredes de su dormitorio con fotografías de Spencer, convirtiendo el lugar en una especie de santuario. Diana era más reservada, pero en mi opinión estaba tan loca por usted como lo estaba Corey por Spencer. Tenía todos los síntomas de una chica enamorada y pensamos que...

- ¡Mamá! - exclamó la señora Foster con tono implorante -. ¡Éste no es el lugar ni el momento para hablar de eso!

- La verdad es la verdad, sea o no la ocasión indicada - contestó Rose Britton; luego miró a Diana, la persona menos indicada, como en busca de apoyo.

La consternación inicial de Diana provocada por el comentario de su abuela ya había dado paso al alivio. Hacía horas que trataba de encontrar algo que decir que lograra que su abrupto matrimonio con Cole pareciera menos injustificado e impulsivo, y se aferró a la frágil excusa que acababa de proporcionarle su abuela.

- ¡No, abuela tiene toda la razón del mundo! - exclamó en un tono de voz que pareció demasiado entusiasta hacia lo que, al fin y al cabo, era historia antigua -. ¡En realidad estaba tremendamente enamorada de Cole! - agregó, dirigiendo a Cole una mirada de reojo para ver cómo reaccionaba ante la noticia, pero la expresión de él no cambió. Completamente insensible a lo que acababa de oír, seguía con los brazos cruzados sobre el pecho, los pies un poco separados, y la observaba. Algo sobresaltada por su falta de reacción, Diana volvió a encarar el tema principal. - Ahora que todos recuerdan lo que sentía por Cole durante la adolescencia, lo que tengo que decirles no les resultará una sorpresa tan tremenda... - Las personas a quienes más amaba en el mundo la miraron felices y expectantes, convencidos de que escucharían una noticia agradable, ante lo que Diana vaciló.

- Adelante - la alentó Spencer con una sonrisa de aliento -. ¿Cuál es la sorpresa que nos vas a dar?

Diana respiró hondo y decidió jugarse el todo por el todo.

- Bueno, anoche, después del remate, Cole y yo bailamos un rato. Y después... y después...

- ¿Y después qué? - preguntó el abuelo al ver que su nieta estaba a punto de ahogarse con el fin de la frase.

- Y después subimos a la suite de Cole, bebimos unos tragos y... conversamos... acerca de algunas cosas. - Diana miró la mesa ratona colocada entre los sofás, deseando que aumentara de altura y corriera a ese darla.

- ¿Y entonces qué sucedió? - preguntó la abuela mirando expectante a Diana y a Cole.

Diana confesó el resto en un torrente de palabras.

- Y entonces nosotros... salimos del hotel... y... volamos a Las Vegas... y... ¡nos casamos!

El silencio absoluto que siguió a su anuncio terminó de poner de punta los nervios de Diana.

- Ya sé que en este momento deben estar un poco impactados - agregó, dirigiéndose a los cinco rostros que la miraban horrorizados.

El abuelo fue el primero en recobrarse y reaccionar. Le dirigió una mirada de odio a Cole y dijo con amargura:

- Señor, usted debe ser un gran conversador. Sobre todo cuando consigue llevar a una señora sola a su cuarto de hotel. Sobre todo si el corazón de esa señora acaba de ser destrozado y si ha bebido más de lo acostumbrado.

- ¡No, esperen! - interrumpió Diana. Sorprendida ante la furia sin precedentes que acababa de expresar un hombre tan tranquilo como su abuelo, y decidida a aclarar las cosas. - No fue como tú imaginas, abuelo. Cole y yo hicimos un convenio comercial que en un sentido profesional nos beneficiará a los dos y que también beneficiará a Foster Enterprises. Al casarme con él, salvé un poco de mi orgullo personal pero, lo que es más importante, salvé la imagen pública de nuestra revista. Cole también tiene un problema que se resolverá al estar casado conmigo. Él comprendió lo beneficioso que seria para ambos un casamiento rápido, y después hablamos acerca de las condiciones y convinimos en un arreglo temporal que nos convendría a los dos.

- ¿Qué clase de “arreglo temporal”? - le preguntó Spence a Cole en tono hostil.

- Un matrimonio que tendrá un año de duración y que lo será sólo de nombre... con propósitos exclusivamente comerciales - retrucó Cole, imitando el tono de Spence.

- ¡Ah! ¿Así es la cosa? - preguntó Spence, ya más confuso que enojado.

- Así es la cosa - confirmó Cole.

- ¿Exactamente qué problema tienes que pretendes solucionar casándote con Diana? - preguntó Spence.

- Eso no te interesa.

- Tal vez no - agregó el abuelo con suavidad -, pero a mí sí me interesa, jovencito.

Diana jamás imaginó que la situación sería tan difícil y abrió la boca para pedir calma pero, para su sorpresa, Cole capituló ante su abuelo, con una cortesía muy fría, pero cortesía al fin.

- Para explicarlo en pocas palabras, tengo un tío anciano, que en realidad es como mi segundo padre, que está desesperadamente enfermo y que tiene la decisiva obsesión de verme casado y padre de una criatura antes de su muerte.

- ¿Y cómo piensa convertirse en padre cuando su matrimonio lo es sólo de nombre y para fines sólo comerciales?

Librodot

- No pienso convertirme en padre - declaró Cole sin dudar un segundo -. Pero no es necesario que él lo sepa. Por desgracia no vivirá bastante para descubrirlo por sí mismo.

- Lo tiene todo muy bien planeado, ¿no es cierto? - dijo Henry Britton con profundo desdén; luego miró a Diana -. Lo que no puedo entender es que hayas permitido que este conspirador te convenciera de que aceptaras su plan.

- Él no me convenció de nada, abuelo. Ya te dije que acepté casarme con Cole porque así se solucionarán algunos problemas muy difíciles, los de él, los míos y los nuestros - enfatizó, levantando una mano y señalándolos a todos.

- ¡El hecho de que te hayas casado con un cretino, conspirador y lleno de labia a quien hacía años que no veías, no beneficiará un bledo a nuestra familia! - retrucó el abuelo.

- ¡Por supuesto que la beneficiará! - insistió Diana, tan enfrascada en sus explicaciones que ni siquiera se dio cuenta de que acababa de aceptar que Cole era un cretino, conspirador y lleno de labia - Cualquier cosa que beneficie a Foster Enterprises nos beneficia a todos, porque nosotros somos Foster Enterprises. Y ésa es la forma en que lo ve también el público. Los medios nos han mostrado tanto, que el público cree que nos conoce a todos. Los ven a ti y a mamá y a abuela y a Corey en el programa de televisión por cable The Foster Way y no sólo les encanta lo que hacen sino también lo que son. Lo demuestran las cartas que nos escriben. Nos cuentan lo mucho que disfrutan viéndote hacerle bromas a abuela y llamarla “Rosie”. Les encanta ver a mamá trabajando con ustedes y el cariño que todos se tienen. Y el programa favorito de todos los tiempos fue cuando Corey llevó a las mellizas al estudio para demostrar cuáles eran las mejores técnicas para fotografiar bebés. Disfrutaron de la demostración y aprendieron algunos trucos, pero les encantó que Molly le tendiera los brazos a abuela para que la alzara y también les encantó que la pequeña Mary se apoderara de una de las galletitas de mamá. Pero si tú le pusieras un ojo negro a abuela, o arrestaran a Corey por borracha, o descubrieran que mamá es cleptómana, y los medios se enteraran y lo convirtieran en un circo, el rating del programa caería en picada. Por el mismo motivo, cuando Dan me plantó y la noticia llegó a los medios, consiguió que casi todo lo que represento, pareciera patético y tonto. ¿Comprenden ahora?

- ¡No! ¡No comprendo! - retrucó la abuela con impaciencia.

- Entonces permite que te lo explique con más claridad: el público los asocia a ustedes cuatro con la manera de vivir de los Foster, pero a mí me asocian casi exclusivamente con la revista y, lo miren como lo miren, el tema que hay detrás de cada artículo de la revista Foster Beautiful Living, y de cada una de las maravillosas fotografías de Corey que publicamos, es siempre el mismo: la belleza y la armonía domésticas. Y allí es donde reside el problema para mí. Como editora de la revista y su vocera, debería creer en esos postulados y vivir de acuerdo con ellos, pero no tengo marido ni hijos y, como descubrió un periodista en algún momento del año pasado, paso más tiempo en nuestras oficinas que en mi departamento. Supongo que recordarán que el periodista comentaba que yo habría sido una representante mejor de las revistas Worhing Woman o Bazzar o Vogue en lugar de serlo de Foster Beautiful Living. Y eso fue mientras seguía comprometida con Dan. Una vez que él me plantó, y por una chica de

Librodot

dieciocho años, por una heredera italiana, mi credibilidad y mi prestigio con el público sufrieron un golpe enorme, por cierto que con la ayuda de una enormidad de humillantes conjeturas de los medios y que directamente habrían afectado a la revista. Primero habríamos perdido suscriptores y después habríamos perdido avisadores. - Habiendo terminado miró a su abuelo quien no vaciló en expresar su opinión personal acerca de esa posibilidad.

- Si nuestros suscriptores y avisadores son lo suficientemente veleidosos para dejar la revista sólo porque elegiste al hombre equivocado en quien confiar y a quien amar, ¡que se vayan al diablo! Allá afuera, desde donde ellos llegaron hay muchos más. ¡Deja que se alejen los antiguos y busca nuevos suscritores y avisadores!

- ¿Que los deje ir? ¿Que consiga nuevos? - preguntó Diana con tanta incredulidad y frustración, que les dijo cosas que hacia casi una década les ocultaba -. Ninguno de ustedes se da cuenta de lo difícil que me ha resultado mantener a Foster Enterprises en el camino del éxito y del crecimiento porque nunca quise que lo supieran. ¡Dios Santo! ¡He invertido la totalidad de mi vida en esa empresa! Apenas tenía veintidós años y acababa de recibirme en la Universidad cuando papá murió. - Levantó la mirada y la fijó durante algunos instantes en el cielo raso para impedir que las lágrimas le corrieran por las mejillas. - No sabía nada de nada, excepto que, de alguna manera, debía encontrar una forma de mantener nuestro nivel de vida y mantenernos a todos unidos. Ya sé que ustedes creyeron que yo era brillante y capaz y que estaba llena de confianza cuando los convencí de que podríamos hacernos cargo de una empresa que prepara comidas para fiestas y reuniones. Pero nada de eso era cierto. ¡Estaba asustada y desesperada!

Diana estaba tan enfrascada en la necesidad de hacerlos comprender lo que la había llevado a casarse con Cole, que no llegó a notar las crecientes expresiones de tristeza de su familia. Suavizó la voz y extendió las manos, como pidiendo comprensión.

- Ya sé que ustedes han supuesto que porque papá y sus amigos eran todos ricos y exitosos, y porque yo crecí entre ellos, había heredado algún tipo de habilidad instintiva, pero no fue así.

Cuando Diana hizo una pausa, la abuela le recordó en voz baja y con tono suave:

- Y sin embargo eso fue exactamente lo que hiciste.

Las emociones que Diana tenía a flor de piel la llevaban a tener ganas de llorar y, al mismo tiempo, a tener ganas de reír.

- ¡Fue toda una mentira! - exclamó -. Lo que “heredé” de mi educación fue un saludable miedo a la pobreza. Eso y saber en carne propia lo cruel e insensible que puede llegar a ser la gente rica cuando uno de los suyos cae en la ruina. Hay un estigma que se asocia con eso y no quería que Corey lo aprendiera de la manera más difícil. No quería que ninguno de ustedes lo experimentara. Yo no era una especie de valiente empresaria, me asustaba la alternativa, de manera que corrí el riesgo, un riesgo enorme. Lo único que teníamos era esta casa y cuando la hipotequé para empezar el negocio, estaba tan aterrorizada que al volver a casa vomité. Pero no se me ocurría ninguna otra manera de mantenernos unidos y de seguir viviendo como lo habíamos hecho siempre.

Librodot

Hizo una pausa y respiró hondo antes de confesar la verdadera extensión de su juvenil incompetencia.

- Cometí algunos errores muy costosos, sobre todo al principio; errores que siempre lamentaré. Para poder reunir más dinero de inversores privados, les vendí acciones de la compañía, acciones que ahora valen una fortuna en comparación con el dinero que les costaron, También he cometido otros errores, como quedarme quieta por miedo en momentos en que era necesario avanzar.

Habiendo terminado con lo peor de sus confesiones, agregó, arrepentida;

- Todo lo que he logrado con Foster Enterprises, no ha sido el resultado del genio; sino el resultado de interminables preocupaciones y de trabajo, combinados con una buena dosis de suerte.

El único que no parecía completamente perplejo por las revelaciones de Diana era Cole, y sin embargo era el más sorprendido de todos. Siempre supuso que la revista Foster's Beatiful Living se había iniciado como un entretenimiento, un capricho en vida de Robert Foster... una revista vanidosa que comenzó a publicarse para demostrar el estilo de vida poco habitual de la familia, como vidriera para la excepcional capacidad fotográfica de Corey y para proporcionarle a Diana una posibilidad de convertirse en publicista una vez que egresó de la Universidad. Nunca jamás hubiera imaginado que la revista fue creada por necesidades económicas y no por aburrimiento e infinitos recursos de dinero. Hasta ese momento también suponía que Diana era el testaferro de la revista, pero no su fundadora.

Lo que más le sorprendía era que ella hubiera corrido ese riesgo enorme y asumido esa responsabilidad cuando sólo tenía veintidós años. Veintidós años. Él tenía la misma edad cuando se lanzó a probar suerte en las finanzas, pero para entonces ya había vivido una existencia dura; estaba acostumbrado a los escándalos, a los apuros financieros y a la oposición. Por otra parte, Diana siempre le impresionó como un ser delicado, sobreprotegido y adorablemente remilgado.

En el silencio incómodo que siguió, mientras la familia trataba de comprender el segundo impacto importante de una década, parecían haber olvidado la presencia de Cole en el cuarto, y en realidad habrían preferido que él no estuviera allí. Por su parte, Cole sabía que estaba en condiciones de poner un punto final a la "discusión, excusándose y retirándose o recordándoles con amabilidad que era mejor tratar esos asuntos familiares en la intimidad familiar y no delante de extraños. En realidad, utilizaba con frecuencia esa táctica, cuando alguna mujer con quien salía intentaba involucrarlo en una discusión acerca de sus hijos, sus padres o su ex marido y su familia. Las discusiones entre integrantes de una familia o acerca de otras personas que pertenecían a esa familia, lograban que se sintiera un ser extraño, surgido de una roca y que vivió las primeras dos décadas de su vida en otro planeta.

Su propia juventud no le proporcionó el menor indicio de lo que era la dinámica formal de una familia, ni la idea de la interacción normal de integrante de una familia que se quería.

Por fin Henry Britton habló, movido por la culpa y el dolor.

Librodot

- Diana, no era necesario que sufrieras tanto por nosotros. Después de todo, no dependíamos de ti. Tu abuela, tu madre y yo podríamos haber vuelto a Long Valley a vivir como lo hacíamos antes. Corey podría haber ido a la Universidad por la noche y trabajado para algún fotógrafo durante el día.

Cole esperaba que Diana reaccionara al ver que sus esfuerzos y sacrificios eran tratados como innecesarios. Pero aunque en su voz había rastros de lágrimas, sonrió con suavidad y meneó la cabeza.

- Tú no comprendes, abuelo. No podía permitir que eso sucediera sin por lo menos luchar por impedirlo. Corey posee un don muy especial, pero era necesario que tuviera una oportunidad para demostrarlo y tal vez inunca habría obtenido esa oportunidad si hubiera tenido que ganarse la vida tomando fotografías de casamientos a las órdenes de algún fotógrafo local, quien se adjudicaría todo el crédito y a cambio le pagaría centavos.

Entonces Diana miró a su madre y a sus abuelos y su voz adquirió un tono de profunda emoción.

- Ninguno de ustedes tiene conciencia de lo talentosos que son. Todos tiene dones tan sorprendentes, que millones de personas se han enamorado de ustedes y de todo lo que representan. Los tres siguen creyendo que lo que hacen es una especie de entretenimiento, como si se estuvieran ocupando de tonterías en el jardín, en el taller o en la cocina, pero es mucho más que eso. Ustedes alcanzan a ver la belleza de las cosas sencillas y les enseñan a otros a verlas también. Ustedes le demuestran a la gente que se puede encontrar placer y armonía en el acto creativo. Ustedes les han demostrado que el trabajo de una verdadera anfitriona no consiste en lucirse con su casa o sus posesiones, sino más bien en lograr que cada uno de sus invitados se sienta especial e importante. La gente los ve por televisión, trabajando juntos y riendo juntos y cree en ustedes.

La voz de Diana temblaba de emoción cuando agregó:

- Ustedes cuatro han hecho una verdadera diferencia en las actitudes y en las prioridades de un enorme número de personas, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Todos los políticos hablan de la necesidad de volver a los valores tradicionales y a lo básico, pero ustedes le han mostrado a la gente una ruta sencilla y hermosa que los llevará hacia allí.

Habiendo terminado con todas las explicaciones y argumentos que se le ocurrían, volvió al motivo original de la reunión.

- Crean o no en todo eso, es necesario que me crean cuando les digo que Cole no me obligó a casarme con él. Desde mi punto de vista, casarme con él fue la mejor de todas las alternativas posibles y me alegra que haya confiado bastante en mí como para proponérmelo. Sé que él vivirá de acuerdo con su parte del trato, y yo tengo intenciones de cumplir con la mía.

Diana sintió instintivamente que en ese momento lo mejor que podía hacer era permitir que su familia hablara del asunto en la intimidad y que se acostumbraran a la idea. Miró a Cole y le dijo:

Librodot

- Creo que ahora será mejor que nos vayamos.

Todavía bajo el efecto de la sorpresa que le causó el suave pero enfático apoyo que Diana le acababa de brindar frente a su familia, Cole la siguió, pero cuando se acercaban a la puerta de calle, la abuela les hizo un invitación en la forma de un brusco desafío.

- ¿Usted por lo menos no piensa quedarse a compartir con nosotros la comida de los domingos, jovencito?

Diana no lo aceptó, en un intento de evitarle a Cole más situaciones desagradables.

- Hoy no - contestó -. En otro momento, tal vez.

Pero para su sorpresa Cole se volvió hacia Rose Britton y con una sonrisa igualmente desafiante dijo

- No tenía idea de que había sido invitado.

- Pero ahora lo está - anunció ella.

Mary Foster secundó la invitación de su madre con tranquila firmeza.

- Por favor, quédese a comer con nosotros.

Henry la convirtió en una invitación unánime, aunque su voz seguía siendo brusca.

- Hace mucho que no prueba ningún plato preparado por Rose.

- Gracias - dijo Cole, dirigiéndose a todos ellos. Miró a Corey y en sus ojos le pareció ver un ofrecimiento de amistad. - En ese caso, tendré mucho gusto en quedarme.

Diana decidió que de todos modos sería mejor que llevara afuera a Cole para que su familia pudiera hablar con libertad y acostumbrarse a la situación de su casamiento tan poco ortodoxo. Ya habían comenzado a modificar la actitud que tuvieron en el living y la prueba era que los hubieran invitado a quedarse a comer. Tenía todos los motivos para creer que la comida sería agradable para Cole, pero como él no tenía cómo saberlo, le sorprendió y gustó que aceptara la invitación.

Librodot

34

Afuera las mesas de trabajo y los equipos ya estaban guardados y sin ellos para distraer las miradas, el parque trasero recuperaba su estado normal de esplendor cuidado y semitropical.

Junto a la pileta, palmeras rodeadas por fragantes gardenias se inclinaban sobre reposeras y sus gigantescas copas susurraban con suavidad al ser movidas por la brisa. Imponentes laureles de California, cubiertos de pimpollos y de flores, agregaban toques de rosados y de blancos, mientras los aster colorados y blancos se cubrían de una gloria exuberante y los arbustos de rosas de la China exhibían sus flores exóticas del tamaño de un plato de postre en colores que iban del mandarina al amarillo y al colorado.

Como Diana sabía que por lo general los hombres quedaban fascinados por el taller de su abuelo, con su colección de herramientas, equipos y de excelentes maderas, condujo ante todo hacia allí a Cole. Él simuló interesarse por todo lo que ella le mostraba, pero Diana se dio cuenta y lo invitó a dar una vuelta por el invernadero y después por la huerta oculta en la parte trasera del jardín.

Al notar que él todavía parecía distraído, Diana decidió que la escena del living le había provocado un mal humor mucho mayor del que él se animaba a demostrar. Y en vista de algunas de las cosas que se dijeron, no podía culparlo. Diana entonces decidió hablar con claridad del asunto y se detuvo cerca de la pileta. Apoyó la espalda contra el tronco liso de una palmera y dijo con sencillez:

- Lamento todo lo que se dijo allá adentro. Te pido por favor que tomes en cuenta que la edad de mi abuelo a vences lo lleva a decir cosas inconvenientes.

- Ya lo hice - contestó él con sequedad.

- Pero sigues incómodo - insistió Diana.

Cole meneó la cabeza.

- No me siento incómodo, Diana.

- ¿Entonces estás enojado? - preguntó ella, observándolo para sacar sus propias conclusiones.

- No.

- ¿Entonces qué te pasa?

- Estoy impresionado.

- ¿Impresionado por qué? - volvió a preguntar ella sin saber a qué se refería.

- Por ti - contestó Cole con tono solemne.

Ella levantó los ojos al cielo en un gesto de burlona incredulidad.

- Por tratarse de un hombre que está impresionado, tu expresión es bastante sombría.

- Posiblemente porque es algo que no me sucede a menudo y es un sentimiento al que no estoy acostumbrado.

Diana comprendió que hablaba en serio y durante algunos instantes la sorpresa y el placer la dejaron muda.

- A propósito - agregó Cole -, ésta no es mi expresión sombría.

- ¿Ah, no? - preguntó ella, todavía resplandeciente por el halago - ¿Entonces cómo es tu “expresión sombría”?

- No creo que te guste conocerla.

- ¡Vamos! Déjame verla.

Cole estaba tan poco acostumbrado a ser tratado con divertida impertinencia que la frase de Diana le provocó una fuerte carcajada, que a ella le pareció no debía ser común en él.

- No me has preguntado qué me impresionó de ti.

Ella simuló pensarlo.

- Bueno, sé que no fue el taller de mi abuelo. Llamaste “madera” a un maravilloso tablón de caoba. Y tampoco creo que sepas distinguir entre una rosa híbrida y una rosa de la China.

- Tienes razón en los dos casos. Pero en cambio sé un poco acerca de negocios. Sabía que tu revista era un éxito, pero no tenía idea de que te las hubieras ingeniado para convertir a tu madre adoptiva y a sus padres en personalidades nacionales. Para decirlo sin exagerar, ¡es algo increíble!

- Yo no los convertí en personalidades - dijo Diana meneando la cabeza con una sonrisa llena de afecto -. Cuando los conocí me parecieron únicos y desde entonces no han cambiado nada. Eran precursores de una moda aún no creada.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Alrededor de un mes después del casamiento de papá con mi madre adoptiva, nos llevaron a Corey y a mí a Long Valley donde conocí a mis abuelos. Aunque en esa época el término todavía no me resultaba familiar, eran típicos "Hazlo tú mismo”. Durante el día mi abuelo era inspector de una ciudad con una población de alrededor de siete mil almas. Pero dedicaba las tardes y los fines de semana a su jardín donde experimentaba con maneras de obtener las flores y verduras más grandes y mejores del oeste de Texas sin recurrir a fertilizantes químicos ni a insecticidas.

“Cuando no estaba estudiando catálogos de semillas, o leyendo libros que trataban el tema de la manera antigua o nueva de controlar insectos y enfermedades del jardín y la huerta, pasaba su tiempo en un pequeño taller ubicado detrás de la casa, donde construía cualquier cosa, desde casas de muñecas y muebles en escala para esas casas para regalárselas a Corey, hasta alhajeras de madera y mecedoras para mi abuela. A mí me encantaba todo lo que había en el taller de mi abuelo, desde la viruta que cubría el piso hasta el olor de la madera. Recuerdo que durante mi primera visita, pisé un trozo de madera de alrededor de dos centímetros cuadrados que había junto a su banco de carpintero. Lo levanté y decidí arrojarlo al canasto de basura. Él rió y me preguntó por qué quería tirar un beso a la basura. En ese momento yo tenía catorce años y aunque él estuviera cerca de los sesenta, me parecía muy viejo. Así que cuando describió el pedacito de madera como un beso temía que además de viejo estuviera - Diana se llevó un dedo a la sien haciendo el geste de “loco”.

- Pero no era así - se aventuró a decir Cole con una sonrisa. Disfrutaba de la historia y también de la manera en que el sol brillaba sobre el pelo de Diana y del modo en que sus ojos resplandecían cuando hablaba de sus seres queridos. Diana formaba parte de la aristocracia de Norteamérica, pero era de una rectitud y tenía una suavidad que siempre lo fascinaban... en ese momento más que nunca, porque comprendía lo poco común que era esa combinación.

- No, por supuesto que no estaba loco. Tomó un cuchillo y talló la madera, luego buscó en un estante un trozo de viejo papel de aluminio. Envolvió la madera en el papel y la dejó caer en la palma de mi mano. Y allí estaba: un beso idéntico a los de chocolate. Un beso sin calorías, me dijo riendo. Después me di cuenta de que había un recipiente lleno de ellos sobre una mesita del living.

- ¿Y cómo calzaban en el cuadro tu madre y tu abuela? - preguntó Cole cuando Diana se volvió a estudiar la enorme planta de gardenia que tenía a su lado.

Ella lo miró y luego volvió a fijar su atención en el arbusto fragante.

- Cuando papá la conoció, mi madre era secretaria de una compañía manufacturera pero, igual que mi abuela, dedicaba su tiempo libre a cocinar, preparar conservas, y eso le encantaba.

Arrancó un tallo de gardenia y se volvió a mirarlo, rodeando con las manos una serie de hojas de un verde oscuro muy brillante con un pimpollo perfecto en el centro.

- Sigue - la urgió Cole al ver que se llevaba el pimpollo a la nariz.

- Mi abuela utilizaba la fruta y las verduras que cosechaba mi abuelo y experimentaba con recetas que habían pasado de madre a hija en la familia durante generaciones. Cada receta tenía un nombre que recordaba a un amigable antepasado y antiguos acontecimientos, junto con gustos maravillosos y perfumes deliciosos. Estaba la ensalada de arvejas de la abuela Sarah, y la tarta de cerezas de la abuela Cornelia. Había una torta de cosecha de luna y bizcochos de trigo y jamón.

Con cierto arrepentimiento, tuvo que admitir:

- Hasta mi primer viaje a Long Valley estaba convencida de que las frutillas crecían en árboles y que la palabra “conservas” se refería a comestibles enlatados. Y que las latas debían estar fuera de la vista de los invitados a una reunión, ocultas en la despensa. Te imaginarás cómo reaccioné al ver duraznos muy amarillos en tarros de vidrio con una etiqueta que mostraba a un duraznero con un bebé sentado debajo sobre una frazada y con toda la escena rodeada por un friso de flores y hojas de durazno. Para mí fue más que maravilloso, me resultó exótico. - Cole la miró con divertida fascinación.

- ¿En serio creías que las frutillas crecían en los árboles?

- ¿Y por qué no lo iba a creer? - contestó ella, batiendo las pestañas en una burlona imitación de las mujeres fatales -. Creía que los pollos habían sido creados dentro de una caja de cartón envuelta en plástico. Y en realidad - admitió con cierta vergüenza -, todavía prefiero pensarlo así. - Después terminó con su historia." - Me pareció que la casa de mis abuelos era mágica. Cuando vinieron a vivir con nosotros en Houston, nuestra casa comenzó a cambiar de la misma manera maravillosa, desde el parque trasero, que cuando ellos llegaron sólo tenía una pileta de natación y algunas palmeras, hasta las habitaciones mismas de la casa.

Al terminar de hablar, le ofreció la flor acunándola entre sus manos como si se tratara de un tesoro sin precio.

- Es exquisita, ¿no te parece? - preguntó en voz baja.

“Tú eres exquisita” pensó Cole y metió las manos en los bolsillos para evitar la tentación de tomar las de Diana entre las suyas, llevarse la flor a la cara y comprobar el gusto que tendrían los dedos de ella contra sus labios.

La falta de control sobre sus urgencias sexuales nunca había sido su problema. Tampoco lo eran el sentimentalismo, la falta de concentración o la necesidad de proteger a un miembro del sexo opuesto que tuviera menos de sesenta años. Furioso consigo mismo por los fracasos sufridos en las tres cosas durante las últimas veinticuatro horas, dijo con voz cortante:

- Así que lograste crecer un mercado para el talento y la filosofía de tu familia. Fuiste muy inteligente.

Ella pareció un poco apabullada por el tono brusco de Cole, pero meneó la cabeza y siguió hablando con voz suave pero firme. Igual que su cuerpo, decidió Cole, y miró con furia el tronco del árbol, disgustado por el giro que acababan de tomar sus pensamientos.

- No tuve necesidad de crear un mercado porque el mercado ya estaba allí y crecía año a año, aunque en ese momento nadie parecía reconocerlo.

- ¿Qué quieres decir con eso de que el mercado ya estaba allí y creciendo?

- Vivimos en una época en que los norteamericanos padecen cada vez más su falta de raíces y se sienten más separados los unos de los otros y de todo lo que los rodea. Vivimos en un mundo impersonal. Volvemos a nuestros hogares que son enormes subdivisiones llenas de casas

Librodot

casi idénticas, que a su vez están plagadas de objetos producidos en serie, desde los muebles hasta los accesorios. Nada nos da una sensación de estabilidad, de raigambre, de verdadera autoexpresión. La gente tiene necesidad de personalizar lo que los rodea de una manera más estrecha, aunque no puedan personalizar el mundo en que viven. El ideal de los Foster consiste en redescubrir el placer y la profundidad de nuestra propia creatividad.

- Creí que hoy en día las mujeres estaban más interesadas en saber hasta qué altura pueden ascender en la escalera de las corporaciones.

- Lo estamos, pero a diferencia de los hombres, muy pronto aprendemos que no podemos definirnos por nuestro éxito o falta de éxito en el trabajo. Le pedimos más que eso a la vida, y tenemos mucho más que eso para dar.

Cole frunció el entrecejo, confuso.

- ¿Implicas que las mujeres que orientan su vida hacia una carrera forman una parte significativa de las lectoras de tu revista?

Diana asintió, disfrutando sin disimulo de las nociones equivocadas de Cole.

- Los datos demográficos te sorprenderán. Sobre la base de nuestras encuestas de mercado, el sesenta y cinco por ciento de nuestras lectoras son universitarias que tienen o han tenido carreras exitosas. Entre las mujeres norteamericanas de carrera ha habido una creciente tendencia a posponer la maternidad hasta después de los treinta años, entonces se toman un tiempo libre y permanecen en sus casas durante los años de formación de sus hijos. Y cuando se quedan en su casa, se zambullen en la crianza de sus hijos con la misma dedicación y con el mismo celo que brindaban a sus antiguas carreras. Son grandes realizadoras, acostumbradas a hacerse cargo de las cosas y a lograr diferencias. Algunas trabajaban en áreas creativas, otras en empresas y en finanzas. Y llevan consigo toda esa capacidad creativa y organizativa a sus nuevos roles, con la diferencia de que no tienen una manera de expresarlas... aparte de sus hogares, Entonces comienzan a buscar maneras de mejorar sus casas, de infundirles personalidad, de hacerlas más funcionales y hermosas. Su necesidad de expresarse se combina con un deseo natural de ahorrar dinero y muy pronto descubren Foster’s Beautiful Living. Y por intermedio nuestro, se descubren a sí mismas.

- Es una tarea muy importante para una revista - contestó Cole, furioso consigo mismo por haber notado la manera maravillosa de expresarse de Diana. Y de moverse. Y su aspecto maravilloso.

- Foster Enterprises hace mucho más que publicar una revista mensual. También publicamos libros sobre mesas ratonas y comercializamos una línea de productos de limpieza naturales. También comercializamos equipos de “hágalo usted mismo”, que por lo general son creados por mi abuelo o bajo su supervisión. Comenzamos a hacer programas especiales en CBS para la época de las vacaciones, y el rating fue tan alto que la emisora quiso contratamos con exclusividad para que hiciéramos seis programas especiales por año. Rechacé la oferta porque desde mi punto de vista creo que, en un sentido financiero y por imagen, nos conviene más producir un programa semanal. Nuestros costos de producción son relativamente bajos, de

Librodot

manera que la oferta de CBS no me interesó tanto como habría interesado a alguien con un programa más costoso.

- Por lo visto tienes todo bajo control.

- Es lo que parece, pero no lo que es. La verdad es que vivimos en una tremenda, constante y permanente presión, no sólo porque por todas partes surgen competidores que tratan de apropiarse de parte de nuestra reputación y de nuestra fama, sino porque por lo visto el público considera que tenemos un nivel más alto que la competencia y debemos vivir a la altura de las circunstancias. La presión es intensa para encontrar constantemente ideas mejores y más novedosas para cada edición de la revista, para cada libro, para cada programa de televisión. Tenemos que ser más observadores, más frescos y ofrecer más que los otros. Era más fácil hacerlo antes, cuando éramos los únicos que nos dedicábamos a eso en la ciudad. Ahora no lo es tanto. Hasta hemos tenido que despedir a dos “espías” que los competidores plantaron en nuestra empresa.

Cole la miró, impactado.

- De alguna manera siempre he asociado el espionaje corporativo en zonas tales como la electrónica o la defensa.

- Yo también, hasta que nos sucedió. El otro problema es nuestra imagen pública - dijo Diana, refiriéndose a Dan sin mencionarlo -, y te aseguro que mantenerla intacta puede ser una pesadilla de relaciones públicas, no sólo con respecto a mi sino con respecto a todos. Debemos tener cuidado con todo lo que hacemos o decimos, sin importar con quién ni dónde estemos.

- ¿Todos? - repitió Cole -. Yo creí que a ese respecto tú tenías el problema mayor porque se te identifica con la revista.

- Te di esa impresión en el living, pero no fue del todo exacta. Todos estamos identificados con la revista. Lo que desde el principio convirtió a Fosters Beautiful Living en algo único es que era, y es, una tarea familiar, cosa que siempre ha atraído al público. También por desgracia lo ha advertido la prensa, lo cual significa que ni siquiera podemos estar en desacuerdo con algún detalle mínimo cuando estamos grabando un programa, sin leer después en alguna columna de chismes que “hay problemas en el paraíso de los Foster” o alguna otra imbecilidad por el estilo.

“Mi madre escribe una columna en la revista que es una de las más populares. En ella recuerda su infancia, las vacaciones que pasaba en casa de sus abuelos, las cosas que le enseñaba su madre, y bromea acerca de los miedos que tuvo las primeras veces que debió ofrecer reuniones o fiestas. Cuenta historias sobre abuela y abuelo, sobre Corey y yo cuando éramos chicas. Todos nosotros hemos aparecido de vez en cuando en las fotografías de la revista, y los lectores tienen la impresión de que nos conocez. El público que compra la revista, nos considera sus amigos. Cuando Corey se casó con Spence, recibimos toneladas de tarjetas de felicitación. Cuando nacieron las mellizas, nuestras lectoras enviaron millares de regalos, todos hechos a mano. Terminamos por incluir algunos de ellos en un número dedicado a los bebés. Cuando mi abuelo se rompió una pierna, llegaron más regalos y cartas deseándole un pronto

Librodot

restablecimiento. Para el público debemos seguir siendo una familia grande y feliz, que vive la excelente vida que exponemos en nuestros números.

Mientras la escuchaba, Cole comprendía lo inmensos que eran los logros de Diana. Realmente le molestaba que alguien que había logrado todo eso, con muy poca ayuda y sin estar respaldada por grandes cantidades de dinero, le diera tan poca importancia a todo lo hecho.

Cole se le acercó y apoyó una mano sobre el tronco del árbol, por encima de la cabeza de Diana.

- Dime una cosa - pidió en tono severo -. ¿Por qué crees que tus errores son tan grandes que superan tu increíble éxito? En el living les quitaste importancia a tu talento y a tus logros, y diste la impresión de que tu éxito no era más que una cuestión de suerte.

Ella hizo una mueca y desvió la mirada.

- Lo que sucede es que no te das cuenta de lo perniciosos que fueron mis errores ni de la cantidad que cometí.

- Dime lo que fueron y permite que yo los juzgue. Te prometo que seré imparcial.

A Diana le alegraba la oportunidad de poder pasar un rato con él, de volver a conocerse, pero deseó que Cole no insistiera tanto en ese tema, A regañadientes, lanzó un suspiro, apoyó los hombros contra el tronco de la palmera y se dio por vencida.

- Te debes haber dado cuenta de parte allá adentro. A lo largo de los años dejé pasar algunas oportunidades maravillosas porque no quise arriesgarme... tenía miedo de crecer demasiado rápido.

Cole la miró a los ojos, maravillado de que Diana pareciera tan auténtica y poco afectada en ese momento como cuando tenía dieciséis años, y casi deseando que no lo fuera. Ese casamiento entre ellos no era a prueba de balas y no quería tener éxito en lo que Penworth no logró hacer: convertirla en una mujer fría y cínica.

- Creo - bromeó ella -, que en este momento estoy viendo tu expresión sombría.

- No - contestó él con una semisonrisa -. Ésa era mi expresión de estar impresionado. - Y antes de que ella pudiera hacerle preguntas acerca del motivo de su impresión, respondió a su anterior comentario. - Los negocios fracasan a cada rato porque algunas personas permiten que sus sueños superen sus recursos financieros. Es mucho más sabio errar siendo conservador.

- Yo erré por ser tonta. El mayor de mis errores fue esperar hasta hace dos años para comercializar nuestra propia línea de productos para jardinería. Cuando por fin lo hicimos, se vendieron como si los estuviéramos regalando.

- Debes haber tenido motivos para esperar, motivos que parecían sólidos - señaló Cole.

Librodot

- Los tuve. Básicamente me preocupaba el control de calidad, saber iniciar la producción y el costo de almacenaje. Cuando por fin lanzamos el producto, fue un éxito enorme, lo cual significa que perdimos muchas ganancias mientras yo arrastraba los pies.

- Eso es como lo ves ahora, desde un punto de vista retrospectivo. Diana se negó a que él la tratara con condescendencia. Cruzó las manos sobre el pecho y contestó con tono agrio.

- ¿Tú habrías esperado y perdido tiempo deliberando mientras la competencia te ganaba de mano?

Al principio de la conversación Cole había prometido ser veraz. Mantuvo su promesa.

- No - contestó.

- ¿Has visto? Eres valiente y precavido.

- No, yo no “veo”. Hay una gran diferencia entre mis circunstancias y las tuyas. Cuando yo empecé con Unified Industries, contaba con más dinero que el suficiente y tenía aún más a mi disposición si llegaba a hacerme falta.

Ella se alegró, pero no demasiado.

- Hice otras cosas que le rogaría al cielo poder deshacer.

- ¿Como qué? - insistió Cole, reaccionando a una necesidad interior de consolarla con sinceridad, a pesar de comprender que se estaba comportando como un curioso.

- Como dije en el living, prácticamente regalé acciones de nuestra compañía para obtener dinero y poder iniciar el negocio, y después para mantenernos en marcha.

Cole sintió el repentino deseo de extender una mano y acariciarle la mejilla y cuando le contestó, su voz era inusitadamente suave.

- Me sorprende que a los veintidós años hayas conseguido convencer a un banco que invirtiera en tu plan, para no hablar de haber conseguido inversores particulares.

Diana se encogió de hombros.

- El banco no corría demasiados riesgo porque ofrecimos esta casa como garantía.

Cole se negó a permitir que ella denigrara sus logros.

- ¡En serio? Entonces, i cómo conseguiste que una serie de inversores privados invirtieran dinero ganado con mucho trabajo en un negocio de alto riesgo y sin potenciales ganancias?

- ¡Ah, eso! - exclamó ella con una carcajada de arrepentimiento - Llené mi portafolios con planes de negocios y sus proyecciones y fui a visitar a los amigos de mi padre. Sin duda, todos creyeron que íbamos a fracasar, pero se compadecieron de uní, de manera que me palmearon la

Librodot

cabeza y me dieron cinco o diez mil dólares, convencidos de que, por lo menos, podrían deducir las pérdidas de sus impuestos y conservar las ganancias de otros negocios más productivos. A cambio de eso, les di acciones de la nueva compañía. - Suspiró y apartó la mirada. - En definitiva, regalé tantos trozos de nuestra empresa, que cuando nos sentamos a hacer números apenas nos quedaba el cincuenta por ciento.

- Diana, no tenías otra alternativa.

- Si hubiera soñado lo redituable y exitosa que es ahora la compañía...

- Yo te hablo de antes, del momento en que empezabas - dijo Cole con aire severo -. ¿Tenías alguna otra manera de conseguir el dinero que te hacía falta?

Ella vaciló y luego hizo un movimiento negativo con la cabeza.

- Ninguna.

- Entonces deja de culpaste por no ser adivina, acepta el crédito de haber superado sola centenares de dificultades y de problemas... problemas que habrían eliminado a todos, con excepción de los empresarios más dotados y flexibles.

Diana miró el rostro severo y apuesto de Cole y comprendió que hablaba completamente en serio.

- Viniendo de ti, ése es un elogio muy importante. Entonces Cole sonrió.

- No lo olvides. No puedo permitir que mi esposa ande por allí quitándoles importancia a sus logros. Podría reflejar muy mal mi capacidad de elección - bromeó -, y traer consigo una baja en la cotización de las acciones de Unified.

- Y producir un colapso en Wall Street - agregó Diana, cuyo ánimo se elevó hasta lo indecible ante la calidez de la repentina sonrisa de Cole.

Librodot

35

De pie frente a la pileta de la cocina donde cortaba hojas de lechuga colorada en pequeños trozos, Corey estudió a la pareja que conversaba en el parque. Estaba tan absorta en la escena y en las posibilidades que ofrecía, que se sobresaltó cuando su marido se le acercó por detrás y le rodeó la cintura con los brazos.

- ¿Donde están todos? - preguntó Spence.

- Les sugerí que se relajaran un poco antes de la comida. Aquí Glenna y yo tenemos todo bajo control.

- Yo acosté a las chicas y les di un beso en nombre de su mamá. Allí es donde me gustaría estar: en la cama contigo - susurró Spence mientras le mordisqueaba un costado del cuello.

Corey levantó la cara para recibir el beso de Spence justo en el momento en que el ama de llaves entraba en la cocina y de una manera automática, ambos se alejaron como si fueran adolescentes culpables.

- Sigan adelante con lo que estaban haciendo - dijo Glenna -. No permitan que los interrumpa. Sólo estaba tratando de poner sobre la mesa una comida de seis platos para siete personas.

Spence la miró salir con el entrecejo fruncido.

- ¿Por qué será que siempre dice algo que me hace sentir culpable?- En un movimiento automático tomó un cuchillo y comenzó a cortar un pimiento en rodajas. - Ya hace quince años que repite lo mismo.

Corey sofocó una carcajada, pero su atención seguía fija en la escena del jardín.

- Lo hace porque le da buen resultado. Nos estás ayudando a preparar la ensalada, ¿no es cierto? - Le pasó un repasador limpio. - Si te ajustas esto en la cintura no te mancharás la ropa.

El ex medio campista y estrella de la Universidad Metodista del Sur, miró el repasador con desconfianza.

- Los verdaderos hombres no se ponen delantales - bromeó.

- Considéralo un taparrabos - sugirió ella.

Trabajaron durante varios minutos en un armonioso silencio, mientras ambos observaban a la pareja del jardín. Diana estaba apoyada contra el tronco de una palmera y Cole se encontraba colocado frente a ella, con las manos apoyadas en el tronco, por encima de la cabeza de Diana. Lo que fuera que ella le decía, lo hizo reír.

- Cuando éramos adolescentes - dijo Corey con una sonrisa de reminiscencia -, yo estaba tan infatuada contigo que no alcanzaba a comprender por qué el resto de las chicas consideraban que Cole Harrison era increíblemente atractivo.

- ¿Pero ahora lo comprendes?

Corey asintió.

- Me encantaría poder fotografiarlo algún día. Tiene una cara maravillosa: todos planos y ángulos duros.

- A mí no me parece precisamente un tipo que pudiera ser modelo.

- ¡Porque no lo es! Hay en él demasiada virilidad cruda para que pudiera servir como modelo de ropa. Cole posee casi... una calidad de depredador.

Dejó caer un manojo de lechuga en un bol y tomó algunas hojas de espinaca lavadas y crudas y comenzó a cortarlas mientras continuaba hablando, pensativa.

- Yo lo fotografiaría en un ambiente que estuviera de acuerdo con su aspecto físico.

Spence frunció el entrecejo, miró por la ventana, molesto por la fascinación de Corey y por su manera de ponderar el rostro de otro hombre.

- ¿Qué clase de ambiente? - preguntó mientras empezaba a cortar en rodajas una cebolla colorada.

- Creo que elegiría algún terreno duro. Un desierto bajo un sol ardiente, tal vez, con un fondo de montañas desnudas y estériles.

Las montañas sin árboles ni nieve impresionaron a Spence como algo feo y poco agradable. Asintió, satisfecho.

- Eso se llama tener idea de lo que es hacer un trabajo. Le sentaría muy bien.

Sin haber percibido la razón negativa del comentario, por un momento Corey dejó de cortar espinaca y continuó estudiando su sujeto.

- Dime algo - la desafió Spence -. ¿Cómo ocultarías sus ojos?

- ¿Por qué voy a querer ocultar sus ojos? - preguntó ella, mirando a su marido.

- Porque son fríos y duros como el granito. Esta tarde lo observé en el living, y no creo que haya en él ni un gramo de calidez ni de sentimientos.

- En realidad parece mucho más duro que antes - admitió Corey - pero no creo que sea frío. Piensa en la forma en que le compró a Diana ese collar en el remate y le hizo

creer a todo el mundo que para él era una cuestión de amor a primera vista. Y ahora míralos juntos allí afuera. Me parece ver al Príncipe Encantado que corre al baile a rescatar a la Cenicienta.

Spence miró por la ventana en un silencio lleno de escepticismo. Al comprender que la falta de respuesta de su marido significaba que estaba en desacuerdo, Corey preguntó:

- ¿Qué ves tú cuando los miras?

- Veo a Caperucita Roja sonriéndole al Lobo Feroz.

Corey rió ante las imágenes de los cuentos infantiles que ambos acababan de usar, pero su sonrisa desapareció cuando Spence continuó diciendo:

- Basado en lo que he leído y oído, te puedo asegurar que ese hombre que tan agradable te resulta, posiblemente sea el hijo de puta más frío que hayas conocido, y además el empresario más despiadado de esta década.

Corey se olvidó de las verduras que estaba cortando. Aunque no era tan astuta como Spence en lo que se refería a la Bolsa de Comercio, no había duda de que se mantenía al tanto de las noticias nacionales.

- No comprendo por qué dices eso. No hace mucho, las noticias estaban llenas de comentarios acerca de que él había comprado una compañía de computación y lo llamaban un “golpe maestro”. Pero jamás dijeron que hubiera hecho nada ilegal.

- Compró Cushman Electronics, Corey - explicó Spence -. Lo llamaron un golpe maestro porque justo antes de que Harrison comprara la compañía, corrieron rumores por todo Wall Street de que el nuevo chip de computación de Cushman tenía problemas en la fase de prueba, y a raíz de eso, las acciones de Cushman cayeron de veintiocho a catorce dólares cada una. Entonces entró en escena Unified Industries y Harrison consiguió una compañía que vale trescientos millones de dólares por la mitad de ese precio.

- ¿Y eso qué tiene de malo? ¿No se supone que hay que comprar acciones cuando bajan, con la esperanza de que vuelvan a subir?

- ¿Quién crees que hizo correr los rumores? ¿Y a que no adivinas quién se comenta que es el dueño de la empresa independiente que Cushman utilizó para poner a prueba su chip?

Corey quedó con la boca abierta.

- ¿Alguien ha probado que la gente de Cole falsificó los resultados del test o inició los rumores?

- Si alguien llega a demostrar una de esas cosas, Cole irá a la cárcel.

Librodot

Corey sintió una punzada cíe aprensión, que disminuyó cuando recordó a Cole en la caballeriza de los Hayward, tranquilizando con suavidad a un potrillo enfermo y también por la manera en que parecía suavizarse en ese mismo instante cuando miraba a Diana en el jardín trasero.

- Hasta que alguien lo demuestre, en realidad no es más que un rumor desagradable - anunció.

- Los rumores parecen seguir a Harrison a todas partes - señaló Spence con sarcasmo -. En todo lo que hace, siempre tiene una especie de agenda intricada oculta en la mente. Anoche - dijo -, necesitaba una esposa presentable para pacificar a su tío. Vio en Diana la oportunidad perfecta, de manera que jugó a ser Sir Galahad durante el remate, con la prensa allí para registrar todos sus actos, y mientras ella estaba llena de gratitud y de champaña, la llevó en avión hasta Nevada y se casó con ella... otro “golpe maestro” para su currículum. En menos de doce horas, logró entrar en esta familia y ahora nos está volviendo locos a todos para tratar de adivinar lo siguiente que hará.

Corey sonrió ante las últimas palabras de su marido y comenzó a poner todo lo que había cortado y picado en un hermoso bol de madera, bruñido por años de uso.

- Aparte de ser buen mozo y atractivo, Cole es billonario, y se lo ha visto con un montón de mujeres hermosas. Créeme, Spence, que no tenía necesidad de tomarse todo el trabajo que se tomó anoche para conseguir una esposa hermosa y presentable.

- AI casarse con Diana, Harrison no sólo consiguió una mujer hermosa - retrucó Spencer con amargura -. Anoche Cole Harrison también consiguió algo casi imposible: una nueva y resplandeciente imagen pública.

- ¿Cómo?

- Cuando las fotografías de lo sucedido anoche se publiquen, los lectores creerán que Cole Harrison miró a la mujer que Dan Penworth acababa de descartar, una mujer que además es una de las más queridas del país, y en una verdadera historia de cuento de hadas, rescató a la damisela en desgracia, la cubrió de alhajas, se la llevó en su jet privado y se casó con ella esa misma noche. A fines de esta semana, Cole Harrison habrá llegado a ser el héroe más noble y romántico de la década.

- Me cuesta creer que sea tan maldito. Siempre fue muy agradable mientras trabajaba en lo de Hayward.

Spence se inclinó hacia adelante, se enjuagó las manos y las secó en una toalla con expresión sombría.

- Dudo de que aún entonces haya sido tan “agradable”.

-¿Por qué lo dices?

Librodot

- Porque entre sus muchos enemigos se cuentan Charles y Doug Hayward. Lo odian a muerte.

Corey detuvo las manos sobre el bol de la ensalada.

- Doug nunca ha dado muestras de eso.

- Te la dio anoche. Cuando terminó el remate, Diana llevó a Harrison a nuestra mesa. ¿Recuerdas lo que sucedió?

- Si, por supuesto. Doug dijo algo que me pareció de muy poco tacto e indigno de él pero no olvides que estuvo raro durante toda la comida.

- Estuvo perfectamente normal hasta que Diana entró en la sala de baile con Cole Harrison. Después, con toda deliberación, se negó a estrechar la mano de Harrison.

- Pero...

- Escúchame, querida. Anoche te pusiste tan eufórica porque Harrison había "corrido al rescate de Diana" que no quise estropearte la velada, pero la verdad es que Charles y Doug Hayward lo desprecian desde el fondo del alma. Y te lo digo para que ni tú ni Diana se hagan demasiadas ilusiones creyendo que este casamiento puede llegar a ser más de lo que es y después queden lastimadas.

- ¿Lo desprecian? - susurró Corey -. ¿Por qué. ¿Qué puede haber hecho Cole?

- Te he dicho todo lo que sé, y el único motivo por el que lo sé es que hace varios años, después de visitar a Barbara en el hospital de Nueva York, Doug fue a verme a Newport. Estaba angustiado porque su hermana no mejoraba y, para alegrarlo, lo llevé a navegar y después salimos a comer juntos- Spence se dirigió a uno de los armarios del que sacó botellas de vino blanco, vinagre y aceite de oliva, que abrió y comenzó a verter en diferentes recipientes de medidas. - Habíamos bebido bastante vino y decidimos pasar el resto de la velada en mi casa. Entramos en la biblioteca para ver el noticiero y sobre la mesa ratona estaba el último ejemplar de Newsweek. La fotografía de tapa era Harrison y cuando Doug lo vio se lanzó a una diatriba contra Harrison, una diatriba tan llena de maldad que no habrías creído que el que hablaba era Doug.

Spence levantó la mirada de los ingredientes que estaba mezclando.

-Desvariaba hablando de venganza y del tiempo que tanto él como su padre habían esperado la oportunidad de lograrla. De alguna manera surgió el nombre de Barbara, y entonces creí que Doug se iba a desmoronar y que empezaría a llorar. Pero al poco rato logró controlarse y se acostó. A la mañana siguiente se disculpó y dijo que la noche anterior había bebido demasiado y que yo no debía prestarle ninguna atención a sus "desvaríos de borracho".

- Tal vez eso fueron - dijo Corey, esperanzada, mientras revolvía por última vez la ensalada -. Doug nunca ha sido un buen bebedor.

Librodot

- Créeme que lo sé - contestó Spence con una sonrisa de reminiscencia -. Cuando yo estaba en la Universidad, cada vez que iba a Dallas, solía quedarse conmigo en la casa de la fraternidad. Hasta el día de hoy nunca he visto a nadie más que a Doug convirtiéndose en Superman y tratando de saltar altos edificios... después de haber bebido sólo tres rones con coca.

Corey asintió, pero había vuelto a fijar su atención en la pareja del parque. Observó que Cole escuchaba con expresión intensa lo que Diana le estaba diciendo. A su lado, Spence observaba la misma escena. Sin darse cuenta de que lo hacía, Corey expresó sus pensamientos en voz alta.

- Te aseguro que no lo creo.

Con sabiduría, Spence se abstuvo de recordarle que un mes antes se negó a creer que el asistente de un carpintero estaba robando herramientas del garaje, aun cuando vio que del bolsillo del pantalón le sobresalía una llave inglesa.

A su vez, Corey se abstuvo de recordarle a Spence que a él le gustaba Dan Penworth, quien había resultado ser una rata de albañal. De todos modos con decirlo no habría ganado nada, porque toda la familia le tenía simpatía a Dan.

- ¿Por lo menos no le puedes conceder a Cole el beneficio de la duda? Así todo sería mucho más fácil.

Spencer miró el rostro preocupado de su mujer, se dio por vencido y le dirigió una mirada sugestivamente lasciva.

- Está bien, preciosa, pero te costará caro - dijo antes de alejarse. Corey lo tomó del brazo.

- ¡Qué atractivo taparrabos! - bromeó mientras le quitaba el repasador de la cintura.

Spence retribuyó el halago volviéndose hacia ella, rodeándola con sus brazos y apresándole las nalgas con las manos en un gesto juguetón,

- ¡Qué trasero precioso! - exclamó mientras le mordisqueaba una oreja.

A la izquierda de ambos hizo su entrada Glenna, con sus silenciosos zapatos ortopédicos de suela de goma.

- Sólo quiero sacar el pato del horno antes de que termine carbonizado - explicó con voz sufrida.

Corey se puso tensa y Spence quedó petrificado, luego acercó más a sí a su mujer y, riendo, la besó.

Librodot

Librodot

36

Cuando Cole entró al comedor formal junto a Diana, por lo que vio supuso que la familia había decidido tratar de simular que el repentino matrimonio de ambos era motivo de celebración y no de homicidio.

Un gran bol de rosas amarillas formaba el centro de mesa, flanqueado por candelabros con las velas encendidas La mesa estaba tendida con platos de porcelana y relucientes cubiertos de plata. Una larga fuente de porcelana contenía suculentos trozos de pechuga de pato, un recipiente desbordaba de bizcochos de manteca y en dos bols había papas nuevas asadas con aceite de oliva y espárragos cocidos al vapor.

Las señoras hicieron grandes esfuerzos por sonreírle a Cole y hasta el abuelo consiguió saludarlo con una amable inclinación de cabeza mientras ocupaba su lugar en la cabecera de la mesa y le indicaba que se sentara a su derecha. La abuela de Diana se sentó a la izquierda de su marido, directamente frente a Cole, y cuando Diana se aprestaba a rodear la mesa para sentarse junto a su flamante marido, la abuela dijo:

- Corey, querida, ¿por qué no te sientas al lado del señor Harrison y permites que Spence se siente a mi lado para que todos tengamos oportunidad de conocernos mejor?

La señora Foster ocupó su lugar en la otra cabecera de la mesa y Diana quedó ubicada entre su madre y Spence. Cole notó que la señora Foster registraba la forma en que estaban ubicados, pero una sola mirada a la abuela le indicó que ella acababa de lograr colocarlo en el “asiento caliente”. El abuelo estaba a su izquierda, la abuela y Addison justo frente a él, y tenía a Corey a su derecha y Diana, su única aliada, estaba lejos.

Nada podía lograr que Cole se sintiera tan hipócrita como para agradecerle a un dios imaginario en quien no creía, cosas no logradas por él y luego empeorar la idiotez pidiendo favores que él no tenía el poder ni, quizás, la inclinación de conceder. La hipocresía no se contaba entre los múltiples defectos de Cole, de manera que inclinó apenas la cabeza y estudió la rosa bordada a mano de su servilleta mientras esperaba el comienzo de la inquisición oficial.

Henry Britton no era un hombre dado a la dilación. Terminó la oración y dijo:

- Amén. Cole ¿cuáles son sus planes?

Antes de que Cole pudiera contestar, Diana miró directamente a Corey y dijo:

- Corey se muere de ganas de enterarse de todos los detalles del casamiento y yo la he tenido esperando hasta ahora para poder contárselos a todos juntos.

Sin vacilar, Corey tomó la soga que ella le tendía.

- Es preferible que primero nos enteremos de los detalles del casamiento, abuelo. Después podemos volver al presente. Cole y Diana nos podrán hablar del futuro. - Se volvió hacia Cole y agregó: - ¿Te parece bien?

En esos pocos instantes, Cole llegó a varias importantes conclusiones: la abuela no era, como él supuso al principio, sino que era anciana, demasiado sincera, posiblemente excéntrica y probablemente astuta como el demonio.

Corey era una inamovible aliada de Diana, y suponía que neutral en lo que a él se refería, mientras que Diana, Diana con sus hermosas facciones y su voz suave, tenía suficiente experiencia en diplomacia para llegar a ser una indudable ventaja en cualquier mesa, ya fuera de comedor o de sala de directorio.

La observó haciendo un recuento entusiasta del casamiento abrupto y poco romántico que ella apenas recordaba y sazonarlo con los detalles necesarios para que interesara a personas de ambos sexos.

- Salimos del hotel en la limosina de Cole y nos dirigimos al aeropuerto. El avión de Cole es un Gulfstream, abuelo, y mucho más grande que un pequeño Learjet. Lo podrías agregar al móvil de aviones que has diseñado para cuartos de varones. De todas maneras, cuando lo abordamos, nos encontramos con una botella de champaña en un balde de hielo y uno de los pilotos ya estaba en la cabina de mandos haciendo... bueno, lo que hacen los pilotos antes de decolar - dijo, quitándole importancia a los rituales de prevuelo con un gracioso movimiento de la mano -. Minutos después llegó el otro piloto, que se llama Jerry Wade. Y ¡oh, abuela! - se volvió para incluir a la anciana en la conversación, ya que ésta no hacía más que mirar a Cole con el entrecejo fruncido -, en la penumbra es idéntico a tu actor preferido. Le dije que pasara a visitarte alguna tarde.

Fascinado por la forma que ese comentario logró que Rose Britton dejara de tenerlo como centro de su atención, Cole esperó descubrir quién era el actor predilecto de la anciana.

- ¿Se le parece? ¿En serio? - dijo la abuela con una mezcla de duda y de fascinación -. ¿Se parece a Clint Eastwood?

- Clint Eastwood es casi calvo - intervino el abuelo irritado-. y además sesea cuando habla.

Corey se inclinó hacia un costado y, mientras le alcanzaba la fuente de espárragos, contestó la pregunta no formulada por Cole.

- Abuela está loca por Eastwood y eso pone celoso el abuelo. No me dirás que no es una maravilla.

Librodot

- Mamá, te encantaría lo que Cole ha hecho con el interior del avión. Uno tiene la sensación de estar caminando por un hermoso living, con muebles tapizados en cuero color platino, con toques de cobre y oro. Tiene dos sofás curvos enfrentados, con una antigua mesa ratona entre ellos, un buffet haciendo juego con perillas de cobre y varios sillones.

Casi había logrado capturar la atención artística de su familia y mientras Cole escuchaba su colorida descripción del interior del avión, desde las lámparas Waterford de cristal hasta la alfombra oriental de la cabina principal, hizo dos interesantes descubrimientos: en primer lugar que Diana tenía un increíble talento para crear imágenes con palabra, y en segundo lugar, que no mencionaba el otro ambiente importante del avión: el dormitorio.

Todavía le parecía ver su sorprendente belleza mientras se tendía cruzada sobre la resplandeciente colcha de raso plateado de la cama, apoyada sobre un codo, cubierta por un vívido traje colorado que le permitía a él vislumbrar con erotismo sus pechos generosos. Tenía el rostro vuelto hacia él, invitándolo a besarla. Pero en el momento de inclinarse sobre la cama, Cole vaciló. La razón fría y la lógica dura entraron en colisión con su deseo, y vencieron, como siempre le sucedía. Lamentándolo, pero muy resuelto él dijo:

- No - y comenzó a retroceder.

Ella levantó una mano, la deslizó sobre el hombro de Cole y la detuvo en su nuca, mientras enredaba los dedos de la otra mano en el vello corto que sobresalía del cuello de la camisa de Cole y, al mirarla, él contempló ojos tan verdes como el jade y tan vulnerables como los de una criatura herida.

- No - repitió, pero percibió la vacilación y el pesar de su propia voz. También Diana los percibió.

En ese momento, Diana hacía una descripción de la cabina de mando del avión y Cole se preguntó si no habría mencionado el dormitorio por delicadeza, por vergüenza o por falta de memoria. Resultaba difícil creer que pudiera recordar que el interior del avión estaba tapizado en cuero gris claro y que olvidara que una tercera parte de la cabina del jet fuese un dormitorio. Por otra parte ella no vio el dormitorio hasta después de que estuvieron casados... después del estrés sufrido en una ceremonia realizada en una capilla chillona, cursi, iluminada por luces de neón, el rato en que se detuvieron en un casino, y más champaña que él le proporcionó para aliviarle el estrés. Diana había olvidado gran parte de la ceremonia del casamiento y de la estadía en el casino; Cole supuso que era igualmente posible que hubiera olvidado el rato que estuvieron en el dormitorio del avión.

Diana hizo una pausa en su historia para servirse un poco del pavo asado que le acababan de pasar, y la abuela aprovechó la oportunidad para retornar el tema que pensaba iniciar su marido.

Librodot

- Háblenos de usted, señor Harrison - pidió.

- Por favor, llámeme Cole, señora Britton - contestó él con amabilidad.

- Háblenos de usted, Cole - se corrigió la anciana, aunque él notó que no le pedía que la llamara otra cosa que no fuese “señora Britton”.

Con toda deliberación, Cole se refinó a su presente y no a su pasado.

- Vivo en Dallas, pero viajo mucho por asuntos de negocios. En realidad, falto de casa dos semanas de cada cuatro.

Ella le quitó importancia al dato, lo miró con intensidad por sobre el armazón de sus anteojos y preguntó de una manera muy directa:

- ¿Los domingos va a la iglesia?

- No - informó él sin vacilación y sin tratar de disculparse.

La señora Britton arrugó el entrecejo en una expresión de desilusión, pero perseveró.

- Comprendo. Bueno, entonces ¿qué nos dice de su familia?

- Ellos tampoco van a la iglesia - retrucó él con frialdad y como dando por terminado el tema.

Ella parecía completamente perpleja.

- Le estaba pidiendo que me hablara de su familia, no le preguntaba si asistían a la iglesia. - Rompió un pequeño trozo de bizcocho y lo cubrió de manteca. - ¿No nos quiere hablar un poco acerca de sus antepasados? - invitó en voz baja -. Díganos de dónde viene y háblenos de su familia.

La sugerencia que le hacía era tan imposible; tan aborrecible, que Cole trató de ganar tiempo comiendo un bocado de ensalada mientras miraba a los que estaban sentados a la mesa: personas agradables que creían que no tenía nada de extraño compartir la comida del domingo o estar sentados ante una resplandeciente mesa de madera o tener cuchillos y tenedores quite hacían juego, o una alfombra bajo los pies, en lugar de tierra.

Miró a Diana que parecía tan fresca y perfecta como una rosa, a Addison quien nunca había hecho nada más negativo que perder un partido de tenis en el club de campo y a Mary Foster, quien con sutileza conseguía ser un ejemplo de dignidad, de gracia y de bondad sin afectación

A su izquierda, el abuelo de Diana, en lugar de oler a transpiración, tenía olor a jabón y a “Old Spice”. Frente a él, la abuela lo miraba con expresión alerta en sus ojos

Librodot

color avellana, con las cejas apenas levantadas en una esperanzada expectativa, el rostro enmarcado por una cabellera blanca y ondulada, cortada con sensatez, y anteojos de marco de metal dorado que le quedaban muy bien. Tenía un aspecto correcto y decente.

A Cole le habría resultado más fácil describirle los detalles horripilantes de sus encuentros sexuales más eróticos que decirle la verdad acerca de sus orígenes y de sus primeros años de vida. En lugar de arruinar las ilusiones de la anciana con respecto a ese yerno temporario, contestó las preguntas con las mismas evasivas de siempre.

- Nací en una pequeña ciudad del oeste de Texas llamada Kingdom City. Tuve dos hermanos mayores que ya han muerto, y algunos primos que con el tiempo se mudaron y con quienes he perdido contacto... con excepción de uno de ellos.

"Mi otro único pariente vivo es mi tío abuelo Cal, de quien les hablé hace un rato. Mi padre esperaba que me quedaría a trabajar en el rancho. Cal en cambio creía que poseía la inteligencia necesaria para hacer una carrera universitaria y me habló del asunto hasta que yo también empecé a creerlo. Diana le gustará muchísimo. Estoy ansioso por presentársela la semana que viene.

- Yo también estoy ansiosa por conocerlo - intervino Diana, pero había notado el frío repentino de Cole y su renuencia a contestar preguntas que se referían a sus antepasados y recordó que años antes también se mostraba vago hasta la exasperación cuando ella trataba de averiguar más acerca de él.

- Mi tío vive al oeste de Kingdom City, que queda a alrededor de doscientos setenta kilómetros de San Larosa. No es exactamente la zona de las colinas, pero es una belleza y no ha sido arruinada por la mano del hombre. - Cole hizo una pausa y comió un bocado de pato.

- San Larosa - le dijo Rose Britton a su hija -. ¿No fue ése uno de los lugares que tocaron cuando tú y Robert llevaron a las chicas en su primera expedición de campamento en Yellowstone?

- Es un lugar muy popular para la gente a quien le gusta acampar - intervino Cole, ansioso por cambiar de tema -. Aunque entiendo que gran parte de la zona sólo está al alcance de expertos en caminatas y campamentos.

Por algún motivo ese comentario produjo la risa de toda la familia,

- Nosotros no éramos exactamente "expertos" - explicó la señora Foster -. Corey y yo habíamos acampados algunas veces y Robert en su infancia fue Pequeño Explorador, Su otra única experiencia de campo estaba limitada al tenis. Pero las chicas y yo pensamos que sería divertido acampar, así que decidimos hacer un viaje de tres semanas, y cada uno de nosotros confiaba estar preparado para llevar una "vida dura".

Librodot

A Cole le resultó difícil imaginar a Diana en el papel de ávida campamentera cuando, aun a los catorce años parecía muy prolija y cuidadosa con todo, desde los blancos zapatos de tenis hasta las uñas cortas pero siempre muy cuidadas.

- De alguna manera, nunca pensé en ti como en alguien a quien pudiera gustarle la vida de campamento, ni aun cuando eras chica.

- Nos divertimos mucho y a mí me encantó - mintió Diana con toda seriedad.

Había algo que no parecía cierto y de repente un recuerdo brumoso relampagueó en la mente de Cole.

- ¿Una vez no tuvimos una conversación en la caballeriza de los Hayward acerca de las cosas que a cada uno de nosotros más nos disgustaban?

Como en esa época Diana estaba tan enamorada de él, cada una de las conversaciones que mantenían le parecían acontecimientos de la mayor importancia y enseguida se dio cuenta a cuál de ellas se refería Cole. Sorprendida de que él lo recordara, aprovechó la inesperada oportunidad para dar un tono humorístico a la conversación.

- ¿En serio? - preguntó con una expresión de inocente sorpresa antes de ponerse en la boca un trozo de pato.

Cole no se dejó engañar.

- Te consta que fue así - la contradijo con una perezosa sonrisa - Las dos cosas que más odiabas eran la tierra y los campamentos.

- No, eran las víboras y los campamentos - lo corrigió Diana con los ojos brillantes de diversión -. La tierra era la tercera de mi lista. - Miró a Corey y dijo en tono de broma: - Aun así, estábamos muy bien organizados y preparados para cualquier eventualidad, ¿no es cierto?

Corey se dio cuenta enseguida de lo que Diana quería que hiciera, y lo hizo en el acto, ansiosa por ayudar a su hermana a alivianar el estado de ánimo que reinaba en la mesa.

- Nuestro padre quiso que el viaje fuese un esfuerzo familiar conjunto, así que antes del viaje cada uno de nosotros tenía sus obligaciones. Papá estaba a cargo del transporte y de las finanzas; mamá estaba a cargo de la comida y las bebidas; Diana debía encargarse de los manuales de seguridad y de los elementos de salvataje. Yo estaba a cargo de los primeros auxilios y de las fotografías. Y se suponía que tanto Diana como yo llevaríamos todos los elementos que nos parecieran necesarios para nuestra comodidad y seguridad. Yo supuse que algunos apósitos y una crema protectora para el sol cubrirían el tema de los primeros auxilios, así que empecé a leer todo lo que pude acerca de la fotografía de la vida silvestre. Pero Diana tenía un concepto muy distinto al mío con respecto a estar preparadas para cualquier eventualidad. Semanas

Librodot

antes de partir se enfrascó en la lectura de La Guía de Supervivencia para los que acampan en lugares salvajes y de El compañero del que hace camping

- Y - enfatizó Diana riendo - también leí los Catálogos Bean L.L., de los que seleccioné y ordené todo lo que creí sería absolutamente necesario para Corey y para mí.

En cuanto Diana empezó a hablar, Cole la miró y Corey notó que su mirada adquiría una especial calidez antes de que volviera a fijarla en ella, que continuaba narrando lo sucedido.

- El día antes de la partida, papá fue a buscar la casa rodante que habíamos alquilado y Diana y yo empezamos a bajar todo el resto de nuestras "provisiones personales" que ella había estado almacenando en el altillo a medida que iban llegando. Después comenzamos a bajar sus "elementos esenciales para la seguridad de los que acampan" recomendados por las guías, y por fin, los elementos de primeros auxilios.

La abuela se unió a la narración con una sonrisa.

- Las chicas tuvieron que hacer por lo menos quince viajes antes de poderlo bajar todo - comentó.

- Y entonces - agregó el abuelo con una risita -, Robert tuvo que agregarle un remolque a la casa rodante. El problema fue - continuó diciendo mientras se le estremecían los hombros de risa - que Robert nunca había manejado ningún vehículo más largo que el Cadillac de su padre en la década del cincuenta. Cuando salió del camino de entrada a la casa, tiró al piso nuestro buzón con el acoplado y avanzó por la calle arrastrando detrás de si el buzón...

- Henry y yo nos reímos tanto que nos costó correr detrás de la correspondencia.

Cole estaba tan entretenido por la historia y por poder vislumbrar algo del pasado de Diana, que casi se olvidó que se encontraba en territorio hostil.

- ¿Qué llevó Diana para que ocupara tanto lugar? - preguntó, pero Corey vaciló en contestar.

- Adelante, cuéntaselo - dijo Diana con una sonrisa en los ojos - Ahora Cole forma parte de la familia, de manera que, desde un punto de vista técnico, tiene derecho a saberlo.

- No eran todos elementos de Diana, sino también míos - aclaró Corey con lealtad antes de proseguir -. Si ella no hubiera planeado por las dos, yo habría emprendido un viaje de quince días con una bolsa de dormir desgarrada, dos pares de shorts, dos remeras, el equipo fotográfico, veinte rollos de película y algunos apósitos. Y punto. De todos modos - continuó -, Diana tenía un concepto completamente distinto de lo que necesitaríamos para acampar con comodidad y seguridad. Ordenó para nosotras una carpa blanca con un toldo azul, blanco y colorado para colocar frente a la abertura,

Librodot

después coordinó nuestras bolsas de dormir, nuestra ropa y hasta nuestras linternas con los colores de la carpa. Las de Diana eran azules, las mías, coloradas. Hasta teníamos frascos de plástico colorados, blancos y azules llenos de agua colonia, aspirinas y de todo.

Inquieto ante la posibilidad de burlarse de los preparativos de Diana, Cole se inclinó y se volvió a servir té helado.

- Olvidaste los repelentes - dijo Diana con una carcajada -. Para estar seguras, compré una docena de frascos de repelente para mosquitos, otra docena de repelente de avispas, otra contra insectos rastreros y también repelente para insectos voladores. También compré varios envases grandes de repelente de víboras que, con toda diligencia, rociaba alrededor del perímetro de nuestra carpa cada vez que la cambiábamos de lugar.

- ¿Repelente contra víboras? - dijo Cole, dirigiéndose a Diana con una risa ahogada - ¿Qué creías que era Yellowstone?

- Depende a quién se lo preguntes - contestó Diana con sequedad y el resto de la familia estalló en carcajadas. La señora Foster se enjugó los ojos y dijo:

- El primer día en Yellowstone, salimos todos a recorrer el lugar a pie. Corey sacó fotografías de cabras de montaña, y yo pude hacer algunos dibujos lindísimos. Diana tocó una hiedra venenosa y Robert tuvo un ataque de alergia.

- Pero las noches eran divertidas - aclaró Corey -. Cocinábamos al aire libre, y entonábamos canciones.

- Y después de que nos acostábamos, los mapaches recorrían nuestros tachas de basura y los osos esperaban la oportunidad de usarnos como cena - dijo Diana mientras cortaba un trozo de pato -. Creo que mientras estuvimos allí, no hubo un solo mapache a quince kilómetros a la redonda que se haya dormido con hambre.

- Retrospectivamente - dijo Corey con urgía sonrisa impenitente - fueron vacaciones muy egoístas. Mientras yo recorría los bosques, sin pensar más que en sacar una fotografía perfecta, Diana me seguía cargando con el botiquín de primeros auxilios, y leyendo en su manual el peligro de sorprender a un alce en época de apareamiento y qué había que hacer si uno se topaba con un oso poco amistoso.

- Y fue una suerte para ti que lo hiciera - dijo Mary Foster, ya un poco más seria.

- Es verdad - le dijo Corey a Cole -. Verás, el día en que se suponía que regresaríamos a casa, salí del campamento con mi cámara y el trípode justo antes del amanecer, desobedeciendo las órdenes estrictas de papá de que nadie debía alejarse sola del campamento. Pero sucede que quería participar de un concurso de fotografía en la categoría de “Jóvenes-Aire libre”, pero no había conseguido tomar ninguna foto que me pareciera realmente notable. Entonces, durante el último día que pasamos en

Librodot

Yellowstone, vi algo que sabía sería una fotografía ganadora. Caminábamos a alrededor de dos kilómetros y medio del campamento cuando vi a varios alces cruzando un arroyo cerca de una cascada que caía por una ladera llena de árboles. Sabía que si llegaba a tomar esa fotografía con el sol asomando sobre las colinas como fondo, tendría posibilidades de ganar el concurso. Le pedí a papá que me acompañara, pero en ese momento su alergia era tan tremenda que me dijo que mis alces lo oirían estornudar y toser y que huirían antes de que nos pudiéramos acercar bastante para fotografiarlos. Así que decidí ir sola.

- ¿Y no se te ocurrió pedirle a tu madre que te acompañara?- preguntó Cole.

- Mamá había pasado gran parte de la tarde y la noche anterior cocinando y haciendo el equipaje y comentó que estaba extenuada.

- ¿Y Diana?

- No pude pedírselo a Diana. Estaba cubierta por la urticaria que provoca la hiedra venenosa, y tenía espantosas quemaduras de sol. Además, el día anterior se había torcido un tobillo. De todos modos, ella me oyó salir de la carpa antes del amanecer y comenzó a hacer una lista de todas las desgracias que le podían suceder en el bosque a una persona inexperta, pero de todos modos yo me fui sólo con mi equipo fotográfico y una linterna.

“Instantes después escuché que algo me seguía a través del bosque y alcancé a oler la loción que se ponía para aliviar la picazón, de manera que llegué a la conclusión de que debía ser Diana. Y allí estaba ella, rengueando por el sendero, con el tobillo envuelto en una venda elástica, su botiquín de emergencia en una mano y su linterna azul en la otra. ¡Qué mañana! - Terminó diciendo Corey con una carcajada -. Cuando llegamos al lugar que yo había elegido, me di cuenta de que desde ese lado del arroyo el ángulo de la luz no sería el correcto, de modo que tuvimos que buscar un lugar poco profundo para cruzar el arroyo, abrirnos paso por el bosque, arriba de la cascada, y después volver a bajar.

- ¿Y pudiste tomar tu fotografía del alce al amanecer?

- No, en lugar de eso, me perdí. La luz todavía no era muy buena y no me di cuenta de que habíamos terminado en la orilla de otro arroyo cerca de una colina distinta, así que instalé el trípode y le puse los lentes necesarios a la cámara. El cielo se estaba poniendo rosado y todavía no había ningún alce a la vista, así que dejé a Diana con la cámara por si llegaba a aparecer alguno y me encaminé al borde del claro del bosque. Entonces me apoyé sobre manos y rodillas para estar a la misma altura del alce y salí del bosque, tomándome el tiempo necesario para que mis ojos se acostumbraran de las sombras a la luz rosada que se reflejaba en el agua. Con el sol donde estaba, todavía no alcanzaba a ver la cascada, de manera que me senté y saqué del bolsillo algunos confites que había llevado como desayuno. Y entonces lo vi: salía del agua y se encaminaba directamente hacia mí.

- ¿El alce? - preguntó Cole mientras le pasaba los bizcochos al abuelo de Diana.

Librodot

- No, el oso. Era muy joven, varios centímetros más bajo que yo, cosa de la que no me di cuenta porque corría en cuatro patas. Creí que cargaba para atacarme y de un solo salto me apoyé sobre manos y rodillas, pero antes de que pudiera ponerme de pie él ya estaba allí. Grité, el oso se detuvo y nos quedamos mirándonos, los dos sobresaltados y asustados. Él se paró sobre las patas traseras y yo me puse de pie de un salto y le arrojé mis confites. Después corría a toda velocidad en una dirección mientras él corría hacia la opuesta,

"Y para peor - continuó riendo - cuando Diana y yo empezamos a volver nos dimos cuenta de que estábamos perdidas y cuanto más caminábamos, más nos perdíamos. Diana insistía todo el tiempo que su libros sobre campamentos explicaban que en esos casos una debía permanecer donde estaba, pero yo me negaba a escucharla, hasta que por fin ella simuló que no podía seguir caminando por su dolor de tobillo. Al anochecer, utilizamos los fósforos de su equipo de emergencia para encender una pequeña fogata y ayudar a los que nos buscaran a encontrarnos.

"Yo me había olvidado de cambiar las pilas de mi linterna que se apagó antes de que oyéramos lo que me pareció eran aullidos de lobos. Diana se negaba a dejarme usar su linterna, aunque la de ella tenía pilas nuevas. Dijo que la necesitábamos para hacerles señales a los aviones de búsqueda si alguno pasaba por allí, y me di cuenta de que tenía razón. Así que prendí un fuego más grande para tener más luz, pero cada vez que oía los aullidos me ponía más histérica - confesó Corey mientras bebía un sorbo de té helado -. Estaba temblando tanto que apenas podía hablar, y tenía que mantener la cara vuelta hacia otro lado para que Diana no viera las lágrimas que corrían por mis mejillas. Me sentía una imbécil, sobre todo porque me había burlado de Diana por tener miedo de las víboras para luego arrancar un ramo de vid venenosa y por llevar a todas partes ese botiquín de primeros auxilios. Y allí estaba yo, llorando como un bebé mientras ella se hacía cargo de todos los asuntos prácticos para nuestra supervivencia. Yo había ignorado todos los manuales de campamentos, pero Diana los leyó de principio a fin y gracias a eso consiguió hacerme reír cuando tenía miedo de los aullidos de los lobos. Por fin nos quedamos dormidas junto al fuego. Aun después de que, a la mañana siguiente, nos rescataran, Diana nunca me hizo bromas por haber sido tan tonta. En realidad, hasta este momento, nunca volvimos a hablar de esos lobos imaginarios.

Cuando Corey no dio muestras de explicar su última frase, Cole preguntó:

- ¿Lobos imaginarios? No entiendo.

- Es evidente que tú tampoco has leído el Manual de Campamentos de Yellowstone - informó Corey con una sonrisa contagiosa -. Verás: en esa época no había lobos en esa parte de Yellowstone. El servicio de parques los tenía acorralados en un lugar distante, lejos de los campamentos. Ésos eran los que estábamos oyendo.

Cole pensó que eso parecía imposible y que iba en contra de la filosofía de la vida silvestre dentro de los parques nacionales.

Librodot

- ¿Me quieres decir que las autoridades del parque hicieron una batida, capturaron a todos los lobos de ese parque inmenso y los pusieron entre rejas? - Miró a Diana para que le diera una respuesta, pero ella parecía completamente enfrascada en estudiar el diseño del cabo de su cuchillo.

- ¡No, por supuesto que no! - exclamó Corey -. La comisión de vida silvestre comprendió que en Yellowstone la población de lobos era descontrolada porque el natural depredador de los lobos, el ocelote negro de las montañas Rocosas, allí casi se había extinguido, de manera que tuvieron que importarlos de California. Los ocelotes cazaron a los lobos y los obligaron a internarse en lo profundo de la zona montañosa.

Diana sentía la mirada de Cole fija en ella y, cuando ya no pudo evitarlo, levantó la vista del cuchillo y notó la expresión divertida de su flamante marido.

- Una explicación muy ordenada- dijo él con sequedad.

- Fue lo que me pareció - dijo Diana sofocando una risita.

Corey los miró alternativamente, pensando en la explicación que largo tiempo antes aceptó sin cuestionarla. Ahora acababa de repetirla en voz alta y a ella misma le parecía muy extraña.

- Diana - dijo con desconfianza -, ¿fue todo una mentira, verdad?

- ¡Fue un invento! - gritó Henry Britton -. Me sorprende que lo hayas creído, Corey.

Cole pensó que la solución de Diana había sido ingeniosa, pero como integrante nuevo y temporario de la familia, no consideró que tenía derecho a dar su opinión. En cambio dijo:

- De modo que pasaron una noche aterrorizante y solas y después de todo ni siquiera pudiste participar en el concurso fotográfico.

- Al contrario. Gané el segundo premio - informó Corey con una sonrisa.

- ¡Felicitaciones! - dijo Cole.

- No me felicites a mí - contestó ella -. Yo no saqué las fotografías. Estaba en ellas.

- ¿Y quién las tomó?

- Diana. Cuando vi al oso y traté de apoyarme sobre manos y rodillas ella creyó que había visto el alce y que trataba de mantenerme fuera del cuadro, de manera que apretó el disparador tal como yo le había indicado y la cámara automática empezó a tomar fotografías en rápida sucesión. Cuando volvimos a casa, descarté ese rollo de

Librodot

película, pero Diana lo rescató para que pudiéramos reírnos un rato. Cuando estuvo revelado, eligió tres tomas, que era lo que exigía el concurso, y las envió.

- Sí - intervino Mary Foster con una sonrisa -, y la revista Nacional Photographic hasta las utilizó cuando publicaron las fotografías del concurso.

- ¿Qué fotografías elegiste? - preguntó Cole.

- La primera fue en el momento en que el oso y yo nos encontramos cara a cara. Los dos estábamos en cuatro patas y nos mirábamos fijo, sorprendidos y asustados. - Corey lanzó una carcajada -. Debajo de ésa, Diana escribió: “En sus marcas”. La segunda fotografía era del oso y yo, poniéndonos de pie, listos para correr. Debajo de ésa, Diana escribió: “Listos”. La última fotografía era la más graciosa de todas, porque los dos corríamos como si en ello nos fuera la vida en direcciones opuestas. A ésa, Diana la llamó “¡Fuera!”

Librodot

37

Con la historia del campamento, Diana y Corey habían cambiado el clima de la comida y, después de los postres, todos los que ocupaban la mesa se habían convertido en el sujeto de alguna anécdota divertida y a veces reveladora, incluyendo a Spence Addison. Y en algún momento, a mediados de la comida, empezaron a tratar a Cole como a un público bienvenido, en lugar de un desconocido de quien desconfiaban.

La última historia se refería a la airada respuesta de Rose Britton a una admiradora, durante el programa de Oprah Winfrey quien confesó lo que le gustaría estar casada con Henry. Cuando terminó la risa agradable con que todos recibieron el cuento, Mary Foster miró a Cole muy sonriente.

- Me temo que está descubriendo todos los oscuros secretos de nuestra familia - dijo.

- Conmigo están a salvo - aseguró Cole devolviéndole la sonrisa, pero en su interior encontró una sombría diversión al comparar los "oscuros secretos" de esa familia, con los de la suya. Sin embargo, estaba agradecido y sorprendido de que la comida se hubiera desarrollado en una forma tan agradable, que no se le hubieran hecho más preguntas difíciles de contestar, y que todo el mundo pareciera haberlo aceptado por el momento como un nuevo amigo de la familia.

Todos, con excepción de Addison.

Addison no era neutral. El instinto de Cole le advertía que Addison se oponía con fuerza al casamiento de Diana. No porque lo hiciera obvio con su actitud. Addison era demasiado bien educado como para angustiar a la familia de su mujer con cualquier actitud de frialdad desagradable mientras estaban en la mesa. Cole sabía por experiencia que los hombres como Addison siempre tomaban partido por los de su misma clase social, por tontos, burdos o malvados que pudieran ser. En virtud de su nacimiento y de su educación, Addison ya era un enemigo natural de Cole en cualquier situación en que éste se encontrara con cualquier otro integrante de la "clase privilegiada", y Cole lo sabía. Lo comprendía. En el mundo de los negocios, Cole siempre obligaba a los adversarios como Addison a dar la cara, para que no pudieran ocultar sus sentimientos e intenciones bajo capas casi impenetrables de costumbres y rituales sociales. De esta manera los hacía sentir incómodos y expuestos, y en caso de enfrentamientos de inteligencia, éstos se realizaban en igualdad de condiciones.

En ese caso, Cole no veía motivos para forzar a Addison a salir de su postura de pasiva oposición para adoptar la de abierta enemistad. Diana ya estaba casada con él y, por algún motivo, Cole sabía que no faltaría al trato que hizo con él.

Y mientras la miraba conversar con Corey, se dio cuenta de que confiaba en ella. Confiaba en ella y eso le resultaba profundamente molesto. Y entonces la imaginó caminando por el bosque detrás de Corey, con un botiquín de primeros auxilios en una mano, un tobillo vendado y su alarma se convirtió en alegría.

A pesar de la armonía y alegría que reinaron durante la comida, las despedidas en el vestíbulo fueron comprensiblemente incómodas.

En circunstancias normales, los recién casados salían de la casa de la novia bajo una lluvia de arroz, mientras la familia y los amigos les gritaban buenos deseos. Dado que eso era poco apropiado, la familia de Diana trató de improvisar y, para Cole, los resultados fueron tan simpáticos como la familia misma.

La madre de Diana le tendió la mano a su nuevo yerno, vaciló, y enseguida barboteó incómoda:

- Ha sido muy agradable volver a encontrarnos con usted después de tantos años, Cole. ¿Volveremos a verlo?

- Por supuesto que sí.

El abuelo le estrechó la mano.

- Bienvenido a la... Aquí será bienvenido en cualquier momento.

- Gracias.

Spencer Addison no simuló que ésa fuese una ocasión significativa, pero parecía más divertido que hostil.

- Nunca supe que Diana odiaba la tierra y las víboras. ¿Cómo te las arreglaste con esa víbora enorme y negra que vivía en las caballerizas de los Hayward?

Ansiosa por demostrarle a Spence lo bondadoso que había sido Cole, Diana se apresuró a responder antes de que él pudiera hacerlo.

- Cole la entrenó para que se mantuviera alejada cuando yo estaba allí, para que no me asustara.

- ¿En serio? - preguntó Addison, dirigiéndose a Cole y alzó las cejas en un gesto de desafío mientras le tendía la mano.

- ¿Cómo te las arreglaste para hacerlo?

- Llevé a las caballerizas un ocelote negro de las Montañas Rocosas para que la obligara a quedarse en las vigas del techo - contestó Cole.

- ¿Me mentiste? - preguntó Diana, riendo.

Corey abrazó a Cole.

La abuela le dio una docena de bizcochos y un pan recién horneado.

Librodot

Librodot

38

La incomodidad que sentían en el vestíbulo aumentó cuando estuvieron en el auto. Diana se preguntaba cómo podrían separarse ella y Cole de una manera más o menos apropiada y, de ser posible, optimista. Cuando se fueron, Cole había pedido la cuenta en el Balmoral, tenía el equipaje en el auto y los pilotos esperaban que los llamara para indicarles al horario en que iniciarían el vuelo a Dallas.

Si las estaciones locales de televisión no habían transmitido ya las notas de Cole en el momento en que le regalaba el collar, la totalidad de la historia y las fotografías sin duda se publicarían en los diarios del lunes por la mañana y de inmediato habría que hacer conocer el anuncio del casamiento. En el estado de extenuación de Diana, el futuro le parecía peligroso y difícil de resistir.

El reloj del panel de instrumentos del auto marcaba las siete y quince y la perspectiva de estar sola en su departamento sin otra cosa que hacer que pensar en las llamadas telefónicas, comentarios y miradas que recibiría de amigos, compañeros de trabajo y empleados, la superaban y deprimían.

Dobló hacia San Felipe y decidió invitar a Cole a subir a tomar una copa. Sin duda todavía había una cantidad de detalles sobre los que debían hablar.

A su lado, Cole observaba su expresión cambiante que pasaba de pensativa a sombría e infeliz, y adivinó el motivo.

- ¿Por qué no me invitas a subir a tomar una copa? - propuso.

La frase arrancó una carcajada de Diana.

- Era justo lo que pensaba hacer.

El departamento de Diana, situado en un piso alto, tenía paredes exteriores de vidrio que proporcionaban una vista hermosa, y un interior espacioso que era, sin duda, la obra de un excelente decorador. Transparentes cortinas blancas complementaban la espesa alfombra blanca y los invitantes grupos de sofás y sillones también tapizados de blanco. Centros de mesa de flores y almohadones arrojados como al azar sobre los sillones proporcionaban toques de color malva, verde claro y blanco. En su visita anterior, Cole decidió que el departamento era lujoso y estaba bien decorado, pero en ese momento notó que carecía de la profusión de detalles domésticos que se encontraban tan en evidencia en la casa de River Oaks, y eso lo sorprendió.

Sobre una mesa, junto al sofá, la luz del contestador automático parpadeaba. Diana se dirigió enseguida al contestador.

- Ponte cómodo - pidió, antes de escuchar el primer mensaje. Enseguida marcó un número telefónico. - Tengo una llamada de Cindy Bertrillo que maneja nuestras relaciones públicas - explicó.

Librodot

- ¿No quieres que prepare las bebidas? - preguntó Cole.

Ella le dirigió una mirada de agradecimiento mientras escuchaba sonar la campanilla de Bertrillo. Inclinó la cabeza hacia la derecha e indicó:

- En la cocina encontrarás un bar. A mí sólo sírveme una Coca, por favor.

Al comprobar que nadie contestaba en lo de Bertrillo, apretó el botón para escuchar los mensajes del contestador automático.

Tenía once mensajes, la mayoría de los cuales eran de amigos y conocidos que le hacían preguntas acerca de Cole Harrison. Los últimos llamados hacían referencia a una audición de televisión de las seis de la tarde que mostraban un video en que Cole Harrison le regalaba un collar de cuarenta mil dólares. A medida que se enteraba del tema de cada mensaje, Diana los iba pasando con rapidez.

El último era de Cindy Bertrillo y había sido hecho veinte minutos antes.

- Diana - decía -, habla Cindy. Acabo de llegar de la casa de mi hermana en Austin y en mi contestador encontré una serie de llamados muy extraños de los medios. Traté de comunicarme contigo en la casa de tus padres y me dijeron que ya habías salido para tu departamento. Debo entregarte el aviso de las nuevas Vacaciones a Mano que empezaremos a ofrecer muy pronto, de manera que iré ahora para allá y te contaré personalmente lo que dicen los mensajes que he recibido. No le dije nada a tu familia - agregaba con una risa sofocada -, ¡pero espera hasta que te enteres de las historias que corren por ahí! Si no estás en tu casa, le dejaré el comunicado de prensa al portero. Adiós.

En cuanto Diana terminó de oír el mensaje, sonó el timbre de la puerta de calle y Diana se preparó para lo que le esperaba. Cindy y ella viajaban juntas cada vez que Diana debía hacer presentaciones por televisión o radio y la de ellas no era sólo una relación de trabajo; a lo largo de los años se habían hecho amigas. Cindy sabía perfectamente bien que hacía dos años que Diana estaba comprometida con Dan; también conocía los nombres de todos los hombres con quienes ella había salido antes de comprometerse con Dan y el de Cole Harrison no figuraba en la lista.

Cindy hizo su entrada al departamento como una brisa fresca, tostada por el sol, sonriente y con inextinguible energía.

- La cadena de rumores ha llegado al colmo - anunció con alegría, montándose los anteojos oscuros sobre el pelo y siguiendo a Diana a un sofá. Diana estaba demasiado tensa para sentarse y Cindy demasiado excitada para hacerlo, de manera que se enfrentaron de pie, con la mesa ratona entre ellas y Cindy anunció sus explosivas noticias.

- ¡No lo podrás creer! - empezó diciendo -. ¿Qué hiciste anoche? ¿Bailaste con Cole Harrison o simplemente le sonreíste?

Librodot

- Sí - contestó Diana con voz débil, incapaz de reunir el coraje suficiente para hacer el anuncio un segundo antes de lo necesario -. Es decir, hice las dos cosas.

- ¡Bueno, espera hasta ver las conclusiones que ha sacado la prensa! - dijo ahogando una carcajada para poder seguir hablando -. El editor financiero del Chronicle, un periodista de Associated Press y un productor de la Red televisiva Financial News me dejaron mensajes en el contestadar, ¡pidiendo que confirme el rumor de que Foster Enterprises va a fundirse con Unified Industries! - Alzó las manos en un gesto de incredulidad. - ¡Es tan absurdo como que una pulga quiera unirse con un tiburón!

Notó que la mirada de Diana se dirigía a la cocina.

- Espera, todavía no has oído lo mejor. - Diana volvió a mirarla y ella anunció con una carcajada: - ¡Una mujer, que dijo que eras tú, llamó a CAN y a Maxine Messenger y dijo que acababa de casarse con Cole Harrison! ¿No te parece increíble?

- No - admitió Diana con franqueza -. Todavía no.

- El productor de CNN dijo que tenía la impresión de que la mujer había estado bebiendo. Además, nuestras cuatro estaciones locales quieren conocer la verdadera historia. ¿Qué debo decirles cuando me vuelvan a llamar?

Desde la puerta, Cole observaba con divertida admiración que un sentador rubor teñía las mejillas de porcelana de Diana y que aumentaba cuando Cindy agregó:

- ¿Quieres que diga que los rumores de tu casamiento con Harrison son “absurdos” o “simplemente ridículos”? ¿O prefieres que mi respuesta sea más suave?

Una profunda voz de barítono hizo que Cindy volviera la cabeza hacia la puerta de la cocina en el momento en que un hombre moreno se llevaba un vaso a la boca y sugería con tranquilidad:

- Personalmente yo daría una respuesta más suave.

Por un momento, el impacto pudo más que la educación de Cindy.

- ¿Que usted qué? ¿Quién es usted?

El individuo bajó el vaso dejando al descubierto una cara muy familiar.

- Yo soy el tiburón que anoche se casó con la pulga - contestó.

Cindy se dejó caer sobre el brazo del sofá.

- Lo mejor que puedo hacer es ahorcarme - dijo con un hilo de voz.

Se recuperó y se puso de pie cuando Cole se acercó a Diana y le rodeó la cintura con un brazo.

Librodot

- Son Cindy Bertrillo - dijo con tono grave mientras le extendía la mano a Cole por sobre la mesa ratona - Era la directora de relaciones públicas de Foster Enterprises.

Cole esperaba que Diana reprendiera con severidad a la mujer, cosa que él habría hecho en esas circunstancias, pero mientras estrechaba la mano de la publicista no pudo menos que compadecerla.

Diana y Cole dedicaron algunos minutos a poner a Cindy al tanto de su casamiento, después de lo cual la publicista puso en juego sus considerables talentos con respecto a la mejor manera de manejar el anuncio público. Muy pronto comprendieron que lo mejor para todos sería ofrecer una breve conferencia de prensa a media mañana del día siguiente.

Aunque la publicista en ningún momento lo expresó, Cole tuvo la sensación de que, desde el punto de vista de las relaciones públicas, estaba encantada de que Diana se hubiera liberado del estigma del abandono de Penworth y el rostro se le iluminó cuando se enteró de que Diana y Cole se conocían desde hacía años.

Cuando la reunión concluyó, Diana la acompañó hasta la puerta. Después se encaminó hacia la cocina donde Cole estaba llenando un vaso de agua de la canilla.

- ¿Dónde te gustaría dormir esta noche? - preguntó ella.

Cole la recorrió con la mirada.

- ¿Cuáles son mis opciones?

- Aquí - dijo Diana con inocencia -, o en el Balmoral.

- Aquí.

Ella asintió.

- ¿Por qué no llamas a tus pilotos y les dices que has cambiado de planes y después subes tus valijas del auto mientras yo te preparo el cuarto de huéspedes?

39

Por algún motivo, los recuerdos del sueño de la noche anterior comenzaron a desfilar por la mente de Diana en cuanto empezó a hacer la cama del cuarto de huéspedes. El sueño era tan real... y sin embargo, no. Esa extraña cama flotante, el amante demoníaco que la hacia comportarse de maneras que ella normalmente nunca haría. Boca insistente... manos suaves... tiernas... ásperas.

Sacudió la cabeza y tomó una funda, avergonzada de sus pensamientos, pero en el momento en que introducía la almohada en su funda, los pensamientos regresaron, como si los tuviera en el borde de la conciencia.

Luces azules. Un cuarto pequeño, techo bajo, lleno de vapor o de humo o de algo que lo teñía todo de gris. Gris. A sus espaldas, Cole entró en silencio al cuarto, con una valija negra en la mano derecha y un portafolios en la izquierda.

- ¿Puedo...? - Diana se volvió con un grito ahogado, mientras aferraba con una mano la seda de su camisa. Pero enseguida rió.

- ¡Ah, eres tú!

Él la miró preocupado mientras colocaba el portafolios sobre el piso, a los pies de la cama.

- ¿A quién esperabas? ¿A Jack el Destripador?

- Algo así - contestó ella con sequedad mientras subía la ropa de cama y doblaba una esquina de la sabana.

- ¿Yo te estoy poniendo nerviosa? - preguntó Cole.

Ella se volvió y lo observó quitarse con lentitud el saco, hipnotizada por la inesperada intimidad de ese acto tan común.

- No, por supuesto que no - mintió. Cole la miró a los ojos mientras dejaba caer el saco sobre un sillón, se aflojaba la corbata y se la sacaba.

Durante un momento lleno de ansiedad, Diana creyó que pensaba desvestirse delante de ella. Una sonrisa jugueteó en las comisuras de la boca de Cole mientras se desabrochaba el botón superior de la camisa.

- Sí, te estay poniendo nerviosa - afirmó.

Ella pensó con rapidez, buscando algo que explicara su reacción y respondió con una verdad a medias.

Librodot

- En realidad no tiene nada que ver contigo. Mientras ibas a buscar tu equipaje al auto, empecé a recordar el sueño que tuve anoche. Era bueno... este... un sueño muy gráfico en algunos sentidos. Parecía muy real.

Cole desabrochó el segundo botón de su camisa, con un brillo divertido en los ojos.

- ¿Qué clase de sueño fue?

- ¿Recuerdas una vieja película de terror llamada El bebe de Rosemary?

Cole lo pensó, recordó algo referente a la posesión demoníaca y asintió.

- En esa película, la mujer estaba drogada y la obligaron a tener relaciones sexuales con el demonio.

Diana asintió y se volvió para encender la lámpara de la mesa de luz.

- Bueno - explicó mientras se volvía y se dirigía a la puerta - anoche yo era esa mujer.

Los dedos de Cole se petrificaron sobre el tercer botón de su camisa. Completamente ajena al golpe verbal que acababa de asestarle, Diana salió del cuarto y, antes de cerrar la puerta se volvió con la mano apoyada sobre el picaporte.

- Tu baño está detrás de esa puerta. ¿Necesitas algo más antes de que me acueste?

- Una venda bien grande sería agradable - contestó él con ironía.

Diana abrió mucho los ojos y recorrió con la mirada los hombros anchos de Cole, su camisa blanca, los pantalones negros y los mocasines también negros.

- ¿Para qué?

- Para mi ego, Diana.

Fue como si el cerebro de Diana se cerrara. Se le bloqueó el paso entre lo que oía y la lógica. Asintió y salió del cuarto.

- Bueno. Buenas noches.

A salvo detrás de la puerta de su propio dormitorio, como una autómata, Diana llevó a cabo la rutina de prepararse para la cama. Bajo la ducha, recitó mentalmente los nombres de todos los artículos publicados en los tres últimos números de Beautiful Living. Mientras se secaba el pelo, tuvo la compulsión de recordar todos los nombres de sus compañeros de séptimo grado. Mientras se ponía el piyama, comenzó a preparar su lista de regalos de Navidad.

Cuando se encaminaba a la cómoda para cambiar la hora del despertador de su radio reloj, estalló en lágrimas. Tomó un puñado de pañuelos de papel de la caja que tenía junto a la cama y se dirigió a la mecedora del otro extremo del cuarto, sobre la que se dejó caer y dio rienda suelta

Librodot

a las lágrimas que desde hacía días pugnaban por salir. Por primera vez desde que tomó el Enquirer y se enteró del casamiento de Dan, se dejó llevar por la autocompasión. Se revolcó en ella. Con las manos sobre la cara y los pañuelos de papel cubriéndole los ojos, levantó las rodillas hasta el pecho y se meció hacia atrás y hacia adelante, sollozando.

Pensó en la manera que tenía Dan de halagar su inteligencia y sus puntos de vista, mientras utilizaba el silencio para criticar su cuerpo y su manera de actuar en la cama.

- ¡Cretino! - susurró, llorando cada vez más.

Pensó en los años perdidos tratando de acomodar su agenda a la de él, sólo para que terminara casándose con una chiquilla.

- ¡Monstruo! - susurró y lloró con más fuerza.

Pensó en la locura que era su casamiento con Cole Harrison y lloró más fuerte.

- ¡Loca!

Pensó en sí misma durante su propio casamiento, balanceándose borracha sobre sus pies y echándose hacia atrás para tratar de redecorar mentalmente el enrejado con flores falsas, y gimió:

- ¡Idiota!

Pensó en la actitud que tuvo Cole esa mañana, que con galantería la atendió cuando sufría los resultados de la borrachera y le pareció volverlo a ver sonriendo de buen humor mientras le contaba sus payasadas de la noche anterior.

Pensó en el sueño que no era un sueño, en un dormitorio en tonos de gris a bordo de un jet privado, que por fin aterrizó en una pista iluminada por luces azules.

Pensó en el hombre que trató de negarse a sus tontos intentos de seducción. Y que no pudo hacerlo. Él había aclarado y ella aceptó, que la intimidad sexual y emotiva no iba a ser parte del pacto. Y después, en la primera ocasión posible, ella se arrojó en sus brazos y, Cole, bondadoso como siempre, se sobrepuso a su propia aversión y le hizo el amor.

A cambio de su bondad, de su generosidad, de su autosacrificio, ella acababa de arrojarle el peor de los insultos al comparar su manera de hacer el amor con una escena terrible de El bebé de Rosemary. Cole tenía tanto orgullo y era tan sensible a la diferencia de ambos en la escala social, que debió dolerle mucho más ese comentario que el hecho de que a la mañana siguiente ella ni siquiera recordara el incidente.

Una nueva lluvia de lágrimas culpables surgió de sus ojos, y Diana apoyó la frente sobre las rodillas mientras sus hombros se sacudían de vergüenza y de pena.

Lloró hasta que le dolió la cabeza y hasta que el pozo de sus lágrimas y su arrepentimiento por fin se secó; después se enjugó los ojos y se sonó la nariz. Los minutos fueron pasando mientras ella permanecía pensativa y con la vista clavada en el cuadro que colgaba de la pared

Librodot

del otro extremo del dormitorio, y volvía a evaluar el pasado, considerando nuevos planes para el futuro. Contrataría más personal de nivel gerencial, delegaría responsabilidades, y reservaría tiempo para sí misma... comenzando por unas largas y relajantes vacaciones de alrededor de ocho semanas. Decidió que viajaría a Grecia, que tomaría un crucero de lujo por las islas, visitaría amigos en París, exploraría Roma, conocería Egipto. Tal vez hasta tendría una aventura amorosa sin importancia. Quizás dos. En comparación con la manera contemporánea de vivir, ella era casi una monja. Tenía derecho a todo eso, más que derecho. Tendría especial cuidado en no violar su acuerdo con Cole, y no lo avergonzaría en ningún sentido.

Cole. Volvió a pensar otro minuto en esa situación, luego se encaminó al placard en busca de una bata. Le debía a Cole las más sinceras y abyectas disculpas.

Con el hombro apoyado contra la pared y los dientes apretados, Cole escuchaba los estremecedores sollozos que llegaban del cuarto vecino, y se culpaba por ese llanto. Soy un paria, se dijo odiándose, un demonio que destruye a todos los que toca. Era un Harrison; no estaba en condiciones de conocer y tratar gente decente. No tenía derecho de pensar que podría trepar más alto que todos los demás Harrison. Podía ganar dinero, comprar ropas mejores, ser limpio, deshacerse de su acento sureño, pero era imposible que se liberara de la porquería de Kingdom City que se le había pegado al alma... que crecía en sus genes.

Había una cantidad de mujeres con quienes podría haber hecho el trato, actrices, camareras o alguna de las aburridas jovencitas de la alta sociedad que moral y espiritualmente estaban tan fundidas como él. Diana Foster no era una de ellas; era especial. Exquisita. Seductora. Intocable. Irresistible...

No tenía derecho de haberse acercado a ella la noche anterior, y menos de convencerla de que se casara con él, y se portó como un cretino inmundo al acostarse con ella. Nunca tuvo intenciones de que eso sucediera. Se autoconvenció de que no sucedería. ¡Sus convicciones y su autocontrol duraron menos que un maldito día! Le dijo que ella le había herido el ego. En lo que a Diana se refería, él no tenía derecho a ego alguno.

Pensó en los logros de Diana y le dieron tanto orgullo que sintió que le ardía el pecho. Al oír un suave llamado a la puerta del dormitorio, miró a su alrededor.

- Cole, ¿puedo hablar un minuto contigo?

Le dijo que pasara y Diana entró cubierta por una sencilla bata de seda blanca con su monograma bordado en azul marino sobre el bolsillo, un pañuelo aferrado en la mano y la conciencia largo tiempo muerta de Cole se alzó como una furia. Veinticuatro horas antes, Diana entraba a un hotel con el porte orgulloso de una reina. Después de un día de estar casada con Cole Harrison tenía el aspecto desolado de una niña extraviada. En un año a partir de ese momento, si seguía casada con él, posiblemente tendría un aspecto tan desastroso y desesperanzado como su madre.

- Diana... - dijo en un tono de voz cuidadosamente inexpresivo.

Ella sacudió la cabeza para hacerlo callar y su pelo brilló como el cobre a la luz de la lámpara.

- Por favor, siéntate - dijo ella con voz temblorosa mientras se encaminaba hacia un par de sillones con una lampara de lectura entre ambos - Necesito decirte algunas cosas - informó, y esperó hasta que él se sentara para empezar a hablar.

Iba a tratar de cancelar todo el asunto.

- Creo que ya sé lo que me quieres decir - exclamó Cole mientras se inclinaba hacia adelante y apoyaba los codos sobre las rodillas.

- Ante todo quiero disculparme por la manera infantil en que me comporté en todo este asunto. He estado absurdamente preocupada por lo que la gente pudiera pensar, y es algo que me avergüenza. Me provoca un enorme orgullo estar casada contigo y, a partir de mañana, nadie tendrá motivos para pensar lo contrario.

Con las oscuras cejas fruncidas en un gesto de total incredulidad, Cole le miró fijo el rostro tan pálido. Ella bajó la mirada y la clavó en las manos que tenía enlazadas en la falda; luego levantó la vista y lo miró directamente.

- En segundo lugar, quiero decirte cuánto lamento lo que sucedió anoche en el avión.

- No quiero correr el riesgo de buscar explicaciones equivocadas - dijo él con ironía -, ¿pero no crees que es postule que lo de anoche haya sucedido porque nos sentimos atraídos? Te puedo asegurar que yo te deseaba. Y sé que tú a mí también. - El repentino encanto de su sonrisa perezosa fue casi tan efectivo como su confesión. - En realidad - agregó con suavidad -, me he enterado por una fuente de la que es imposible dudar, que hace mucho tiempo me deseabas.

Ella se puso de pie con lentitud y él la imitó.

- Me niego a lamentar lo que sucedió anoche o a disculparme por ello - dijo Cole -. Nos deseábamos. Fue tan simple como eso. Vamos a pasar una semana juntos. Estamos casados.

Diana sintió que se derretía bajo el encanto de esa voz de barítono.

- Y lo que es aún más importante, nos gustamos y somos amigos. ¿Estás en desacuerdo con algo de lo que he dicho?

- No - contestó ella, estudiando el rostro sombrío de Cole -. ¿Qué me estás sugiriendo?

- Estoy sugiriendo que consideres la posibilidad de tener una verdadera luna de miel conmigo cuando estemos en el rancho. No me contestes ahora - pidió -. Piénsalo. ¿Quieres?

Diana vaciló.

- Sí.

- En ese caso - dijo Cole depositándole un beso fraternal sobre la frente -, te sugiero que salgas de aquí ya mismo, antes de que yo decida tratar de convencerte de que tomes otra decisión apresurada en otro de los pasos más importantes de tu vida.

Librodot

40

Cole estaba acostumbrado a ser observado por personas de ambos sexos cuando entraba en un edificio de oficinas y lo reconocían, pero jamás lo habían sometido a un escrutinio semejante al que sufrió cuando a la mañana siguiente llegó a Foster Enterprises. A los pocos minutos le resultó evidente que Diana mantenía con su personal una relación mucho más libre que él con el suyo y también le resultó evidente que los que trabajaban para ella la querían mucho más de lo que era habitual. Sobre todo comparado con su propio caso.

Él estaba acostumbrado a ser tratado con temor, con miedo, y hasta con una velada hostilidad, pero siempre con respeto y nunca, pero jamás, con relajada cordialidad y menos aún con impertinencia. Diana le presentó a todos los que trabajaban en los distintos departamentos de la empresa, y Cole debió soportar toda clase de actitudes, desde la más severa advertencia de que debía cuidar bien de Diana, hasta sonrientes comentarios acerca de la diferencia de estatura de ambos, y los que le aseguraban que sería jefe de una espléndida familia o le hacían flagrantes comentarios acerca de sus atributos físicos. Al principio todo eso lo sorprendió, luego le hizo gracia. Una alegre muchacha de veinte años lo felicitó por su corbata y un dibujante en silla de ruedas le preguntó cuántas horas de ejercicio diario hacía para mantenerse en tan excelente estado físico. Cuando abandonaban el departamento de ventas, otra mujer hizo un comentario acerca de su físico que lo obligó a mirar a Diana con incredulidad.

- ¿Qué dijo? - preguntó Cole en un susurro.

Diana mantuvo baja la cara porque estaba muerta de risa.

- Dijo que tienes unas nalgas espléndidas.

- Fue lo que me pareció oír. - Instantes después la miró. - La mujer del último departamento que visitamos, esa que tenía las manos manchadas de tinta, comentó que le gustaba mi corbata. Gracias por habérmela prestado.

Esa mañana había caído en la cuenta de que la única corbata que tenía en la valija no era de fondo azul oscuro como él creía, sino negra. Diana solucionó su problema al entrar en su dormitorio y salir con una caja de corbata.

- Ésta me encantó en cuanto la vi - explicó -, así que la compré... para alguien.

Por la pausa que hizo al hablar, Cole supuso que la habría comprado para Dan y aunque era un poco más llamativa que las que él usaba por lo general, le alegró tenerla.

- No se trata de un préstamo, es un regalo - aclaró Diana con sencillez -. Y no la compré para Dan. Cuando veo algo que me gusta, lo compro para tenerlo a mano.

La conferencia de prensa tendría lugar en la espaciosa oficina de Diana donde ya se arracimaban treinta fotógrafos y periodistas. Al llegar a la puerta, Diana se detuvo, se volvió y enderezó la corbata de Cole, en el gesto típico de una esposa que en esas circunstancias tan poco comunes resultó aún más íntimo.

Librodot

- Perfecto - anunció.

Cole pensó que era ella la que estaba “perfecta” en su vestido de seda amarilla con cuello y puños blancos, y lo demostró mirándola con admiración. El silencioso halago hizo que ella apretara la mano que él le tomaba en el momento en que se adelantó a abrir la puerta de su ruidosa y atestada oficina.

Lo primero que Cole notó fue que los abuelos de Diana, su madre y Corey estaban ubicados al frente, cerca del escritorio. Era una demostración de solidaridad familiar que a la vez lo impactó y lo emocionó mientras caminaban hacia el frente del cuarto y los flashes estallaban alrededor de ambos.

Lo siguiente que notó fue que el ambiente de esa conferencia de prensa era completamente distinto a todas las que hasta entonces conocía. No existían evidencias de hostilidad ni de sospechas. En lugar de gritarle preguntas cargadas de segundas intenciones, los periodistas hicieron bromas acerca de su larga soltería y le comentaron a Diana en son de mofa que todas las mujeres tenían derecho de cambiar de idea, una manera muy galante de ignorar el abandono de Penworth, que sorprendió y agradó a Cole. Diana lo soportó todo con enorme serenidad y ni por un instante dejó de sonreír.

- ¿Cuánto hace que se conocen? - preguntó alguien.

- Nos conocimos cuando Cole todavía estaba en la Universidad - contestó Diana, puesto que, a sugerencia de Cindy, se turnarían y cada uno de ellos contestaría una pregunta.

- ¿Cuándo será la luna de miel?

- A fines de semana, cuando los dos podamos arreglar nuestras agendas - contestó Cole, refiriéndose al viaje al rancho de Cal.

- ¿Adónde piensan ir?

Diana abrió la boca para responder, pero Cole le ganó de mano.

- Ustedes son las últimas personas del mundo a quienes se lo diríamos - contestó con una sonrisa y una afabilidad que estaba en completa oposición con su fama de hostilidad hacia la prensa.

La conferencia de prensa completa anduvo como sobre ruedas hasta que llegó la última pregunta, que le hizo a Cole un hombre delgado y de anteojos sentado en primera fila.

- Señor Harrison, ¿le gustaría hacer algún comentario acerca del rumor de que la Comisión Controladora de Acciones y Valores prepara una investigación sobre una posible actitud impropia con preferencia a la compra de Cushman?

Más que ver, Cole sintió que Diana se ponía tensa y tuvo el impulso casi incontrolable de levantar en vilo a esa pequeña comadreja y arrojarla por la ventana. Para sorpresa de todo el mundo, sobre todo la de Cole, fue la abuela de Diana quien intervino.

- Jovencito - le advirtió con tono airado al periodista de más de cuarenta años -, me doy cuenta de que ha estado consumiendo fertilizantes químicos en su comida y que eso ha afectado su humor.

Todos los presentes lanzaron una carcajada y los periodistas comenzaron a retirarse de la oficina. La limosina de Cole lo esperaba en la puerta para llevarlo al aeropuerto, de manera que pudiera estar en Dallas en una hora y media más, asistiendo a una reunión. Cole estaba furioso con el periodista y emocionado por la actitud de sus parientes temporarios, sobre todo la de la abuela de Diana. Miró a la familia Foster, sin saber qué decir. Como tampoco sabía de qué otra manera manejar la situación, les sonrió a todos en general y luego se inclinó para depositar un beso fraternal en la mejilla de Diana.

- Te veré el jueves.

Al salir, cerró la puerta a sus espaldas, dejando sola a la familia en la oficina de Diana. Henry Britton fue el primero en hablar.

- Me pregunto - dijo mientras miraba la puerta que acababa de cerrarse - cuánto tiempo hace desde que alguien ha dicho una frase en defensa de ese muchacho.

Corey se quedó con Diana para ayudarla a poner en orden la oficina. Los comentarios negativos de Spence acerca de las supuestas prácticas cuestionables de Cole en los negocios giraban en su mente acuciadas por la alarmante referencia que acababa de hacer el periodista acerca de una investigación.

Levantó un trozo de papel de la alfombra azul. Mientras colocaba cuatro sillas en su lugar en el otro extremo de la oficina, Diana se acercó al escritorio y apoyó sobre él una cadera.

- ¿Corey?

Corey la miró con una brillante sonrisa mientras tomaba una pieza de cristal de Steuben de la colección de Diana, un hermoso pavo real, y lo colocaba en el lugar que le correspondía, en el centro exacto de una pequeña mesa de conferencias.

- ¿Hummm?

- ¿Qué te sucede?

Librodot

Corey dio un paso atrás para chequear la posición exacta del pavo real en relación con un bol de cristal que movió unos centímetros a la derecha.

- No me pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?

- Porque la organizadora compulsiva soy yo, ¿recuerdas? Tú eres la desordenada, la que siempre ha vivido en medio de un total desorden.

Corey alejó la mano de repente de otras piezas que estaba por colocar en su lugar exacto y se volvió a mirar a su hermana.

- Lo que sucede es que los periodistas siempre me inquietan.

- Sobre todo - agregó Diana - cuando hacen indirectas insultantes contra tu nuevo cuñado.

- Sobre todo en ese raso - admitió Corey con un suspiro. No soportaba la idea de decirle a Diana que Spence tenía dudas acerca de la integridad de Cole, pero tampoco podía dejar a Diana en la oscuridad, sin hacerle alguna clase de advertencia. - Ayer Spence me dijo que, a lo largo de los años, Cole ha hecho muchos enemigos.

- ¡Por supuesto! - contestó Diana sin preocuparse -. La única manera de no tener enemigos es no triunfar en nada.

Eso tenía todo el sentido del mundo pero, al mirar a su hermana, lo que más impresionó a Corey fue su habilidad para conservar la calma y la lógica en un momento tan conflictivo. Apoyada contra el borde de su escritorio, con cada pelo de la cabeza en su lugar perfecto y con la figura esbelta realzada por un vestido elegante, parecía más bien una modelo que una empresaria.

Había fundado una corporación exitosa y lograba dirigirla sin perder un ápice de su feminidad o humanidad. Corey sonrió y expresó en voz alta sus pensamientos.

- Tú nos haces honor a las mujeres, hermana. - Luego sonrió y salió con un alegre saludo.

Cuando Corey salió, Diana quedó contemplando el espacio en actitud soñadora. Recordaba las cosas tiernas, inolvidables que Cole le dijo la noche anterior. Y también pensaba en la luna de miel que comenzaría el jueves. Cuando volvió a la realidad y miró el reloj, se dio cuenta de que no tendría tiempo de llamar a Doug hasta después de la reunión de producción. No quería que él se enterara de su casamiento por los diarios; se lo quería decir ella misma.

Al volver de la reunión se encontró con Doug, quien se paseaba de un lado al otro de su oficina y, a juzgar por su expresión ominosa, comprendió que no se alegraba por ella. Por precaución, Diana cerró la puerta de la oficina y en cuanto lo hizo él explotó y dijo en voz baja y furibunda:

- ¡Entre todas las cosas estúpidas, irracionales... no puedo creer que te hayas casado con ésa... con esa porquería! ¡Te has vuelto loca! ¡Dios, con gusto te pegaría una paliza!

Diana tenía intenciones de tratar de razonar con él, pero le enfureció tanto la descripción que Doug acababa de hacer de Cole, que en lugar de ello se colocó detrás de su escritorio. En un furioso silencio, permaneció allí mientras Doug seguía paseándose de un lado para el otro, y se pasaba las manos por el pelo como un loco.

- ¡Debes liberarte de él! Hoy mismo. Anuncia que te drogó, cualquier cosa, pero aléjate de él y no te vuelvas a acercar. No es digno de estar en el mismo cuarto que tú. ¡Para lo único que sirve ese tipo es para palear bosta!

- ¡Pedazo de esnob! -.exclamó Diana

- Si despreciar a un gángster de las corporaciones es ser esnob, entonces supongo que lo soy.

- ¡Como te atreves a hablar así! - explotó Diana -. Y de todos modos, ¿quién te crees que eres?

En lugar de aplacarlo, la obstinación de Diana lo exacerbó. Apoyó ambas manos con fuerza sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante con los dientes apretados.

- Soy tu amigo. Y ahora, te pido que lo hagas por mí: ¡libérate de ese hijo de puta!

- ¡Te estás comportando en una forma completamente irracional! Doug volvió a comenzar a pasearse por la oficina.

- ¿Qué hace falta para que comprendas? - Se detuvo y se volvió a mirarla. - ¡Los días de ese hombre para trabajar en la Bolsa de Comercio han terminado! La Comisión Controladora de Acciones y Valores se lo impedirá, y eso es sólo el principio. Cuando el gobierno federal haya terminado con él, irá a la cárcel, que es el lugar que le corresponde. El Estado de Texas también cerrará sus empresas. Y cuando todos hayan terminado con él, estará fundido y será un ex convicto.

Diana estaba estremecida pero logró hablar con una tranquilidad razonable.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque el negocio Cushman fue sucio. ¡Ese hombre es un tramposo y un manipulador! ¡Es un animal!

- Explícame por qué dices eso. Dame una sola prueba en lugar de repetir chismes.

- ¡No puedo! - exclamó él.

- Entonces - dijo ella con suavidad, mientras le tendía la mano - te pido que no creas en rumores. Ten confianza en mi sentido común, en mi juicio. Alégrate por mi.

Por fin Doug se tranquilizó, pero su tristeza fue peor que su furia anterior.

Librodot

- Diana, me habría dejado atropellar por un camión por ti si me lo hubieras pedido, pero no puedo alegrarme por ti y tampoco podré ayudarte si sigues casada con él.

- Tengo intenciones de seguir casada con él - contestó Diana con una tranquila convicción que hasta a ella la sorprendió. Doug se puso pálido, como si acabaran de pegarle una cachetada.

- Ese cretino realmente sabe tratar a las mujeres de todas las edades, ¿no es cierto? Hasta a ti. Puede conseguir que hagan lo que se le dé la gana.

Diana supuso que Doug sabía que todas sus amigas de la adolescencia estaban enamoradas de Cole y se negó a responder. Le ardían las lágrimas en la garganta cuando su amigo de toda la vida se encaminó hacia la puerta de la oficina.

- ¿Doug? - dijo con voz tensa y dolorida.

Él se volvió a mirarla con expresión dura.

- Sí.

- Adiós - susurró Diana, dolorida.

41

Cole apenas podía creer que hacía sólo unos días que no entraba al edificio de United. Se había casado con Diana Foster. Había lle gado a hacer eso. El pensamiento lo hizo sonreír mientras pasaba junto a las sorprendidas recepcionistas.

Para aumentar su sensación de irrealidad, todo perecía cambiado desde la última vez que estuvo allí. Cuando minutos antes entró con el auto a los bien cuidados jardines, el parque de repente le recordó el terciopelo esmeralda, el lago, los trémulos cristales azules. Le hizo un comentario a su chofer sobre lo hermoso que era el día y lo brillante que estaba el cielo tan azul, y aunque el hombre asintió enseguida, le resultó un impacto que su por lo general silencioso empleador se hubiera dado el lujo de intercambiar unas frases sin importancia.

Cole sabía que ellos no se daban cuenta de la diferencia que había en lo que los rodeaba.

Porque ellos no acababan de casarse con Diana Foster. No sabían lo dulce, ni lo graciosa, ni lo valiente y hermosa que era. Era probable que las esposas de esos hombres jamás hubieran empacado repelente contra las víboras para llevarlo a un campamento, ni hubieran sollozado durante la ceremonia de su propio casamiento, para después sentarse en el avión sobre las rodillas del marido a contarle chistes. Era probable que las esposas de esos hombres nunca se hubieran puesto un vestido de seda color púrpura, ni cruzado una sala de baile con el empaque de una reina, para después emborracharse con champaña y llamar a la CNN para comunicar su casamiento...

Cuando Cole se acercaba a su oficina, en una contigua acababa de terminar una reunión de personal. Una docena de sus ejecutivos salió de la sala de conferencias, incluyendo a Dick Rowse, a Gloria Quigley de relaciones públicas, y a Alan Underwood, el vicepresidente de recursos humanos. Todos lo miraron con sonrisas expectantes, hasta que Alan rompió el hielo.

- ¡Que sorpresa! - le dijo a Cole, refiriéndose a su casamiento con Diana. El resto enseguida inició un coro de exclamaciones.

- Felicitaciones, Cole.

- ¡Me parece bárbaro!

- ¡Tan agradable!

- ¡Una noticia fascinante!

- ¡Maravillosa!

Cole estaba en un estado de ánimo increíblemente alegre.

- ¡Ah! ¿Así que a todos les gusta tanto mi corbata nueva?

- ¿Su qué nueva? - preguntó Gloria, sin entender.

- Mi corbata - repitió Cole, pero no logró controlar la sonrisa que asomaba en sus labios y brillaba en sus ojos -. Es más alegre que las que uso habitualmente.

- Yo me refería a su nueva...

- ¿Sí?

- Esposa.

- ¡Ah, sí! - contestó Cole, perdiendo la batalla por ocultar su sonrisa -. Ella me regaló esta corbata.

Se volvió y se encaminó a su oficina. A sus espaldas los ejecutivos se miraron, atónitos.

-¿Hablaba en serio cuando se refirió a la corbata? - preguntó Underwood.

Gloria alzó los ojos al cielo.

- ¡No, fue una broma!

- Cole nunca bromea - afirmó Dick Rowse.

- Pero ahora parece que sí - contestó Gloria mientras se encaminaba a su propia oficina.

- ¡Felicitaciones, señor Harrison! - dijo la secretaria de Cole con una sonrisa formal mientras lo seguía a la oficina, bloc en mano -. Soy una gran admiradora de la familia Foster - confesó.

- Yo también - dijo Cole muy sonriente, mientras abría su portafolios y comenzaba a colocar sobre el escritorio las carpetas que había llevado consigo. Como ya no podía seguir con el tema de Diana, volvió su atención a asuntos importantes de negocios. - Dígale a John Nederly que quiero verlo.

Shirley asintió.

- Ya llamó dos veces, pidiendo verlo.

- Felicitaciones por tu casamiento, Cole - dijo Nederly en cuanto entró -. Mi mujer me llamó hace una hora para darme la noticia. Está muy excitada por la posibilidad de llegar a conocer algún día a la señorita Foster. La admira muchísimo.

Cole no perdió el tiempo en tonterías.

- Cierra la puerta - ordenó con voz cortante -. Y ahora, ¿qué demonios está sucediendo? - preguntó echándose atrás en su sillón y estudiando con expresión de desagrado a uno de los más famosos graduados de la Facultad de Derecho de Harvard -. Esta mañana, durante una

conferencia de prensa, un periodista me informó que la Comisión Controladora de Acciones y Valores me está investigando.

Nederly meneó la cabeza.

- No es así.

La expresión de Cole se aclaró pero sólo durante un instante.

- La Comisión Controladora de Acciones y Valores le ha pedido a la Bolsa de Comercio de Nueva York que investigue la compra de Cushman, lo cual es un primer paso y eso es lo que está sucediendo en este momento.

- ¿Y después qué?

- La Comisión Controladora de Acciones y Valores informa directamente al congreso para que les concedan poderes extraordinarios, lo cual significa que sea lo que fuere que encuentre la Bolsa de Comercio de Nueva York, la Comisión Controladora de Acciones y Valores revisará lo investigado y llegará a sus propias decisiones.

"Si consideran que existen pruebas en contra tuyo, te citarán para que te presentes a una audiencia ante el juez legal administrativo de la Comisión. Si ese juez falla en tu contra, el asunto pasará a las cortes federales y es probable que te citen para comparecer ante el Gran Jurado.

"No hay manera de saber de qué tratarán de acusarte; manipulación de acciones, sin duda y también fraude general. No te atacarán por haber provisto falsa información, a menos que puedan demostrar que falsificamos la información de las pruebas.

- Dime una cosa - dijo Cole en voz baja y furiosa -, ¿no crees que lo último que acabas de decir es algo prematuro?

Nederly se miró el traje y apartó una mota de polvo del pantalón.

- Tal vez haya estado tratando de demostrarte mis conocimientos superiores - dijo en un intento de bromear.

- ¿O en caso contrario? - preguntó Cole de mala manera. Nederly suspiró.

- O tal vez no tenga un buen presentimientos con respecto a este asunto, Cole. La investigación de la Bolsa de Comercio de Nueva York avanza a una rapidez inusitada, y ya he oído un rumor nacido de una fuente bastante confiable que afirma que esa investigación no es más que una formalidad de rutina. La Comisión Controladora de Acciones y Valores ya cree tener motivos razonables para citarte a que comparezcas ante su propio juez.

- ¿Qué motivos razonables? - preguntó Cole con desprecio.

- Una semana las acciones de Cushman se venden a veintiocho dólares cada una y en alza, porque la compañía trabaja en un nuevo microprocesador. A la semana siguiente, comienzan a circular rumores por todo Wall Street y por los medios que afirman que el nuevo chip no es confiable. Las acciones caen a catorce dólares y tú te ofreces a comprar la compañía íntegra. ¡No me negarás que parece sospechoso!

- No olvidemos que no pagué catorce sino diecinueve dólares la acción.

- Cosa que te viste obligado a hacer para poder comprar la totalidad de la compañía. No niego que los accionistas de Cushman hicieron un buen negocio cuando cambiaste sus acciones por las nuestras. E hicieron un negocio aún mejor porque les concediste un cambio libre de impuestos.

- ¿Entonces por qué mierda andan molestando?

- Dije que superficialmente parece un asunto malo.

- Me importa un bledo el aspecto exterior de las cosas...

John meneó la cabeza con expresión solemne.

- Creo que sería mejor que empezara a importarte.

- ¿Ése es el mejor consejo legal que puedes ofrecerme?

- En este momento no puedes hacer nada más.

- ¡A la mierda con eso! - dijo Cole con voz salvaje. Oprimió el botón del intercomunicador - Shirley, comunícame con Carrothers y Fineberg. Quiero hablar con cualquiera de los dos.

El nombre de la firma de abogados más prestigiosa y cara de Washington hizo sonreír a John.

- Ya le he hablado en tu nombre. Tal vez ellos puedan convencer anticipadamente a la Comisión Controladora de Acciones y Valores de que están actuando de una manera imprudente.

Cole le ordenó a la secretaria que cancelara la llamada. Convencido de que la combinación del talento de una firma de abogados cara y la falta de pruebas lograría que la Comisión Controladora de Acciones y Valores abandonara el asunto, volvió a reclinarse contra el respaldo de su asiento y sometió a Nederly a un cuidadoso escrutinio.

- ¿Quieres conversar acerca de algo más? - preguntó el abogado.

- Sobre tu corbata - contestó Cole de buen humor.

Nederly pareció alarmarse tanto por una posible falla en su apariencia personal como lo estuvo antes cuando conversaban sobre las distintas amenazas que se cernían sobre Cole y sobre Unified.

Librodot

- ¿Qué pasa con mi corbata?

- Es demasiado conservadora.

- Tú también siempre usas corbatas conservadoras.

- Yo no - dijo Cole, divertido por el descubrimiento de que, por lo visto, ese abogado que vestía de una manera inmaculada, lo imitaba.

Librodot

42

Aunque ya eran casi las siete y media, varios ejecutivos de Unified estaban trabajando hasta tarde, y Cole alcanzaba a oírlos moverse del otro lado de la puerta de su oficina. Todavía debía trabajar una hora más y quería llamar a Diana, pero desde su casa, para poder hablarle con tranquilidad. Hacía menos de ocho horas que se habían separado y ya estaba deseando volver a hablar con ella. En lugar de molestarlo, le divertía comprender que estaba actuando como un adolescente enamorado.

Esa tarde, Cal lo llamó temprano, en cuanto se enteró del casamiento de su sobrino por la televisión, y exigió que la secretaria de Cole lo hiciera salir de una reunión para hablar con él. En lugar de estar fascinado, Cal estaba furioso y acusó a Cole de "haberse casado enseguida con una cualquiera" para que él le firmara la transferencia de las acciones.

Para divertida sorpresa de Cole, el anciano declaró que ésa era una violación al acuerdo celebrado entre ambos, ya que lo que él quería era ver a su sobrino felizmente casado. Cole tuvo que conversar varios minutos con él hasta lograr tranquilizarlo y hacerlo comprender quién era Diana.

El miércoles siguiente, por la mañana, Cal tenía hora con su cardiólogo en Austin, y Cole tenía intenciones de llevarlo hasta allí en avión y enterarse personalmente de lo que le decía el médico. Después tenía esperanzas de poder pasar a buscar a Diana en Houston, pero ese día ella tenía compromisos impostergables y no podría viajar hasta el jueves, lo cual significaba que tendría que esperar otro día para verla... otro día antes de que pudieran estar juntos. En la cama. La sola idea de acostarse con ella, sobria y dispuesta a ello, fue suficiente para provocarle una erección y tuvo que hacer un esfuerzo para volver a prestar atención al contrato que estaba estudiando.

Acababa de firmarlo cuando Travis entró en la oficina, vistiendo una remera y un par de pantalones sport.

- ¡Has llegado! ¡Gracias a Dios! - exclamó el primo mientras cerraba la puerta del escritorio.

De poco más de cuarenta años, Travis tenía una cara agradable cuando no estaba preocupado, cosa que no sucedía a menudo, y el cuerpo atlético del hombre que exorcizaba sus ansiedades corriendo nueve kilómetros todas las mañanas antes del amanecer. Era muy trabajador y aunque no fuera el gigante intelectual que eran muchos de los científicos que estaban a sus órdenes, se trataba del hombre indicado para dirigir el departamento de Investigaciones y Desarrollo. Tenía sentido común, no era dispendioso cuando se trataba de gastar dinero de la compañía y, sobre todo, era leal. Por ese motivo Cole confiaba en él más que en cualquier otro de los que trabajaban en Unified.

- Aquí estoy - dijo Cole con una sonrisa irónica y observó que Travis se dirigía al bar -. Pero si quieres agradecérselo a alguien, agradécelo a quien haya redactado este contrato porque demoré casi una hora en leerlo con dificultad.

Librodot

Travis lo miró mientras se servía whisky en un vaso.

- Supongo que eso será una broma, ¿verdad?

- Y sin duda no una broma demasiado buena - contestó Cole haciendo a un lado la lapicera -. Y ahora dime qué te pasa.

- No lo sé. Por eso estoy aquí y por eso estoy bebiendo una copa.

Aún en Travis, ese grado de inquietud no era común.

- Creí que tal vez estuvieras celebrando mi casamiento.

Travis se volvió con el vaso en la mano y se acercó a Cole con la expresión de haber recibido un golpe en la boca del estómago.

- ¿Te casaste sin siquiera avisarnos a Elaine y a mí? ¿Sin invitarnos?

Emocionado al comprobar que Travis se sentía herido por ello, Cole meneó la cabeza.

- Fue algo completamente inesperado. Decidimos casamos el sábado por la noche y volamos a Las Vegas a hacerlo... antes de que ella pudiera cambiar de idea - agregó con sinceridad -. Bueno, y ahora cuéntame que te ha llevado a la bebida.

Travis bebió dos grandes tragos de whisky.

- Me siguen.

Aunque la lógica le indicaba que eso era muy improbable, Cole no pudo evitar la vaga sensación de inquietud que lo recorrió.

- ¿Por qué lo crees?

- No lo creo, lo sé. Noté la presencia del tipo ayer, al salir de casa. Estaba estacionado en la cuadra en un Chevrolet negro y me siguió hasta aquí. Esta noche, al salir para volver a casa a comer, noté que el auto estaba estacionado más allá de nuestras rejas de entrada. Me siguió hasta casa De manera que me cambié de ropa y corrí de vuelta hacia aquí, a pie y cruzando terreno para que no pudiera seguirme. Pero lo intentó. Te lo aseguro porque lo vi.

Cole estudió a su primo.

- Por casualidad no estarás viviendo una aventura, ¿verdad?

- No tengo tiempo ni ganas de vivir ninguna aventura, y además, si lo hiciera, Elaine me mataría.

La última parte de la frase era muy cierta, de manera que Cole aceptó las palabras de Travis.

Librodot

- Es posible que algunos ladrones tengan la intención de robar tu casa y ante todo tratan de conocer bien tus costumbres y horarios.

Travis terminó su whisky en otros dos tragos.

- No, a menos que estén buscando un desafío en lugar de un botín. Tenemos dos perros guardianes, un sistema de seguridad a toda prueba, con cámaras que cubren toda la casa, verjas eléctricas, todo.

- ¿Entonces qué sentido tiene que alguien te ande siguiendo?

Travis se dejó caer en un sillón.

- ¿Podría tener algo que ver con la investigación de la Bolsa de Valores de Nueva York?

La sensación de terror que Cole sintió más temprano. se convirtió en enojo.

- En ese caso, están perdiendo el tiempo.

Esa noche, al salir de la oficina, Cole miró por el espejo retrovisor. Un automóvil Ford azul oscuro, último modelo, lo siguió casi hasta las puertas de su casa, luego desapareció en una esquina.

Cuando entró en la casa, el teléfono estaba sonando. La voz del otro extremo era tan temblorosa que le costó reconocer en ella a Travis.

- Tenemos problemas, Cole, Aquí sucede algo.

- ¿De qué estás hablando? - preguntó Cole, frunciendo el entrecejo - ¿Dónde estás? ¿Por qué hablas en susurros?

- Estoy en mi oficina, pero no estoy seguro de estar solo.

Frustrado, Cole se quitó el saco.

- ¿Por qué no estás seguro? - La oficina de Travis estaba en el edificio de Investigaciones y Desarrollo, en el mismo piso que el laboratorio principal y desde donde él estaba tenía una vista clara de toda la zona. En el otro extremo de la línea, Travis lanzó un suspiro largo y audible y habló con voz algo más normal, pero todavía llena de pánico.

- Cuando te dejé, estaba demasiado nervioso para volver a casa, así que decidí venir aquí y terminar con un trabajo de papelería. Prendí las luces principales del techo del laboratorio y, mientras se encendían, me pareció ver una sombra que se movía en un rincón; luego desapareció. Corrí a mi oficina y al vestíbulo que hay detrás, pero no vi a nadie. El tipo debe haber bajado por las escaleras de incendio del extremo sur del edificio.

Cole se detuvo cuando estaba por aflojarse la corbata que le regaló Diana.

- ¿Estás seguro de haber visto a alguien?

- No.

Aliviado, Cole comenzó a buscar los mensajes que su ama de llaves le dejaba en la mesa, junto al teléfono.

-... pero estoy completamente seguro de que cerré con llave mis archivos y uno de ellos está abierto.

- Yo me encargaré de eso - dijo Cole, cortante. El espionaje corporativo siempre era una posibilidad, pero en Unified había considerables precauciones de seguridad y de protección. - ¿En ese archivo había algo que pudiera interesarle en forma especial a un competidor?

- No, en realidad, no.

- Muy bien. Entonces vuelve a tu casa. Yo me encargaré del asunto.

Cuando Travis colgó, Cole marcó el número de Joe Murray, el jefe de seguridad de Unified y esperó con impaciencia mientras la esposa lo llamaba. De poco más de cincuenta años, Murray era un ex marino calvo, con el físico de un futbolista, y una voz profunda y grave que coincidía a la perfección con su imagen física. Masticaba chicles y se reía de sus propias bromas mientras vagaba por todas partes mirando por sobre el hombro de todo el mundo y conseguía dar la impresión de que era un ex guardia de seguridad común quien, de alguna manera, había sido promovido a un trabajo de escritorio que estaba más allá de su capacidad.

En realidad, era un ex agente secreto del FBI con una importante lista de arrestos de grandes criminales debidos a su habilidad para parecer inocuo mientras penetraba en los círculos íntimos de su presa. Su sueldo era de 250.000 dólares por año, además de opciones para la compra de acciones y de beneficios suplementarios.

Cuando atendió el llamado de Cole, su engañosa alegría estaba ausente.

- ¿Tenemos algún problema?

- Hace poco más de media hora tuvimos un intruso en el sexto piso de Investigaciones y Desarrollo - explicó Cole -. Travis se había ido, pero decidió volver a la oficina para terminar un trabajo. Encontró abierto un archivo. No contenía nada vital para nosotros, aunque lo hubieran robado.

- ¿Travis vio a alguien?

- Le pareció ver una sombra que se movía antes de que se acabaran de encender todas las luces.

- ¿Pudo haberse olvidado de echar llave al archivo antes de irse?

Librodot

- No es probable que Travis olvide algo así.

- Tiene razón. Iré enseguida para allá y me encargaré de investigar el asunto. Si el guardia de seguridad del escritorio del piso principal vio algo o si yo descubro algo, lo llamaré enseguida.

- Hágalo - pidió Cole -. Y, a partir de mañana, quiero que haya un guardia de seguridad apostado en la entrada principal durante las veinticuatro horas.

- Le dije que deberíamos haber instalado puertas eléctricas en lugar de esa casilla de cortesía.

Durante el día, la casilla estaba ocupada por un anciano que lucía un blazer con el logotipo de la compañía en el bolsillo. Su misión consistía, sobre todo, en indicar a los visitantes la dirección que debían seguir. La verdadera seguridad la manejaban hombres que vestían blazers similares, quienes permanecían sentados en los escritorios de recepción de cada edificio. El edificio de las oficinas de ejecutivos era la excepción. Para mantener la ilusión de elegancia y de lujo, la recepcionista en el edificio de Cole era una mujer, pero siempre había un hombre de blazer disimuladamente ubicado en el lugar.

Cole reconsideró la filosofía de lo que se había hecho hasta entonces y volvió a contradecir a Murray.

- Gasté una fortuna en convertir los edificios de Unified en unos de los más hermosos del mundo. No los pienso cerrar, ni poner guardias armados abajo para que parezcan una miniprisión.

- Es su decisión, Cole - contestó Murray, pero ya se lo notaba distante, ansioso por llegar a Unified antes de que el rastro del desconocido desapareciera -. ¿Algo más?

- Sí, a Travis y a mí nos siguen. A él en un Chevrolet negro. A mí en un Ford azul oscuro.

- ¿Tiene idea del motivo o de quién puede ser?

- Ninguna - contestó Cole, porque no tenía sentido que la Comisión Controladora de Acciones y Valores recurriera a eso. El secuestro y el pedido de rescate eran una posibilidad, pero parecían demasiado absurdos para ser tenidos en cuenta. En ese caso sólo quedaba otra posibilidad de la que Cole no quería hablar con Murray. - Sean quienes fueran, no hacen más que perder el tiempo. Siguiéndome no encontrarán nada útil ni que pueda incriminarme.

- ¿Sabe cómo sacárselos de encima si le resultara necesario?

- Voy al cine - dijo Cole con ironía -. Me lo imagino.

Cuando terminó de hablar, Cole se preparó una copa y la llevó al living de paredes de vidrio que daban a una gigantesca pileta de natación de forma libre con un mirador y un puente en el medio. En un extremo, una cascada de agua era creada por dos mil luces de fibra óptica

insertadas en largos tubos del diámetro de una pajita plástica. El agua fluía a través de los tubos y caía sobre las rocas como coloridas luces artificiales que caían sobre la tierra.

Cole apoyó los pies sobre una mesa ratona y marcó el número de Diana. Ella contestó al segundo llamado y su voz suave y musical lo tranquilizó y lo alegró.

- ¿Cómo fue tu día? - le preguntó.

Diana se negó a pensar en la visita de Doug.

- Perfecto. ¿Cómo fue el tuyo?

Cole se desconectó de los desagrados como la investigaciones de la Comisión Controladora de Acciones y Valores, la amenaza de ser citado ante un juez, el intruso en el laboratorio y el hecho de que lo siguiera alguien en un Ford azul oscuro.

- ¡Estupendo! A todo el mundo le gustó mi nueva corbata.

Librodot

43

A la mañana siguiente, el Ford azul seguía cinco autos detrás de Cole cuando la limosina de éste entró en United. Mientras pasaba, Cole tomó nota del número de la placa. Quienquiera lo estuviera siguiendo, sin duda no quería arriesgarse a entrar en los terrenos de Unified.

- Ven a buscarme a las cinco, Bert - le dijo al chofer quien también compartía trabajos domésticos en la casa, junto a su esposa Laurel - Si a las cinco y media no he salido, vuelve directamente a casa.

- Muy bien, señor Harrison.

Murray ya esperaba frente a la oficina de Cole, divirtiendo a Shirley y a Gloria con una historia de sus épocas de “héroe” del basquetbol. Entró con Cole a la oficina y, en cuanto la puerta estuvo cerrada, observó con tono indiferente:

- Gloria Quigley está secretamente convencida de que usted es capaz de caminar sobre el agua y Shirley sería capaz de atestiguarlo con tal de mantener su imagen.

- ¿En serio? - Cole estaba un poco sorprendido ya que nunca había cultivado la buena opinión de sus empleadas con ninguna clase de relación personal. - Me pregunto por qué.

- Por lealtad - contestó Murray directamente -. Se la dan incondicionalmente a las personas a quien respetan. De paso les diré que tienen personalidades idénticas.

En lugar de contestar, Cole escribió algo en una hoja de anotador y arrancó la página.

- ¿Éste es el número de placa del Ford azul?

- Lo chequearé enseguida - dijo Murray metiéndoselo en el bolsillo de su indescriptible chaqueta gris -. Y hablando de tipos de personalidades - continuó como si el tema no tuviera importancia y mirándose las uñas de las manos -, su primo parece excesivamente nervioso lo cual no es común en él. ¿Se le ocurre por qué puede ser?

- Se me ocurren varios motivos - contestó Cole con leve sarcasmo - La Bolsa de Nueva York nos está investigando a pedido de la Comisión Controladora de Acciones y Valores. A él lo siguen a todas partes adonde vaya y anoche alguien trataba de revisar sus archivos.

- Comprendo. A propósito, como posiblemente ya haya adivinado, anoche, el guardia de seguridad de Investigación y Desarrollo no vio nada fuera de lo habitual. Nadie entró al edificio después de las seis de la tarde y la gente a quien vio salir después de esa hora eran todos empleados a quienes conoce de vista. A las siete conectamos las alarmas de la escalera interior, lo cual significa que nadie puede abandonar el edificio por allí sin utilizar una tarjeta de seguridad o hacer sonar las alarmas, y absolutamente nadie puede entrar.

- ¿Entonces cómo entró ese individuo?

Librodot

- Pudo habérsele deslizado al guardia del escritorio de recepción cuando los empleados volvían de almorzar para después recorrer el edificio por la tarde sin una tarjeta de visitante, cosa que dudo. Por otra parte, no pudo haber entrado al piso de Travis sin una tarjeta de seguridad que le abriera la puerta, lo cual me lleva a pensar que ya se encontraba en el piso.

Cole sacó la conclusión obvia.

- ¿Un empleado?

- Es posible. También pudo haber sido una mujer porque Travis no está seguro de lo que vio. O pudo haber sido una ilusión, una treta de las luces en el momento de encenderse, y cuando Travis se dio cuenta de que tenía un archivo abierto sacó conclusiones apresuradas. Como ya le dije, está muy nervioso. He cubierto de polvo el archivo y el escritorio en busca de impresiones digitales y en este mismo momento las estoy haciendo chequear. En cuanto suba, investigaré el número de esta placa, pero es posible que demore un día o dos en saber a quién pertenece.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo en seco cuando Cole dijo con tono de irritación:

- ¿Por qué un día o dos? ¿Por qué no una hora o dos?

La leve e inquieta vacilación de Murray hizo sonar campanillas de advertencia en la mente de Cole antes de que el jefe de seguridad le respondiera.

- Usted y Travis vieron el Ford y el Chevrolet sin demasiada dificultad. En ambos casos los autos estaban estacionados en la calle de sus casas, pero bien a la vista, ¿no es cierto?

- De acuerdo.

- Por desgracia - dijo Murray con un suspiro y como disculpándose -, ese tipo de técnica sorprendentemente torpe, por lo general está limitada a los oficiales de la ley, ya sea local o estatal. Ellos siempre se creen invisibles.

Las cejas de Cole se unieron sobre sus ojos que eran fríos como el hielo.

- ¿Me está diciendo - preguntó en voz baja y furiosa - que nos está siguiendo la policía?

- Es lo que presiento. Se lo confirmaré en cuanto pueda chequear este asunto.

Cuando Murray salió, Cole hizo tres llamados telefónicos en rápida sucesión. El primero a una agencia de alquiler de automóviles que le prometió enviarle a la oficina a mediodía un sedán de cuatro puertas, sencillo.

El segundo llamado fue a un número de privado que no figuraba en la guía, de Fairfax, Virginia, que pertenecía a un senador de los Estados Unidos que era escuchado por el Presidente, ocupaba un lugar en la Comisión de Asignación de Recursos y tenía gran arrastre político. Además había recibido trescientos mil dólares en donaciones para su campaña de un fondo encabezado por Cole Harrison y esperaba que lo mismo se repitiera antes de las siguientes elecciones.

Librodot

De acuerdo con su esposa, Edna, esa mañana el senador Samuel Byers asistía a una reunión de la Comisión de Asignación de Recursos. Cole le dejó un mensaje por su intermedio, pero antes tuvo que esperar hasta que ella terminara de lanzar exclamaciones acerca de lo mucho que le gustaba la revista Fosters Beautiful Living y hasta que le hizo prometer que llevaría a Diana a Fairfax para la fiesta que siempre ofrecían en Navidad.

El siguiente llamado fue a un número cuya existencia sólo Cole conocía. Tamborileó los dedos con impaciencia sobre el escritorio y cuando Willard Bretling atendió, Cole dijo simplemente:

- Estaré allí esta tarde a las seis.

- ¿Quién habla, por favor? - preguntó Bretling con voz ronca por falta de uso.

- ¿Quién mierda cree que habla? - preguntó Cole.

- ¡Ah, por supuesto! Lo siento. He estado jugando toda la noche con nuestro juguete - dijo el anciano de setenta años con voz alegre.

El senador Byers llamó a la línea directa de Cole a las cuatro de la tarde, justo después de que Cole colgó con Diana.

- Siento enterarme de tu problema, Cole - dijo Sam, y parecía sincero -. Estoy seguro de que todo pasará en una semana o dos.

- Yo no estoy tan seguro - lo contradijo Cole.

- ¿Qué puedo hacer?

- Puedes averiguar quién demonios está detrás de todo esto y hasta donde ha llegado.

- Averiguaré todo lo que pueda - contestó Sam, pero antes de cortar, agregó, incómodo: - Hasta que termine esta tormenta en un vaso de agua, tal vez sería mejor que no me llamaras a la oficina ni a casa, hijo. Yo te llamaré a ti. ¡Ah! Y te pido que le des a tu nueva esposa un gran saludo de mi parte - agregó.

Cole maldijo disgustado ante esa última frase hipócrita. Luego se echó atrás en su sillón y cerró los ojos. Trató de conjurar la imagen de Diana para tranquilizar el caos que había sido ese día y ella se le presentó en la mente, caminando por el jardín trasero de la casa de los Foster justo después de que anunciaron su casamiento a la familia.

- Para tratarse de un hombre que está impresionado, tu expresión es terriblemente sombría - dijo ella.

- Ésa no es mi expresión sombría.

- ¿No lo es? Entonces ¿cómo es tu expresión sombría?

- Creo que no te gustaría saberlo.

- ¡Vamos! - bromeó ella -. ¡Déjame verla!

El recuerdo hizo que Cole riera en voz alta.

44

Corey señaló las fotografías de ocho por diez que acababa de ordenar sobre el escritorio de Diana.

- ¿Qué crees? ¿Te parece que debemos usar ésta o ésta?

- ¿Qué? - preguntó Diana mientras miraba por la ventana y veía un jet enorme que giraba con lentitud y comenzaba a volar hacia el oeste. Corey se inclinó hacia adelante y apoyó una mano sobre el brazo de su hermana.

- Diana, estás completamente distraída y en otra cosa, y creo que no podrás concentrarte, entonces ¿por qué no te reúnes hoy con Cole y su tío en lugar de esperar hasta mañana?

Diana meneó la cabeza.

- No, le dije que hoy no podría viajar. Me he tomado la semana que viene de licencia pero tengo demasiadas cosas que resolver antes de poderme ir. Él vendrá mañana a buscarme en el jet.

- ¿No crees que se sentiría más feliz si en lugar de mañana fueras hoy?

- Ya sé que le gustaría más - contestó Diana con una tranquila sonrisa, Cole se había mostrado desilusionado cuando le dijo que no podría reunirse con él hasta el día siguiente, pero lo comprendió. - De todos modos, en este momento está viajando a Austin con su tío. Aun en el caso de que su secretaria pudiera ponerse en comunicación con él para decirle que puedo ir hoy, dudo que su tío esté en condiciones de enfrentar el viaje hasta aquí para después tener que volver al lugar donde vive.

Corey se dio cuenta de que Diana flaqueaba y eso la alegró. Su instinto le indicaba que Cole Harrison era exactamente el hombre que le convenía.

Librodot

- Podrías pedirle a la secretaria de Cole que te dé la dirección de Cal, volar tú misma hasta allí y al llegar llamar a Cole por teléfono y pedirle que te vaya a buscar.

- No me tientes - advirtió Diana. Se levantó y se dirigió a la ventana, tan distraída por sus ganas de salir cuanto antes para Jeffersonville que al principio no le prestó atención al Mercedes negro convertible que se detenía frente al edificio. Cuando lo notó, lo primero que le llamó la atención fue la joven que bajó del auto. De poco más de veinte años, lucía una ajustada pollera color rosa que exhibía largas y hermosas piernas y un “top" tejido que se estiraba sobre sus pechos generosos. Todo en ella era voluptuoso, desde la ropa hasta los labios, el pelo al viento y la expresión malhumorada. El hombre que iba al volante, se estiró hacia ella, le tomó una mano y la obligó a volver al auto, como si no quisiera que ella entrara con él, luego bajó.

La voz de Diana se convirtió en un susurro sorprendido.

- Ha venido Dan. Y ha traído a su mujer.

- ¡Qué! - exclamó Corey, corriendo hacia la ventana. La nueva esposa de Dan volvió a bajar del auto en abierta desobediencia con los deseos de su marido, pero riendo. Dan la volvió a obligar a permanecer en su lugar. Corey la miró con detenimiento. - ¡No lo puede creer!- explotó -. Parece una adolescente excesivamente sexual.

Diana experimentó una punzada de celos y de dolor que desaparecieron enseguida.

- Es perfecta para él - dijo en voz alta -. No cabe duda de que le provoca celos e inseguridad que él suba, y ¡Dan está encantado! ¿Notaste cómo reía?

- ¡Es un cerdo! - dijo Carey con furia -. Es evidente que necesita que le aseguren constantemente su virilidad. ¿De qué crees que puede hablar con ella?

Diana pensó en su relación con Dan y se dio cuenta de que mientras él decía que estaba orgulloso de todo lo que ella había logrado en su carrera, siempre le provocaba la sutil sensación de que tenía carencias en otros sentidos. “Tu carrera te exige tanto, Diana”, le dijo millares de veces. Por otra parte, aún sin una carrera, ella jamás habría tenido los pechos exuberantes ni las piernas largas de la nueva mujer de Dan. Y aunque los hubiera tenido, ni muerta se habría vestido como se vestía ella.

- ¿Cómo pude haber sido tan ciega? - murmuró. Después se alejó de la ventana y volvió al escritorio.

- ¿Lo vas a recibir?

- Sólo por un momento - contestó Diana mientras apretaba el botón del intercomunicador para hablar con su secretaria,

- ¿Quieres que me quede? - preguntó Corey.

Librodot

- Depende de ti. Lo que Dan quiere es sacarse de encima la sensación de culpa creando una especie de relación amistosa conmigo.

Sally contestó el intercomunicador y Diana le pidió que llamara a la secretaria de Cole y le pidiera informaciones específicas sobre la dirección y número de teléfono de Cal. También debía pedirle que le dijera a Cole que ella estaba en camino y enseguida le pidió que luego hiciera los arreglos necesarios para conseguirle pasaje en un vuelo de ese mismo día. En cuanto Diana terminó de darle las instrucciones, Sally bajó la voz hasta convertirla en un susurro lleno de aprensión.

- El señor Penworth se acerca por el vestíbulo - informó.

- ¡Diana! - exclamó él instantes después, bronceado y encantadoramente incómodo -. Llegué ayer y vine a verte en cuanto pude.

Diana se apoyó contra el escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho.

- Ya lo veo - dijo con tranquilidad, con una extraña mezcla de alivio y de disgusto. No había perdido a alguien maravilloso. Dan era débil, egoísta y además, un cobarde. Cole tenía razón cuando hizo ese primer brindis en el balcón del hotel.

- Me gustaría que dijeras algo para que esta situación fuese un poco más fácil - dijo Dan, genuinamente desilusionado ante la falta de cooperación de Diana -. Mira, ya sé que lo que sucedió entre nosotros fue un duro golpe para ti.

- Por supuesto que lo fue - contestó Diana. Él pareció halagado y agradado por sus palabras. - Después de todo - agregó Diana con una sonrisa mientras citaba las palabras de Cole - , fui plantada por la mierda más grande del mundo.

En un ataque de indignación, él giró sobre sus talones y salió del escritorio como una tromba. Después de un instante, Diana miró a Corey que estaba apoyada contra la pared frente al escritorio de su hermana. Con el rostro lleno de alegría, Corey se alejó de la pared. Con mucha lentitud y muy fuerte, comenzó a aplaudir.

Librodot

Librodot

45

Diana tuvo que hacer trasbordo de avión en Austin y también en San Larosa. No era lo suficientemente cándida como para creer que el vuelo entre San Larosa y Ridgewood Field, cerca de Kingdom City, lo haría a bordo de un 747, pero tampoco supuso que tendría que caminar un kilómetro sobre tacones altos para cruzar la pista y abordar una miniatura de avión que podría haber considerado “lindo” si estuviera bien pintado y tuviera motores de jet en lugar de volar a hélice.

Cuanto más se le acercaba, más pequeño le parecía el avión de la Texan Airlines. Apuró el paso y casi llegó a correr para mantenerse a la par con el changador que le llevaba la valija, quien también había recibido su pasaje y la hizo pasar a la pista.

Sin duda, el joven oyó el veloz taconeo de Diana a sus espaldas, porque se detuvo y se volvió.

- Por aquí, señorita Foster... ¿o debo decir Señora Harrison?- preguntó con una sonrisa -. Los vi a usted y a su marido en el noticiero.

Diana fijó su atención en el pequeño y destartalado avión que se suponía debía abordar.

- ¿Está en condiciones de volar?

- Yo le tengo confianza - contestó el muchacho con una sonrisa.

- Sí, ¿pero usted volaría en él?

- Lo hago todo el tiempo.

El interior del avión era raído y sucio. Cuando Diana se sentó, el asiento se hamacó de un lado para el otro, así que tuvo que tantear el piso hasta localizar ambos extremos del cinturón de seguridad y ponérsela bien apretado para que le sirviera de ancha al asiento sobre el piso del avión. El empleado de pasajes-changador le guiñó un ojo mientras se inclinaba para ubicarse en la cabina del avión. Luego se puso un par de antiparras y asumió su nuevo papel. El de piloto.

El avión comenzó a carretear por la pista, a los saltos, con estruendo de carrocería, los motores esforzados y hamacándose de derecha a izquierda con tanta fuerza que el asiento de Diana prácticamente se soltó del ancla, que era el cinturón de seguridad. Pero a último momento Se elevó en el aire con un quejido audible y empezó su ascenso hacia el sol.

Convencida de que si el viejo avión había logrado elevarse sería capaz de aterrizar, Diana abrió el sobre que contenía las instrucciones para llegar al rancho de Cal. Por desgracia cometió el error de mirar la cabina del piloto en el momento en que éste levantaba una mano para protegerse los ojos del sol y comenzaba a mirar el horizonte. De derecha a izquierda. De izquierda a derecha. No había radar.

Librodot

Diana no lo podía creer. Aferró los brazos de su pequeño asiento y observó la cabeza del piloto en su movimiento lento pero constante y, sin darse cuenta, empezó a ayudarlo. Se inclinó hacia adelante, y empezó a mirar por la ventanilla, observando compulsivamente el horizonte con el corazón en la boca... de izquierda a derecha... de derecha a izquierda... de izquierda a derecha.

Una hora después, el avión aterrizó con un golpe seco sobre la pista de Ridgewood Field, y galopó hasta la terminal. El piloto le sonrió mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad, luego abrió la puerta del avión y colocó la escalera. Después se volvió y le ofreció su mano.

- ¿Disfrutó del vuelo? - preguntó.

Diana puso sus pies sobre el pavimento caliente y sólido y respiró tranquila por primera vez en una hora.

- Si está haciendo una colecta para comprar un radar, me gustaría colaborar - contestó con ironía. Él rió y asintió mirándola por sobre el hombro. En un extremo de la pista, rodeado por una serie de aviones pequeños, resplandecía el jet de Cole, un sultán entre labradores.

- Después de haber volado en eso, todo lo demás parece inseguro. ¿Su marido vendrá a buscarla? - preguntó el muchacho.

- Antes tengo que llamarlo por teléfono.

Dentro del pequeño edificio metálico de la terminal hacía calor y el lugar estaba mal ventilado. Frente a un escritorio que anunciaba alquiler de automóviles, había una máquina de café. Una mujer de uniforme de camarera, con el nombre “Roberta” bordado en el bolsillo, conversaba con dos individuos de edad avanzada que bebían café en tazas de papel frente a un pequeño mostrador, En la pared opuesta, entre los baños, había un teléfono público.

Después de veinte minutos de trámites, Diana consiguió que la operadora verificara la línea y le informó que el teléfono de Cal no contestaba. Diana entonces supuso que el teléfono del tío de Cole debía estar descompuesto y decidió alquilar un auto.

- Lo siento, señorita - dijo Roberta con la expresión de sentirlo realmente -, pero sólo tenemos dos automóviles en alquiler. Esta mañana le alquilamos el que tiene el silenciador roto a un hombre de la compañía petrolera que llegó en el avión colorado. El auto que tiene las cubiertas malas se descompuso la semana pasada y lo están arreglando.

- En ese caso, ¿dónde puedo encontrar un taxi?

La pregunta hizo lanzar una carcajada a uno de los hombres que estaban frente al mostrador.

- Chiquita, esto no es St. Louis, Missouri, ni siquiera San Angelo. Aquí no tenemos taxis.

Diana se sintió frustrada pero seguía decidida.

- ¿Cuándo pasa el ómnibus siguiente hacia Kingdom City?

- Mañana por la mañana.

Decidió apelar a la galantería del tejano.

- He venido a encontrarme con mi marido. Nos casamos la semana pasada y ésta será nuestra luna de miel.

La palabra “luna de miel” tocó el corazón de Roberta.

- Ernest - suplicó -, tú podrías llevar a la señora hasta Kingdom City, ¿no es cierto? Sólo te desviarás unos minutos de tu camino. Hazlo y durante las dos semanas siguientes te daré un café gratis.

El hombre llamado Ernest masticó pensativo su palillo de dientes y luego asintió.

- Si lo haces durante tres semanas, trato hecho, querida.

- Está bien, tres semanas.

- Entonces, vamos - dijo Ernest bajando del banco del mostrador y dirigiéndose a la puerta.

- ¡Muchas gracias! - dijo Diana, aliviada. Le tendió la mano a Ernest. - Me llamo Diana Foster. - Él estrechó con rapidez la mano que ella le tendía y se presentó como Ernest Taylor. Su galantería no se extendía a las valijas, porque miró el equipaje de Diana y dijo:

- Me encontraré con usted a la salida para que no tenga que cargar con todo eso hasta el estacionamiento.

- Es muy amable de su parte - dijo Diana con disimulado sarcasmo mientras se volvía para levantar la primera de sus tres valijas. Casi había completado el tercer y último viaje, cuando se apartó el pelo de los ojos y vio el vehículo que la conduciría a la ciudad. Si no hubiera estado tan cansada y frustrada, se habría sentado sobre la valija más grande de Louis Vuitton para reír y llorar al mismo tiempo. Se acercaba una polvorienta pickup azul oscuro con una etiqueta de propaganda de Ronald Reagan pegada en el paragolpes y una montaña de barriles de petróleo, aparejos de pesca, cajas de herramientas y cables apilados en la caja.

- El cierre de la caja está roto. Tire esas valijas sobre lo demás - sugirió Ernest por el costado de la boca que no abría del todo para no perder el escarbadientes.

Diana sabía que no había posibilidades de que pudiera levantar el pesado equipaje y arrojarlo sobre la caja de la pickup.

- ¿Me pregunto si no podría darme una mano? - preguntó.

Ernest abrió su puerta pero se detuvo con una bota apoyada en el piso.

- ¿Piensa recompensar en alguna forma mi trabajo? - preguntó - Como por ejemplo con cinco dólares.

Ella pensaba darle veinte dólares por el viaje pero ya no se sentía tan generosa.

- Está bien - contestó.

Ernest bajó del vehículo y procedió a arrojar cinco mil dólares de valijas de Louis Vuitton sobre las sucias cajas de herramientas y los trapos inmundos, pero cuando se preparaba a tirar la tercera valija sobre un barril de petróleo, Diana lanzó un grito de desesperación.

-¿No podría hacerlo con un poco más de cuidado? Esas valijas son muy caras.

-¿Qué? ¿Estas cosas? - dijo Ernest con expresión desdeñosa mientras mantenía la valija lejos de sí como si no pesara -. No veo por qué. A mí me parece que no son más que bolsas de género cubiertas por una capa de plástico...

A sabiendas de que sería inútil tratar de debatir ese punto con un hombre dispuesto a conducir un vehículo tan inmundo, Diana decidió no hacer ningún comentario. Por desgracia, Ernest confundió su silencio con el reconocimiento de que él acababa de decir la verdad, lo cual lo llevó a extender la expresión de su pensamiento.

- Es una mala combinación de colores: marrón con letras verdosas por todas partes que dicen “L.V.” - Dicho lo cual, arrojó la última valija sobre los barriles de petróleo, se ubicó detrás del volante y esperó, mientras Diana sacaba de su asiento una pila de mapas de rutas, aparejos de pesca y una lata de aceite lubricante.

- Son iniciales.

- Equipaje de segunda mano, ¿verdad? - concluyó con sabiduría Ernest mientras la caja de cambios crujía y se encaminaban hacia la carretera por un corto camino de grava -. ¿Sabe cómo me di cuenta?

El estado de ánimo de Diana pasó de una leve irritación a la alegría.

- No, ¿cómo lo adivinó?

- Porque sus iniciales no son “LV”, ¿no es cierto?

- Es verdad.

- ¿Y de quién eran esas cosas tan feas antes de que usted las ligara?

- De Louis Vuitton - contestó Diana, con mucha seriedad.

- ¿En serio?

- En serio.

Ernest clavó el pedal del freno junto con el del embriague y movió la palanca de cambios al llegar a una señal que indicaba que debían detenerse.

- ¿Es un novio suyo?

Tal vez fuese el efecto estimulante de las montañas y de la cercanía de Cole, pero de repente Diana se sintió completamente caritativa con todo el mundo.

- No, no lo es.

- Le aseguro que me alegro.

Ella volvió la cabeza y contempló fascinada el perfil de Ernest. Tenía la piel del color y la textura del cuero seco, ojos marrones, mejillas hundidas y un escarbadientes colgando del costado de la boca.

- ¿En serio? ¿Y por qué se alegra?

- Porque no existe varón norteamericano de sangre bien roja capaz de permitir que lo vean llevando valijas cubiertas con sus iniciales, y eso es un hecho.

Diana trató de recordar detalles de los hombres a quienes había visto comprando valijas para sí mismos en las tiendas de Louis Vuitton. Después de un momento, contuvo una sonrisa y asintió.

- Tiene razón.

Librodot

46

- Ya llegamos. Allí a la izquierda está Kingdom City - dijo Ernest mientras sacaba la mano por la ventanilla para indicar que doblaba a la izquierda -. Ésta es la calle principal.

Un escalofrío recorrió a Diana. Ése era el hogar de Cole y trató de absorber todo lo que veía. El centro comprendía diez manzanas de oficinas y tiendas, incluyendo el teatro Capitol, flanqueado por un "drugstore" y una ferretería. En la vereda de enfrente estaban el café Hard Luck, una agencia de seguros para granjeros, el Banco de la Ciudad, una panadería y tres tiendas de objetos varios que por lo visto comprendían desde grabadores hasta monturas.

Ernest se detuvo en el café Hard Luck para que ella pudiera utilizar el teléfono público pero, para desilusión de Diana, el teléfono de Cal seguía ocupado. Ya se había asegurado de que Kingdom City tenía servicio de taxis, de manera que se resignó a tomar uno.

Sin embargo, cuando se detuvieron en un semáforo frente al negocio "Feed and Grain", Ernest se pasó el escarbadientes al otro costado de la boca.

- ¿Tiene alguna otra idea acerca de cómo llegar al lugar adonde va?

- Si, tomaré un taxi.

- El taxi está descompuesto. - Para demostrarlo, señaló con la cabeza la playa de estacionamiento frente al "Taller de Reparaciones de Gus", que se encontraba casi bloqueada por la cantidad de vehículos que esperaban ser reparados. En primera fila, estacionado en forma paralela al cordón de la vereda, Diana vio un Mercury sedán blanco, con el capó levantado y la palabra Taxi pintada en la puerta.

Ernest ya le había aclarado que él no podría llevarla hasta Jeffersonville, de manera que a partir de ese momento las opciones de Diana parecían ser caminar o pararse en una esquina con un puñado de billetes en la mano y pedirles a los conductores de los vehículos que pasaran que la llevaran. Ninguna de las dos posibilidades le pareció segura.

- Ernest - dijo con voz de mujer desamparada -. Estoy realmente desesperada y sé con seguridad que a usted se le ocurrirá alguna salida para el atolladero en que me encuentro. ¿No habrá por aquí nadie que me pueda alquilar su coche?

- No.

- Estaría dispuesta a pagar con mucha generosidad.

Hasta ese momento, Ernest no parecía haber comprendido la magnitud del problema de Diana, ni se sentía personalmente preocupado por encontarle una solución, pero ante las palabras "pagar" y "generosidad" sufrió un cambio completo.

- ¿Cuánto le cuesta por lo general el alquiler de un automóvil? - preguntó mientras la observaba de reojo con expresión especulativa.

Librodot

Diana recordaba haber alquilado por varios días un Lincoln en Dallas.

- Supongo que doscientos o trescientos dólares. ¿Por qué? ¿Se le ha ocurrido algún auto que pueda alquilar?

- ¡Conozco justo lo que necesita! - anunció él con sorprendente entusiasmo mientras pisaba el freno y retrocedía para entrar en la playa de estacionam!ente del taller de Gus. Se detuvo detrás del taxi y bloqueó parte del camino con el paragolpes trasero.

- Iré a ver qué negocio puedo conseguirle.

Diana estaba tan agradecida que casi le palmeó el brazo en el momento en que él saltó al piso dejando la puerta colgando de su gozne. En un tiempo gratificantemente corto, salió un hombre del taller.

Vestía una camisa celeste y un par de pantalones de trabajo azul marino de cuyo bolsillo trasero colgaba un trapo sucio de aceite. Un cartel avalado cosido en el bolsillo de la camisa, proclamaba que se trataba de “Gus”.

Mientras se acercaba, sacó el trapo del bolsillo del pantalón y comenzó a limpiarse las manos.

- Mucho gusto en conocerla, señorita - dijo con cierta vacilación - Ernest dice que usted está interesada en el Ford y ha ido a traerlo.

Desde la parte de atrás del edificio, Diana oyó arrancar un auto en medio de una serie de toses y bufidos del motor, luego silencio. El segundo intento de ponerlo en marcha resultó exitoso y Diana abrió la cartera, con la esperanza de que Gus aceptara tarjetas de crédito.

- Allí lo tiene - dijo Gus.

La risa y el horror dejaron a Diana con la boca abierta al ver una pickup naranja muy oxidada que estaba, de ser posible, aun en peor estado que la de Ernest. La cubría una a capa de tierra, tenía el paragolpes delantero atado con una soga y la ventana del acompañante unida por una cinta adhesiva. Sin poder pronunciar palabra, observó a Ernest bajar de la pickup con expresión satisfecha.

- ¡Ésta debe ser una broma! - exclamó ella -. ¿Qué se supone que debo hacer con ese adefesio?

- ¡Comprarlo! - exclamó Ernest como si la respuesta no sólo fuese obvia sino también excitante. Estiró los brazos hacia los costados, con las palmas de las manos hacia arriba en un gesto de júbilo total. - Lo compra por quinientos dólares y luego, cuando se vaya, se queda con él o lo vuelve a vender.

Diana sabía que estaba atrapada, pero se negaba a creer que ésa fuera la única solución y la sola idea de pagar quinientos dólares trabajosamente ganados por esa pila de trastos anaranjados,

Librodot

un bodrio mohoso, oxidado, inmundo, vergonzoso, era casi más de lo que se sentía capaz de tolerar.

- No puedo creer que esa cosa valga quinientos dólares.

- Es sólida como una roca - aseguró Ernest, mostrando una notable habilidad para pasar por alto detalles tales como paragolpes suelto, un faro que colgaba de sus cables eléctricos y el vidrio unido con cinta aisladora.

Diana no tenía opciones y tuvo que admitirlo.

- Lo compro -dijo en un hilo de voz mientras buscaba su tarjeta de crédito en la cartera. Todavía en silencio, Gus tomó la tarjeta de crédito y entró al taller. Pocos instantes después regresó con el cupón que ella debía firmar y un manojo de billetes. Mientras Diana firmaba, Ernest pasó el equipaje a la caja de la pickup naranja. Luego se les acercó para asegurarse de que los procedimientos habían terminado en forma satisfactoria,

- Bueno, entonces todo solucionado - dijo y, para confusión de Diana, le tendió la mano a Gus quien contó cuatrocientos noventa dólares en efectivo.

- ¿Y los otros diez dólares? - preguntó Ernest frunciendo el entrecejo.

- Todavía me debías ese neumático.

Aunque tarde, Diana presintió la existencia de una conjura. Como Gus en ningún momento la había presionado para que comprara la maldita pickup, le achacó toda la culpa a Ernest y lo miró con los ojos entrecerrados.

- ¿Me quiere decir - preguntó con indignación -, que acaba de encajarme su maldita camioneta?

- ¡Por supuesto! - contestó él con una sonrisa. Luego al engaño agregó el insulto porque le golpeó un costado con un codo y agregó: - Se la habría vendido con gusto por doscientos cincuenta dólares.

Diana se sintió humillada, miró al viejo a los ojos y le dijo una frase que esperaba lo mantendría despierto durante varias noches.

- Sí, pero yo habría pagado mil dólares. - La expresión de desazón de Ernest fue tan cómica y tan satisfactoria que el mal humor de Diana se enfrió considerablemente aun antes de oír la carcajada ahogada de Gus.

Ernest la siguió hasta la puerta del conductor y la mantuvo abierta mientras Diana trepaba con dificultad al asiento de vinílico inmundo y roto; después, Ernest cerró la puerta. El volante parecía enorme, pero Diana lo aferró con fuerza; luego palpó el pedal del freno con el pie y la palanca de cambios con una mano. Con el pie encontró no dos sino tres pedales y al mirar la palanca de cambios vio un extraño diagrama. Se le fue el ánimo al piso.

- Apuesto a que no sabe manejar una transmisión estándar, ¿verdad?

- ¡Por supuesto que sí! - mintió Diana y miró por sobre el hombre mientras el corazón le latía como desaforado. La única manera de salir de la playa de estacionamientos llena de coches era retroceder por la entrada que descendía hacia la calle. Mientras simulaba dejar pasar a dos madres con sus hijos, Diana miró el diagrama e hizo un esfuerzo por recordar el uso de la palanca de cambios y del freno que Doug le había enseñado cuando tenía dieciséis años.

Ya convencida de que no había nadie detrás, pisó el pedal, movió la palanca de cambios e hizo una mueca al oír el chirrido metálico que se produjo. Enseguida soltó el pedal, la pickup se estremeció y Diana apretó el acelerador. Mientras el vehículo retrocedía y tomaba velocidad, Diana movía el volante con frenesí y Gus gritó una advertencia sobre el rugido de risa de Ernest, pero de alguna manera la pickup terminó sana y salva en la calle con la trompa en la dirección equivocada. El amor propio y el sentido común llevaron a Diana a dar la vuelta a la manzana en lugar de tratar de cambiar la dirección del vehículo.

Librodot

47

Cuando la pickup avanzó sin desmoronarse durante siete kilómetros, Diana se relajó lo necesario para disfrutar del paisaje. Era una parte de Texas que ella pocas veces tenía ocasión de ver pero que todos los que veían películas del oeste en el acto identificaban con ese Estado. Detrás de kilómetros de alambrados que separaban enormes pasturas de los zigzagueantes caminos, terneros recién nacidos gueteaban junto a sus madres y potrillos desgarbados de largas colas daban cortas carreras sobre patas inseguras mientras que las yeguas los observaban.

Diana se imaginaba lo que eso sería en primavera cuando los lupinos y los ranúnculos estuvieran en flor y extendieran sus capullos como una frazada sobre valles y quebradas.

En una oportunidad tuvo que detenerse en una estación de servicio para asegurarse de no haber dejado atrás el desvío que conducía a la casa de Cal, porque los carteles indicadores por lo general estaban pintados sobre buzones rurales que en ese momento tapaba el pasto alto.

Desde lejos vio el que debía ser el lugar indicado y disminuyó la velocidad, orando para que la pickup no se detuviera cuando ella giraba para salir del camino. Al disminuir la velocidad, el motor de la pickup lanzó una serie de explosiones y cuando Diana trató de mover la palanca de cambios hubo un horrible chirrido, pero por suerte logró doblar. Una vez que lo hizo tuvo que enfrentar una nueva serie de problemas en la forma de un camino de grava de un kilómetro y medio de largo, que zigzagueaba entre árboles que por lo visto nadie había querido cortar y que luego terminaba en una aguda subida.

- Debería llegar en cualquier momento - le dijo Cole a Cal -. Si demora, iré a buscarla. - Acababa de llamar a su oficina donde le comunicaron que Diana estaba en camino, sólo armada con la dirección de Cal. Al enterarse, Cole llamó enseguida al aeropuerto. La mujer que trabajaba allí le explicó que Diana había llegado y que consiguió que la llevara hasta Kingdom City un hombre a quien ella consideraba “bastante respetable”.

- Debiste haber salido a buscarla enseguida - le dijo Cal, preocupado -. No es posible que tengas una esposa vagando por el campo, perdida y sola. Ésa no es manera de tratar a una esposa.

- Si supiera qué camino ha tomado el hombre que la lleva, habría tratado de interceptarla - explicó Cole con paciencia, sorprendido ante las señales de nerviosidad sin precedentes que Cal exhibía desde que se enteró de que Diana estaba en camino.

Las siguientes palabras de Cal fueron interrumpidas por una fuerte explosión que resonó como un trueno. Venía del camino.

- ¿Qué demonios es eso? - preguntó, siguiendo a Cole quien ya se encontraba en el porche delantero.

- Supongo que ése debe ser el que la trae a Diana - dijo Cole, mirando con incredulidad una pickup color naranja, con un paragolpes suelto y un faro caído, que se dirigía con lentitud hacia ellos, acompañada por el rítmico chirrido de la caja de cambios y por ensordecedoras explosiones del motor.

Librodot

Cal observó durante un minuto, pero estaba más interesado en causar una buena impresión a su nueva sobrina. Se alisó cuidadosamente el pelo con ambas manos, cuadró los hombros y se checó la corbata.

- Cole - dijo con una extraña vacilación en la voz -, ¿crees que le gustaré a Diana?

Sorprendido y emocionado por la incertidumbre y los nervios sin precedentes de su tío, Cole dijo con total seguridad:

- Diana te va a querer muchísimo.

Satisfecho, Cal dirigió su atención al vehículo que se aproximaba en el momento en que éste lanzaba un chirrido ensordecedor y adquiría velocidad.

- Parece que por fin encontró la segunda en la caja de cambios - comentó Cal. Entrecerró los ojos y preguntó: - ¿Alcanzas a ver si Diana está con él?

Cole era más joven y tenía mejor vista. Cuando la pickup llegó al punto que se encontraba al mismo nivel que la puerta de entrada de la casa, Cole miró desorbitado a su mujer.

- Es Diana - murmuró mientras se apresuraba a bajar los escalones del porche con Cal pisándole los talones.

Cuando los vio frente a la pickup, Diana se alegró tanto que confundió el embriague con el acelerador y lo hundió a fondo.

- ¡Cuidado! - gritó Cole saltando fuera del camino y arrastrando consigo a Cal. La pickup pasó a centímetros de donde estaban, hizo una explosión y murió.

Temblorosa de miedo al darse cuenta de que casi había atropellado a ambos, Diana dejó caer la frente sobre el volante mientras Cole corría alrededor de la pickup para abrirle la puerta y ayudarla a bajar. Ella se enderezó justo en el momento en que él aferraba el picaporte para abrir la puerta.

- ¿De quién es esta porquería? - preguntó Cole. Se quedó con la manija de la puerta en la mano y tuvo que meter el brazo por la ventanilla para abrirla desde adentro.

Cuando logró abrir la portezuela, le tendió las manos a Diana para ayudarla a bajar. Como mujer elegante que era, su esposa aceptó la mano que le tendía, retiró con gracia su trasero de un agujero del asiento de vinílico y luego bajó.

Se detuvo un momento para sacudirse la tierra de la ropa, le dirigió una cálida sonrisa a Cal, quien estaba parado junto a Cole, y luego miró a su marido con una sonrisa tímida.

- Es nuestra.

Cal lanzó una carcajada tan fuerte que fue casi un rugido.

Librodot

- Ésta es mi casa - explicó Cal, haciéndola entrar por la puerta principal e insistiendo en que se sentara en su sillón porque era el más cómodo.

Luego fue presuroso a la cocina a buscarle un vaso de limonada bien frío. Por todas partes había ordenados grupos de revistas y de libros que trataban gran cantidad de temas y, sobre la mesa de centro, muy a la vista, Cal había colocado con cuidado el último ejemplar de Foster's Beautiful Living. A Diana le costaba creer que ese hombre galante y simpático que le sonreía como si ella fuese el sol de su vida, fuese el mismo individuo feroz y decidido que obligó a casarse a su poderoso sobrino chantajeándolo con negarle la mitad de las acciones de la corporación, aunque fuera "por el bien de Cole".

- Sólo nos quedaremos aquí un ratito - explicó Cal mientras le alcanzaba el vaso de limonada y permaneciendo frente a ella como temeroso de que necesitara ayuda para beberla. Por fin, por lo visto convencido de que Diana era capaz de manejar el asunto, se instaló frente a ella en el sofá, junto a Cole, y continuó explicándole la agenda del día.

- Dentro de un rato iremos a la otra casa. Allí comeremos los tres juntos y después yo volveré aquí y tú y Cole se quedarán allá.

A los cinco minutos de conocerlo, Diana ya lo adoraba.

- ¡Ah, pero yo creí que nos alojaríamos con usted! - dijo, dirigiéndole una mirada de confusión a Cole -. Porque así llegaríamos a conocernos bien durante mi estancia.

- La otra casa está aquí mismo en el rancho - le aseguró Cal, sonriendo feliz al enterarse de que ella quería conocerlo mejor.

Después de mostrarle el resto de su casa, Cal decidió que ya era hora de salir.

La casa de Cal se encontraba en el llano, en medio de un amplio claro del bosque, sin tener en cuenta el paisaje, pero la otra casa, a un kilómetro y medio de distancia, había sido edificada para disfrutar del paisaje y lo lograba.

- ¡Qué belleza! - exclamó Diana en el momento de bajar de la camioneta de Cole.

Colgada en lo alto de una colina arbolada que miraba al valle, era una casa acogedora de piedra y de madera de cedro toscamente cortada y rodeada en tres lados por una enorme galería que colgaba, suspendida en el aire, sobre el borde de la colina. Adentro era rústica, con una enorme chimenea en un extremo e hileras de puertas corredizas en el otro que daban a la galería. Dos grandes dormitorios daban al living y la cocina estaba ubicada en dirección opuesta a la casa de Cal.

- Ésta es Letty - dijo Cole con tono cariñoso, llevando de la cocina al living a una mujer gorda con el pelo atado en un rodete. Letty parecía tan contenta como Cal de conocer a Diana.

- Comeremos a las seis - dijo, ya retirándose hacia la cocina -. La comida es sencilla. Y tampoco se parece en nada a las hermosas fotografías que aparecen en su revista.

- Yo no soy una buena cocinera - confesó Diana.

- Me alegro - respondió ella con los ojos brillantes.

Diana se volvió y, a través de la puerta, vio que Cole colocaba sus maletas al pie de una cama matrimonial. Él se volvió y, al notar que lo estaba mirando, fue como si una descarga eléctrica pasara directamente de su cuerpo al de Diana. En el momento de presentársela a Cal le había rodeado los hombros con un brazo, en un gesto posesivo. Pero nada en ese gesto, ni en ninguna otra de las cosas que hizo, indicaba si ésa sería o no una verdadera luna de miel.

Diana no estaba segura si eso significaba que descontaba que lo era, o que no le preocupaba demasiado si lo era o no. Todo lo cual comenzó a cambiar cuando terminaron de comer.

Librodot

48

Cuando terminaron de comer y Letty retiró los platos, la puesta de sol había teñido el cielo con franjas de color lavanda, púrpura y colorado.

El nerviosismo inicial que Cal mostró en el momento de la llegada de Diana había desaparecido. En ese momento era evidente que suponía que ella formaba parte de la familia y que siempre lo sería. Aparte de lograr que Diana se sintiera un fraude, esto condujo a varios temas referentes a la maternidad, tales como la forma en que pensaba seguir dirigiendo su empresa a pesar de tener un hijo. Para empeorar la situación, ella tuvo la convicción de que Cal estaba convencido de que no había considerado ese tema, cosa que le despertaba sospechas.

Lo que enfurecía a Diana era que Cole no parecía sentir la menor sensación de culpa y ninguna falta de naturalidad. En realidad, él la ponía incómoda y Diana tenía la sensación de que lo hacía con toda deliberación. Mientras simulaba prestar atención a la conversación, sus ojos de un plateado oscuro y de pesados párpados la estudiaban con tanto detalle que Diana se puso nerviosa hasta el punto de apartarse un mechón de pelo que le caía sobre la frente.

Cole estaba apoyado contra el respaldo del sillón, con las largas piernas extendidas frente a sí y cruzadas a la altura de los tobillos e ignoraba la puesta de sol con tal de mirarla a ella. Sin mover un músculo ni pronunciar una palabra, conseguía que emanara de él un aura de virilidad depredadora tan tangible que se hubiera podido cortar con un cuchillo.

Y para peor, ambos hombres pasaban por alto una serie de cosas que a Diana le resultaban muy inquietantes, cosas que parecían deslizarse en la conversación con una regularidad enervante. El sencillo cumplido que hizo Diana de la mesa de hierro forjado ante la que estaban sentados, hizo que Cal le informara que cuatro días antes, Cole había hecho enviar una cama matrimonial extra grande para reemplazar la cama de tamaño común que había en el dormitorio. Y después comentó que entre los demás muebles nuevos que llegaron por camión, estaba un enorme sofá en forma de L, para colocar en el living y que tenía tantas almohadas como tres camas juntas.

Cuando Diana dijo que el paisaje que se veía desde la casa era espectacular, descubrió que hasta una hora antes de su llegada, Cole había tenido un verdadero ejército de hombres arreglando el jardín.

- Su estado no era digno para recibir a una novia - le informó Cal.

Después señaló con un movimiento de cabeza un sofá doble con cabecera, colocado en la galería, a pocos metros de distancia. - Cole lo hizo mandar desde Dallas para tu estadía - confió - . Yo jamás había visto nada parecido, ¿y tú?

Ella se volvió a mirar el mueble y asintió sonriendo.

- Una sola vez.

Librodot

- Lo cual te demuestra lo poco que yo sé. Tuve la impresión de que estaba colocando una cama allá afuera en el porche del frente. No se trata de que no haya visto camas en porches antes - agregó en son de broma - pero por lo general tienen los elásticos saltados y están junto a un lavarropas viejo en desuso.

El corazón de Diana le pegó un salto dentro del pecho. Tal vez ese sofá se pareciera a una cama.

- ¡Cal! - dijo Cole de buen humor.

Diana consideró que su objeción al tema de las camas era demasiado tardía y demasiado tímida.

Si aceptaba pasar allí una “luna de miel”, que era lo que de alguna manera ella pensaba hacer, supuso que sería algo que se iniciaría un poco más tarde y que progresaría con mayor lentitud.

Exactamente a las ocho y media, Cole miró a Cal y éste consultó su reloj, se puso de pie con rapidez y anunció:

- Bueno, ya es hora de que vuelva al trabajo. - Considerando que Cal no trabajaba y que recién acababa de oscurecer, Diana llegó a la evidente conclusión de que Cole pensaba que había llegado el momento de utilizar alguna de las numerosas superficies horizontales nuevas y acolchadas de la casa, y que Cal estaba deseando que pusieran manos a la obra para proporcionarle un sobrino biznieto.

Diana se puso de pie casi tan abruptamente como Cal.

- Creo que me daré una ducha y me pondré algo... ¡más limpio!

Cole la miró salir del living, intrigado por su reacción ante la necesidad de estar a solas con él. Estaba seguro de que Diana tenía intenciones de acostarse con él. Estaba casi seguro. No estaba nada seguro.

Instantes después se encaminó a la cocina para servirse un vaso de té helado y notó que la puerta del dormitorio estaba abierta. Faltaba una de las valijas de Diana y ella se estaba duchando en el baño del dormitorio de huéspedes. Levantó la jarra de té helado, mientras consideraba las ramificaciones del asunto. En el círculo social en el que se movía Diana, y ahora también él, los baños separados eran algo práctico y conveniente, Diana se estaba comportando como un ser civilizado y sofisticado. O tímido. O evasivo.

Por lo general, Cole era capaz de evaluar la situación más compleja en el término de pocos minutos. Esa noche no parecía poder adivinar las intenciones de su propia mujer. Frunció el entrecejo y entró al dormitorio, con la intención de darse una ducha. Se sacó la camisa, y sólo entonces recordó que se había duchado una hora antes de la llegada de Diana. Estaba actuando como una novia nerviosa.

Librodot

Volvió a la cocina, tiró el té helado y decidió beber en vez una copa. La llevó al porche y se tendió sobre el sofá con cabecera.

Estaba convencido de que Diana lo deseaba.

Se sentían atraídos uno hacia el otro. Salvajemente atraídos.

Él le había ofrecido que fuese ella la que tomara la decisión. Diana debía tener dificultad en tomarla... o había tomado una decisión que a él no le iba a gustar y trataba de evitar tener que decírselo.

Fueron asomando las estrellas, una a una, y el cielo se oscureció hasta que brillaron como alhajas.

En el cuarto de huéspedes, Diana terminó de cepillarse el pelo y se debatió acerca de lo que debía ponerse. Era demasiado temprano para ponerse una bata de cama y además, las que tenía eran transparentes y sugestivas. Decidió ponerse un par de shorts blancos y una blusa de seda de un verde brillante. Posiblemente Cole estaría esperando que apareciera luciendo algo transparente y revelador. Una negligé. Algo frágil y lleno de encajes.

Se puso un poco de color en los labios y pensó que Cole debía esperar una repetición de lo sucedido la noche del casamiento, sólo que mucho más ardiente, y de sólo pensarlo la mano le tembló tanto que dejó caer el tubo de lápiz labial. Esa noche ella estaba tan alcoholizada que no sabía dónde estaba ni quién era, pero en ese momento lo sabía y los nervios y la incertidumbre le produjeron un calambre en el estómago.

¿Qué hacía, metida en ese lío? Tomó el cepillo y volvió a pasárselo por el pelo. Marido o no, Cole era un extraño, una entidad desconocida que pasaba sin escrúpulos ni dificultad por sobre barreras del tamaño de montañas y que no se preocupaba en absoluto por las consecuencias.

Ella estaba suficientemente preocupada por los dos. No tenía sentido negar que después de que Cole se fue de Houston, pensó en él mil veces por día, y cada pensamiento era más dulce que el anterior. Y tampoco podía negar que la idea de “pasar la luna de miel” allí con él le hizo temblar las rodillas. Cosa que todavía le sucedía. Pero ahora que estaba allí, había algo en el cuadro que estaba mal. Aunque estaban legalmente casados, había quedado claro entre ellos que esa unión sería temporaria. De manera que lo que Cole le sugirió en Houston fue que complicaran la farsa dejándose llevar por una orgía de sexo durante una semana.

Cuando Cole le propuso la idea, lo hizo como una sugerencia y dejó en sus manos la decisión. Y ella decidió hacerlo. Ahora que se encontraba allí, era evidente que él hizo suposiciones, actuó según ellas y que intentaba que las cosas se hicieran a su manera.

Diana decidió que no lo haría. Por lo menos, decididamente no esa noche.

No estaba dispuesta a ceder el control. Le gustaba controlar su vida, su presente, su futuro y, por lo general, era algo que manejaba muy bien. Excepto cuando estaba involucrado Cole, y

entonces él ponía todo patas para arriba. Era una norma que debía terminar. Era una lección que a él le hacía falta aprender.

Envalentonada por esa resolución, Diana depositó el cepillo sobre la cómoda y salió del cuarto de huéspedes. El resto de la casa estaba oscura, pero había luz en el dormitorio de Cole y ella supuso que se estaría duchando, de manera que decidió esperarlo en el porche.

Salió y cerró la puerta a sus espaldas; luego se acercó a la balaustrada y contempló las colinas bañadas en luz de luna. Hacía un minuto que estaba parada allí cuando una voz grave y seductora dijo:

- ¿Te gustaría reunirte conmigo?

Diana giró sobre sus talones. Cole estaba tendido sobre el sofá, vistiendo pantalones y mocasines, pero tenía el pecho desnudo. En su estado de ánimo, el hecho de que se hubiera sacado la camisa a Diana le pareció una maniobra deliberada y provocativa.

Recorrió con la mirada la piel bronceada que cubría el pecho musculoso y los hombros fuertes, luego lo miró, nerviosa, a los ojos. Quería que se le reuniera en ese sofá con cabecera. Estaba allá afuera, esperándola. Su traicionero corazón comenzó a latir un poco más rápido.

Con mucha firmeza, Diana se recordó su decisión.

- Creo que no - contestó con una sonrisa que, a pesar suyo, convirtió su negativa en algo poco serio y hastiado. Incapaz de dar marcha atrás, lo sostuvo. - Pero creo que iré a buscar un vaso de limonada.

Cuando pasó junto al sillón de Cole, éste le tomó una mano, la obligó a detenerse y a volverse. En silencio le estudió el rostro como si estuviera buscando una respuesta y mientras ella estaba distraída por esa mirada, la tironeó con lentitud hacia él. El tono en que le habló fue tan suave que la perturbó tanto como su actitud.

- No juegues conmigo, Gatita. - Enseguida le tomó el otro brazo y tironeó.

Diana aterrizó encima de él, con la frente contra el mentón de Cole y la mano izquierda sobre su antebrazo izquierdo. Apoyó las palmas de las manos junto a los hombros de él, se levantó para apartar sus pechos del suyo y lo miró fijo con airada incredulidad. Él levantó la mano derecha y, con los nudillos, acarició con suavidad el brazo desnudo de Diana en una caricia paciente, mientras su mirada no se apartaba de la de ella. El mensaje de esos convincentes ojos grises era tan claro como si le estuviera susurrando: “Decídete.”

Diana miró la boca sensual que se encontraba a pocos centímetros de la suya. Una boca invitante. Una sonrisa tierna. “Decídete”.

Sin voluntad propia acercó los labios a los de él y su corazón comenzó a galopar de excitación. “Decídete”. Se le fueron cerrando los ojos y su aliento se convirtió en suspiro. Lo besó con suavidad y percibió la respuesta de los labios de Cole que se movían sobre los de ella,

Librodot

con los de ella, mientras le deslizaba las manos por los brazos. Ella interrumpió el beso y él se lo permitió, pero el cuerpo debajo suyo era cada vez más duro y los ojos grises cada vez más ardientes.

Cole apoyó la palma de una mano sobre la mejilla de Diana, la movió y la curvó alrededor de su nuca, urgiéndola a acercarse. “De nuevo.”

Los brazos de Diana se debilitaron y sus pechos se aplastaron contra el pecho duro de él cuando la boca de Cole se abrió sobre la suya en un beso profundo y hambriento. Y mientras mantenía aprisionada la boca de Diana, Cole le metió los dedos dentro del pelo y con un brazo la hizo rodar hacia un costado y se inclinó sobre ella.

Con la lengua la paladeó, la urgió y poco a poco la metió dentro de la boca de Diana mientras apretaba los muslos contra ella. Muslos rígidos. Exigentes.

Diana lo apretó con las manos para acercarlo a sí. Él apartó los labios de su boca el tiempo suficiente para desabrocharle y abrirle la camisa, y lo que vio lo acercó un paso más al precipicio. Pezones frescos e impertinentes sobre dos exquisitos pechos pálidos que estaban perfectamente proporcionados con el resto del cuerpo de Diana.

Le acarició un pezón que se endureció aún más. Inclinó la cabeza y lo besó y ella lanzó un gemido y arqueó la espalda en una explosión de placer que lo sorprendió por su intensidad. En un esfuerzo por no apurarse demasiado, Cole le besó el otro pezón, lo tomó en la boca y Diana arqueó aún más la espalda mientras le metía los dedos en el pelo.

Estimulado por la expresión de placer de ella, Cole sintió un deseo urgente de hacer más. Volvió a esforzarse por no apurar las cosas e hizo rodar a Diana para que quedara encima de él. Para su sorpresa, ella se cerró la camisa y empezó a levantarse. Cole la detuvo en el momento exacto en que estaba a horcajadas sobre su erección. Diana creyó saber con exactitud el motivo por el que Cole había reducido el ritmo de su pasión. Inclinó la cabeza para no mirarlo y, con timidez, empezó a abotonarse la camisa sobre los pechos pequeños.

Una frase pronunciada en voz ronca, la detuvo.

- ¡No lo hagas!

Ella levantó enseguida la vista para mirarlo, sin soltar los bordes de la camisa. Cole le apartó las manos para poder ver sus pechos.

- ¡Son una belleza! - susurró mientras terminaba de sacarle la camisa. Encerró sus pechos entre las manos y los acarició.

El corazón de Diana inició un ritmo atronador en una muestra de impacto, vergüenza y exquisito placer. Cole estaba tan en armonía con ella que su propio corazón empezó a martillarle dentro del pecho y de repente se dio cuenta de que estaba sintiendo en su cuerpo las reacciones de Diana. Le pasó los pulgares sobre los pezones y sus propios pezones se endurecieron.

- Acaríciame - le pidió en un susurre casi temeroso de lo que sucedería cuando ella lo hiciera.

El tono tembloroso de la voz de Cole hizo temblar las manos de Diana cuando se inclinó sobre él y le cubrió un pezón con los labios, acariciándolo con la lengua. Cuando él respiró agitado, Diana percibió debajo suyo un repentino golpe de las caderas de Cole, como si ya se encontrara dentro de ella y de repente se encontró colocada debajo de él.

Juntos acariciaban manos y bocas ansiosas y miembros urgentes que se quitaban la ropa para obtener mayor placer.

Los pechos de ella eran hermosos, el cuerpo de Cole una escultura, él era un maestro y un esclavo a la vez. El quejido de Cole era la música de Diana, el suspiro de ella la bendición de él. Permanecieron aferrados muy juntos y sin moverse, mientras el cuerpo de Diana le daba la bienvenida a los lentos embates apasionados de él, y lo que comenzó siendo un lento hamacarse, terminó convirtiéndose en embates feroces y exigentes. Ella se apretó contra él con temblorosa necesidad y Cole la penetró una y otra vez en un deseo desesperado de llevarla consigo hasta el final. Y cuando Diana llegó, lanzó un grito y lo aferró y él se le unió allí.

Después, ella permaneció tendida entre los brazos de Cole que la apretaban, y las lágrimas que caían con lentitud sobre el pecho de él eran de Diana. Cole las sintió allí mientras miraba más hacia el infinito, hacia donde brillaban las estrellas, antes tan claras y en ese momento parpadeantes ante un par de ojos grises ahora extrañamente empañados.

Cole cerró los ojos y se arrodilló ante los cielos, con la cabeza inclinada. Ofreció sobornos, pactos y promesas. Y, al no obtener respuesta, susurró con fiereza:

- ¡Por favor!

Apoyó una mano contra la mejilla mojada de Diana; ella volvió la cara entre su palma.

- Te quiero - susurró.

Cole acababa de ser bendecido.

Acostados en la enorme cama matrimonial, con la cabeza de ella sobre el pecho de Cole, Diana sonrió en la oscuridad mientras esperaba que él dijera algo. Tenía la fuerte sospecha de que en ese momento él reinventaba con toda calma el resto de su vida, y posiblemente con la misma fuerza y velocidad con que había manejado todo desde el principio.

Tenía una enorme curiosidad por saber cómo se las arreglaría para evitar algunos de los obstáculos que presentaba el acelerado matrimonio de ambos. La amaba y ella a él, que era en realidad lo único que importaba, pero existían algunas pequeñas complicaciones. Las repasó mentalmente.

Librodot

Ella vivía en Houston donde dirigía una empresa importante.

Él vivía en Dallas donde dirigía una empresa aún más importante.

Ella quería tener hijos de Cole. Él no quería hijos.

Decidió que era evidente que la solución de todo eso exigiría más que evitar un obstáculo, exigiría un milagro. Cerró los ojos y decidió contar con un milagro más. Quedó adormilada y, cuando minutos después despertó, la lámpara de la mesa de luz estaba encendida. Los dedos de Cole se enlazaban con los suyos.

- Estuve pensando - dijo con ternura -, y he llegado a algunas conclusiones.

Ella sonrió ante un anuncio tan poco sorprendente. Era como si no pudiera dejar de sonreír. Levantó el rostro hacia el de él y se preparó para descubrir hasta dónde llevaría Cole la toma de decisiones sin consultarlas con ella.

- Tenemos un problema logístico - comenzó diciendo Cole. Al ver que los ojos de Diana empezaban a brillar de risa, la apretó más contra sí. Nunca le parecía estar suficientemente cerca de ella. - Creo que no tendrás más remedio que mudarte a Dallas, querida. Yo no puedo mudar Unified a Houston. Sería una mala idea por varios motivos y un verdadero suicidio en un aspecto fiscal.

Ella simuló un suspiro.

- Bajo las condiciones de nuestro acuerdo original, íbamos a mantener residencias distintas en las dos ciudades. Ése fue el trato.

Cole creyó que hablaba en serio.

- Eso es imposible.

- Fue lo que acordamos. Llegamos a un acuerdo verbal inamovible.

Él hizo a un lado el asunto con divertida arrogancia viril.

- No es posible tener un acuerdo verbal inamovible. Es una completa contradicción.

- ¿De manera que todo ha quedado en la nada?

Cole bajó enseguida la mirada y estudió la engañosa inocencia de esos grandes ojos color jade.

- Diana - dijo -, eres una belleza. Y quieres llegar a algo. ¿De qué se trata?

- Estaría dispuesta a mudar las divisiones administrativas y publicitarias de Foster Enterprises a Dallas y dejar la sección arte y producción en Houston a cargo de Corey.

Librodot

- Entonces está todo arreglado - dijo Cole satisfecho, inclinando la cabeza para besarla. Su cuerpo ya se excitaba y moría de ganas de volver a hacerle el amor.

Ella extendió los dedos y pasó la palma de la mano sobre el estómago plano de Cole, y en sus ojos se pintó una expresión de esperanza y de súplica.

- Lo que sea que me estés pidiendo con esa expresión en los ojos-dijo Cole-la respuesta es sí.

- Estoy pidiendo hijos. Hijos tuyos.

Él bajó el mentón mientras fruncía el entrecejo con desconfianza.

- ¿Cuántos?

La sonrisa de Diana se iluminó como un sol, sus ojos brillaron como el brillante de ocho kilates que él le había deslizado en el dedo mientras ella dormía. Había llevado allí el anillo, con la esperanza de que todo eso sucedería.

- Me gustaría tener tres hijos - contestó ella.

- Uno - replicó él con severidad.

Diana lo miró.

- Te daría Park Place y Boardwalk y todas mis propiedades con tal de tener dos - dijo ella parodiando un partido de Monopoly.

- ¡Hecho! - exclamó él con una risita.

Librodot

49

La puerta del frente de lo de Cal estaba abierta, de manera que Diana entró. Cole la había dejado dormir hasta tarde y encontró una nota de él en la que le pedía que cuando despertara fuera a lo de Cal. En ese momento Letty les servía el desayuno y Diana oyó que Cal y Cole conversaban en la cocina.

- ¿ Te parece que hice mal en no decírtelo antes?

- No - dijo Cole sin dudar -. Y ahora que me lo has dicho, no podría importarme menos.

Cal parecía aliviado.

- ¿Te molesta hacer esos trámites en mi nombre? Podrías pasar por la casa vieja y ver si encuentras algo que quieras conservar. Te queda de paso.

Diana entró en la cocina en el momento en que Cole contestaba con tono gélido.

- No te preocupes. Recuerdo dónde es.

Estaban sentados a la mesa y Cal le dedicó una rápida sonrisa de bienvenida y enseguida volvió a enfrascarse en el tema que trataba con su sobrino. Diana rodeó la mesa para ayudar a Letty a servir platos de huevos revueltos y galletas empapadas en jugo de carne.

- ¿Qué es lo que recuerdas donde queda? - preguntó.

- Mi hogar ancestral. - Lo dijo en un tono sarcástico y Diana lo notó en el momento en que le apoyaba una mano sobre el hombro para colocar su plato delante de él.

- Iré contigo. Me encantaría conocerlo.

- ¡No! - exclamó él en un tono tan cortante que Diana hizo una pausa antes de apoyar el plato sobre la mesa. Cole le tomó la mano, como para disculparse por su tono.

Los dos hombres esperaron hasta que Diana se sentara; enseguida Cal retornó el tema y Diana comprendió de dónde había sacado Cole su tenacidad.

- Si de vez en cuando leyeras algo aparte de informes financieros y perspectivas de costos de acciones, sabrías lo que es acongojarse y resolver una pérdida. Debes enfrentarlo ahora o más tarde, como dicen los psicoanalistas. Lo tienes allí mismo en el living, en revistas y libros escritos por expertos.

- El año pasado - le dijo Cole con sequedad a Diana - se puso en campaña por lograr que yo me pusiera en contacto con mi faceta femenina.

Librodot

Diana se ahogó con un trago de café. Ya había llegado a la conclusión de que se referían a la muerte de alguien que vivía en la zona, pero como Cole parecía por completo indiferente a esa muerte, ella no siguió con el tema. Sin embargo, cuando Cal iba a insistir, Cole dijo, cortante:

- No quiero hablar del tema delante de Diana.

Enseguida del desayuno Cole salió a hacer una serie de trámites de Cal en el pueblo, que suponía que le tomarían como máximo dos horas, pero insistió en que Diana se quedara con Cal. Al levantarse de la mesa, le desordenó el pelo, se inclinó, le besó la mejilla, luego empezó a caminar... sin soltarle la muñeca. Riendo. Diana fue arrancada del interior de la casa, recibió un beso profundo en el porche y Cole la envió de regreso a la cocina.

Cal observó la escena con una expresión que a Diana le pareció sombría en el mejor de los casos y de desaprobación en el peor. Ante eso se sintió un poco herida y a la vez llena de timidez. Se acercó a la repisa de la chimenea donde se alineaba una serie de fotografías, la mayor parte de ellas antiguas. Con las manos unidas a la espalda, fue estudiándolas una a una, mientras Cal no dejaba de mirarla.

- ¿Éste es Cole? - preguntó ella. Levantó una fotografía, se acercó al sofá y se sentó junto a Cal.

Él dirigió una rápida mirada a la fotografía, luego clavó la vista en Diana de un modo intencionalmente molesto.

- ¿Qué te parece si tú y yo mantenemos una pequeña conversación sobre temas que van más allá de las fotografías? - preguntó en el tono de la persona que no está dispuesta a tolerar tonterías y que ha demostrado dos cosas con meridiana claridad: que Calvin Downing era mucho más astuto de lo que parecía y que no era una persona fácil de dominar.

- Bueno - contestó Diana con desconfianza -, ¿de qué quiere que conversemos?

- De ti y de Cole. ¿Te parece bien? - Cuando ella asintió, él continuó diciendo: - Me alegro porque, de todos modos íbamos a tener que hacerlo. Diana tampoco era una persona fácil de dominar.

- Señor Downing, tal vez sería mejor que esperáramos hasta que vuelva Cole.

Lo extraño fue que la respuesta agria de Diana no pareció ofenderlo,

- No sólo eres bonita. También eres valiente y eso me gusta. Y ahora, ¿además tienes corazón?

- ¡Que!

- Y si lo tienes, ¿a quién le pertenece?

Diana lo miró fijo, cautivada si no por el tono de Cal, por el tema.

- No comprendo.

- Bueno, te aseguro que a mí también me resulta un poco complicado. Porque hace menos de dos semanas leí el Enquirer y me topé con tu fotografía en primera plana, con un artículo que aseguraba que acababas de ser plantada por tu novio. Y unas semanas después, estás casada con mi sobrino Cole.

Cinco días antes ella se habría sentido humillada ante la sola mención de ese artículo. Pero en ese momento una sonrisa curvó sus labios.

- Sí, comprendo que debe parecer un poco extraño.

- Ésa es la única parte que tiene sentido - contradijo él con franqueza -. Cole estaba furioso y yo le mostré tu fotografía para apoyar mi argumento y él provecho el asunto casándose contigo para recuperar sus acciones. Pero después me dijo que tú eras la chica con quien solía conversar en sus épocas de estudiante y recordé que te llamabas Diana Foster, de manera que sé que eras realmente tú. ¿Me sigues?

- Hasta ahora, sí.

- Muy bien. Así que supuse que ustedes dos eran viejos amigos y que a ti te dejaron plantada y que Cole necesitaba una esposa para recuperar sus acciones... de manera que ambos hicieron un trato. ¿Hasta ahora cómo voy?

Diana lo miró con recelo.

- Bastante bien - admitió con una sonrisa temblorosa.

- Bueno, también sé que Cole se preocupa por mis problemas cardíacos. Así que después que se tranquilizó un poco por el trato que lo enfurecía y que lo obligué a hacer, decidió que para mí sería mejor si ustedes dos simularan que se quieren. ¿Me sigues?

Diana asintió, cada vez con mayor desconfianza.

- Me alegro, porque ahora llegamos a la parte que me tiene aterrorizado.

- ¿Y qué es?

- Ayer estuvo en la otra casa y volvió loco a todo el mundo por cada pequeño detalle, para que todo estuviera lo mejor posible para ti. Estaba haciendo una excelente imitación del hombre que se muere por su mujer. Y yo me sentí muy excitado porque te iba a conocer. Anoche él no te podía sacar los ojos de encima. Pero debo decirte con franqueza, Diana, que tengo la impresión de que tú no compartes sus sentimientos. Y sin embargo esta mañana él tiene el corazón en los ojos, de manera que supongo que anoche tú tuviste algo que ver con eso.

Hizo una pausa para enfatizar sus palabras y su tono se hizo insistente al llegar a lo que en realidad le preocupaba.

- No andes jugando con su corazón, muchacha. Tómalo integro o déjalo en paz. No andes tomando un poquito acá y otro poco allá cuando te convenga. No creo que seas malvada ni cruel, pero a veces, si la mujer no sabe lo que siente el hombre, puede llegar a actuar así.

Diana se desmoronó sobre el sofá, riendo con suavidad y apretó la fotografía de Cole contra su pecho. Se volvió a mirar al anciano que también quería a su marido y le habló sin vergüenza ni engaños.

- Lo que Cole tiene en los ojos no es su corazón. Es el mío.

De repente Cal parecía quince años menor... y, aunque tarde, avergonzado de todo lo que acababa de decir. Buscó alguna salida a la situación que él mismo había creado. Se puso de pie y se acercó a la chimenea.

- Esa fotografía que tienes es de Cole a los dieciséis años. Aquí tienes otras dos.

Se las dio con mucho cuidado y Diana las tomó, pero su sonrisa comenzó a borrarse y empezó a dolerle el corazón. Había mirado suficientes fotografías en la revista como para notar detalles, y ese muchachito de pelo negro con los dedos metidos entre el pelo de un perro collie mestizo miraba a la cámara con una expresión muy solemne. Demasiado solemne para un chico de seis o siete años. Diana tomó la otra fotografía.

- En ésa tenía nueve años - dijo Cal. El perro collie estaba a uno de sus lados y había otro perro mestizo al otro costado. Diana apenas notó a los perros; notó que aunque el chiquito trataba de sonreír, no parecía feliz.

Y en ambas fotografías sus pantalones eran varios centímetros demasiado cortos y se le alcanzaban a ver los tobillos. En una de las fotografías estaba de pie junto a una vieja hamaca hecha con un neumático, y en la otra se encontraba delante de una especie de rancho.

Diana olvidó todo eso cuando comprendió que Cal podría darle datos sobre Cole.

- Aunque lo conocí hace años - confió con una sonrisa -, Cole siempre fue muy reservado con respecto a su pasado. - Palmeó el sofá a su lado. - Cuénteme todo. Cómo era de chiquito y cómo era su madre y... todo.

- ¿Él qué te contó? - preguntó Cal con desconfianza.

- ¡Nada! Sé que tenía un hermano que era dos años mayor que él y otro que le llevaba tres años y que ambos murieron en un accidente poco después de que Cole ingresó en la Universidad. También sé que la madre murió de cáncer cuando él estaba en primer año de la facultad. Nunca me dijo cuándo murió el padre. ¡Ha habido tantas tragedias en su vida! - agregó en voz baja.

Cuando Cal se sentó a su lado ella esperó que comenzara a hablar. Pero el anciano parecía profundamente preocupado y como sin saber qué hacer. No hacía más que mirar las pilas de material de lectura que tenía en el living.

- Me gusta la psicología - dijo como si no tuviera nada que ver con nada -. ¿Tú crees en la psicología?

- Por supuesto.

- ¿Crees que es bueno que una persona mantenga malos sentimientos como embotellados en su interior, y que le oculte esas cosas a la mujer que lo quiere... ¿Y que lo siga haciendo durante el resto de su vida?

Diana sabía con total seguridad y con enorme intranquilidad que estaban hablando de Cole. Quería ayudar, pero no quería entrometerse.

- Yo... yo no quería que él creyera que me estoy entrometiendo en nada.

- Yo no diría que sería entrometerte sino lacerar una herida.

- No me gustan las heridas que no cicatrizan - dijo Diana -. La cuestión es: ¿puedo ayudar a cicatrizarlas?

- No podrías hacerle ningún daño.

Diana miró la fotografía que tenía en la mano y pensó en lo que sentía la noche anterior, en brazos de Cole. Él tenía muchísimo amor para dar y ella lo quería todo. No quería arriesgarse a perder ni una pequeña parte de ese amor.

- Si lo que usted me va a decir es realmente malo, ¿cómo se sentirá Cole cuando se entere de que lo sé?

- No tendría que preocuparse por la posibilidad de que tus sentimientos hacia él cambiarían si lo supieras. No tendría que preguntarse lo que en realidad sientes. El doctor Richenblau lo llama “catarsis”. No demoraré mucho en contártelo. Lo que tú hagas con respecto al asunto dependerá de ti.

Diana respiró hondo y asintió.

- Cuéntemelo.

- Bueno, hace un rato dijiste que había muchas tragedias en su vida. La mayor de esas tragedias es que haya nacido con el apellido Harrison.

Era lo último que Diana esperaba que dijera.

- ¿Por qué?

- Porque en Kingdom City, donde Cole creció, ese apellido es una maldición. Desde que cualquiera alcanza a recordar, los Harrison han sido salvajes y no han valido nada. Son todos, pero todos, malditos borrachos, tramposos y pandilleros, y Cole tuvo que crecer con ese estigma. Cuando la madre de Cole huyó con Tom Harrison, mi hermano lloró. No podía creer que su

hijita hubiese hecho eso. Pero resulta que Tom Harrison la había dejado embarazada, y en esa época y en esta parte del mundo, las chicas que quedaban embarazadas, debían casarse. No había otra posibilidad.

Diana lo observó inclinarse para enderezar algunas revistas y ganar tiempo; después Cal se enderezó y dijo;

- Los dos hermanos de Cole murieron el año después de que él ingresó en la Universidad. Estaban en Amarillo, borrachos, y querían emborracharse aún más, pero no tenían dinero. Así que golpearon a una anciana hasta dejarla casi muerta con tal de quitarle la cartera; después subieron al auto y huyeron. Pasaron un semáforo en rojo y un policía comenzó a seguirlos. Iban a ciento cincuenta kilómetros por hora cuando chocaron contra un poste de alumbrado. Mejor perderlos que encontrarlos, dije entonces y sigo diciendo ahora. Pero el padre de Cole quería a esos dos muchachos. Eran de tal palo tal astilla.

Cuando Cal hizo una pausa, Diana dijo con convicción.

- Pero no era el caso de Cole.

- Nunca lo fue. No hubiera podido serlo. Era más inteligente que los tres juntos y ellos lo sabían. Y lo odiaban por ello. En esos días prácticamente los únicos amigos que Cole tenía eran sus perros. Perros y caballos y gatos... Los animales adoraban a ese chico y él los adoraba a ellos. Se entendían. Supongo que era porque todos ellos sabían lo que era sentirse indefensos y no tener a quién recurrir.

- De manera que Cole fue el único que estudió en la Universidad- dijo Diana.

Cal lanzó una carcajada en la que no había ninguna alegría.

- Fue el único que logró pasar el décimo grado. - Echó atrás la cabeza y agregó: - ¿Viste ese Collie que estaba en la fotografía con Cole?

- Sí.

- Más o menos una semana antes de que Cole se fuera a la Universidad, sus hermanos le hicieron un pequeño regalo de despedida.

Diana sabía que no sería nada agradable, pero no estaba preparada para lo que oyó.

- Colgaron el perro en el granero.

Diana lanzó un quejido y se cubrió la boca con una mano, empezó a ponerse de pie pero enseguida se volvió a dejar caer en el sofá.

- Después desaparecieron y no regresaron hasta después de que Cole se hubiera ido. Si los hubiera vuelto a ver, creo que los habría matado.

- ¿Y no podía vivir en algún otro lugar?

Librodot

- Podría haber vivido aquí, pero su padre lo quería allí, haciendo un trabajo de hombre. Dijo una y mil veces que si Cole se iba de allí, su madre lo pagaría muy caro. Y la madre de Cole, que era un ser débil, se negaba a abandonar a su marido. Cuando Cole se fue a la Universidad, estaba tan enferma que la mayor parte del tiempo ni siquiera sabía dónde estaba, y a Tom ya no le interesaba maltratarla.

Diana todavía seguía enferma pensando en el collie.

- ¿Y el padre de Cole? ¿Cuánto hace que murió?

- Murió la semana pasada.

Con lentitud Diana relacionó la conversación del desayuno con esa información.

- Le dije a Cole que debía volver a esa vieja casa por si hubiera algo de su madre que quisiera conservar. La verdad es que quería que la viera como hombre. En uno de los libros que tengo, se asegura que cuando los adultos enfrentan los “males de su infancia” por lo general se sienten mejor. Creo que, haya ido o no, sería una buena idea que supiera que tú has visto el lugar y que no te importa. Pero personalmente, creo que irá a su vieja casa.

- ¿Me podría hacer un mapa? - preguntó Diana, besando la mejilla del anciano cosa que a Cal le provocó un sobresalto -. Correré hasta la casa y buscaré las llaves de la pickup.

Ya que Cole se había ido con su coche. Cal estuvo por ofrecerle las llaves del auto de Letty, pero recordó que ella había salido a comprar provisiones.

50

Cole estaba de pie cerca del patio del frente de la casa donde nació, un rancho de cuatro ambientes con tablas podridas como piso... una costra desagradable en un trozo de tierra estéril.

Su lugar de nacimiento. Su heredad. No sabía con seguridad por qué estaba allí. Su madre no sobrevivió a ese lugar, de manera que no había por que creer que allí encontraría algo suyo que pudiera conservar. Tal vez hubiera ido a enfrentar a sus fantasmas y después a quemar el rancho...

Allí no existían recuerdos felices que preservar; los únicos tolerables eran los de su madre. Y ella murió justo después de cumplir cuarenta y dos años, cuando él estaba en primer año de la Universidad. Sin embargo estuvo con ella durante su último cumpleaños antes de morir. Hizo dedo para conseguir que lo llevaran a la ciudad para comprarle un regalo y volvió tarde. La casa estaba en silencio y, durante un segundo abrigó la falsa esperanza de que su padre estuviera borracho en el granero o preferiblemente más lejos. Casi había llegado al cuarto de su madre cuando la voz de su padre surgió como un látigo de un rincón oscuro del cuarto del frente.

- ¿Dónde mierda has estado, muchacho?

Cole prendió la luz para disipar las tinieblas mientras en su mente evaluaba el estado de ánimo de su padre y llegaba a la conclusión que era desagradable pero no físicamente brutal. Era un experto en eso de evaluar los estados de ánimo de su padre, porque cualquier error que cometiera en ese sentido tendría resultados desastrosos, no sólo para él sino también para su madre.

- Tuve que ir a la ciudad.

- ¡Eres un mentiroso de porquería! Has estado en Jeffersonville con el cretino de tu tío, dejando que él te llene la cabeza con todas sus ideas imbéciles. Te advertí lo que te haría si te volvía a ver con él. ¡Estás pidiendo que se te de una lección, muchacho! - Cole decidió que el estado de ánimo de su padre era potencialmente brutal. De niño, en momentos como ése, vomitaba de puro terror. Más tarde, su mayor temor era que llegara el momento en que no se podría contener y mataría a ese hombre, después de lo cual tendría que pasar el resto de su vida en la cárcel.

La atención de su padre cayó sobre el papel de paquete para regalos que envolvía una caja que Cole tenía en la mano.

- ¿Qué mierda es eso?

- Un regalo para mamá. Hoy es su cumpleaños.

Divertido por el sentimentalismo de su hijo, el padre extendió una mano para tomarlo.

- ¿Qué le compraste?

Librodot

Cole lo mantuvo fuera de su alcance.

- Nada que te pueda interesar a ti, sólo un cepillo y un espejo.

- ¿Así que le compraste un espejo y un cepillo? - se burló -. ¿Un espejo y un cepillo elegantes para ese viejo cuervo flaco? Eso es todavía más gracioso que tus esperanzas de llegar a convertirte en un maldito estudiante universitario. - Con eso mejoró su estado de ánimo, de manera que volvió a tomar la botella de whisky que ataba sobre una mesa, a su lado, y Cole entró al cuarto de su madre.

Estaba adormilada, apoyada sobre una serie de almohadas y con la cara vuelta hacia el lado opuesto. Sobre la mesa desvencijada que tenía junto a la cama había un sándwich a medio comer. Cole encendió la lámpara y se sentó a su lado.

- ¿Es todo lo que has comido para la cena?

Ella volvió la cabeza sobre las almohadas y lo miró parpadeando para adaptar sus ojos a la luz. Sonrió, pero aún su sonrisa era sombría.

- No tenía hambre. ¿Por qué gritaba tu padre hace algunos momentos? ¿O lo soñé?

- No lo soñaste. Estaba gritando.

- No deberías enojar a tu padre, Cole.

Su continua sumisión ante el horrible carácter del marido era algo que Cole jamás pudo comprender. Le resultaba odioso que constantemente tratara de aplacarlo, de inventar excusas para su comportamiento.

Algunas veces Cole debía esforzarse para no zaherirla por no defenderse, darse su lugar y desafiarlo. Ella se negaba a abandonar a su marido y Cole no estaba dispuesto a dejarla allí a ella.

- Te traje un regalo de cumpleaños.

El rostro de su madre se iluminó y por un instante Cole pudo imaginar la belleza morena que su tío Cal afirmaba que había sido. Levantó el regalo, lo sacudió un poquito para prolongar su excitación; después quitó con cuidado el papel de envolver y abrió la caja.

- ¡Qué belleza! - Miró a su hijo. - ¿Cómo lo pagaste?

- ¿Por qué lo voy a pagar si puedo robarlo?

- ¡Oh, Cole, no!

- Estaba bromeando. ¡Vamos, mamá! Si lo hubiera robado, ¿crees que me habría quedado allí para que me lo envolvieran?

Ella se relajó, volvió a dejarse caer sobre las almohadas y estudió su rostro en el espejo. Con juvenil timidez, confesó:

- ¿Sabías que yo estaba muy orgullosa de lo bonita que era?

- Todavía lo eres. Escucha, mamá. Las cosas van a mejorar mucho dentro de unos años cuando termine mis estudios en la Universidad. Tengo grandes planes y Cal cree que se harán realidad si me importan bastante como para trabajar muy duro para lograrlo. Dentro de algunos años te edificaré una casa especial en el rancho de Cole, una casa hecha de piedra y de cedro y con muchas ventanas, y la ubicaré en la ladera de una colina, rodeada de grandes galerías para que puedas estar allí sentada todo el día, mirando el paisaje.

Ella pareció apretarse contra las almohadas, como si tratara de ocultarse y le apretó el brazo con los dedos.

- No sueñes sueños inútiles! Cuando no se hagan realidad terminarás siendo como tu padre. Por eso él es como es. Porque antes soñaba.

- ¡Pero yo no soy él! - exclamó Cole, horrorizado -. No me parezco en nada a él. - Las únicas veces en que su padre hablaba sobre “sueños” era cuando buscaba una excusa para emborracharse y no se le ocurría ninguna mejor.

La pickup color naranja se detuvo del todo cuando ella dobló para salir de la ruta y Diana la dejó allí y siguió a pie, abriéndose camino entre los gruesos surcos que formaban un sendero. Diez minutos después, en una vuelta del camino alcanzó a ver a Cole, un hombre alto y solitario, con los hombros cuadrados, completamente inmóvil con excepción del pelo que movía la brisa. Unos pasos más y pudo ver con claridad el lugar de nacimiento de su marido, la casa de su infancia. Lo que vio le dio ganas de vomitar. Esperaba encontrarse con algo poco agradable, pero no estaba preparada para la miseria. La casa era un rancho de madera medio podrida ubicada en la base de una colina y rodeada de cercos rotos y de décadas de desperdicios amontonados. En un enceguecedor contraste con lo que lo rodeaba, Cole estaba inmaculadamente vestido, con mocasines marrones muy lustrados, pantalones color caqui bien planchados y una blanca camisa oxford arremangada sobre los brazos tostados por el sol. Levantó una mano para masajearse los músculos de la nuca y la camisa se estiró sobre sus hombros anchos. Hombros que Diana quería rodear con sus brazos y sobre los que quería apoyar la cabeza.

No se dio cuenta de su presencia hasta que estuvo a su lado y entonces dijo en voz apagada:

- No debiste haber venido. - Entonces la miró y Diana tragó con fuerza ante la transformación que había sufrido. Tenía la cara completamente inexpresiva; una cara tallada en granito, con un mentón de hierro y ojos de acero helado. Y en ese momento comprendió dónde

se había forjado la dureza de su marido. Allí. Sólo así tuvo la fuerza necesaria para liberarse de ese lugar.

- Tuve que venir - dijo con sencillez y notó que la cara de Cole comenzaba a relajarse a medida que se iba liberando de las ataduras qué tenía con ese lugar. - Era necesario que supieras que había estado aquí y lo había visto.

- Comprendo - contestó él con el corazón lleno de ternura -. Y ahora que lo has visto - agregó en un intento de indiferencia -, ¿qué te parece? - Se volvió para alejarse, suponiendo que ella lo seguiría.

¿Qué le parecía? Por toda respuesta Diana hizo lo único que se le ocurrió para desahogar su odio y expresar su opinión. Miró a su alrededor, levantó una piedra pesada y la arrojó con toda la fuerza de su animosidad. Cole se volvió a mirarla, impactado, en el momento exacto en que la piedra se estrellaba contra la ventana del frente de la casa. Con la boca abierta de asombro, Cole miró fijo el rostro hermoso y airado de su mujer y luego miró la ventana rota de ese lugar infernal en el que vivió.

- Eso - informó ella mientras con delicadeza se quitaba la tierra de las manos - es lo que yo pienso.

La carcajada de Cole resanó con más fuerza que la ventana. En una repentina explosión de exuberante libertad, levantó a Diana del piso y se la colocó sobre un hombro, como si se tratara de una bolsa de harina.

- ¡Bájame! - rió ella mientras se retorcía en sus brazos.

- No hasta que me hagas una promesa.

- ¿Qué quieres que te prometa? - preguntó Diana sin dejar de retorcerse.

- Que nunca, jamás, por enojada que estés, me arrojarás algo.

- No puedo hacer una promesa que tal vez no pueda cumplir - contestó ella con tono solemne.

Cole le dio una palmada en el trasero y siguió avanzando por el camino. Empezó a silbar. Ella reía. Los alegres sonidos rodaron hacia la casucha donde él había vivido. El único trozo de vidrio que quedaba sano en la ventana, cayó y se destrozó contra el piso de tierra del interior.

Durante el resto de la estadía de ambos en lo de Cal, los días alegres y las noches apasionadas se convirtieron en una rutina.

Cuando llegó el momento de la partida, Cal los condujo hasta el aeropuerto y permaneció mirando con la mano en alto, en un gesto de saludo, hasta que el avión decoló. Sentía el corazón pesado dentro del pecho porque ellos se iban, pero no lo sentía débil. Lo sentía muy fuerte.

Diana no sentía el suyo tan fuerte cuando Cole la dejó en su departamento para poder seguir viaje a Washington.

- Todavía no te has ido y ya te extraño - dijo -. Este arreglo de vivir en dos ciudades distintas no dará resultado.

Cole le levantó el mentón.

- En cuanto solucione los problemas que tengo en Washington, también encontraremos la solución para eso. Y el tiempo entre una cosa y la otra pasará con mucha rapidez.

Ella frunció el entrecejo.

- ¿Cómo es posible que digas eso?

- Trato de convencernos a los dos.

- No da resultado.

Cole la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

- Lo sé.

- No te olvides de llamarme.

Ante el absurdo, él sonrió y la apretó más.

- ¿Cómo crees que voy a olvidarme de llamarte, querida?

Librodot

51

Cuando el Gulfstream aterrizó en el aeropuerto Internacional de Dallas, Sam Byers estaba sentado en su coche, con el motor en marcha y los limpiaparabrisas funcionando. Observó el carretea del avión que esperaba instrucciones de la torre de control hasta que por fin la aeronave hizo un giro de noventa grados y pasó justo al lado de donde él esperaba. Cuando los pilotos bajaron, Sam se envolvió el cuello con el impermeable y corrió hacia adelante en medio de los charcos.

- Es una lástima que tengamos que encontrarnos de esta manera - anunció sin aliento al llegar al último peldaño de la escalerilla y prácticamente se desmoronó sobre el sofá del avión -, pero te quería entregar esto personalmente y no conviene que nos vean juntos. - Metió la mano dentro del impermeable y sacó un abultado sobre de papel manila.

Cole lo tomó y le alcanzó un vaso con vodka, hielo y una tajada de limón, que sabía era la bebida preferida del senador.

Al mirar a su alrededor en el lujoso interior de cuero gris del avión, en sus lámpara y mesas de cromo y cobre, el senador Byers notó la marca del vodka que su anfitrión acababa de servirle.

- Tienes estilo y buen gusto, Cole - dijo -. Por desgracia - agregó mientras Cole se instalaba en el sofá frente a él -, también tienes un poderoso enemigo.

- ¿Quién es? - preguntó Cole con sequedad.

Byers levantó el vaso como paladiando un brindis.

- El senador más joven del gran Estado de Texas: Douglas J. Hayward. Se ha tomado un interés muy personal por sacarte del negocio y meterte en la cárcel - dijo. Y agregó sin rencor: - Ese muchacho tiene serias aspiraciones presidenciales. Y además es probable que lo logre. Posee el aspecto y el carisma de un John Kennedy joven. - Sólo entonces se dio cuenta de que Cole estaba impactado y furioso, entonces preguntó - ¿Hiciste algo que lo agravió o ha decidido hundirte por un puro principio?

La única explicación posible que Cole podía encontrar se refería a Jessicca Hayward y a esa noche, mucho tiempo antes, en que Charles, el marido, volvió a su casa inesperadamente. Sin embargo, parecía una locura que, después de una década, el joven Hayward se tomara todo ese trabajo para defender el inexistente honor de su madre.

- El único motivo que se me ocurre es completamente absurdo - contestó Cole, cortante.

- No es probable que eso preocupe a Hayward - contestó el senador con tono seco -. Todos los que aspiran a la presidencia necesitan una causa, un dragón al que puedan matar en bien del público. Es lo que les proporciona publicidad y la publicidad es lo que logra que los elijan. Reagan y el Ayatolla, Kennedy y Hoffa... ¿comprendes lo que te quiero decir?

Librodot

- Comprendo el sentido de sus palabras, pero no me gustan las analogías - contestó Cole con tono gélido.

- Escúchame hasta el final antes de seguir tu impulso de matarme a trompadas - dijo Sam con una risita -. Lo que te estaba por decir era que cuando un político de grandes aspiraciones no logra encontrar un enemigo público legítimo a quien descubrir, con frecuencia crea uno propio. Por algún motivo, el senador Hayward te ha concedido a ti ese honor.

Hizo una pausa para beber un trago de vodka antes de continuar diciendo:

- El directorio de Cushman respalda al senador Hayward y lo urge en su búsqueda de “justicia” 'y ellos también tienen algunos políticos aliados en el equipo. Entre todos han logrado convencer a la Bolsa de Valores de Nueva York, a la Comisión Controladora de Acciones y Valores y a sí mismos, de que tú iniciaste esos desagradables rumores acerca de que su microprocesador era defectuoso, para que el valor de sus acciones cayera y así poder comprar la compañía por la mitad de su valor. Pero tú ya sabes todo eso. Aquí está lo que ignoras. La gente de Cushman te iniciará un juicio. Además de unos cuántos millones de dólares por daños, Cushman quiere que la Corte les conceda los derechos de las ganancias que Unified haga con el procesador cuando lo comercialice, y... también exigen que tú les entregues todas las ganancias futuras resultantes de cualquier otro invento, diseño o fórmula de ellos que eventualmente puedas utilizar. Mis fuentes me informan que Cushman hace particular hincapié en ésa última parte.

Bebió otro sorbo de su vodka y estudió la expresión indescifrable de Cole, después se encogió de hombros.

- Me pareció que eso era un poco extraño, pero considera que yo no soy más que un hombre de pueblo. Pero hasta un tipo de pueblo como yo puede imaginar lo obvio: si te declaran culpable de cualquiera de los cargos criminales en una corte federal, el juicio de Cushman puede considerarse ganado en la justicia ordinaria.

- ¿Qué hay dentro del sobre? - preguntó Cole, ya pensando en soluciones y en contrademandas.

- Nada que te permita neutralizarlos, si ésa es la esperanza que tienes, pero te dará una idea clara de tu situación. William C. Gonnelli, el juez administrativo de la Comisión Controladora de Acciones y Valores, que juzgará tu caso, ya está tan seguro de que eres culpable de algo, que está ayudando al fiscal federal a decidir si conviene que el próximo paso sea presentarlo ante el gran jurado y conseguir una acusación o tomar el camino más corto y pedirle al juez que emita una orden de arresto contra ti. Allí adentro hay una copia de una citación de la Comisión Controladora de Acciones y Valores. Tu abogado la recibirá pasado mañana. Por supuesto que habrá una filtración para que la prensa se entere. Me temo que a partir de ese día, te meterán micrófonos frente a la cara cada vez que salgas de tu casa.

Cole no esperaba tanta información ni cooperación por parte de Byers y le emocionó que el senador se hubiera tomado todo ese trabajo, sobre todo considerando que era muy poco probable que él pudiera volver a financiarle una elección a nadie.

Como si adivinara lo que Cole estaba pensando, el político se puso de pie y le tendió la mano.

- Tú me gustaste en cuanto te conocí, Cole, y después me gustaste aún más. - Sonrió y agregó: - Nadie jamás me ha puesto un cheque de trescientos mil dólares en la mano y me ha dicho en la cara que se lo hubiera entregado a un gorila con tal de que fuera el candidato republicano.

- Le pido disculpas por eso, senador - dijo Cole con formalidad y lo decía en serio -. Y también aprecio su ayuda.

- Tu honestidad tan directa me resultó refrescante. No estoy acostumbrado a eso. - Se volvió para pasar entre los sofás. Luego volvió a detenerse al llegar a la puerta abierta del avión y se subió el cuello del impermeable. - Además, creo que eres inocente. Por desgracia - terminó diciendo -, después de esto no podré volver a hablar contigo. Lo comprendes, ¿verdad?

- Perfectamente - contestó Cole sin la menor emoción.

Sin embargo, no se sentía frío ni indiferente. Al mirar la citación a su nombre, lo embargó una furia mayor que la que había sentido jamás. No les tenía miedo a las citaciones, a los juicios, a las acusaciones sin fundamenta ni al daño que pudiera sufrir su buen nombre. El problema era que en el término de dos días, su nombre sería sinónimo de fraude.

Y por asociación, también lo sería el de Diana.

Una risa que enseguida se convirtió en angustia, creció en su interior. Diana se había casado con él para salvar su orgullo y su dignidad. Y ahora él destruiría todo eso, junto con su reputación, de una manera que ni el mismo Penworth habría logrado hacer.

La semana anterior Diana lo amaba y creía en él.

La semana siguiente lo despreciaría.

Cole apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos, tratando de encontrar una manera de mantenerla a ella a salvo... en una manera de no perderla. Cuando no se le ocurrió ninguna, el nudo poco familiar que tenía en la garganta, creció hasta resultarle doloroso.

Librodot

52

Diana miró su reloj y luego miró el teléfono, deseando que sonara. Sin duda Cole ya debía haber terminado su reunión en Washington y supuso que estaría en su casa o por llegar a ella, pero no la había llamado e instintivamente ella supo que no tendría buenas noticias. Encendió el televisor para desterrar el silencio, pero no lograba concentrarse en él ni en ninguna otra cosa.

Y ahora las noticias de economía. Hoy la Bolsa cerró con un buen porcentaje de negocios de un volumen de...

Aunque creía por completo en la inocencia de Cole, la imaginación exacerbada de Diana le presentaba todo el tiempo imágenes de su marido acusado en un juicio, acosado por periodistas y acusado de crímenes viles. Él le aseguró que no sucedería, pero ella tenía la horrible sensación de que todo estaba fuera de su control. Cole había trabajado muchísimo para liberarse de los estigmas de su juventud y en ese momento enfrentaba el mismo destino que enfrentaron sus hermanos... con la diferencia de que el suyo sería un escándalo que recorrería el mundo entero.

La gran perdedora del día fue Unified Industries, cuyas acciones cerraron con una baja de un cincuenta y dos por ciento en una semana. Los analistas la achacan al hecho de que el Presidente y director de Unified, Cole Harrison, está por ser citado a comparecer ante el juez administrativo de la Comisión Controlador de Acciones y Valores. Fuentes confiables aseguran que esta citación será una mera formalidad y que Harrison será luego citado a comparecer ante un gran jurado...

Diana tuvo el loco impulso de llamar a Doug y pedirle consejo. No, lo que en realidad quería hacer era pedirle que intercediera de alguna manera por su marido. Pero en ese momento él no los ayudaría ni a ella ni a Cole. En lo que se refería a Cole, Doug era completamente irracional.

Diana pensó en la insensata diatriba de su amigo... “¡Debes librarte de él ahora!... Ese cretino realmente sabe manejar a mujeres de cualquier edad... ¡hasta a ti!” El comentario acerca de “mujeres de cualquier edad” la hizo pensar si años antes Cole no le habría robado alguna chica de quien Doug creía estar enamorado. Fuera cual fuese el motivo, el odio de Doug era tan profundo que hasta la odiaba a ella por asociación. Por eso en ese momento no aceptaría ninguna clase de pedido que ella le hiciera, sobre todo después de haberle hecho una advertencia. Doug predijo exactamente lo que iba a suceder.

Diana se enderezó con lentitud, en su interior tomaba forma una posibilidad que era casi demasiado terrible para considerarla siquiera.

Librodot

Doug le había advertido... Le dijo lo que sucedería. Despreciaba a Cole con una virulencia palpable. Diana tomó su cartera y las llaves del auto y fue en busca de la única persona que podía conocer el motivo y que, si lo conocía, se lo diría. Corey le abrió la puerta y, por su expresión abatida, Diana comprendió que también ella había oído las noticias.

- Corey, debo preguntarte algo. Es terriblemente importante. ¿Spence alguna vez te dijo que Doug odia a Cole?

- Sí, me lo dijo el día en que nos comunicaste que tú y Cole se habían casado la noche anterior. A ti te gustaba Cole y a mí también, así que supuse que la opinión de Doug no importaba demasiado.

- Necesito ver a Spence.

- Está afuera, junto a la pileta.

Spence estaba ajustando los tornillos de una escalera, en la parte honda de la pileta.

- ¿Qué sucede, Diana?

- Es lo que quiero que tú me digas. Pocas horas después de la conferencia de prensa en que Cole y yo anunciamos nuestro casamiento, Doug fue a verme y dejó en claro lo que sentía por Cole, pero se negó a decirme los motivos de tanto odio. Ustedes dos siempre han sido amigos. Tú debes saber por qué odia a Cole.

- Querida, tienes bastantes problemas sin que además te preocupes por Doug Hayward. - Ajustó bien la escalerilla y se puso de pie.

- Creo que el problema es Doug - dijo Diana.

- ¿De qué estás hablando?

Ella lo arrastró hasta una mecedora de jardín.

- El día que fue a verme, Doug estaba furioso conmigo porque me había casado con Cole. Divagó acerca de lo deshonestas que son las prácticas de negocios de Cole, pero Doug no sólo estaba furioso por una cuestión de principios, ¡era algo personal!

- ¿Adónde quieres llegar?

- Quiero llegar a otra cosa que me dijo. Me anunció que la Bolsa de Comercio estaba investigando a Cole. Pero también aseguró que la Comisión Controladora de Acciones y Valores entregaría a Cole a las cortes federales para que lo procesaran.

Durante la fracción de un segundo Diana pensó que Spence no sabía adónde quería llegar, pero enseguida él dijo en voz baja:

- ¿Sabía todo eso a pesar de que todavía no había sucedido?

Librodot

- Exactamente. Estaba completamente seguro de todo lo que decía ¡y todo lo que dijo se está cumpliendo! ¿Sabes por qué motivo odia tanto a Cole?

Para su sorpresa y alivio, Spence no trató de convencerla de que estaba diciendo ridiculeces.

- Es probable que, aparte del mismo Doug, Charles Hayward sea el único que conozca la verdadera respuesta a esa pregunta. La única vez que Doug me habló del tema estaba borracho, pero tuve la sensación de que, de alguna manera, Barbara estaba involucrada en el asunto.

- ¿Barbara?

- Pero lo que Doug decía eran insensateces, de manera que no estoy seguro.

Diana se puso de pie.

- Bueno, pienso averiguarlo por intermedio de Charles Hayward.

Spence también se puso de pie.

- Iré contigo.

Diana se mordió los labios preguntándose si la compañía de Spence sería una ventaja o una desventaja.

- Creo que podré llegar más lejos con Charles si voy sola.

Librodot

53

Charles Hayward estaba en su estudio, sentado en un sillón tapizado en cuero y con el control de la video grabadora en la mano. En el momento en que Jesicca hizo pasar a Diana estaba rebobinando la cinta para volver a ver la parte del noticiero de CNN que se refería a Cole.

- Diana quiere hablar contigo, Charles.

Charles las miró desde el sillón y asintió; después volvió a apretar el botón para rebobinar de nuevo la cinta.

- ¡Hola! - dijo, señalando el sofá que había frente a su sillón - Siéntate.

En el momento en que Diana se sentaba en el sofá, volvió a apretar el botón que ponía en funcionamiento la video y, para incredulidad de la muchacha, volvió a mirar esa parte del noticiero, mientras sonreía apenas. Había algo casi truculento en lo que hacía y lo empeoraba el hecho de que Jesicca permaneciera en la puerta, como cerniéndose sobre ellos.

Diana respiró hondo con cuidado, a sabiendas de que ésa sería su única oportunidad de averiguar lo que necesitaba saber y de tratar de neutralizarlo.

- Me preguntó si podría conversar contigo en privado, Charles.

- Por supuesto, mi querida - contestó Charles apagando la video y depositando el control remoto sobre una mesa ratona. La miró en un silencio expectante en el que no había ni rastros de la expresión satisfecha que Diana le vio mientras observaba la pantalla de televisión.

Diana tanteó su camino con mucho cuidado.

- Charles - empezó a decir en voz baja -, después de la muerte de mi padre, siempre he recurrido a ti en busca de consejo.

Hayward asintió, como satisfecho.

- Y cuando decidí iniciar mi empresa, tú fuiste uno de los que me prestó dinero para que pudiera hacerlo.

- Invertí dinero en un negocio prometedor - corrigió él con tacto.

Era lo que siempre le decía cuando ella trataba de agradecerle.

- Ahora vuelvo a necesitar tu ayuda. Sólo que esta vez el asunto es mucho más importante. Se trata de Cole.

El rostro de Hayward se puso tan frío como la expresión de sus ojos.

- En ese caso, te daré el mejor consejo que te he dado nunca. ¡Líbrate de él!

Librodot

- No pienso hacerlo.

Hayward se puso de pie y permaneció a su lado, mirándola desde lo alto de su estatura, hasta que Diana también se paró.

- Hasta ahora estoy tratando de considerarte una víctima inocente, Diana. Pero si no te liberas de él y te apartas del camino, te cubrirás de la misma mugre que lo cubrirá a él. El Congreso controla a la Comisión Controladora de Acciones y Valores y tenemos bastante sobre Cole Harrison como para colgarlo.

- ¿Tenemos? - explotó Diana -. "¿Tenemos?" Tú no tienes nada que ver con el Congreso. El congresista es Doug.

- "Nosotros" vamos a colgarlo, y después lo enterraremos - retrucó Charles.

- ¿Por qué están haciendo esto? - exclamó Diana -. ¿Qué les ha hecho Cole para que lo odien tanto? - Hizo un esfuerzo por no mostrarse combativa y hablar como si estuviera desorientada. - ¡Ayúdame a entender... entonces podré decidir si debo hacer lo que me aconsejas.

El control que Charles ejercía sobre su mal humor, de repente se cortó.

- ¿Quieres saber lo que me hizo a mí? - preguntó en un tono de voz espantoso -. Te diré lo que hizo: ¡destruyó mi familia! Ése inmundo hijo de puta era el verdadero padrillo de mi caballeriza. Sólo Dios sabe a cuántas más de las pequeñas amigas de Barbara molestó...

- Molestó - repitió Diana en un hilo de voz.

Hayward la tomó por los hombros.

- Querías saberlo, de manera que ahora lo sabrás todo. ¿Recuerdas a mi hermosa hijita? ¿La recuerdas? - preguntó, sacudiendo a Diana.

Diana se liberó de sus manos y saltó hacia atrás, pero no podía irse sin saberlo todo.

- ¡Por supuesto que la recuerdo! - dijo, temblorosa.

- Ese animal dejó embarazada a mi hija. Una noche casi los descubrí en la caballeriza y luego lo eché a la calle, pero nunca creí que hubiese tenido sexo completo con esa criatura.

Diana meneó la cabeza.

- No, Charles. Te equivocas.

- ¡No me equivoco! - gritó él -. Yo he sido el que fue agraviado.

Cuando Barbara se dio cuenta de que estaba embarazada casi de cinco meses, se lo dijo a su madre y Jesicca la llevó a que la hicieran un aborto. Yo no me habría enterado de nada si no fuera por tres factores. ¿Sabes cuáles? - ladró.

Diana tragó con fuerza y meneó la cabeza.

- Me enteré porque Barbara estuvo a punto de morir y porque para impedirlo hubo que hacerle un histerectomía y porque a causa de eso mi pequeña hijita ha vivido pasando de un psicoanalista a otro. ¿Y sabes lo que me recuerda esto todos los días?

- No.

- ¡Nietos! No tengo ningún nieto. El maldito hijo de puta con quien te casaste me privó de una hija y privó a mi hija de tener hijos y a mí de tener nietos.

Señaló la puerta y su voz tembló de odio.

- ¡Y ahora te irás de una vez de mi casa y nunca volverás!

Librodot

54

En el camino de regreso a su casa, Diana manejó el auto sin hacer un esfuerzo consciente y sin darse cuenta de que lo hacía. A las once todavía seguía sentada en el mismo sillón, las piernas dobladas debajo del cuerpo, una frazada sobre los hombros y extendida sobre la falda para quitarse el frío que había convertido sus manos en trozos de hielo y que la hacía temblar convulsivamente.

Corey llamaba cada quince minutos. Diana dejaba que atendiera el contestador automático porque ella no podía moverse.

Cole no la llamaba.

Se sentía incapaz de verter una sola lágrima o de volver a vomitar.

Estaba completamente vacía.

Cole no la llamaba.

A las once y cuarto Corey volvió a llamar y esa vez no estaba preocupada sino frenética y enojada.

- Diana si no contestas el teléfono en este mismo instante, voy para allá.

Diana hizo un esfuerzo por atender el llamado pero Corey ya había cortado la comunicación. Llegó en tiempo récord con Spence y utilizaron su propia llave para entrar al departamento de Diana.

- ¿Diana? - dijo Corey con tono tranquilizador. Diana notó que su hermana se le acercaba con gran cautela, como si ambos creyeran que se había vuelto loca. Spence se acuclilló delante de ella, apuesto y cariñoso.

- Diana - dijo con suavidad.

- ¿Qué te dijo Charles Hayward, querida?

Corey se puso en cuclillas al lado de su marido y le aferró un hombro con fuerza como si quisiera escudarla contra cualquier cosa odiosa que estuvieran por oír y que había reducido a Diana a ese estado de autómata.

Diana los miró a ambos.

- ¡Ah! - dijo pensativa -. Me dijo que Cole molestó a Barbara y que la dejó embarazada y que Barbara se hizo un aborto. Ahora ya no puede tener hijos y por eso tiene un carácter tan inestable.

- ¡Qué! - exclamó Corey, poniéndose de pie de un salto.

Librodot

Diana la siguió con la mirada y echó atrás la cabeza. Su voz se convirtió en un susurro.

- ¿No les parece sorprendente?

- ¿ “Sorprendente”? - preguntó Corey dirigiéndole una mirada a Spence mientras él también se ponía de pie con lentitud -. ¿Eso es lo que consideras que es?

Entonces sucedió lo que desde hacía horas Diana temía: comenzó a reír y no se podía detener.

- Cole jamás le habría puesto una mano encima a Barbara. Vivía aterrorizado de que nosotras tratáramos de hacerle insinuaciones. ¿Recuerdas lo que nos esforzábamos por conseguir que nos notara?

- Lo recuerdo - admitió Corey, pero seguía con las cejas juntas en un gesto atento.

- ¡Es tan gracioso! ¡Tan odiosamente gracioso!

- ¿Te parece? ¿Gracioso? - preguntó Corey cautelosa, pero empezaba a creer que Diana estaba pensando con mucha mayor claridad de lo que ellos creyeron cuando la vieron hecha un ovillo sobre ese sillón.

- ¡Por supuesto que lo es! - dijo Diana mientras asentía con énfasis -. ¡Es divertidísimo! Yo lo sé porque era la que se hacía cargo de las apuestas.

- ¿Qué apuestas?

- ¡Las apuestas! - rió Diana -. Todas, incluyendo a Barbara, pusieron dinero en una caja y la ganadora sería la primera que consiguiera que Cole la besara. - De repente volvió la cara y la enterró en el respaldo del sillón y la risa se convirtió en sollozos desgarradores. - ¡Y nadie ganó! - sollozó -. Lo están destruyendo... ¡y nunca ganó nadie!

55

A la mañana siguiente Diana trató de hablar con Cole en su casa, pero el hombre que atendió el teléfono le informó que el señor Harrison estaba trabajando. En la oficina, la secretaria del señor Harrison dijo que no estaba. Diana llegó a la conclusión de que ella era una mercadería muy poco indispensable para los hombres y que Cole simplemente se dedicó a divertirse jugando al matrimonio mientras estuvieron en lo de Cal. Cuando otros asuntos de su vida lo presionaban, no quería molestarse en estar con ella o hasta se olvidaba de su existencia. Su mente lo aceptaba, pero el corazón lo rechazaba y seguía doliéndole.

De alguna manera logró terminar ese día de trabajo. De acuerdo con su decisión de delegar responsabilidades, pasó la mayor parte de la tarde trabajando con dos de sus ejecutivas para asegurarse de que las tres compartían los mismos puntos de vista. Fuera donde fuese o viera a quien viese en el edificio, mantenía una expresión alegre y agradable. El nombre de Cole y el

Librodot

problema en que se encontraba fue un tema que surgió varias veces en su presencia, pero no fue más que un esfuerzo de la gente que trabajaba con ella para no actuar como si él hubiera hecho algo mal.

Retrospectivamente, a Diana le resultaba cómico que hubiera considerado tan desastrosa la actitud de Dan. Ése era un desastre.

A las cinco y media abandonó la oficina y, por insistencia de su familia, fue a comer a la casa de River Oaks. A diferencia de sus empleados, la familia no vaciló en emitir sus opiniones acerca de la situación de Cole.

Además insistieron en que Diana hablara del asunto, aunque Corey y Spence se mantuvieron en silencio y la apoyaron en todo momento. Hasta Glenna tenía una opinión y la quería expresar, pero ella, también, formaba parte de la familia. Además, era una flagrante fisgona que estaba acostumbrada a escuchar las conversaciones de los demás. Antes de comer, todos estaban sentados en el jardín, alrededor de la pileta, cuando Glenna salió de las casa para avisarle a Diana que tenía que un llamado urgente. Todos se alegraron, convencidos de que debía se Cole.

- Es un periodista -informó Glenna tendiéndole un teléfono inhalámbrico.

- No quiero hablar con ningún periodista -dijo Diana y agregó dirigiéndose a su familia: - No sé de dónde sacan este número, pero me parece probable que será necesario que lo cambiemos.

- Quiere hacerte preguntas acerca de tu divorcio.

Todos dejaron de hablar y se quedaron mirando al ama de llaves.

- ¿De mi qué?.

- Dice que quiere que le hagas un comentario acerca de los “funda mentos” que usarás para tu divorcio.

Diana tomó el teléfono, saludó al periodista y luego escuchó un instante.

- ¿Dónde oyó eso? - preguntó -. Bueno, no creo que sea exactamente “de conocimiento público” señor Godfrey - replicó Diana mientras se ponía de pie con lentitud-porque yo no sé nada del asunto. Adiós. - En ese momento un pequeño atisbo de esperanza comenzó a florecer en el corazón de Diana. Corrió al televisor más cercano seguida de por toda la familia. La pantalla se iluminó justo a tiempo para que un equipo de reporteros de Houston confirmara lo que el periodista acababa de decir.

Librodot

"- Ha habido un nuevo suceso inesperado que se relaciona con el escándalo de Cole Harrison Unified Industries - dijo el periodista a su colega -. Diana Foster, la esposa de Harrison desde hace dos semanas pedirá el divorcio por motivos no especificados.

- Eso no duró mucho - dijo el otro periodista a la cámara. La mujer periodista asintió.

- Fuentes cercanas a Cole Harrison confirma el rumor hace menos de una hora. Parece que Diana Foster ha debido separarse y separar a su empresa del escándalo que amenaza con crearse en Washington a raiz de la compra de Cushman Electronics por parte de Harrison."

Henry Britton miró a Diana con expresión casi acusadora.

- ¿Eso es lo que piensas hacer, Diana?

Diana meneó la cabeza con lentitud, los ojos resplandecientes de alivio y felicidad.

- Eso es lo que Cole quiere que haga. Doug y Charles Hayward me advirtieron que debía librarme de Cole para que el escándalo no manchara también mi nombre. Ahora Cole trata de asegurarse de que eso no suceda.

Corey miró a su marido y señaló en voz baja:

-Así se va al diablo la teoría de que Cole se casó con ella para mejorar su imagen pública. La acaba de hacer pedazos con tal de beneficiar a Diana.

Diana no la oyó, estaba pensando y planeando.

- ¿Qué piensas hacer? - preguntó la abuela.

Pero Mary Foster ya conocía la respuesta de esa pregunta. Rodeó con un brazo los hombros de Diana y dijo con una risa suave:

- Diana va a viajar a Dallas.

Diana decididamente iba a viajar a Dallas y por tratarse de una persona que en una época no podía funcionar sin tener una agenda estricta, ni hacer un viaje corto sin envolver cada artículo de ropa en papel de seda, lo hizo todo con sorprendente rapidez. Con Corey y la madre de ambas a su lado, metió cualquier ropa que tuviera a mano en la casa en dos valijas; después arrojó sobre ellas todos su elementos de toilette.

- Ya está - dijo al cerrar la segunda valija. Después de lo cual llamó por teléfono a sus dos máximas ejecutivas y les dijo que quedaban a cargo de la empresa y que si tenían alguna pregunta que hacerle o se les presentaba algún problema, que la llamaran al número de Cole.

Solucionó todas las actividades que tenía anotadas en su apretada agenda, volviéndose hacia Corey para pedirle:

-Dile a Sally que cancele todos mis compromisos.

- ¿Qué motivo quieres que dé?

- Que le diga a todo el mundo que estoy en Dallas. Con mi marido - contestó Diana mientras bajaba de la cama las dos pesadas valijas.

A las siete y cuarenta y cinco, Corey la había depositado en el aeropuerto y Diana estaba en la fila de embarque del avión de las ocho. De repente se dio cuenta de que un hombre pasaba por todas las puertas y vencía todos los obstáculos para acercársele. Era Spence.

- Entrégale esto a Cole - le pidió su cuñado -. Dile que es un tardío regalo de casamiento y que lo utilice si no le queda más remedio.

- ¿Qué es? - preguntó Diana mientras avanzaba en la fila de embarque.

- Es el fin de la carrera política de Doug - contestó Spence con expresión sombría.

Librodot

56

El hombre que contestó el portero eléctrico y la miró a través de una pequeña cámara ubicada en la puerta de la propiedad de Cole, se dejó convencer con sorprendente facilidad de que debía permitir que la señora Harrison pudiera darle una sorpresa a su marido franqueándole la entrada sin anuncio previo. En realidad, el hombre de mediana edad sonreía feliz mientras la acompañaba a cruzar la casa silenciosa hasta llegar a la puerta trasera que daba a un patio que rodeaba la inmensa pileta de natación.

Cole estaba de pie solo en la oscuridad, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la cabeza echada hacia atrás, como si estuviera contemplando las estrellas. Diana abrió la puerta en silencio y salió al patio desde donde lo observó, mientras trataba de decidir por dónde empezar, cuando lo único que quería era arrojarse en sus brazos. Durante el vuelo ensayó una docena de discursos de apertura, todos ellos con el objeto de que él le permitiera quedarse para que enfrentaran juntos los problemas. Pensó en suplicar, en razonar, en exigir. Consideró la posibilidad de ablandarlo con lágrimas. Pero cuando llegó el momento no sabía por dónde empezar. Dio un paso adelante y notó que él se ponía tenso en cuanto le oyó la voz.

- ¿Cole? - Él ni siquiera volvió la cabeza para mirarla. - ¿Qué haces aquí afuera?

- Rezo.

Los ojos de Diana se llenaron de lágrimas al recordar la manera en que él había rechazado la idea de la oración como el último recurso de los tontos... soñadores incapaces de enfrentar el hecho de no poder conseguir algo.

- ¿Qué pides en tus oraciones?

- He estado rezando por ti - contestó él en un susurro ronco.

Diana se le arrojó a los brazos. Él la encerró entre ellos, mientras la acercaba a sí y enterraba la boca en la suya. Cuando por fin interrumpió el beso, siguió apretándola contra su cuerpo, con el mentón apoyado sobre la cabeza de ella, como si tuviera miedo de soltarla por temor de que se desvaneciese. Feliz de estar allí, Diana refregó una mejilla contra el pecho duro de su marido.

- Te amo.

Él le acarició la espalda con una mano y le besó una sien.

- Ya sé que me quieres. Tengo la prueba entre mis brazos.

- Y yo sé por qué tienes tantos problemas con la Comisión Controladora de Acciones y Valores. Me lo dijo Charles Hayward.

Cole quedó como petrificado.

Librodot

- ¿Qué te dijo?

- Anoche fui a verlo. Me dijo que dejaste embarazada a Barbara y que la chica se tuvo que hacer un aborto. Tuvo complicaciones a raíz de las que ya no podrá tener hijos. Hace años que entra y sale de programas de terapia muy fuertes.

- ¿Te dijo todo eso - dijo Cole echándose atrás para mirarla con sorpresa e incredulidad -, y viniste a mí?

Ella le sonrió a la luz de la luna y asintió; después se acurrucó de nuevo entre los brazos de Cole.

- Sé que no es cierto.

- ¿Porque crees en mí? - especuló él, confuso.

- Sí. Y porque en esa época todas apostábamos acerca de cuál sería la primera que conseguiría que la besaras.

Cole no pudo menos que reír.

- Y nadie ganó - declaró, comprendiendo enseguida adónde quería llegar Diana. Con una sonrisa en la voz, susurró: - ¿Y tú cuánto apostaste?

Diana le abrió la camisa y le besó el pecho, divertida.

- Nada, sólo en Las Vegas hice apuestas idiotas.

Se encaminaban al dormitorio cuando Diana recordó el sobre que debía entregarle.

- ¿Qué es esto? - preguntó Cole, después de depositar las valijas de su mujer al pie de la cama. Diana le entregó el sobre y una bolsa decorada a mano. Él ante todo abrió el sobre; luego la bolsa. Spence Addison le enviaba una breve historia de los arrestos sufridos por Doug por manejar en estado de ebriedad, el último de los cuales sucedió cuando estudiaba en la facultad de derecho y provocó graves daños en el rostro a la mujer que lo acompañaba.

Rose Britton le enviaba una bolsa de galletitas caseras de chocolate.

Aún después de que hicieron el amor, Diana no pudo dormirse. Con la cabeza apoyada sobre el brazo de su marido, miró la colorida cascada que se veía a través de la pared de vidrio del dormitorio.

- Al principio, cuando hacíamos el amor quedabas muerta - dijo Cole en broma - Ahora quedas despierta y simulas dormir. No es un buen augurio para nuestros próximos cincuenta años.

- ¿Qué va a suceder en la audiencia con la Comisión Controladora de Acciones y Valores?

Estaba completamente despierta y muy preocupada.

- ¿Te ayudaría que te dijera que no te preocupes? - preguntó él.

- No, no serviría de nada.

Cole vaciló sin ganas de contarle los detalles de la trampa que lo mantenía indefenso por el momento, pero Diana tenía derecho de saberlo y de comprenderlo todo. Basado en lo que recordaba de sus anécdotas del campamento y por la manera en que dirigía su empresa, era evidente que le temía más a lo desconocido que a una amenaza visible.

- Yo sé lo tonto que esto debe sonar - murmuró ella en la oscuridad - pero tú eras dueño de una empresa floreciente sin necesidad del microprocesador de la de Cushman. Después de todo lo que ha sucedido, me encantaría que se lo devolvieras junto con toda esa maldita empresa.

-No compré la compañía Cushman para tener el chip. En ese sentido Infield es el líder. El mercado de los minoristas ya está dividido en partes cada vez más chicas por una serie de productores extranjeros. Desde mi punto de vista, el mundo no necesita otro proveedor de chips de computadoras. Diana rodó sobre sí misma para colocarse de costado y apoyó la cabeza sobre una mano, mirándolo.

- Entonces, por el amor de Dios, ¿por qué te tomaste tanto trabajo para comprarles la empresa?

- Porque quería algunas patentes que ellos tienen y que no sabían utilizar. Eran dueños de una pequeña pieza de un rompecabezas que nos hacía falta para producir la mercadería más deseada en el mundo en este momento. Teníamos todo lo demás para armaría.

- ¿Y qué es?

- Una batería de ultra larga vida que posibilitaría el uso de computadoras “lap top” y de teléfonos celulares durante días en lugar de horas. Todo el mundo está trabajando en el asunto y todo el mundo se está acercando a la solución, incluyéndonos a nosotros, pero el primero que comercialice esa batería gana la partida... y las ganancias serán tan enormes que resultan casi inconcebibles. El científico que encabeza el proyecto en mi empresa antes trabajaba en Cushman y estaba enterado de la existencia de la patente. Es un hombre que trabaja en la oscuridad, en secreto, en un laboratorio que maneja con unos cuántos asistentes que en realidad no entienden del todo lo que él está haciendo. Y para el caso, tampoco lo comprendo yo. Sus asistentes creen que está trabajando en un televisor super delgado y computarizado, lo cual es cierto... pero lo hace en su tiempo libre.

Librodot

- ¿Y no podrías devolverle a Cushman el chip y conservar la patente que te interesa? - preguntó Diana.

- No existe la menor posibilidad - contestó Cole con tono irónico - Ellos no quieren el chip. Sobre la base de lo que me enteré la otra noche por intermedio de un amigo, Cushman quiere las ganancias que obtendremos con esa batería. Y la única posibilidad que tienen de quedarse con esas ganancias es convencer a la corte de que yo les hice trampa forzando la baja de sus acciones antes de comprarlas.

“Las patentes eran y son un asunto de dominio público, de manera que no pueden acusarme de tener informaciones que se hayan filtrado ni nada por el estilo.

Diana pasó los dedos por los músculos del pecho de su marido.

- ¿Qué te hace falta para salir del problema?

- Tengo un equipo de abogados que trabaja en el asunto. Encontraremos una manera - dijo Cole con absoluta convicción.

Convencida de que lo lograría, Diana se acurrucó contra él y enseguida se quedó dormida.

Cole permaneció despierto hasta el amanecer, porque sabía que no existía “una manera”. Sus abogados ya le habían advertido que debía estar preparado para que lo acusaran de fraude y que tendría que enfrentar un juicio. Sólo un milagro podría impedir que eso suceda, pensó, sombrío. Pero Diana estaba acostada en su cama, entre sus brazos... y eso era un milagro. Había ido a estar a su lado cuando todo lo que oía y veía debía haberla hecho salir corriendo. Ése era el mayor de los milagros.

Librodot

57

A mediodía del día siguiente, dos antes de que Cole tuviera que comparecer ante el administrador de la Comisión Controladora de Acciones y Valores, tomó las precauciones necesarias para estar seguro de que no lo seguían y llevó a Diana al laboratorio de Willard Bretling.

Ubicado en una parte vieja de la ciudad, el laboratorio tenía el aspecto de un depósito abandonado, rodeado por un antiguo cerco y custodiada por perros bravos. Los autos estacionados afuera parecían más viejos que el edificio mismo.

Adentro estaba antisépticamente limpio y contaba con toda clase de equipos electrónicos de última generación.

- Esto parece salido de una película de James Bond - exclamó Diana, excitada. Willian Bretling era delgado y alto, de hombros un poco agachados, anteojos de armazón de metal, tenía el entrecejo perpetuamente fruncido y una expresión de enorme distracción. Estaba de pie frente a una mesa en un rincón del laboratorio, y discutía con sus dos asistentes acerca de la manera de usar su nuevo horno tostador.

- ¡Ah, Cole. - exclamó -. ¿Sabes cómo funciona esta maldita cosa?- Se disculpó ante Diana, quien trataba de ocultar su reacción ante el dilema del sabio. - Estos conocimientos están limitados a mentes mucho menores que las nuestras - agregó. Le sonrió a Diana, cosa que sorprendió a Cole quien hasta entonces nunca había visto sonreír a ese viejo excéntrico.

- Si ése es el caso - contestó Diana ignorando su excelente nivel de inteligencia -, el asunto debería estar dentro de mi ámbito. - La mente científica más importante del mundo retrocedió y observó en actitud de tensa expectativa mientras ella movía una perilla y apretaba un botón. No sucedió nada.

- Es un aparato inútil - declaró Bretling.

- ¡Allá vamos! - anunció Diana. Bajó basta su punto máximo una palanca y percibieron el olor de un aparato eléctrico nuevo que comienza a funcionar.

- ¿Qué hizo? - preguntó Bretling, con tono de haber recibido una afrenta.

Diana se inclinó hacia él hasta quedar muy cerca suyo y le colocó una mano sobre el brazo; luego le susurró algo al oído, como si presintiera lo sensible que era el sabio y lo que le disgustaba hacer el papel de tonto.

Bretling había renunciado a Cushman Electronics porque lo hicieron sentir tonto al negarse a permitir que perfeccionara sus patentes y, en definitiva, obligándolo a trabajar bajo las órdenes de un científico menor y menos talentoso que él. La sencilla actitud de Diana convirtió al temperamental Bretling en un osito de peluche delante de la mirada divertida de Cole. Mientras Bretling vagaba por el laboratorio, no cesaba de conversar con Diana. A Cole no se le ocurría de

Librodot

qué estarían conversando. Él ni siquiera podía estar una hora con ese hombre sin sentir que la mente le explotaba con tantos términos científicos.

Sobre una mesa, a la izquierda, se encontraba otro de los proyectos referidos de Bretling, un televisor extra chato con imagen perfecta, que Cole estaba decidido a anunciar muy pronto, desalentando así la última producción de Mitsubishi. En ese momento, la pantalla del televisor de Unified Industries, candidato a convertirse en el televisor del siglo, estaba en blanco.

Las mesas de un extremo del gigantesco laboratorio estaban llenas de hileras de las futuras baterías recargables. De reojo, William Bretling observó los movimientos inquietos de Cole, luego miró a Diana y dijo:

- Su marido no es un hombre paciente. Sin embargo, es un hombre de gran visión.

Diana asintió mientras miraba los dedos artríticos de Bretling, que en ese momento manipulaban un alambre del grosor de un cabello humano.

- Él también tiene una alta opinión de usted.

Los dedos de Bretling se detuvieron, sus ojos de un azul desteñido le dirigieron una mirada aguda por sobre los anteojos.

- ¿Por qué lo dice?

Diana le repitió todo lo que Cole le había dicho en el trayecto hacia el laboratorio y él pareció sorprenderse.

- Cole cree que muy pronto usted “salvará el universo” con la batería - terminó diciendo Diana.

- Primero el televisor extra chato, después la batería - anunció el anciano con tozudez -. Los japoneses ya han sacado uno, pero la imagen no es la misma de un equipo convencional. La nuestra lo será.

Diana tuvo la extraña impresión de que era el científico y no Cole quien determinaba el orden en que se elaborarían ambos productos.

- Él tiene mucha prisa de contar con la batería.

Sin contestar, Bretling se dirigió a un microscopio a través del que examinó algo que Diana no alcanzaba a ver ni a imaginar.

- Todos los empresarios quieren su artefacto favorito. Cushman quería ese estúpido chip de computadora y me sacó la gente que a mí me era necesaria, para hacerlos trabajar en ese proyecto imbécil. A mí me pusieron a cargo de controles. Soy un genio creativo y me pusieron en un laboratorio de controles.

Diana ya había tenido oportunidad de conocer a personas de un alto cociente intelectual, quienes, igual que Bretling, eran excepcionalmente sensibles a cualquier tipo de oposición. Contestó con la misma frase que habría utilizado para tranquilizar a una criatura frustrada.

- Eso a usted debe haberle resultado muy ofensivo.

Él cambió el portaobjetos sin levantar la vista.

- Yo les dije que no era confiable. Así que me despidieron. El fundador de la empresa era un buen hombre, pero los hijos son verdaderos cerdos. Trabajé cuarenta años para ellos y me despidieron. Cuando salí del edificio me escoltaron como si tuvieran miedo de que les robara algo si me quedaba más tiempo.

Diana se bajó del banco donde estaba sentada junto a él y le aferró la manga, casi incapaz de respirar.

- ¿Usted puso a prueba el chip y descubrió que no sirve?

- Sí.

Diana tuvo que contenerse para no aullar ni gritar.

- ¿Le dijo eso a mi marido?

- Sí, le dije que el chip no servía.

- ¿Pero le dijo que lo había probado?

— ¿Por qué iba a alardear de haber sido convertido en un... principiante? Le dije que no servía.

- Señor Bretling, ¿usted no ve televisión, ni lee diarios, ni escucha radio?

- No, prefiero poner discos de música clásica. Es más tranquilizador para el espíritu creativo - Levantó la cabeza y la miró; después la volvió a mirar y quedó con la boca abierta. - ¿Por qué tiene lágrimas en los ojos?

58

Durante los dos días siguientes, Cole permaneció en su casa pero Diana casi no lo vio porque cuando no estaba hablando por teléfono se debía encontrar con diferentes personas. Los visitantes llegaban y se iban de la casa bajo la mirada vigilante de un nuevo guardia de seguridad apostado en la verja de entrada, para impedir el paso de periodistas y cualquier persona no invitada.

En ese momento Cole era un hombre con una misión; movilizaba sus propias fuerzas y daba miedo verlo en actividad. Diana lo observaba en la biblioteca, sentado detrás del escritorio, los dedos enlazados mientras escuchaba los consejos de sus abogados de Dallas, descartaba la mayoría de ellos, y dictaba órdenes propias. Planeaba estrategias con abogados de Washington, forjaba planes con Murray, el jefe de seguridad, y simultáneamente dirigía la empresa desde su casa. Cuando ella menos lo esperaba, de repente se materializaba a su lado, la tomaba en sus brazos para darle un largo beso y luego se iba a la siguiente reunión o a atender el siguiente llamado telefónico.

A Diana le encantaba observarlo y ella tampoco había permanecido completamente inactiva. Hizo algunos llamados propios y por fin consiguió localizar a Barbara Hayward en Vermont y habló con ella por teléfono. El resto del tiempo lo dedicó a hablar con gente de su propia oficina y a tranquilizar a Spence y a Corey, a sus abuelos y a su madre, asegurándoles que todo estaba bien. Y luego los volvía a tranquilizar. Hasta llegó a llamar dos veces a William Bretling porque tuvo la impresión de que él se sentía solo y que urgiéndole un poco y halagándolo con sinceridad conseguiría que se apresurara a llevar a término sus proyectos.

A la semana siguiente, Diana y Cole debían partir hacia Washington y esperaban no tener que permanecer allí más de dos días como máximo.

Librodot

59

William Bretling, Joe Murray, Travis, Cole y Diana volaron a Dulles en el avión privado de Cole, quien envió a los abogados en un vuelo comercial. Era una extraña peculiaridad que tenía. Diana acababa de descubrir que a Cole no le gustaban los abogados. Ni siquiera los suyos. A bordo también viajaban cuatro hombres bien vestidos cuyos accesorios de moda incluían armas ocultas para las que tenían licencias.

Cole le explicó a Diana que ése no era más que un capricho de Joe, pero no consiguió engañarla. Joe estaba convencido de que la gente de Cushman había contratado investigadores para que localizaran a Bretling y en las siguientes cuarenta y ocho horas, Cole estaba decidido a proporcionarles a los hermanos Cushman un motivo para desear que estuviera muerto.

La firma de abogados de Washington que se especializaba en asuntos de la Comisión Controladora de Acciones y Valores se encontró con Cole en su suite del hotel a las ocho de la mañana siguiente, antes de asistir a la audiencia de las once. Discutieron entre ellos y con Cole con respecto al pedido no negociable de éste de una audiencia que estuviera abierta a integrantes del Congreso y de la Comisión Controladora de Acciones y Valores.

A veinte minutos de distancia del hotel, Barbara Hayward caminaba hacia la casa de su hermano en Washington D.C. Su padre le abrió la puerta.

- ¡Barbara! - exclamó -. ¡Querida! ¿Qué haces aquí?

Ella miró a su alrededor en busca de su hermano y lo vio entrar en el vestíbulo mientras se abrochaba los botones de las mangas de la camisa. Al verla se detuvo como petrificado y el placer que le provocaba la visita de Barbara hizo desaparecer en parte su resolución.

- ¿Está mamá? - preguntó Barbara mirando los ambientes de la amplia casa.

- Aquí estoy, querida - dijo Jessica mientras bajaba la escalera vestida con uno de esas batas de seda que eran sus preferidas -. Pero la pregunta más importante es ¿por qué estás aquí?

Barbara tuvo la horrible sensación de que, de las tres personas presentes con ella en el cuarto, Jessica era la única que estaba llegando a la conclusión acertada. Y lo supo con seguridad cuando su madre comenzó a hablarle de una manera calculada para hacerla quedar como una débil mental, aún en ese momento, cuando por fin había logrado enderezar su vida casándose con un buen hombre que la quería.

- ¿Por qué no estás en tu hermoso y pacífico hogar de Vermont?- preguntó Jessica, corriendo a servirle una taza de té -. Ya sabes que las grandes ciudades siempre te trastornan. ¿Por qué has venido a Washington?

Barbara se instaló en el sofá y comprendió que por fin había llegado el momento de su vida que más temía desde los quince años. Su madre la despreciaría y la haría quedar como una

Librodot

maníaca o una mentirosa. Doug y su padre le perderían la confianza que le tenían, nadie la iba a querer, sería abandonada... Con un movimiento furioso de la cabeza, Barbara hizo callar esa voz interior de pánico que siempre le había cantado esa misma canción hasta casi volverla loca.

- Estoy aquí para tomar un poco de té - dijo con una sonrisa tranquila nientra tomaba la taza y el platillo y palmeaba el lugar del sofá a su lado. Allí se sentó Doug. Su padre y su madre se sentaron en los sillones que enfrentaban el sofá. - Estoy aquí para enmendar un daño que ayudé a mamá a cometer hace quince años.

Jessica se puso de pie de un salto.

- Estás de nuevo sufriendo uno de tus ataques. En la cartera tengo algunos tranquilizantes.

- No dudes en tomar uno si te hace falta - dijo Barbara, simulando con deliberación no haberle comprendido -. Papá - agregó con firmeza - Cole Harrison nunca me puso ni siquiera un dedo encima. Esa noche mamá estaba en la caballeriza y corrió a mi cuarto a suplicarme que cambiara mi vestido por el que ella tenía puesto.

- ¿No les parece increíble? - chilló Jessica -. ¡Estás completamente loca!

El padre de Barbara se refregó la frente con cansancio.

- Barbara no te hagas esto. Sucedió, querida. Ese cretino te dejó embarazada.

Tal vez fue la tranquilidad de Barbara lo que hizo que se desvaneciera la incredulidad de su padre y de su hermano. Tal vez fue su sonrisa triste.

- El padre del bebé fue un muchacho a quien conocí en un concierto de rock, papá. Nunca supe siquiera cómo se llamaba. Lo único que quise fue ver si lograba seducirlo. Yo sólo - miró directamente el rostro blanco como el papel de su madre - quería ser como tú.

Librodot

60

- ¿Cómo fue? - preguntó Diana cuando Cole regresó solo a última hora de la tarde.

Cole la tomó en sus brazos.

- Fue un empate - dijo él con una sonrisa -. Cedimos un poco y ganamos un poco. Y luego insistimos en que la audiencia en sí fuera pospuesta hasta mañana a las once de la mañana.

- ¿Qué ganaron?

- Convencimos al juez de que ya que la Comisión Controladora de Acciones y Valores informa al Congreso, yo tengo el derecho de pedir que se le permitiera la entrada en la audiencia a los integrantes del Congreso y de la Comisión Controladora que quisieran asistir. También se me permitirá hacer una breve declaración de apertura.

Diana se irguió y le enderezó el nudo de la corbata que ella le había regalado.

- No llego a comprender por qué te resulta tan importante una audiencia abierta como ésa.

- Es importante porque mi nombre y el nombre de mi empresa han sido arrastrados por el barro a causa del asunto Cushman .- Y agregó con voz de timbre acerado: - No me gustan los motivos por los que sucedió. No me gustan los métodos que se utilizaron. Y tampoco me gustan los participantes.

Hizo un esfuerzo por suavizar el tono de voz y agregó:

- Los Cushman pertenecen a una antigua y poderosa familia norteamericana y han utilizado enormes presiones políticas e influencias sociales para asegurarse de que yo quede destruido. La Superintendencia de Contribuciones ya ha sido incitada a intervenir. Me juzgan los políticos y los medios, y no me gusta. Y lo que más desprecio es la hipocresía que se oculta detrás de todo esto.

Si había algo que Diana había aprendido acerca de su marido en los últimos días era que, por ser un hombre a quien se suponía despiadado e inescrupuloso, Cole Harrison tenía algunas convicciones personales muy fuertes que no estaba dispuesto a negociar.

- Y de alguna manera - dijo Diana con un dejo de temor -, ¿crees que mañana podrás hacer algo con respecto a todo eso?

- Tal vez pueda demostrar la verdad de todo.

Diana ignoraba cómo trataría de hacerlo y tenía miedo de preguntar por temor a preocuparse aún más. Así que dijo:

- Me has dicho lo que ganaste esta mañana, ¿qué tuviste que ceder?

Librodot

- Si insisto en hacer una declaración de apertura, debo renunciar a mi derecho de utilizar la Quinta Enmienda.

- Utilizar la Quinta Enmienda - repitió Diana con un estremecimiento -. Suena como si fueras un gangster.

Cole no pudo menos que sonreír.

- Eso - agregó mientras le mordisqueaba una oreja - es lo que sucede cuando alguien que no es nadie, ni sale de ninguna parte, llega a los estratos más altos y empieza a jugar con los tipos que usan trajes hechos en Brooks Brothers.

- Tú no usas trajes hechos por Brooks Rrothers - comentó ella con una risita, mientras él seguía mordisqueándole la oreja.

- Ya sé - contestó él con una abierta sonrisa -. Y eso es lo que los saca de quicio. No saben cómo tratarnos. Somos imprevisibles. No usamos uniforme.

En su lugar, Diana habría estado frenética ante la posibilidad de un juicio, de ser convicto por alguna clase de evidencia circunstancial y de terminar preso. Pero Cole tenía tanta fuerza de voluntad que era como si los problemas lo hicieran crecer. Generaba su propia fuerza y arrastraba a la gente en pos de él. Diana le pasó los dedos por la mandíbula fuerte.

- ¿Realmente sabes lo que sucederá mañana?

- No. Sólo sé lo que puede suceder y lo que quiero que suceda.

- ¿Qué quieres que suceda?

Cole le levantó la cara para besarla y dijo con una sonrisa sombría:

- Lo que quiero que suceda es esto: quiero ver tu cabeza sobre la almohada cuando me duerma y cuando despierte. Y en este momento, más que ninguna otra cosa en el mundo, quiero darte lo que quieras.

- Tú - sugirió ella y notó que los ojos grises de su marido se oscurecían de ternura.

- Eso también - susurró.

Sonó el portero eléctrico y Diana se separó de él a regañadientes y estiró la mano para atender. Todavía en un estado de ánimo positivo, dijo:

- Esta noche tú eres el experto en la naturaleza humana. Utiliza tus poderes y dime quién nos llama.

Cole pronunció el primer nombre que se le pasó por la cabeza.

- Hayward - adivinó y tuvo que ocultar su sorpresa cuando resultó cierto.

Diana cubrió el auricular con la mano.

- Quiere subir.

Por toda respuesta, Cole metió las manos en los bolsillos y asintió.

Librodot

61

La breve fantasía de Diana de que Doug se disculparía y ofrecería hacer suspender la audiencia, era algo que no sólo estaba más allá de las posibilidades del senador sino que también estaba fuera de su consideración. En lugar de ello, los dos hombres se miraron como enemigos jurados. Cole mantuvo las manos dentro de los bolsillos y sólo levantó las cejas en un gesto de fría interrogación.

Doug estuvo igualmente distante.

- No me quedaré mucho rato - advirtió -. He venido a disculparme ante los dos por todo lo que dije e hice. Que fue el resultado de lo que creí que le habías hecho a Barbara.

- ¿Eso significa que piensas dejar de atacarme? - se burló Cole.

Doug no sólo no consideró esa posibilidad, sino que le indignó que lo sugiriera.

- No hay ninguna posibilidad - contestó con sorna -. Has edificado un imperio destruyendo empresas sólidas, famosas y antiguas como la de los Cushman, que no pueden luchar contra ti porque no logran sobrevivir a tus tácticas.

- ¿Eres realmente tan mojigato o sencillamente un crédulo?- preguntó Cole en un tono deliberadamente insultante.

Diana notó que Doug cerraba las manos convirtiéndolas en puños, y Cole hizo lo mismo, pero a pesar de todo siguió aguijoneándolo.

- ¿No es interesante que te hayas olvidado de mencionar a la gente que se beneficia cuando yo compro una empresa... ya sabes a quiénes me refiero. A los accionistas de esas empresas sólidas y de buena fama que con pésimo manejo y sistemas anticuados, sólo benefician a sus directores, quienes se apoderan de las ganancias antes de que lleguen a manos de los accionistas.

"A ti te importan un bledo mi ética, mis métodos y mis motivaciones. Te hace alta una conquista de alto perfil para beneficiar tu imagen política y cometiste un error de elegirme a mí. Si yo pudiera demostrarte que soy inocente de cada uno de los cargos de los que me acusas mañana todavía insistirías en mi condena con la esperanza de que las cortes federales me declararan culpable.

- ¿Las palabras “juicio por libelo” tienen algún significado para ti?

- Sí - contestó Cole -. Me evoca la necesidad de decirte que te las metas en el culo.

- ¡Basta! - exclamó Diana olvidando que Doug ya no era el jovencito despreocupado que le enseñaba a manejar el automóvil -. Cole es inocente de todo lo que crees que ha hecho. ¡He visto las pruebas!

Librodot

- Él no quiere pruebas - dijo Cole dirigiendo una mirada de desprecio a Doug -. Quiere hacerse famoso.

Por algún motivo esa vez, cuando Diana protestó la inocencia de Cole, Doug vaciló.

- ¿Estás diciendo que no puedes demostrar que no iniciaste los rumores que hicieron bajar las acciones de Cushman hasta la mitad su precio?- preguntó.

Cole cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con más desprecio que enojo.

- Tú eres abogado. Demuéstrame tú a mí que, desde hace tres meses, no le has dicho a ninguna mujer que es bonita. Muéstrame cómo se lo puede probar.

Después de haber demostrado la imposibilidad de hacerlo, Cole continuó diciendo:

- Los que mañana deberían comparecer delante del juez serían los hermanos Cushman y todos sus compinches. - Cole tenía la intención de terminar con eso la conversación pero al mirar a Hayward se dio cuenta de que en la actitud del joven senador había algo que era casi genuino.

- Sólo por curiosidad-agregó en un tono más tranquilo en el momento en que Hayward se volvía para salir-¿qué harías tú si yo te pudiera demostrar que los Cushman son tan culpables como el pecado?

Doug estaba convencido de que lo estaba manipulando un maestro en esas lides, pero era lo suficientemente curioso para detenerse y responder a la pregunta.

- Ésta misma noche sacaría al juez de la cama y le haría firmar una licitación - declaró con claridad y mucha concisión -. Y después me encargaría de la tarea de enviarlos a la cárcel, entre otras cosas, por mal uso del gobierno de los Estados Unidos.

Cole estaba tan divertido por ese discurso digno de un monaguillo, que decidió fanfarronear, aunque más no fuera para castigar a Doug por lo que había hecho sufrir a Diana durante las últimas dos semanas.

- ¿Estás completamente seguro de que eso es lo que harías?

- Ése es sólo el principio de lo que haría - contestó Doug...

- En ese caso, sígueme.

Cole lo condujo hasta una habitación en otro extremo del corredor del hotel, donde dos hombres bien vestidos parecían estar esperando a un amigo que estaba dentro. Cuando Cole les hizo una seña con la cabeza, se apartaron.

- Te voy a presentar al señor Bretling - dijo Cole -. Y el señor Bretling te va a decir todo lo que necesitas saber acerca de tus aliados, los Cushman, y su supuesto chip maravilloso. Después de que hables con el señor Bretling te haré echar una mirada a la amiga del señor Bretling que viaja con nosotros. Está allí sobre la mesa, dentro de la caja de pizza.

Librodot

Esa noche a las siete y media, mientras Diana se cambiaba de ropa para la comida, oyó que su marido y su amigo de la infancia regresaban a la suite. Incapaz de soportar el suspenso, abrió la puerta y se asomó al living. Doug parecía furioso. Tomó el teléfono, se aflojó el nudo de la corbata y comenzó a hacer llamados. Diana sintió un enorme alivio. La sola idea le tener que usar el accidente automovilístico de Doug en su contra, le destrozaba el corazón. Además, dado que era un político honesto y ético, su problema con el alcohol no fue más que una extraña alergia metabólica, pero de ninguna manera se trataba de alcoholismo.

Cole entró al dormitorio y la abrazó mientras una lenta sonrisa iba iluminando sus facciones. En respuesta a la silenciosa pregunta de su mujer, dijo:

- Al senador le gustaría comer con nosotros.

- ¿Qué le contestaste? - preguntó Diana con desconfianza.

- Por cortesía me vi obligado a consentir - contestó Cole con aire piadoso.

- ¡Por supuesto! - comentó Diana en tono solemne.

- Pero no antes de que él se ofreciera a pagar la comida.

Librodot

62

A las diez y media de la mañana siguiente, Kendall y Prentice Cushman y otros tres patrocinantes del juicio que se preparaban contra Cole Harrison y Unified Industries, se abrieron paso por entre una multitud de curiosos y se dirigieron a la amplia sala donde se llevaría a cabo la audiencia.

Sus amigos y aliados, los senadores Longtree y Kazinski del estado de Nueva York, les habían reservado asientos en la primera fila.

A las diez y cuarenta, un asistente del senador Hayward se acercó a la primera fila y con toda amabilidad les entregó a los dos senadores y a los cinco integrantes del grupo Cushman un sobre a cada uno. En cada sobre había una citación que requería su presencia durante la audiencia a celebrarse ese día.

- ¿Para qué diablos es esto? - le preguntó el senador Longtree a Prentice Cushman.

Prentice Cushman no le contestó porque estaba mirando a un anciano, de hombros agachados que en ese momento recorría el pasillo y se sentaba ante la mesa de Harrison.

Desde el fondo de la sala, Diana observaba el drama que se iba desarrollando. Estaba de pie junto al senador Byers, quien había convencido a la guardia de seguridad de la Comisión Controladora de Acciones y Valores que ella era una integrante de su personal y que debía permitírsele la entrada en calidad de observadora. A cada rato, el senador se volvía hacia ella y le apretaba el brazo, como para tranquilizarla.

Al principio todo pareció desarrollarse con una lentitud insoportable. Los abogados de Cole anunciaron que si el juez permitía cierto grado de flexibilidad en las presentaciones del caso, todo el asunto se resolvería con facilidad. El juez miraba constantemente a la multitud de doscientas personas que colmaban la sala y parecía deseoso de hacer cualquier cosa que llevara el asunto a una rápida conclusión. Diana sabía que, de todos modos, estaba convencido de la culpabilidad de Cole.

Después, Cole hizo su declaración. Afirmó categóricamente que él no había iniciado ni provocado que se iniciaran rumores acerca de la confiabilidad del chip de Cushman. Dijo que cuando ofreció diecinueve dólares por cada acción de la compañía, estaba convencido de que el chip funcionaría y que integrantes responsables del directorio de Cushman le aseguraron que los rumores que corrían acerca del chip eran infundados, que los primeros resultados de las pruebas realizadas demostraron que aventajaba al resto de los chips existentes en el mercado.

El juez interrumpió dos veces para desafiar las declaraciones de Cole, cosa que indignó a Diana y llevó al senador a palmearle la mano con aire tranquilizador.

Al finalizar su declaración, Cole afirmó que la gente de Cushman había falsificado los informes de las pruebas realizadas al chip. Al juez eso le resultó tan ridículo que Diana creyó que reiría.

Librodot

- Permítame ver si lo comprendo, señor Harrison - dijo mientras golpeaba su escritorio con un lápiz -. ¿Me está diciendo que el grupo Cushman sabía que el chip no era confiable?

Cole contestó que era exactamente lo que afirmaba y el juez se precipitó sobre esa afirmación.

- En ese caso le pediría que explicara por qué los anteriores dueños y los accionistas de Cushman Electronics han presentado quejas formales y ahora están empeñados en recuperar los derechos sobre ese chip y también por qué motivo usted no quiere devolvérselos.

Cole replicó que ni él ni el grupo Cushman tenía el menor interés en el chip y eso produjo un murmullo en la sala. El juez frunció el entrecejo con impaciencia.

- ¿Entonces qué pensaba ganar cuando compró Cushman Electronics?

- Dos patentes - contestó Cole.

Después de eso, los abogados de Cole le pidieron a William Bretling que testificara. El científico confirmó todo lo dicho por Cole. Acusó a los Cuhman de haber falsificado los resultados de su test y, con enorme ira, relató la forma ignominiosa en que lo habían echado y hecho salir de la empresa. Explicó que antes de que el señor Harrison comprara la compañía, él le había demostrado sus excelentes credenciales personales y le advirtió que el chip no tenía ningún valor. Diana percibió la reacción que eso produjo en la sala. El pobre Williard estaba quedando como un ex empleado amargado y dispuesto a declarar cualquier cosa con tal de satisfacer a su nuevo empleador.

Los abogados de Cole interrumpieron los procedimientos para recordarle al juez que el contenido de las patentes estaba a disposición del público en general y que por lo tanto su conocimiento no constituía “filtración interna de información”.

El juez hizo un gesto como para quitar importancia a ese punto y le preguntó a Willard el motivo por el que Harrison había comprendido la utilidad de esas dos patentes que los Cushman, “en su falta de visión”, no comprendieron.

Diana tuvo ganas de aplaudir cuando el científico dijo con paciencia, como si estuviera tratando de explicárselo a una criatura:

- Una creación se parece a un rompecabezas. El señor Harrison ya tenía la caja con todas las piezas. Sólo le hacía falta un par de piezas más de mis patentes.

- ¿Para fabricar qué, si se me permite preguntarlo?

- Se lo mostraré.

Con infinito cuidado y orgullo, Willard se acercó a la mesa donde se encontraban las pruebas y, como un mago que está por sacar un conejo de la galera, quitó el lienzo que cubría un

objeto cuadrado y chato. Todos los presentes parecieron inclinarse un poco hacia adelante, pero el juez fue el primero en verlo.

- ¿Está tratando de convencer a esta corte de que usted fabricó una pizza con patentes cuyo valor asciende a ciento cincuenta millones de dólares?

El rugido de risa que estremeció las paredes de la sala hizo imposible que nadie continuara hablando, de manera que no se oyeron las voces que salían de la caja que Willard abría con lentitud. Colocó el objeto en posición vertical y lo volvió hacia la audiencia y fue como si en ese momento la mano de un gigante hubiera cerrado las bocas de todos los presentes.

La imagen del televisor de cuatro kilos era perfecta en color y definición. La pantalla medía 65 centímetros en un sentido diagonal. Medía 52 centímetros de alto. Su ancho era de sólo 12 centímetros y medio.

Mientras Oprah entrevistaba a dos psicólogos, veinte filas de hombres y mujeres se inclinaron simultáneamente en sus sillas y la totalidad de la audiencia pareció achatarse e inclinarse.

El juez no salía de su asombro.

- Un televisor ultra chato. Es una verdadera hazaña.

- El de Mitsubishi no se puede comparar con éste - confirmó Willard -. Y, por supuesto, el de ellos necesita conectarse a una fuente de electricidad.

- ¿Un televisor a batería? - preguntó el juez -. ¿Cuánto tiempo dura la batería?

- Alrededor de cinco días de uso.

Un hombre ubicado en la fila delante de la que ocupaba Diana se levantó con lentitud. El que estaba sentado a su lado salía de la sala detrás de él. Todos los que ocupaban la hilera siguiente fueron saliendo con rapidez. El movimiento le recordó a Diana el de los fieles que se apresuran a vaciar en orden pero con rapidez los bancos de una iglesia. A los pocos minutos, la sala estaba vacía en sus tres cuartas partes, hubo una especie de estampida. La última cuarta parte de los presentes permaneció allí para poder ver mejor el show de Oprah.

Junto a Diana, el senador Byers apoyó los hombros contra la pared, curzó los brazos sobre el pecho, rió con suavidad y miró con admiración a Cole, quien conversaba en voz baja con sus abogados mientras todos se preparaban para partir.

- Diana - dijo Sam Byers -, su marido es un hombre brillante. Y también letal.

Diana estaba más interesada en el lado oscuro de la naturaleza humana, ése que llevaba a la gente a reunirse para presenciar un espectáculo que prometía ser escandaloso y salir en cuanto desaparecía el peligro de que alguien se desangrara. Se lo comentó a Sam Byers.

Librodot

- En cuanto se dieron cuenta de que no habría derramamiento de sangre, se apresuraron a volver a sus trabajos.

La sonrisa de Sam Byers se convirtió en una fuerte carcajada.

- No vuelven a su trabajo, Diana. Corren por todas partes para encontrar teléfonos y llamar a sus corredores de Bolsa para ordenarles que compren acciones de Unified.

- Comprendo.

- No creo que comprenda. Su marido acaba de crear un enorme problema moral que envolverá por lo menos a cien políticos en una ronda de acusaciones y contraacusaciones con la Comisión Controladora de Acciones y Valores... que técnicamente debe informar ante ellos.

- ¿Cómo?

- Esta audiencia no estaba abierta al público sino tan sólo a los integrantes del Congreso y de la Comisión Controladora. De manera que en este momento, casi todos los congresistas que salieron corriendo de aquí están ocupados comprando todas las acciones que puedan de Unified, basados en lo que fácilmente podría calificarse como “información interior filtrada”.

El senador meneó la cabeza.

- Es un verdadero golpe de gracia.

Librodot

Epílogo

Cuatro de julio

En lo alto el cielo estaba iluminado por lluvia de luces cuya formas bailaban y giraban y se perseguían para luego caer en una cascada resplandeciente.

Tendida en una frazada, con la cabeza apoyada sobre el hombro de su marido, Diana observaba el sobrecogedor espectáculo desde un lugar junto al lago, dentro de los espléndidos terrenos de Unified. Tenían una platea junto al ring y todo el lugar para ellos solos.

- ¿Crees que Cal alcanzará a ver esto?

- Sí.

- ¿Y crees que lo estará disfrutando?

Cole lanzó una risita.

- No creo que lo disfrute. Quería venir con nosotros.

- Debimos haberlo traído.

- No - contestó Cole, besándole la sien -, no debimos traerlo. ¿Recuerdas la época en que quería herederos a toda costa?

- La recuerdo.

- Ahora tiene un heredero flamante. Puede ver los fuegos artificiales desde la casa junto con la niñera de Conner, y ayudarla a vigilar a su sobrino.

- Pero...

Cole ahogó con un beso la protesta de Diana, la hizo rodar sobre la frazada hasta que quedó de espaldas y la sujetó bajo su cuerpo.

- ¿Recuerdas cuando me dijiste que había perdido muchas cosas en mi juventud?

Diana levantó las manos con lentitud y le pasó la punta de los dedos por el mentón fuerte, en una caricia suave.

Librodot

- Lo recuerdo - susurró mientras los fuegos artificiales explotaban por encima de ellos en un crescendo de luz y sonidos.

- ¿Sabes lo más importante que me perdí?

- No, ¿qué?

-Siempre quise hacerle amor a una mujer que estuviera mirando fuegos artificiales por sobre mi hombro.

Ante eso, Diana sonrió, pero recordaba otras cosas. Recordaba el momento tres meses antes, en que Cole alzó a su hijo por primera vez. Lo llevó hasta la ventana del cuarto del hospital con una expresión admirada, luego se volvió hacia la ventana.

- Conner -le dijo al bebé que tenía en brazos - tu papá te va a dar todo esto.

Cole estudió la sonrisa de su mujer.

- ¿En qué estás pensando?

- Estoy recordando -susurró Diana.

- ¿Quieres tener algo más para recordar? -obreció Cole con una risa ahogada.

Diana apartó la mirada de los fuegos artificiales.

- Me encantaría -contestó.